

ANTONIO
DE
VALBUENA

OBRAS

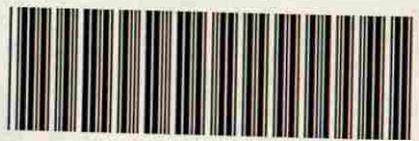
VII - VIII

PQ6005

v35

v. 4

010433

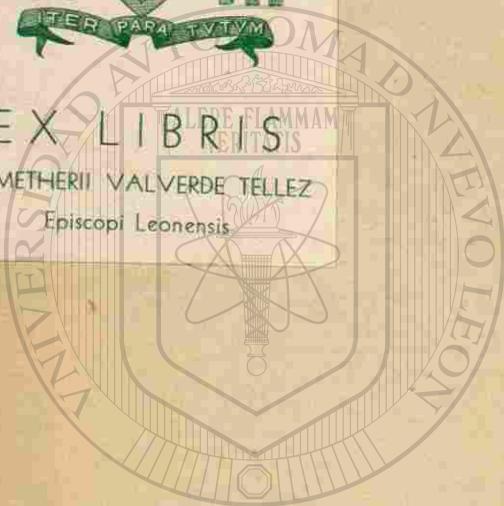


1080018882

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

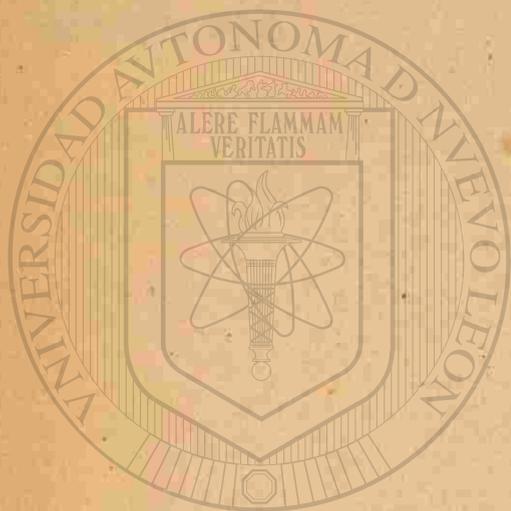


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AGRIDULCES.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.)

	Ptas. Cs.
Ripios Aristocráticos. (Quinta edición), un tomo en 8. ^o	3 »
Ripios Académicos. (Segunda edición), un tomo en 8. ^o	3 »
Ripios Vulgares. (Segunda edición), un tomo en 8. ^o	3 »
Fé de erratas del Diccionario de la Academia. (Tercera edición), tres tomos en 8. ^o	9 »
Capullos de Novela. Un tomo en 8. ^o	3 »
Pedro Blot. (Versión de Paul Zeval), un tomo.....	2 »
Historia del corazón, idilio (segunda edición).....	» 50
Agridulces Políticos y Literarios. Un tomo en 8. ^o	3 »
(Los pedidos á LA ESPAÑA EDITORIAL. Mendizábal, 34.)	

EN PRENSA.

Agua turbia. Novela.

EN PREPARACIÓN.

Vida del Beato Juan de Prado.
Los cazadores de dotes. Novela.
Ratoncito Nosemás. Novela.

AGRIDULCES,

POLÍTICOS Y LITERARIOS,

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA.

(MIGUEL DE ESCALADA.)

(Primera toma.)



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL

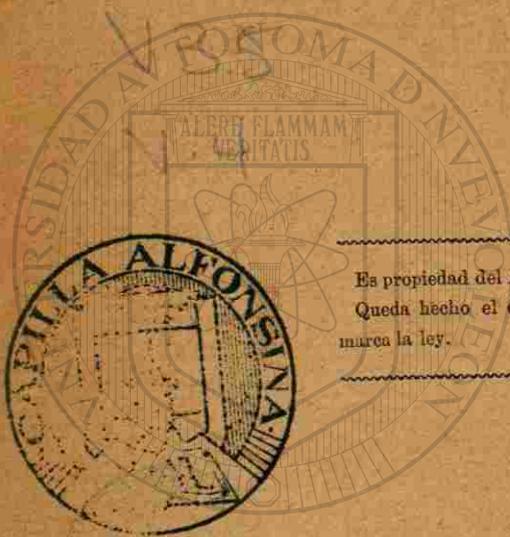
OFICINAS: MENDIZÁBAL, 34.

Correo apartado, núm. 144.

Mm R -
1898 -

46710

PQ 6005



Es propiedad del Editor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

MADRID: 1892.—Imp. de J. Cruzado, Divino Pastor, 9.

NO MÁS SIETEMESINOS.

Parecería una vulgaridad comenzar este artículo diciendo que de los Estados Unidos es de donde vienen todos los inventos maravillosos.

Mas aunque no pareciera una vulgaridad, sería una impertinencia.

Porque precisamente el invento maravilloso que me ha puesto la pluma en la mano, como suele decirse, no viene de los Estados Unidos, sino de la vecina Francia.

Por eso no quiero comenzar el artículo de esa manera, sino de esta otra...

Será verdad que los Estados Unidos marchan á la cabeza...

Y el caso es que tampoco es verdad.

Porque no marcha, ni se ha movido de su sitio, la América del Norte.

A ver de otro modo:

No se puede negar que...

010433

PQ 6005



Es propiedad del Editor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

MADRID: 1892.—Imp. de J. Cruzado, Divino Pastor, 9.

NO MÁS SIETEMESINOS.

Parecería una vulgaridad comenzar este artículo diciendo que de los Estados Unidos es de donde vienen todos los inventos maravillosos.

Mas aunque no pareciera una vulgaridad, sería una impertinencia.

Porque precisamente el invento maravilloso que me ha puesto la pluma en la mano, como suele decirse, no viene de los Estados Unidos, sino de la vecina Francia.

Por eso no quiero comenzar el artículo de esa manera, sino de esta otra...

Será verdad que los Estados Unidos marchan á la cabeza...

Y el caso es que tampoco es verdad.

Porque no marcha, ni se ha movido de su sitio, la América del Norte.

A ver de otro modo:

No se puede negar que...

010433

Tampoco voy bien; porque negar, se puede negar todo; hay quien lo niega todo, hasta la decadencia de Cánovas.

En fin, el caso es que un médico francés, el doctor Trapacier de la Boule ha hecho un descubrimiento originalísimo, que está llamado á producir una revolución, sin necesidad de sargentos.

He leído la noticia en un periódico, y desde entonces no acierto á pensar en otra cosa.

Figúrense Vds. que el susodicho doctor Trapacier, médico de un asilo de niños allá en París, ha inventado una maquinilla para incubar los niños sietemesinos y hacerles llegar sin novedad á la plenitud de la vida.

El aparato es por el estilo del que se usa para sacar pollos artificiales.

El pollo, digo, el sietemesino se coloca debajo de una caja de madera cubierta con un cristal corredizo; el fondo de la caja se mulle con lana para que el niño no se lastime.

El resultado del primer experimento fué que colocado un niño en la incubadora, privado de toda luz y provisto de su correspondiente biberón, manteniendo allí la temperatura constante de veintiséis grados y medio, al segundo día cesó de llorar y comenzó á dormir tranquilamente durándole el sueño sesenta días, sin más interrupción que la necesaria para alimentarse chupando.

A los sesenta días el niño diz que esta-

ba grueso y fortachón como si tuviera lo menos año y medio.

La experiencia, si hemos de creer al periódico que da la noticia (en lo cual haríamos muy mal), se ha repetido con 360 niños, de los cuales sólo ha muerto uno por efecto de una enfermedad especial, que es por lo que se muere cualquiera.

Los trescientos cincuenta y nueve sietemesinos restantes, después de haber estado en la incubadora dos meses, pesaban por término medio una arroba, y en cuanto salieron del aparato echaron á andar, tardando muy poco en aprender á hablar.

Desde luego saltan á la vista las grandes aplicaciones, no sólo biológicas, sino literarias, políticas y sociales que puede tener el invento.

El último dato solamente, el de que en saliendo de la incubadora en seguida se aprende á hablar, bastaría para hacer apreciable el artefacto.

Podría aplicarse en primer lugar á los académicos de la lengua, metiéndolos en la incubadora por tandas, para no dejar completamente abandonado el... *erradero* de la calle de Valverde...

¡Ah!.. Y por cierto que la incubadora podría muy bien instalarse en el lujoso palacio que para la Academia están construyendo los conservadores, á costa de los contribuyentes, junto á la iglesia de San Jerónimo.

Supongamos que en la primera tanda metíamos en la incubadora á Mariano Catalina y á D. Antonio Cánovas del Castillo...

Si á los dos meses salían ya sabiendo hablar, como asegura el doctor Trapacier, metíamos en seguida á los dos hijos de D. Pedro José Pidal, que también fué académico, y que, como en su tiempo no hubo incubadora, se murió diciendo *escribidu*.

Supongamos que también los dos académicos de esta segunda tanda aprendían hablar á los dos meses.

Pues... tercera tanda: el conde de Casa-Valencia y D. Aureliano.

Cuarta tanda: Santiago Liniers y el conde de Cheste, el cual aprendería á no decir en castellano *nequicia*, ni *greje*, así como el primero aprendería á no decir en latín *quosque tandem*...

Quinta tanda: Comelerán y D. Benito, á ver si éste salía ya diciendo: «Yo quisiera confesárselo todo», en lugar de *«yo quisiera confesarle todo»*, como ahora dice.

Tanda sexta: D. Víctor Balaguer y D. Pedro Madrazo, que acaso aprenderían allí leyes y todo.

Sétima tanda: el duque de Rivas y su Augusto tío...

Y así sucesivamente.

Y como, según el doctor Trapacier, para aprender á hablar no se necesita estar en la

incubadora más que dos meses; y como por otra parte, los académicos que no saben hablar no son más que unos treinta de los treinta y seis que hay de número, metiendo á incubar dos académicos cada dos meses, en dos años y medio dejábamos la Academia como nueva.

Pues si pasamos de la literatura á la política, ¿quién es capaz de prever ni de calcular los resultados de este descubrimiento prodigioso?

Supongamos que Sagasta ó Cánovas trataban de hacer unas elecciones para renovar los clírimbolos del sistema parlamentario.

Y supongamos otra cosa, que no es muy probable que digamos, pero basta con que sea posible... supongamos que se encontraban sin candidatos de que hacer diputados y senadores...

Pues nada: una vez comprobado el procedimiento para sacar hombres artificiales como se sacan pollos, la resolución de este problema era ya la cosa más fácil del mundo.

Como que se reducía á hacer una leva de sietemesinos, para lo cual ni siquiera se necesitaba salir de Madrid, meterlos á todos en la incubadora nacional, que podría establecerse como he dicho en el nuevo palacio de la Academia, ó aunque fuera en lo que ahora se llama Palacio de las Cortes, y á los dos meses teníamos seis ó setecientos diputados y se-

nadores útiles y dispuestos para cualquier cosa... mala.

La operación no dejaría de salir carilla, porque ya habrán ustedes reparado que los sietemesinos incubables, aun dentro de la incubadora, donde están á oscuras, necesitan estar provistos de biberón, y es seguro que chuparán muchísimo.

Pero cara y todo, á trueque de vernos completamente libres de sietemesinos, sería aceptable.

Por cierto que este último detalle del biberón, merece ser muy tenido en cuenta.

Un sietemesino puede perfectamente pasar un par de meses á oscuras, tan perfectamente, como que la mayor parte de ellos pasa toda la vida de ese modo. Pero ninguno puede pasar sin biberón ni un par de días. Siempre han de estar chupando.

Los hay que, no pudiendo chupar de otra manera, se procuran credenciales de barren-deros de la villa.

Y, por supuesto, no barren, pero cobran.

Desde los cuerpos colegisladores podíamos irnos á los ministerios, donde, si la incubación de empleados no se hacía por tandas como la de los académicos, había que adoptar este otro sistema.

Así como ahora se cierran las oficinas dos días á principio de invierno para esterar y otros dos en la primavera para desesterar,

entonces se cerrarían, para incubar, dos meses.

Y así como ahora suele publicarse en los periódicos este aviso: «Mañana y pasado mañana no habrá oficinas en el ministerio de Gracia y Justicia por causa del estero», entonces aparecería este otro: «En los próximos venideros meses de Marzo y Abril, estarán cerradas las oficinas del ministerio de la Gobernación, por tener que pasar los empleados á la incubadora.»

Tal cual círculo político ó de simple recreo cerraría sus puertas durante el espacio de dos meses, á no ser que se presentara ocasión de alquilar interinamente el local para una exposición de acuarelas.

En este último caso los periódicos darían así la noticia al poco más ó menos:

«En los espaciosos y elegantes salones del... (aquí el nombre y apellido del club ó casino de referencia) se acaba de instalar una escogida y abundante exposición de cuadros, que sólo estará abierta dos meses, ó sea todo el tiempo que los apreciables socios de aquel centro han de pasar en la incubadora.»

Apenas quedaría un sietemesino con empleo que no pidiera dos meses de licencia para la incubadora, como ahora se piden para baños.

Como en todos los ramos del saber, ó, si se quiere, del no saber, hay sietemesinos, á todos

alcanzarían las consecuencias de la invención maravillosa del doctor Trapacier de la Boule.

Las redacciones de algunos periódicos políticos se quedarían en cuadro, y no sería raro leer noticias como la siguiente:

«Nuestro querido amigo y antiguo compañero en la prensa, el señor Fernández y Pérez, se ha vuelto á encargar de la dirección de *La Etapa*, por haber pasado á la incubadora el joven director de nuestro colega.»

Otro día se leería en varios papeles una cosa así por este estilo:

«El excelente periódico semanal de literatura y de salones titulado *La Goma*, ha suspendido su publicación por dos meses á causa de haber ingresado en la incubadora todos sus apreciables redactores.»

También se leería esta otra noticia:

«Mañana publicará *La Gaceta* el Real decreto convocando á elecciones en el distrito de Bamba que se declara vacante por haber sido promovido á la incubadora el joven é ilustre diputado que le representaba.»

Y cuando éste saliera hecho un hombre, y á él y á todos los demás incubados se les vieran por ahí gordos y robustos, pesando todos más de una arroba y hablando sin ceceos y de corrido, excusado es decir cómo se pronunciaría el movimiento.

Hasta se me figura que una mañana, la primera mañana que acertara yo á pasar por

la calle de Alcalá á eso de las once, me encontraría con el brigadier Estancado, un brigadier muy viejo que conocí en una casa de huéspedes, cuando era yo estudiante.

—¿Qué es eso, brigadier,—le diría viéndole bajar hacia el ministerio de la Guerra—cómo ha madrugado usted tanto?

—Voy á la oficina.

—¡Hombre! ¿Está usted colocado? Cuánto me alegro.....

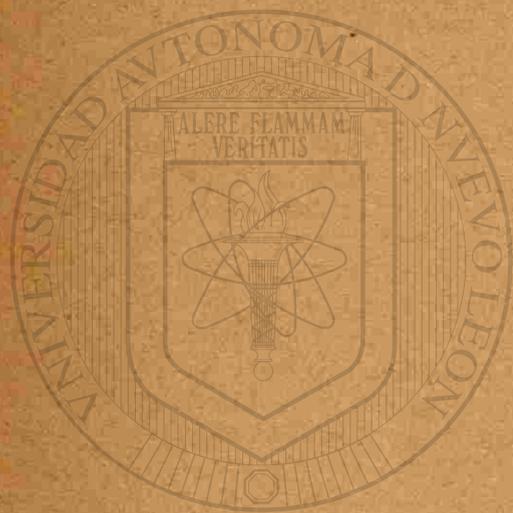
—Estoy de secretario de la Dirección.

—¿Pues qué ha sido del brigadier Parvulete que desempeñaba ese cargo? ¿Le han ascendido ya otra vez?

—No señor: le han trasladado... á la incubadora.

—¿De secretario?

—No, de sietemesino.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

¡LA CORRESPONDENCIA!

(1880) (1)

Hubo en la primera mitad de la presente centuria un español ilustre que escribió un libro, con el laudable fin de que los progresistas dejaran de serlo.

El libro es notable; pero casi no es menester decir que el autor no salió con su intento. Porque desde luego se comprende que infundir á los progresistas sentido común, acierto para juzgar y discernir las cosas, *criterio*, en una palabra, es empresa demasiado superior á las humanas facultades.

Ello es, sin embargo, que proponiéndose el autor de este libro notable y grandemente original combatir la costumbre, hoy más generalizada que entonces, de hacer una persona todos sus estudios leyendo periódicos, y tratando de demostrar que la instrucción que se adquiere leyendo periódicos es siempre incompleta, asentó á la cabeza de dos capítulos estas dos proposiciones, á todas luces inexactas: 1.^a *Los periódicos no lo dicen todo acerca*

(1) Se suplica al lector que repare en la fecha, en todos los artículos que la lleven.

de las personas. 2.^a Los periódicos no lo dicen todo acerca de las cosas.

La inexactitud de estas dos proposiciones salta á la vista. Pero la verdad es, y sea dicha en descargo del filósofo catalán, la verdad es que la inexactitud de esas dos proposiciones ha venido mucho después de que las escribiera el ilustre autor de *El Criterio*. Balmes no conoció, ni pudo conocer, á *La Correspondencia*, que es principalmente quien ha venido á dejarle por mentiroso.

Porque *La Correspondencia* lo dice todo, absolutamente todo, acerca de las personas y acerca de las cosas, acerca de los cielos y acerca de la tierra, acerca de lo humano y acerca de lo divino, acerca de los vivos y acerca de los muertos; todo, absolutamente todo.

Lo que hay es que todo lo dice mal.

Echamos mano á un número de ese periódico, no importa cuál, como dicen los franceses para decir cualquiera, y lo primero que nos encontramos en la primera columna de la primera plana, en el principio del periódico, en el sitio en donde ponían la cruz nuestros padres cuando escribían, es este anuncio en letras gordas:

«FOLIES ARDERIUS

(TEATRO DE LA ALHAMBRA.)

De dos á cuatro de la tarde se admiten coristas y bailarinas *agraciadas*. Las que no se hallen en este último caso que no se presenten.»

Ya ven ustedes si lo dice todo *La Correspondencia* sobre este particular. Hasta dice que no se presenten las coristas y bailarinas que no se hallen en ese último caso, que es verdaderamente el último caso en que pueden hallarse. ¿Qué más puede decirse de las coristas y bailarinas?

Y es de advertir que el día que *La Correspondencia* no traiga este anuncio, traerá en el mismo sitio el anuncio de una Agencia que se encarga de conducir *señoritas* á París, por supuesto, *agraciadas*, es decir, que se hallen en el último caso; y el día que tampoco traiga este anuncio, traerá el de que se compran en algún circo niños de siete á nueve años, para descoyuntarles los huesos y vender luego al público sus habilidades en la gimnasia.

Pasamos adelante, y después de otros tres ó cuatro anuncios al símil, que por ir en berlina, como si dijéramos, pagan mucho más que los otros, hallamos unas letras gordas también, que dicen EDICION DE LA NOCHE, si *La Correspondencia* es de la mañana, y EDICION DE LA MAÑANA, si *La Correspondencia* es de la noche; y por debajo, entre un inmenso fárrago de noticias inútiles, encaminadas á contentar la vanidad personal del que las inspira ó las escribe, y en todo caso las paga; entre un montón de sueltecillos en que se alaba la elocuencia de algún orador sagrado, como si *La Correspondencia* enten-

diera de esas cosas, ó en que da cuenta del restablecimiento de la salud de algún personaje á quien nadie, absolutamente nadie conoce; después de crear alguna provincia como la de Tudela y de poner á Busdongo, que está en los confines de León y Asturias, en la provincia de Logroño; después de hacer cambiar de provincia á todos los pueblos de que tiene que hablar por incidencia, podemos hallar algún telegrama del tenor siguiente:

«Es objeto de grandes comentarios los preparativos belicosos que Rusia está haciendo en la frontera de Bulgaria.»

Y este otro:

«En vista de las tentativas evasivas...» etcétera.

Más adelante nos dará noticia de unos ladrones que, después de haber robado y asesinado á una infeliz, «cerraron todas las ventanas y la puerta de entrada, llevándose la llave, y luego... se marcharon.» Es decir, que se marcharon mucho después de haberse llevado la llave.

Mas todas estas cosas son pequeñeces. Porque después de decir *La Correspondencia* que hubo un incendio no sé dónde, y que ha llegado á Cádiz el capitán general de Andalucía, y que tal cual diputado de la fusión no es partidario del retraimiento, aunque lo es del poder, y después de hablar de los catarros gastro-intestinales y de la próxima llegada

del conde de Toreno; después de decir, dándose mucho pisto: «Escriben de Toledo...» y ensartar en seguida una larga explicación de un documento del Eminentísimo señor Cardinal Arzobispo, para decir al día siguiente que de Toledo escribían lo que les daba la gana y sin el menor conocimiento del señor Cardinal, que dice que «lo escrito escrito está, y que las palabras de su mandato son claras, explícitas y terminantes, y que sólo la torpeza (de *La Correspondencia*) y la malignidad han podido tergiversarlas»; y después de otras mil y mil contradicciones é insustancialidades, encontraremos este otro telegrama del servicio particular de *La Correspondencia*:

«BURGOS 15 (1-10 tarde).—El tren correo ha tenido que detenerse en el kilómetro 374, á consecuencia de la rotura de uno de los tubos de la máquina.

Entre los viajeros *venía* el gobernador de la provincia.

Después de media hora, una máquina de socorro ha conducido el tren á Burgos *de regreso*.

De donde se deduce que el tren descarrilado se dirigía á Burgos, puesto que en él *venía* á Burgos el gobernador de la provincia; y se deduce al mismo tiempo que el tren descarrilado había salido ya de Burgos y se alejaba de Burgos, puesto que una máquina de socorro «ha conducido el tren á Burgos de regreso.» Es decir, que de éste y de todos los tele-

gramas del servicio particular de *La Correspondencia*, cada cual puede deducir lo que más le guste, con tal que no sea la verdad de los hechos. ¿Se puede decir algo más de un tren descarrilado?

Más adelante habrá otro suelto que comience:

«Ha oído referir *El Globo*, cuya noticia transcribimos en la edición de la mañana, que un conocido hombre..... etc.»

Donde cualquiera puede aprender que *El Globo* no da más que una noticia, ó que *El Globo* es una noticia, ó que *La Correspondencia* ha transcrito en la edición de la mañana la noticia de la existencia de *El Globo*, ó cualquier cosa. Bien es verdad que saltando otra columna donde *La Correspondencia* da noticias tan extraordinarias y tan importantes como la de que con el Sr. Cánovas ha venido á Madrid Ramon, encontraremos que *La Correspondencia* tiene en las aguas de Ontaneda un corresponsal de los más rumbosos: nada menos que una red telegráfica dice que se va á establecer entre aquel punto y Torrelavega; una red, como si no bastara un hilo; aunque los corresponsales de *La Correspondencia*, por punto general, no distinguen los hilos de las redes. Tampoco se puede decir más de globos, de redes y de hilos.

Ahora verán ustedes si se puede decir más

de lo que dice *La Correspondencia* en materia de diplomacia:

«El gobierno de Méjico rechaza todo acomodamiento con el Vaticano para entrar en relaciones diplomáticas.

Persistiendo Su Santidad en su sabia política de conciliación, enviará, no obstante, á los obispos mejicanos instrucciones precisas de concordia entre la Iglesia y el Estado.»

Instrucciones precisas de concordia entre la Iglesia y un Estado que rechaza con la Iglesia todo acomodamiento. ¡Si estará enterada *La Correspondencia*!

Pero lo más interesante del número que tenemos entre las manos, es el siguiente, curioso y verídico relato:

«La reina de Siam y uno de sus hijos, el predilecto del rey, Khanlalou Korn, han perecido de una manera trágica. Hallábanse la reina y su hijo embarcados en el río Monou, una noche en que iban á cumplimentar al rey á su palacio de verano de Bang-Pa-In, cuando el yatch real fué pasado por ojo por un vapor. La reina, su hijo y casi todos los tripulantes se ahogaron.

«Al recibir el rey la noticia de uno de sus secretarios, que iba con la reina y había logrado escapar de la catástrofe, se desmayó en presencia de la corte.»

Aquí lo más grave del caso es haberse desmayado en presencia de la corte. Pero apostataríamos cualquier cosa de gusto á que sobre este particular ha ocurrido algún *quid pro quo*

lamentable en la redacción de *La Correspondencia*. Mucho nos equivocáramos si la precedente noticia no fuera la minuta del argumento de un drama para los Bufos, que traerá entre manos alguno de los redactores, quien la daría á la imprenta por equivocación entre las noticias. De todos modos, tampoco se puede decir más del rey de Siam. Ni de la reina.

Pues ahora, figúrense ustedes que *La Correspondencia* quiere enterar á sus lectores de lo que pasa en San Sebastián, y nada más natural sino que envíe allí un corresponsal al efecto. Así como también es muy natural que el corresponsal entere de lo que pasa en San Sebastián á los lectores de *La Correspondencia*. Pues todo menos que eso. El corresponsal telegrafía largo y tendido, y dice:

«SAN SEBASTIÁN 15 (8 y 50 n.)—Hoy se ha verificado la última corrida de la temporada, lidiándose, etc....»

Y basta, porque con decir á ustedes que la corrida del 15 era la segunda de cuatro, ya se sabe la fe que merece todo lo demás del telegrama, y cuán enterados quedarán los lectores.

Después ya no hace *La Correspondencia* en este número más que copiar sin comentarios una larga relación en que la *Gaceta de Cataluña*, especie de *Globo* que se publica en Barcelona, se burla indecorosamente de los exor-

eismos de la Iglesia, y con eso, y con poner en conocimiento del embajador de S. M. británica en Madrid lo sucedido á un pobre diablo de un pastor protestante, que fué obsequiado por el católico pueblo de Manacor con una cencerrada y algunas piedras, todavía tiene este mismo número de *La Correspondencia*, á disposición del que quiera seguir leyendo, otras cinco columnas, mas el folletín, que suele ser alguna novela impía y obscena, como aquella que escandalizó á *El Imparcial*; mas los anuncios de la cuarta plana, que vienen á ser casi tan buenos como los de la primera.

Por supuesto, también suele traer *La Correspondencia* la vida del Santo; y entre la vida del Santo y las Cuarenta Horas la función de la *Infantil* y la temperatura máxima.

Todo esto y mucho más dice *La Correspondencia* en un solo número mal leído, porque es imposible leerle bien.

Dígannos ustedes ahora si es posible leer treinta números de *La Correspondencia* seguidos sin que el paciente se vuelva loco.

Porque el que *La Correspondencia* tenga tantísimos lectores habituales, nada prueba en contrario: el doctor Ezquerdo y el sentido común están conformes (aunque no sea más que por esta vez) en afirmar que los tontos no enloquecen nunca.

El resultado es que si Balmes resucitara y

leyera un día *La Correspondencia*, probablemente modificaría su opinión en lo relativo á los periódicos. No diría que «dos periódicos no lo dicen todo acerca de las personas,» ni que «dos periódicos no lo dicen todo acerca de las cosas». Lo que es posible que dijera, es que los periódicos (tomando por tipo á *La Correspondencia de España*, eco imparcial de la opinión y de la prensa) no dicen una palabra que no sea un desatino. O dos; porque hasta dos desatinos sabe decir *La Correspondencia* en una palabra sola.

Y también es posible que dijera, si por añadidura se enteraba de que *La Correspondencia* es en España el periódico más leído; también es posible que dijera, de seguro lo decía, que si no hubiera otras pruebas de haber sido la Biblia divinamente inspirada, el hecho solo de no haber periódico más leído que *La Correspondencia*, acreditaría como dictadas por el Espíritu Santo aquellas palabras del sagrado libro del *Ecclesiastes: Stultorum infinitus est numerus.*

LOS FUSIONISTAS Y LOS PAVOS.

(ARTÍCULO DE FAMILIA).

(1886)

—No hay peor cuña que la de la misma madera—exclamaba haciendo la rueda y dejando colgar el moco un pavipollo de los más atrevidos.

—¡Gor, gor, gor, gor! (¡Eso es, eso es!), contestaban en señal de aprobación todos sus compañeros del sexo fuerte.

—¡Pau, pau!—añadían modestamente las pavas.

La escena se verificaba la otra tarde en la pradera del Canal, en el sitio donde han sido confinados los pavos por virtud, ó por vicio, de un reciente bando fusionista.

Y excusado es decir, que los confinados continúan en la actitud más revoltosa, y expresándose en el tono más amenazador del mundo.

Es cuestión peliaguda, ó más bien *plumia-guda*; que alguna vez se habían de volver hasta las plumas en daño de los que hacen á pluma y á pelo.

leyera un día *La Correspondencia*, probablemente modificaría su opinión en lo relativo á los periódicos. No diría que «dos periódicos no lo dicen todo acerca de las personas,» ni que «dos periódicos no lo dicen todo acerca de las cosas». Lo que es posible que dijera, es que los periódicos (tomando por tipo á *La Correspondencia de España*, eco imparcial de la opinión y de la prensa) no dicen una palabra que no sea un desatino. O dos; porque hasta dos desatinos sabe decir *La Correspondencia* en una palabra sola.

Y también es posible que dijera, si por añadidura se enteraba de que *La Correspondencia* es en España el periódico más leído; también es posible que dijera, de seguro lo decía, que si no hubiera otras pruebas de haber sido la Biblia divinamente inspirada, el hecho solo de no haber periódico más leído que *La Correspondencia*, acreditaría como dictadas por el Espíritu Santo aquellas palabras del sagrado libro del *Ecclesiastes: Stultorum infinitus est numerus.*

LOS FUSIONISTAS Y LOS PAVOS.

(ARTÍCULO DE FAMILIA).

(1886)

—No hay peor cuña que la de la misma madera—exclamaba haciendo la rueda y dejando colgar el moco un pavipollo de los más atrevidos.

—¡Gor, gor, gor, gor! (¡Eso es, eso es!), contestaban en señal de aprobación todos sus compañeros del sexo fuerte.

—¡Pau, pau!—añadían modestamente las pavas.

La escena se verificaba la otra tarde en la pradera del Canal, en el sitio donde han sido confinados los pavos por virtud, ó por vicio, de un reciente bando fusionista.

Y excusado es decir, que los confinados continúan en la actitud más revoltosa, y expresándose en el tono más amenazador del mundo.

Es cuestión peliaguda, ó más bien *plumia-guda*; que alguna vez se habían de volver hasta las plumas en daño de los que hacen á pluma y á pelo.

La vida de los pavos tenía hasta ahora, en cambio de lo breve, sus atractivos y sus compensaciones.

Nacían, ó hablando con más precisión, salían de la cáscara del huevo allá en Gradefes ó en Armunia, y se comían en los primeros días una papilla de ortigas cocidas y leche, aderezada por una de aquellas riberiegas amables.

Después entraban á comer salvados y grana de carbana; y ya contra el otoño, se daban cada atracón de grillos!...

Por último venía el pavero, los ajustaba, los pagaba y echaba á andar con ellos por delante.

¡A Madrid!

Lo cual ya por sí solo es una fortuna.

¡Cuántos fusionistas se mueren sin poder venir á Madrid!

Casi tantos como vienen y se tienen que volver á marchar lo mismo que vinieron, sin el destino, que no se les puede dar á causa de la ley de los sargentos que dejaron hecha los conservadores.

El camino de Madrid era ya de suyo muy divertido para los pavos: andando aquí, volando allá, picando en todas partes, había veces que hasta ejercían de cazadores.

Llegaban, por ejemplo, á una viña, donde estaba dormida una liebre... ¡Pobre liebre! Desgraciada como empleado fusionista á la

subida de un gobierno conservador.... Ya la había caído la lotería.....

En cuanto la veía un pavo y hacía un aspaviento de los suyos, acudían todos los demás, la rodeaban, empezaban á hacer el *gor, gor, gor*, todos á un tiempo, y así la tenían asustada, hasta que llegaba el pavero por detrás y la echaba la mano.

Es verdad que la liebre, luego, no la comían los pavos, pero la cenaba el pavero, y ¿quién les quitaba á ellos la gloria de haberla cazado?

Es lo que pasa en todas las cosas. Los fusionistas, por ejemplo, coligados con los republicanos, echaron abajo la situación conservadora, derrotándola en las elecciones, y los conservadores se comen el fusionista, digo, el pavo de Navidad tranquilamente.

Pero, volviendo á la vida de los pavos, entre unas y otras, en mes y medio, á jornadas dobles, llegaban á Madrid.....

Yo les he visto entrar en la corte, majestuosa y reposadamente por la calle de Segovia, mirar al viaducto sin mala intención, pararse un poco en la plazuela de Puerta Cerrada, y contemplar luego entusiasmados la plaza Mayor, en toda su prosáica grandeza. Y aún los había tan afortunados, que pasaban por la Puerta del Sol y por la Carrera de San Jerónimo, como cualquiera de los fusionistas que van á votar á Cánovas para la presidencia del Congreso.

Después de estas expansiones y estos regalos de la vista, que verdaderamente no son moco de pavo, ya la muerte, aunque prematura, era menos sensible.

¡Pero ahora!... ¡Morir sin ver á Madrid más que por fuera!....

Porque han de saber ustedes que el alcalde de esta situación liberal, hasta cierto punto, es decir, liberal con permiso de Cánovas, ha publicado un bando prohibiendo la libre circulación de los pavos, vestidos al natural, por dentro de la corte, con lo demás que dice la letra.

Y he aquí el origen de la presente trifulca entre los pavos, poco menos encarnizada que la de entre los conservadores.

Y la verdad es, que no les falta razón á los ilustres gallináceos, porque lo que ellos dicen... Oigámosles:

—No hay peor cuña que la de la misma madera... Cuando cree uno estar entre los suyos, le hacen á uno las mayores injurias...

—*Gor, gor, gor, gor*, el coro masculino. *Pau, pau*, el femenino.

—Sí, entre los nuestros—continuaba el orador, porque todos somos de la familia. Los pavos, en buena hora lo diga, siempre hemos sido monárquicos parlamentarios.... Como que según oí á mi madre, nuestros abuelos se vinieron de América adivinando que por allí había de proclamarse la República.

—*¡Gor, gor, gor, gor!... Pau, pau.....*

—A más de que—añadió otro pavillo apidalado, es decir, moquilargo y de poco pesquis—á más de que el bando es muy injusto, ¿En qué se funda nuestro destierro? ¿En qué se dice si tenemos ó no tenemos viruelas? ¿Y qué? ¿No son ellos el sarampión, que es casi lo mismo? ¿No les ha llamado á ellos sarampión una dama de alto coturno? ¿Pues por qué no ha de ser la ley igual para todos?...

—*¡Gor! ¡gor!... ¡Pau! ¡pau!....*

—Máxime cuando, repito, que todos somos unos—añadió el orador primero—con corta diferencia. ¿Y qué dice el bando en resumen?....

—No—replicó otro—el bando, según mis noticias, no se ha publicado en *El Resumen*; *El Resumen*, que ya es otra vez órgano del general, se hubiera guardado muy bien de perjudicar á la clase: se ha publicado en las esquinas.

—*Gor, gor, gor, gor, etc.*

—El diputado, digo, el pavo que me interrumpió, no me ha entendido: yo no he dicho que el bando se haya publicado en *El Resumen*: he dicho que qué dice el bando en resumen, y continuó... El bando tiene tres disposiciones... Dos y media más que el ministro de Gracia y Justicia... ¿Estamos? (*Gor, gor*), tres disposiciones. La primera, dice:

«Queda prohibida en absoluto la libre cir-

culación y venta de pavos dentro de la población y sus zonas de ensanche.»

Esto, compañeros, está mal escrito. En primer lugar, está casi en verso: «Queda

prohibida en absoluto
la libre circulación,
y venta de pavos, dentro,
dentro de la población.»

A más de que, como la circulación y la venta van juntas detrás del mismo verbo, y como el sujeto de la circulación somos nosotros, pues por nuestro propio pie circulamos, parece como que también somos los sujetos de la venta; es decir, que nos vendemos nosotros mismos, y á esta vileza todavía no hemos llegado... Eso no lo ha hecho ningún pavo en su pluma propia... Eso lo harán los otros... Los que pueden circular libremente.....

—¡Gor, gor, gor, gor, gor! ¡Pau, pau, pau! Muestras de aprobación unánimes.

—La segunda disposición, dice: «Las manadas de dichas aves, que se encuentren dentro de la capital, así como las que se introduzcan por los fielatos.....»

¿Quién dice que nosotros nos introducimos por los fielatos? Calumnia, que algo queda, como dijo Botija.....

—Pido el gorgorito, digo, la palabra—clamó otro pavo, haciendo el *gor, gor, gor*, con mucha fuerza; y cuando obtuvo el silencio del

auditorio, continuó diciendo:—No discutamos la literatura del bando, porque, al fin, ya es bien sabido que los pavos tenemos buen gusto. (¡Ojalá no le tuviéramos tan bueno!) Lo que importa es tomar resoluciones salvadoras... ¿Hemos de resignarnos á no entrar en Madrid? ¿Hemos de obedecer servilmente el bando de los fusionistas?.....

Propongo á ustedes burlar el bando, vistiéndonos como ellos. Tomemos para las hembras unos abrigos de esos de la última moda que llaman *Regente*, y para los machos unos trajes baratos del Águila.

—¡Qué horror! El águila es nuestra enemiga.....

—Yo digo el Águila de la calle de Preciados.

—Se nos descoserían pronto y á lo mejor se nos vería la cola.

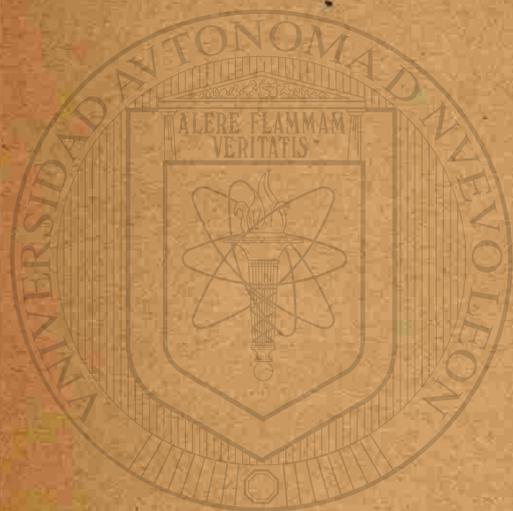
—También á algunos fusionistas se les ve la oreja.

—Propongo acudir á la Sociedad Protectora de Animales.

—Los miembros de esa Sociedad no cuidan de defender á los pavos.

—¿Pues de qué cuidan?

—De comernos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MODUS VIVENDI.

(MONÓLOGO INFERNAL).

(1885)

¡Cuántas vueltas da el mundo!

Una cada día, por lo pronto, según dice el cofrade Galileo, que vive, si esto es vivir, en la zahurda colindante.

Pero no es esto; no son estas vueltas sobre las que yo me proponía filosofar de puro aburrido, sino las vueltas que dan las cosas del mundo.

Y aún las personas, si se quiere.

Ahí tenemos á Elduayen... Digo, tener no le tenemos todavía, aunque no será difícil que venga con el tiempo; pero en fin, quiero decir que allá por la superficie está Elduayen, que primero fué Pepe, después papá, más tarde Pazo ó marqués del Pazo (todo con P), y sin dejar de ser Gorriti, ha llegado á rey de Pontevedra.

Ahí tenemos... ¡Dale con las equivocaciones! Iba á decir que ahí tenemos á Pidal, y todavía no le tenemos tampoco... Por allá arriba anda Pidal, que era ultramontano fu-

rioso, defensor de la unidad religiosa, é intransigente hasta el extremo de haber afirmado que no transigiría áun cuando se lo mandara el Sumo Pontífice; y luego, sin mandárselo nadie, ni siquiera Romero Robledo, ha transigido con la tolerancia religiosa, establecida en la Constitución, con el reino de Italia, del que antes dijo perrerías, y con todo lo que había que transigir (menos con el conde de Toreno), por llegar á una cosa que él llama la *hipótesis*, y que consiste en disfrutar *per accidens* diez mil reales mensuales y el coche...

Ahí está Villaverde... No, tampoco ha venido aún, y dejémosle por ahora que se cure las contusiones recibidas de las cigarreras en la última batalla...

Me he distraído un poco, y no sé por dónde iba... ¡Ah, ya!

Estaba *desaminando*
Cómo *cambean* los tiempos.

Tempora mutantur, que decía el amigo Juvenal en nuestra lengua latina.

Porque el penúltimo conservador que ha llegado de España, es decir, el que llegó anteayer, pues conservadores vienen aquí lo menos uno cada día, me ha dicho que en una población grande y casi nueva, que la llaman no sé si la Villa del Oso ó de Bosch, acababan de votar los *Patres Conscripti* de mi tierra,

después de quince días de acalorada discusión, un *modus vivendi*.

Modus vivendi... Antiguamente y allá entre nosotros, no quería decir más que modo de vivir.

Después, los castellanos de los últimos siglos, según me ha dicho un ministro de Carlos III, dieron á la frase latina cierto sentido apicarado, así como el de industria de mala ley ó modo de vivir á costa del prójimo.

Y por último, ¡quién se lo había de figurar en estos infernales barrios! el susodicho conservador que bajó anteayer me asegura, que ahora un *modus vivendi* es un tratado de comercio.

¿Me habrá engañado?... Sí, probablemente.

A menos que no le llamen así por lo que pueda rozarse con la política; pues recuerdo haber oído varias veces á esos conservadores oscuros que llegan cada día ponderando lo bien que les iba por allá, que entre ellos la política era un *modus vivendi*.

Me han contado cosas horribles. ¡Ah! Me han dicho que allí ya no hay principios; no hay más que presupuestos.

He preguntado qué cosa son los presupuestos, y me han dicho que son una invención moderna, no sé si conservadora ó diabólica, y un compatriota algo poeta, me los ha figurado en forma de una caldera grande donde un cocinero de gorro blanco, que le suelen llamar

de apodo ministro de Hacienda, va echando la sustancia del país, extraída por un procedimiento análogo al que se emplea para obtener la carne Liebig, que se conoce con el nombre de sistema tributario (aunque de todo suele tener menos de sistema...) y de allí va dando de comer á los que se le arriman.

También he preguntado por qué los llaman conservadores á esos que, por decirlo así, gobiernan ahora, pues era cosa que me daba no poco en qué entender, que les llamaran conservadores, cuando de esa manera derriten al país... y me han contestado que es por lo bien que conservan las carteras ministeriales y todos los demás destinos.

En este particular, sobre todo en la conservación de las carteras y de los sueldos, convienen mis vecinos y compañeros de infortunio en que los conservadores ó *conservaduros*, pues también parece que los llaman así, han elevado el sistema á un grado de perfección increíble.

Hasta encontrar el verdadero *modus vivendi*, el modo de vivir perpetuamente en el poder, y de gozar perpetuamente del presupuesto.

Antes, por un quítame allá esas pajas, dicen que había una crisis. El camino de la política parece que estaba erizado de obstáculos. Un día la conciencia, otro día la dignidad, otro día la delicadeza, otro día la consecuen-

cia... lo cierto es que aquellos pobres ministros de otros tiempos, según me ha contado Martínez de la Rosa, no tenían hora segura; tan pronto estaban de ministros como de simples particulares; ninguno duraba veinticuatro meses; la generalidad fluctuaba entre veinticuatro semanas y veinticuatro días, y los hubo que no pasaron de veinticuatro horas.

No sabían tras de lo que andaban.

Hoy, según me cuentan, aquellos ministros tienen algunos, pero pocos, muy pocos discípulos, y no entre los conservadores ciertamente.

Lo que es entre estos últimos, las crisis vienen á ser un artículo puramente histórico. Ni los motines, ni las disidencias, ni las contradicciones, provocan ya una crisis, ni media.

Antes, por ejemplo, cada motín, por insignificante que fuera, daba en tierra con todo el gobierno.

Ahora ni media docena de motines seguidos son capaces de producir una crisis parcial.

Tanto le importa al gobierno conservador que se subleven los estudiantes, como que se insurreccionen de hambre los obreros.

Lo mismo se defiende de los puritanos que de las cigarreras.

Nada, no le derriba ni un terremoto.

Ni muchos.

Me han dicho que un día fueron los actuales ministros á Palacio á celebrar Consejo inmediatamente después de haber resuelto en

determinado sentido una cuestión, esa misma del *modus vivendi*, y el jefe del Estado les dijo que no le gustaba la resolución.

Otros ministros de los de antes, hubieran presentado en el acto respetuosamente sus dimisiones.

¡Qué tontería! Estos de ahora parece que dijeron: «¡Ah! ¿No le gusta así á V. M.? Pues lo haremos de otro modo, ó si no de otro...» Y así sucesivamente.

Pues otro día parece que un paisano mío le dijo á un ministro que llaman Pidal:—Pero hombre, si V. antes decía que los conservadores éramos muy malos, y áun ahora de cuando en cuando dice V. que no somos buenos... usted no puede estar aquí sin renegar de...

—Sí señor—dicen que contestó el aludido—renegaré de todo lo que sea necesario para estar con ustedes, sin perjuicio de renegar también de ustedes cuando el cuerpo me lo pida: mas hoy por hoy me pide que no me marche, y no me marchó.

Pues otro día me han dicho que fué Elduayen el que se empeñó en que el *modus vivendi* saliera en cierta forma, y en efecto, salió en la contraria.

Cualquier ministro de los de antes hubiera comentado aquella salida saliéndose él del ministerio.

Pero este conservador... ¡quiá! dicen que ni pensarlo...

Antes que dejarse arrancar de la poltrona, se dejan éstos arrancar una muela ó aunque sea una mandíbula...

¡Calla! se oyen gritos desaforados... ¿Qué diablo será?... Villaverde... Cos-Gayón... las cigarrerías... los catalanes...

¡Ah, no! según me dice un Obispo galicano que pára enfrente, es el pobre Francisco I de Francia, que está dado á dos mil demonios porque dice que le han arrebatado su *gloria*, suplantándole en España su frase célebre.

Parece, en efecto, que ya no se dice entre los hijos de los vencedores de Pavía: *Todo se ha perdido menos el honor.*

Los ministros de ahora han hecho popular entre los españoles esta otra frase: *Todo se ha perdido menos la cartera.*

MARCIAL.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

¡PARA QUE VEAS!

(1889)

—¿Qué te mandó tu abuela?—le preguntaban á uno á quien se le había muerto hacía poco la madre del autor de sus días,—¿qué te mandó tu abuela?

—Los anteojos.

—¡Anda, anda, hijo!... ¡Eso es para que veas!

Para eso mismo, querido Juan, para que vieras, te mandé yo á tí los anteojos, no por testamento, que no le tengo hecho todavía, sino por el correo de Mansi.

¡Vana ilusión! Cuando yo creía que estabas ya viendo por los anteojos una porción de cosas, y especialmente, que no te olvidó, resultó que no habías visto nada de lo que yo creía que ibas á ver, sino otra cosa muy distinta.

Porque, á lo que es cuenta, alguno de los súbditos de Mansi se enamoró de los anteojos y se quedó con ellos.

¡Para que veas!

Tú dirás que no, que ha sido precisamente

para lo contrario, para que no veas; pero te equivocas.

Es para que veas cómo administran ó cómo gobiernan estos liberales.

Para que veas que lo hacen mal, muy mal, de la peor manera del mundo.

Y si no, ahí está el servicio de Correos que no me dejará mentir... ¿Qué me ha de dejar... si por no dejar ni siquiera deja llegar las cartas á su destino?

Ni las cartas, ni los anteojos, ni nada que valga.

Puse yo los míos, ó más bien los tuyos, ó mejor todavía los de Mansi, con todas las reglas y todas las precauciones que aconseja la teoría... y digo la teoría y no la práctica, porque lo que ésta última aconseja es no poner en el correo de Mansi ninguna cosa...

Puse yo los anteojos, con mucha curiosidad, en una caja con algodón por dentro y por fuera, y sobre el algodón una envoltura de papel y otra encima, y después de bien lacrado y después de puesto el sobre y en él la indicación de *medicamento*, requisito necesario según me había dicho el óptico, deposité el paquete en el buzón con el franqueo suficiente.

Ya ves... digo, me parece que verás, aunque sea sin anteojos, que habiendo puesto tanto esmero en el cumplimiento de tu encargo, era lo más natural del mundo que me quedara satisfecho y tranquilo en la creencia de

que al tercero día tenías ya los anteojos donde tiene hoy el Presidente á todos los hombres políticos que pueden formar un Ministerio intermedio: montados en las narices.

¡Figúrate, pues, amigo Juan, cuál sería mi sorpresa al saber por tu carta que no había tales Mansis!

Es decir, Mansis los había, y aún los hay por desgracia; dos á falta de uno, Angel y Rufino: lo que no había en realidad eran anteojos, ó si los había no estaban en tu poder como debían de estar, sino en poder de uno de los muchos secuestradores que *trabajan* en la Administración pública.

Pero ¡vete á saber en poder de cuál de ellos!

Y te digo que vayas tú á saberlo, porque yo ya fuí y no adelanté nada.

Lo cual no quita que á tí te suceda lo mismo.

Pues, sí; como te iba diciendo, en cuanto recibí tu carta escrita para que viera yo que los anteojos no habían llegado, me fuí á la calle de Carretas y me personé en la Dirección general del ramo... que así le llaman, aunque yo creo que impropriamente; porque, mal andan ahora los correos, pero si fueran de verdad un ramo, andando la gente que anda alrededor, ya no quedaría de él ni una hoja.

Me personé, como digo, en la Dirección y pregunté:

—¿El señor Mansi?...

—Mansi, querrá usted decir—me replicó un vejete vivaracho;—¿no pregunta usted por el señor Director?

—Por el Director pregunto, y Mansi he querido decir, y Mansi he dicho... ¿puedo verle?

—¡Ah! Usted perdone, pero había entendido *Manso*. Como hay muchos que vienen con bromas... Pues en este momento no está, pero... ¿es usted Diputado?

—No, señor, ni gana.

—Pues entonces, ya no puede usted verle esta tarde, porque no recibe más que á los señores Diputados y Senadores de cuatro á cinco. Pero el sábado le podrá usted ver; el sábado á la misma hora...

Volví el sábado, y no encontré ya al vejete del lunes, sino á otro empleado que era un progresista, así en... Mansi, vamos, quiero decir, sin pulimentar, el cual me preguntó con poca gracia:

—¿Qué deseaba usted?

—No sólo deseaba, sino que deseo todavía ver al señor Mansi.

—Pues hoy no puede ser... ¿Trae usted recomendación?...

—Sí, señor.

—¿A ver?

—¿Tiene usted por ahí la Constitución?

—No, señor, ni la he leído nunca.

—Yo tampoco, pero me figuro que me recomendará para que me reciba el señor Mansi, porque no dejará de decir, si no explícita, cuando menos implícitamente, que los empleados están puestos para servir al público.

—Eso es verdad—dijo el pobre progresista mordiéndose una uña;—pero, mire usted, esta tarde no viene...

—¿Y entonces de qué me serviría haber traído recomendación?

—Porque con recomendación le recibiría á usted acaso mañana... Pero le advierto á usted que si es para alguna reclamación, y no se quiere usted molestar, lo mismo es que usted me la haga á mí.

—Bueno, pues á usted se la haré...

Y le conté lo de los anteojos.

—¡Ay, ay, ay!—me dijo cuando concluía.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que esos ya no parecen.

—¿Y el Director no puede hacer que parezcan?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque esos cuenta usted que los cogió algún empleado porque le vendrían bien, ó para venderlos, y vaya usted á saber quién habrá sido.

—Pues á eso vengo...

—Y crea usted que el que los cogió no lo

hizo para volvérselos á usted, aunque el Director los reclame.

—Pero creo yo que el Director debía de abonarme el importe.

—Quiá, no señor. Si fuera á abonar el importe de todo lo que se pierde en Correos, no le bastaba el sueldo. Eso si usted los hubiera certificado...

—¡Ah! De suerte, que de lo no certificado pueden los empleados impunemente coger lo que quieran.

—Y á mí, ¿qué me dice usted?

—¿Pues no decía usted que á usted podía hacerle la reclamación?

—Eso sí, pero...

Otras dos veces fui á ver á Mansi, con igual resultado, con el de no verle; pero la última le dije al vice-Mansi que me recibió:

—Dígale usted que él no me abonará los anteojos, pero le han de salir más caros, porque lo he de contar todo en un artículo, para que vea la gente lo que pasa.

Así lo prometí, amigo Juan, y así lo cumplo.

¡Para que veas!

REFLEXIONES SOBRE UN TELEGRAMA.

(AL MISMI MANSI.)

No voy á hablarte, amigo Manso, digo, Mansi... amigui, de la flamante *Carta Postal y Telegráfica de España*, hecha bajo tu dirección oficial, y plagada naturalmente de desperates y de omisiones.

Como que faltan en ella muchísimos pueblos con carterías y estafetas pagadas por el Estado y servidas por subordinados tuyos, aunque te esté mal el saberlo.

No; por hoy no voy á decir nada de esa *carta*, que por desgracia no se ha perdido como se pierden tantas otras que no se debían de perder, quizá por lo mismo que es la única que hubiera debido perderse.

Tampoco voy á hablarte de la reforma, llamémosla así, que has introducido en el ramo, llamémosle así también, sin pasar por las Cortes y como si no las tuviéramos, reforma que consiste principalmente en hacer el servicio más caro y más inútil para la li-

hizo para volvérselos á usted, aunque el Director los reclame.

—Pero creo yo que el Director debía de abonarme el importe.

—Quiá, no señor. Si fuera á abonar el importe de todo lo que se pierde en Correos, no le bastaba el sueldo. Eso si usted los hubiera certificado...

—¡Ah! De suerte, que de lo no certificado pueden los empleados impunemente coger lo que quieran.

—Y á mí, ¿qué me dice usted?

—¿Pues no decía usted que á usted podía hacerle la reclamación?

—Eso sí, pero...

Otras dos veces fui á ver á Mansi, con igual resultado, con el de no verle; pero la última le dije al vice-Mansi que me recibió:

—Dígale usted que él no me abonará los anteojos, pero le han de salir más caros, porque lo he de contar todo en un artículo, para que vea la gente lo que pasa.

Así lo prometí, amigo Juan, y así lo cumplo.

¡Para que veas!

REFLEXIONES SOBRE UN TELEGRAMA.

(AL MISMI MANSI.)

No voy á hablarte, amigo Manso, digo, Mansi... amigui, de la flamante *Carta Postal y Telegráfica de España*, hecha bajo tu dirección oficial, y plagada naturalmente de desperates y de omisiones.

Como que faltan en ella muchísimos pueblos con carterías y estafetas pagadas por el Estado y servidas por subordinados tuyos, aunque te esté mal el saberlo.

No; por hoy no voy á decir nada de esa *carta*, que por desgracia no se ha perdido como se pierden tantas otras que no se debían de perder, quizá por lo mismo que es la única que hubiera debido perderse.

Tampoco voy á hablarte de la reforma, llamémosla así, que has introducido en el ramo, llamémosle así también, sin pasar por las Cortes y como si no las tuviéramos, reforma que consiste principalmente en hacer el servicio más caro y más inútil para la li-

brería, rebajando de seis á cuatro kilogramos el peso máximo de los paquetes.

Por cierto que con esta reforma has hecho sin querer una cosa buena, como es la de impedir que el *Diccionario* de la Academia circule por el correo, porque siendo de cuatro kilogramos el paquete máximo, no puede ir nunca por el correo el *Diccionario* académico, que pesa cinco.

Y créete que si para esto hubieras hecho la reforma, se te podría perdonar; pero como de seguro no la has hecho para eso, sino para molestar al público, no te lo perdono y te la criticaré con mucha suavidad otro día.

Como te criticaré el que hayas suprimido la devolución de los sobres de los certificados, estableciendo en su lugar un recibo que hay que pagar aparte. ¡Mira tú que como costaban poco ya!... ¡Y como se perdían pocos también!...

Pero repito que no quiero hoy hablarte de estas cosas.

Tengo delante de los ojos un telegrama, que por cierto no tardó más que dos días y medio en venir desde Valladolid, y gracias que llegó, lo cual no á *todos les sucede*...

En la semana pasada, sin ir más lejos, telegrafió una señora de Irún á Madrid, avisando su salida de aquella villa para ésta, y todavía no ha llegado acá el parte.

Siendo lo más gracioso que al preguntar por él en la estación de Madrid, le dijeron al reclamante que lo más que podían hacerle era abonarle el importe del telegrama (una peseta) si lo pedía en una solicitud en papel de á tres reales.

Pues como te iba diciendo, sobre ese telegrama, es decir, no sobre éste que no ha llegado de Irún en una semana, sino sobre el otro que llegó de Valladolid en dos días y medio, te voy á hacer algunas reflexiones.

Hay un refrán, amigo Mansi, que dice que las cifras, y otra cosa que no hace al caso, por lo cual contraeremos el refrán á las cifras, no las entiende más que el que las pone.

Pero, con permiso del refrán, en este despacho telegráfico, hay cifras que no las entiende ni el que las ha puesto.

Y si no, vamos á ver: ¿á que no las entiendes tú que las pusiste, ó por lo menos eres el director del que las puso?

Indicaciones eventuales; dice un letrado que hay en el medio del telegrama debajo de la solapa de cerrar, y luego la primera indicación es P. P. ®

¿Qué dirás tú que quiere decir ahí P. P.?

¿Crees que quiere decir Pepe, ó sea José Luis Albareda, que ocupó la jefatura de la casa de Correos en la era de Cañamaque?

No; porque si cuando era Ministro José Luis hubieran puesto en los telegramas esas

dos pes como cifra de su nombre, ahora que ya lo es Capdepón, debieran ser T. R. C.

¿Crees que esa cifra P. P. quiere decir que es excelente, vaya, que es de pe pe y doble V el servicio del ramo?

Tampoco debe de ser eso, no solamente porque falta la doble V, sino también porque el servicio del ramo es detestable.

¿No das en ello?

Pues bien: la cifra P. P. diz que quiere decir *correo pagado*.

Dirás tú, con tu progresista sencillez, que por qué la cifra de *correo pagado* no ha de decir C. P., y así la entendería cualquiera, aunque fuera un progresista al natural.

Y tienes razón, por más que el caso parezca raro, tienes razón; lo que no tendrás es noticia del fundamento de esa cifra extraña.

Pues has de saber, Mansi amigui, que la cifra de *correo pagado* no dice C. P., sino P. P., porque en Francia el correo se llama *Poste*.

No vayas á creer que este *Poste* es un poste cualquiera, como los que tú tienes en la Dirección, por ejemplo, en el departamento de certificados impresos, que no se mueve ni aunque haya mucho público esperando, y suelen dejar que escriba sólo un empleado muy corto de vista.

No, el *Poste* francés quiere decir *posta*, no de las de cazar, porque á vosotros los progre-

sistas todo hay que advertiroslo, sino de las de llevar noticias apresuradamente.

¿Dices que qué tenemos nosotros con Francia? Pues pregúntaselo al ministro de Gracia y Justicia, que aunque apenas traduce, busca quien le traduzca del francés las leyes y los reglamentos, y hasta la manera de ponerse las gafas.

La verdad es que aún cuando para el servicio internacional se empleara la cifra francesa, para servirnos acá, en el interior de España, debían estar los telegramas en castellano, y no dejarían patitioso á cualquiera que se encuentra con cifras como esas: P. P., *correo pagado*.

La cifra siguiente es R. P., y la traducción dice *respuesta pagada*, porque dicen *réponse payée* los franceses; y aunque en España no se suele llamar *respuesta* á la telegráfica sino *contestación*, puede pasar.

La que ya no pasa es la siguiente, que dice T. C. y se traduce *telegrama colacionado*.....

La mitad de los españoles ignoran lo que es telegrama colacionado, y tú el primero.

¿A que no sabes tú, con ser tan Director general de Correos y Telégrafos lo que es telegrama *colacionado*?....

Nada, que no ló sabes. Porque, no vayas á creer que se llama así por haberse recibido en noche de Cuaresma.

Otra cifra dice C. R. y se traduce *acuse recibo*.

¡Vamos! ¡cualquiera entiende que C. R. quiere decir *acuse recibo*! De entre vosotros los progresistas, nadié... como no sea Canalejas que sabe un poco de francés de Ciboure.....

Pues la última también es buena: dice F. S., y se traduce *telegrama á hacer seguir*, F. S... *hacer seguir*. Todo porque los franceses dicen *faire suivre*.

Ya ves, amigui Mansi, que eso parece un juego de despropósitos; ya ves cuán conveniente sería reformar esos telegramas impresos de una de dos maneras: ó poniendo la explicación de las cifras en francés ó poniendo las cifras en castellano.

POLÍTICA DEL SANTO

Sacrilegio parecería llamar política del Santo á la política que ahora se usa, no explicando el sentido que tiene la frase.

Expliquémosle.

Las romerías se establecieron para honrar y venerar á los santos; pero la imperfección humana, poco á poco, las convirtió en ferias.

Creciendo cada día los defectos y los vicios de los hombres, dicho sea sin licencia de los que creen en el progreso indefinido, siendo la humanidad cada vez más mala, porque cada vez se aparta más de la ley de Dios, las ferias se han ido convirtiendo en exposiciones de mentiras, donde van los hombres á engañarse unos á otros, y donde apenas vende nadie más que objetos falsificados.

Y es natural que así suceda.

Roto el freno del séptimo mandamiento del Decálogo, si no engaña un tendero á sus parroquianos ó compradores habituales, es por temor de que cambien de tienda; pero en

la feria, á los compradores de casualidad, que Dios sabe si volverán á otro año, los engaña sin reparo ninguno.

Por eso, viniendo á la romería de San Isidro, que se ha convertido en feria como las demás, apenas se vende allí cosa que no sea falsificada.

El zapatero hace expresamente para la feria zapatos con suela de cartón, como si los hiciera para una contrata del ramo de penales, y los llama *zapatos del Santo*.

El confitero envuelve en un baño de azúcar rebojos de pan duro y los llama *dulces del Santo*.

El tabernero vende con el nombre de *vino del Santo* un vino, llamémosle así, que no tiene otra santidad más que la de haber sido bautizado repetidas veces.

El cafetero vende por *café del Santo*, agua de gamones.

Y hasta los sobrinos de la tía Javiera, de Fuenlabrada, que fué una especialidad en hacer rosquillas, venden ya como *rosquillas del Santo*, una masa sucia de salvados y huevos hueros, recubierta con baño de azúcar y cochinilla por aquello de que *qui male agit odit lucem*.

¿Qué más? ¡Si hasta el empresario de la Plaza de Toros, llámese Casiano ó Mazzantini, suele dar para los concurrentes á la romería una corrida de bueyes, á los que el

público llama toros del Santo; no precisamente porque con bueyes araba el Santo Labrador, sino porque, como toros, son tan falsificados por lo menos como las rosquillas.

Y ahora ya se comprenderá lo que significa el epígrafe de este artículo *Política del Santo*; es decir, política de feria.

¿Qué otra política se usa en estos malaventurados tiempos?

Varios partidos divididos en fracciones que suelen subdividirse en grupos, se disputan encarnizadamente el Gobierno del país, cuya felicidad todos dicen que anhelan, y á cuya ruina todos contribuyen.

Y es que como se consideran en feria perpetua, no tienen escrúpulo de llamar felicidad á la desgracia.

Hay personaje que se ha comido media provincia ultramarina ó peninsular, y dice que se ha sacrificado por ella.

Llaman á elecciones. Comienzan en el Ministerio de la Gobernación, en el centro esencialmente político, á hacer el *encasillado*, es decir, la adjudicación de los distritos. Hay allí, delante del Ministro, peleas tenaces entre fracción y fracción, entre grupo y grupo, entre candidato y candidato. Y cuando, después de muchas dificultades queda el encasillado concluído, se va el Ministro al Congreso, tiene que hablar y dice: «ahora que *el país va á elegir* sus representantes.....»

Se acerca el día de la elección; el Ministro llama á su despacho á unos Gobernadores, escribe ó telegrafía á otros: «Cuidado no me deje usted ahogar á Fulano (un candidato ministerial); puede usted dejar salir á Citrano (un candidato de oposición.....)» Y después de estas órdenes que el Gobernador recibe del Ministro y trasmite al Alcalde y en caso necesario al jefe de puesto de la Guardia civil, para que las cumplan á rajatabla, las cumplen y... los Diputados así elegidos se llaman representantes del país.

Y casi llegan á creer que lo son, ó por lo menos aparentan creerlo; pues no es raro que algún diputado *elegido* por el gobernador y la Guardia civil, así suavemente, por medio de una batalla en que ha habido muertos, heridos y contusos, se levante en la Asamblea y diga: «El distrito que tengo el honor de representar *me ha enviado aquí...* etc.»

Se trata de formar los presupuestos. Conviene todo el mundo en que el país está agobiado y hay que rebajarle las cargas, y comienza un simulado rebusco de gastos inútiles que no se encuentran.

—Suprimamos *tal cosa*—se le ocurre decir á uno.

—Eso no se puede suprimir—le contesta otro.

—Que sí.

—Que no.

—Yo no cedo—dice el sostenedor de la economía;—lo primero es el bien del país, no busco más que el bien del país.....

Y de pronto se calla, y á los pocos días resulta que buscaba un destino.

Se traba una discusión, un debate político, verdaderamente político, y todo el mundo acude á las tribunas á presenciarlo.

—Su señoría lo está haciendo muy mal;—dice á un Ministro un ex-Ministro que quiere sacudirse la partícula.

—Peor lo hizo su señoría en *tal época*, cuando hizo *tal y tal cosa*;—le contesta el Ministro que no quiere dejar de serlo.

—Pues peor lo hizo todavía su señoría en aquella otra época anterior, cuando *tal y tal*—replica el primero.

—Su señoría es un *tal*, por no *cual*.

—Que se escriban esas palabras.

—Que se expliquen.

—Las explicaré: es cierto que he dicho eso, pero no he tenido intención de ofender á su señoría.

—¡Ah, entonces!....

Y todos son buenos; pero la capa del país no parece.

Tal es la política de ahora, política de personalidades, política de enjuagues y de miserias, política de mentiras y falsificaciones, *política del santo*.

¡Qué diferencia de esta política á la verda-

dera política del santo labrador, del santo patrono de Madrid!

—¿Qué no tuvo ninguna? Se equivocan ustedes. San Isidro tuvo política, la verdadera política, la que consiste en obedecer pacíficamente las leyes, cumplir con el deber, ser buen ciudadano, trabajar tranquilamente en su oficio.

Si todos siguieran esta política, no se dirían tantos discursos, pero tampoco pesarían sobre el país tantos males, ni se vería agonizar la agricultura y morir el comercio, ni estaríamos á dos dedos de la bancarrota.

Pero estos son los frutos de la política que se estila, de la *política del santo*.

LAS NUEVAS OCHENTINAS.

(1889)

La noticia tiene cierto aspecto consolador, y conviene que corra.

No andamos tan sobrados de noticias agradables para que no convenga dar circulación á una que lo es, aunque lo sea sólo por un lado.

Hacia mucho tiempo que en la Casa de Moneda no se acuñaba más que plata, ese metal que fué precioso y que ahora ha caído tan en desprecio por todas partes, como que en algunos países ha quedado desmonetizado y en otros sólo se le recibe en cantidades muy pequeñas.

Reacuñamos primero las pesetas borrosas, porque eran feas, y naturalmente, estando borrosas no podían dar idea clara de la prosperidad del país.

Reacuñamos después los duros isabelinos, que no estaban borrosos ni eran feos, pero que en la recogida podían ser materia de un buen negocio.

Y cuando creíamos que ya no había nada que mandar á los troqueles, como no decidiéramos reacuñar los fusionistas que están borrosos también y próximos á desaparecer de la circulación, se nos dice que se han acuñado unos cuantos millones en oro, con tan extraña solemnidad que el mismo Ministro de Hacienda, D. Venancio en persona, no se ha desdénado de presenciar el espectáculo.

¡Ahí es nada! ¡Acuñar unos cuantos millones en oro! Cuando ya las monedas de oro puede decirse que han pasado á la historia, y hay muchísimos españoles que no las conocen ni las han tenido nunca en la mano, ni las han visto, y que se irían al otro mundo sin saber el color de este precioso metal, si no le vieran en los retablos de las iglesias... ¡Acuñar unos cuantos millones en oro!

¡Ah! Pero no hay que entusiasmarse. De ese oro recién acuñado no circulará por España ni una chispa. Todo ello, y más que fuera, se necesita para pagar en París y en Londres los intereses de las innumerables deudas contraídas por los malos Gobiernos que se gastan aquí, porque está estipulado que el pago sea en oro precisamente.

De modo que por acá tendremos que conformarnos con la plata de ley, y aún con la *Meneses* por ahora, y más tarde con billetes del Banco, que llegarán á tener circulación forzosa si Dios no lo remedia; porque, como

dice el refrán, quien siembra Venancios recoge bancarrotas. (1)

He aquí por qué la noticia no es consoladora más que por un lado.

Pero tiene otro lado gracioso, que es el que principalmente me ha decidido á escribir sobre ella.

La acuñación de ese oro no se ha hecho en centines, como se venía haciendo desde la mitad del reinado de doña Isabel, ni tampoco en aquellas hermosas monedas de veinte duros, que nadie ha visto más que en un decreto de Figuerola, pero que desde luego se puede asegurar que habían de ser muy hermosas. La acuñación se ha hecho en ochentinas, ó en piezas de veinte pesetas como ahora las llaman.

¿Y el sistema?—ocurre preguntar á don Venancio—¿y el sistema?

¿No habíamos quedado en que el sistema decimal era el descubrimiento más sublime que pudo caber en cabeza humana? ¿No habíamos quedado en que el sistema decimal era una de las más preciosas conquistas de los tiempos modernos? ¿No habíamos retirado la antigua calderilla para dejar el campo libre á los *perros chicos* y á los *perros grandes*,

(1) El refrán que dice: *Detrás vendrá quien bueno me hará*, se está cumpliendo en este punto al pie de la letra; porque Cos-Gayón ha hecho á D. Venancio bueno y aún excelente. ¡Qué tal llevarán los conservadores la cuestión económica, cuando han logrado hacernos grata la memoria de los fusionistas!

y acomodar al sistema decimal toda la moneda? ¿No habíamos cometido todo género de tiranías para implantar ese sistema, amenazando y multando hasta á las pobres fruterías y verduleras para que no vendieran y á las pobres cocineras para que no compraran por el sistema antiguo?...

Y después de todo esto, cuando parecía que el sistema decimal debía tener asegurado su reinado para siempre, viene un ministro con sus manos á medio lavar y restablece el imperio de la ochentina, de esa moneda que es cuádruplo de la coronilla y del duro, duplo del escudo de oro ó de la de á cuarenta, mitad del doblón de á cuatro ó de la media onza, y cuarta parte del famoso doblón de á ocho, ó sea la onza de oro celebrísima y característica en el sistema antiguo, pero que no tiene con el sistema decimal entronque imaginable ni avenencia posible.

¡Y para esto habéis impuesto multas á los vendedores ambulantes y habéis colocado á los agentes del Municipio en el duro trance de ser descalabrados por las verduleras de la plaza de la Cebada!

¡Y para esto habéis repartido á la fuerza aquellas cartillas de equivalencias, y habéis puesto en cada tienda de comestibles un municipal encargado de hacer pedir y despachar por un sistema que ni la vendedora ni la compradora ni el municipal entendían!

Una vez llegó una criada á una carnicería á comprar dos libras de carne, pero estaba el municipal presente, y no se atrevió á pedir dos libras para no incurrir en la multa. Tenía la criada una idea vaga de que las dos libras equivalían á una unidad del nuevo sistema, pero en lugar de acordarse del kilogramo, se la vino á la memoria el metro, y pidió muy formal un metro de carne. La carnicera, que no estaba mucho más enterada, fué á mirar la tabla de equivalencias y encontró: «Metro, 3 pies» y una fracción. Para mayor seguridad consultó el caso con el polizonte, diciéndole:

—Un metro viene á ser tres pies y medio: ¿verdá usted?

—Sí, eso es—contestó el municipal tan grave como Alonso Martínez, cuando acabó de firmar el Código. Con lo cual la vendedora no vaciló en dar á la criada tres patas de carnero y un pedazo de otra.

Pues bien: después de tantas ridiculeces como ha costado la implantación del nuevo sistema, hemos vuelto al antiguo de la noche á la mañana.

Se dirá que, no siendo la unidad monetaria el real, sino la peseta, no está ya tampoco el centín arreglado al sistema nuevo.

Corriente. Pero este argumento podría valer contra los centines y para acuñar la moneda de cien pesetas que soñó Figuerola ó la

de diez pesetas, que también teníamos antes; nunca para acuñar la de veinte pesetas, que ni con la actual unidad monetaria, ni con la anterior, encaja en el sistema decimal adoptado.

Lo que hay es lisa y llanamente que los franceses, por una inconsecuencia y una infidelidad al sistema, tienen en circulación monedas de veinte francos, y D. Venancio, que es una especie de León Say, de mayor volumen y en rústica, y que no quiere ser menos que su amigo Alonso, viendo que éste traduce del francés los Códigos y los juicios orales y no le va mal, ha querido traducirnos también las monedas, y las ha traducido sin darse cuenta de que volvía al sistema antiguo.

Voilà tout. (Para que lo traduzca también don Venancio). *Voilà tout.*

Apuradamente hay un refrán que dice: *Berzas que no has de comer, déjalas cocer*, el cual, aplicado al presente caso, quiere decir: Ochentinas que no has de cobrar, déjalas rodar.

Es decir que, como ese oro recién acuñado no ha de circular entre nosotros, lo mismo es que esté acuñado por el sistema decimal, que por el viejo.

¿Qué nos importa?

REMEDIOS HERÓICOS.

(1889)

Salvo lo odioso de la comparación, este Gobierno liberal que padecemos viene á ser así como el célebre caballo de Atila.

Donde él pone los pies, ó las manos, que para el caso lo mismo da, no vuelve á nacer trigo. Ni cebada siquiera.

Como que oprime á los labradores á fuerza de tributos, hasta obligarles á abandonar ó á dejarse embargar y vender las tierras por no poder pagarlos; y es claro, el trigo, no habiendo quien lo siembre, no nace.

Porque ya está bien averiguado que nada se cría espontáneamente, por más que algunas plantas, es verdad, que se dan con muy poco cultivo, como las patatas y los Diputados de la mayoría.

Pero no voy á tratar de las patatas ni de los melones en particular, sino del Gobierno en general, en sus relaciones con la agricultura, que no son relaciones amorosas, por supuesto.

de diez pesetas, que también teníamos antes; nunca para acuñar la de veinte pesetas, que ni con la actual unidad monetaria, ni con la anterior, encaja en el sistema decimal adoptado.

Lo que hay es lisa y llanamente que los franceses, por una inconsecuencia y una infidelidad al sistema, tienen en circulación monedas de veinte francos, y D. Venancio, que es una especie de León Say, de mayor volumen y en rústica, y que no quiere ser menos que su amigo Alonso, viendo que éste traduce del francés los Códigos y los juicios orales y no le va mal, ha querido traducirnos también las monedas, y las ha traducido sin darse cuenta de que volvía al sistema antiguo.

Voilà tout. (Para que lo traduzca también don Venancio). *Voilà tout.*

Apuradamente hay un refrán que dice: *Berzas que no has de comer, déjalas cocer*, el cual, aplicado al presente caso, quiere decir: Ochentinas que no has de cobrar, déjalas rodar.

Es decir que, como ese oro recién acuñado no ha de circular entre nosotros, lo mismo es que esté acuñado por el sistema decimal, que por el viejo.

¿Qué nos importa?

REMEDIOS HERÓICOS.

(1889)

Salvo lo odioso de la comparación, este Gobierno liberal que padecemos viene á ser así como el célebre caballo de Atila.

Donde él pone los pies, ó las manos, que para el caso lo mismo da, no vuelve á nacer trigo. Ni cebada siquiera.

Como que oprime á los labradores á fuerza de tributos, hasta obligarles á abandonar ó á dejarse embargar y vender las tierras por no poder pagarlos; y es claro, el trigo, no habiendo quien lo siembre, no nace.

Porque ya está bien averiguado que nada se cría espontáneamente, por más que algunas plantas, es verdad, que se dan con muy poco cultivo, como las patatas y los Diputados de la mayoría.

Pero no voy á tratar de las patatas ni de los melones en particular, sino del Gobierno en general, en sus relaciones con la agricultura, que no son relaciones amorosas, por supuesto.

No: en materia de amor, ya se sabe que el Gobierno fusionista lo reserva todo para los republicanos, desde Castelar á Ricardo Becerro, pasando por Gumersindo Azcárate.

El cual es uno de los que más ayudan al Gobierno á defenderse contra el país, así como Becerro es uno de los que más le ayudan á remediar la crisis agrícola.

¿Saben ustedes cómo?

Pues muy sencillamente. Creando un Ministerio de Agricultura.

El procedimiento, como se ve, no puede ser más simple; pero tiene de malo que no es original del todo.

Porque se parece mucho al de aquel zapatero remendón de Valladolid, que una mañana que sus hijos lloraban porque no tenían nada que almorzar, se salió á dar un paseo por el Campo Grande, y como tropezara con un perro que andaba por allí perdido, le halagó y se fué con él á su casa muy contento.

El país está muerto de hambre como la familia del remendón valisoletano; la agricultura está perdida; de todos los lados de España se levanta el triste clamoreo de los labradores que no pueden pagar tan crecidos impuestos... ¿Qué ocasión mejor ni más oportuna para echarles encima unos cuantos millones más creando un nuevo Ministerio?

El zapatero aquél, al volver á casa, de su expedición matutina, no llevaba á sus hijos el

pan que les hacía falta, pero llevaba una boca más que les ayudara á comerlo cuando lo tuvieran.

Los remendones políticos de la pandilla gobernante é islas republicanas adyacentes, no tratan de dar á la agricultura con leyes protectoras y con economías saludables la vida que la falta; pero tratan de echar sobre la agricultura una carga nueva, haciéndola pagar el lujo de un nuevo Ministerio de Agricultura, que aún cuando hubiera agricultura floreciente y rica, no haría falta; pero que, no habiéndola, para maldita de Dios la cosa sirve.

Al que puso á asar la manteca no consta que se le ocurriera nada parecido.

Mas no por eso vayan ustedes á creer que la manteca es del todo extraña al proyecto.

Porque si damos fe al maestro Ferreras, cronista obligado de estas cosas, el proyecto de creación de un Ministerio de Agricultura le han presentado á la Comisión general de presupuestos los señores Moret, Becerro de Bengoa, Puigcerver, López (D. J. J.), Ariño, Manteca (¿ven ustedes cómo había manteca en el proyecto?) y Antequera, que es por donde suele salir el sol bajo el poder ya medio eclipsado de los fusionistas.

Hay en el proyecto *manteca* y hay *becerro*, para que no se dude que es un proyecto matorio. Lo que falta es la vaca, y por eso de vaca tiene que hacer el país agrícola.

Por supuesto que el proyecto diz que va ó viene, aunque parece mentira que pueda venir, precedido de un «extenso y razonado preámbulo» en el que sus agrícolas y mantecosos autores *desarrollan* (es frase de *El Correo*) los motivos que á su juicio apoyan la creación del nuevo Ministerio.»

Entre estos motivos, que, según confesión de *El Correo*, abogado de la nueva economía, están *arrollados*, figura en primer término lo complejo y *difícil* del departamento de Fomento que requiere del que está á su frente las facultades y condiciones más diversas y más *difíciles* de reunir, por lo cual se comprende la escasa atención que un ministro de Fomento puede dedicar á la Agricultura...»

¡Ajá, jál Ya pareció la causa de la agonía de nuestra agricultura: la escasa atención que la puede dedicar el Ministro de Fomento. Y pareció también la causa de esta escasa atención: la dificultad de reunir las facultades y condiciones más diversas.

Por la cuenta, estos autores y patronos del proyecto de aliviar y reanimar la agricultura aumentándola el peso que la oprime, creen que todos los españoles nos hemos caído de un nido, ó se han caído ellos.

¿Pues no sabe ya todo el mundo que para ser Ministro liberal no se necesita saber nada, ni tener facultades ni condiciones de ninguna especie?

Otro de los *arrollados* motivos que los señores Becerro, Manteca y demás, *desarrollan* en el preámbulo, es el de que existe ya Ministerio de Agricultura en Francia, en los Estados Unidos, en Prusia, etc.

Que es como si el pobre albañil que vive en la bohardilla de mi casa dijera á su mujer esta tarde al volver del trabajo: «Mira, hija, que el Duque de Fernán-Núñez va en coche; con que es preciso que nosotros nos echemos también una berlina.»

Por supuesto, que á los autores no se les olvida decir que el proyecto no grava el presupuesto en lo más mínimo, pues se pagaría el nuevo centro con los fondos destinados á la Dirección de Agricultura que había de suprimirse. Pero esto lo dicen siempre los que pretenden hacer pasar alguna reforma cara, y luego nunca resulta cierto.

Lo mismo se dijo al establecer las Audiencias del perro chico y las Administraciones subalternas, y ahora resulta que unas y otras cuestan un riñón al país.

En suma: que no hay ningún motivo que abone el proyectado despilfarro, como no sea el desbarajuste que actualmente reina en lo referente á la agricultura.

Pero como no hay razón ninguna para suponer que el futuro Ministerio había de andar mejor arreglado que la actual Dirección, resulta que este motivo tampoco vale.

Si el actual desbarajuste se hubiera de remediar con nuevas creaciones, entonces sí sería cosa de crear, no un Ministerio de Agricultura, sino cuatro ó cinco.

Porque lo que es el desorden actual en lo referente á la agricultura no puede ser mayor seguramente, dicho sea con perdón del Conde de Xiquena.

A una provincia que conozco yo mucho, se enviaron hace poco, de orden de S. E., un montón de sacos de guano sin decir al Gobernador para qué eran, y el Gobernador, que no sabe qué hacer de ellos, pues no hay allí granja provincial ni campo de experiencias, está fastidiado por el mal olor, y además por la duda de si poner tienda de guano ó volvérselo al Ministro respetuosamente.

El resultado será que los sacos, atacados por el amoniaco, se irán rompiendo y se perderá el guano que habrán pagado muy caro los contribuyentes.

Pues con motivo de la filoxera, verán ustedes lo que hizo el Conde.

Envío á esa misma provincia que yo conozco, á combatir la filoxera, un ingeniero agrónomo con un ayudante y varias ordenanzas.

El ingeniero se fue desde luego á reconocer el terreno invadido, del cual formó un plano detallado que envió al Ministerio con una Memoria explicativa de las condiciones y la extensión de la plaga y de la necesidad

de poner los medios para exterminarla cuanto antes.

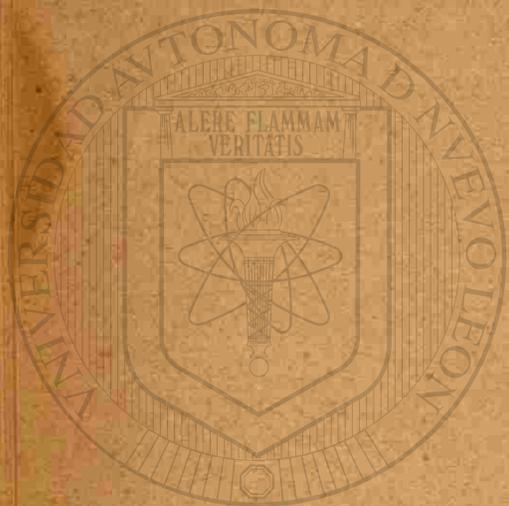
Hecho lo cual se quedó esperando órdenes... é ingredientes.

Pasó un día y otro día,
pasaba un mes y otro mes,
y la orden no venía...

Pero al cabo de tres ó cuatro meses ¿qué dirán ustedes que envió el Ministro al ingeniero?...

—¿Sulfuro de carbono?...

—¡Quiá! Un escribiente con seis mil reales de sueldo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

IMPRESIONES.

San Sebastián 18 de Agosto de 1889.

No soy impresionable.

Pueden ustedes creerlo. Sé andar viajando todo un verano sin que me impresione ninguna cosa.

Lo cual no tiene nada de particular, porque, bien mirado, ¿qué le puede ya impresionar á un hombre que ha vivido tres años y tres trimestres bajo el Gobierno, llamésmole así, pero llamémosle también detestable, de los fusionistas.

Sin embargo, hay cosas que todavía le impresionan á uno, porque... es aquello del tío Antonio el ciego, cuando la tabernera dudaba de su desgracia fundándose en que si fuera ciego no hubiera conocido que estaba el cuartillo sin llenar: ®

—Bastante ciego soy—dijo el tío Antonio; pero es usted capaz, tía tabernera, de hacer abrir los ojos al demonio.

Lo mismo pasa en el caso presente. Yo soy

de *suyo*, como diría *La Iberia*, muy poco impresionable; pero hay cosas capaces de impresionar á Mansi mismi, cuanto más á un hombre que, aunque muy curado de espantos, á fuerza de ver y sentir las barrabasadas progresistas, al fin y al cabo no es un adoquín, ni mucho menos un Académico.

Pues bueno; figúrense ustedes que, después de haber estado un mes fuera de Madrid, vengo á San Sebastián á los toros y ¡paf! lo primero que me encuentro al volver una esquina es.....

—¿Mansi?....

—No; Mansi no fué lo primero; fué lo tercero ó lo cuarto.

—¿Abascal?

—Tampoco; al Alcalde afortunadamente no le he encontrado. Un ser mucho más dañino que Mansi y que Abascal todavía. Lo primero que me encontré por venir á los toros fué.....

—¿Un toro?.....

—Poco menos... Un revendedor de los de Madrid, de los auténticos, que me dijo á que-
ma-ropa: «Señorito, barreras por su precio, catorce pesetas.»

Catorce mil pares de demonios que te lleven, hubiera yo dicho si me hubiera dejado dominar por la mala impresión; pero gracias á Dios la dominé yo á ella y callé y pasé, sintiendo, creo que por primera vez en mi vida,

no tener autoridad para llevar aquel hombre á la cárcel.

Porque, vamos á ver, ¿por qué habían de andar en libertad los revendedores? me decía yo. ¿No están encerrados los toros? Pues bicho por bicho, creo yo que son en su tanto más dañinos los revendedores.

Porque al fin los toros cuando están en libertad, allá en la dehesa, si no se les llama la atención, si no se les hacen añagazas, por ejemplo, con un trapo colorado, no se suelen meter con nadie; mientras que los revendedores estando en libertad, le asedian á uno y le meten los billetes por los ojos y no le dejan sosegar hasta sacarle el dinero del bolsillo.

Y no se contentan con estarse en Madrid, que es como si dijéramos, su dehesa, ni con hacer allí su agosto por el invierno, sino que quieren aprovechar también el agosto natural y se vienen aquí, á más de setenta leguas, á echar el alto en una bocacalle al infeliz parroquiano que reputaba por la mayor de las venturas del veraneo, la de haberlos perdido de vista.

¿Pero será verdad ó habré yo soñado? me dije fregándome los ojos cuando me fuí reponiendo del susto.

Me volví á mirar, y la maldita realidad volvió á darme en los ojos... y en los oídos, porque el revendedor tomó la mirada por una

tentación y tornó á repetir toda su tonadilla, incluso lo de las catorce pesetas.

No había duda: era un revendedor madrileño, y para mayor ignominia era *el mismo*.

¿Saben ustedes á cuál llamo yo el mismo? Al que me cobró este invierno treinta duros por cinco butacas del Español para la función en honor de Rafael Calvo. ¡Treinta duros por cinco butacas que costaban dos duros cada una!

¿Por qué habían de andar en libertad los revendedores? continuaba yo diciendo para mí, hasta que de pronto vi claro, me dí una palmada en la frente, y me volví á decir:

—¡Qué inocente soy! ¿Pues no sé que vivimos bajo un Gobierno progresista?

¿Cómo quiero llevar á la cárcel á los revendedores de billetes, cuando andan por ahí en libertad los revendedores de destinos...?

De todos modos, confieso que me costó trabajo resignarme á pasar por las horcas moretinas del revendedor, y seguí quejándome del Pilatos fusionista de aquí, que los consiente; como si para esquilmar á los aficionados á la noble y hermosa fiesta nacional no fuera bastante Arana sólo.

Este Arana... y recomendando mucho cuidado á los cajistas no vayan á poner eñe por ene, porque parecería maliciosa la equivocación; este Arana es un empresario de espectáculos que se conoce que ha tomado por modelo al

Gobierno, pues nunca suele cumplir lo que ofrece.

Y así como el Gobierno ofrece economías, y despues de mucho ofrecerlas da inmoralidades en Cuba ó en Cuenca, ó en cualquier otro continente, sin excluir el Ayuntamiento de la Villa y Corte, así Ara... ¡cuidado! Así Arana ofrece, verbigracia, seis toros, y da seis babosas ó cinco.

Pero en cambio pone muy caros los billetes, y váyase lo uno por lo otro.

Verdad es que caros y todo los vende, porque con la afición á nuestros toros que se va despertando en Francia, en cuanto Arana hace un cartel muy extravagante, á siete tintas, y le fija en San Juan de Luz, y en Bayona, y en Dax, y en Pau, etc., ya tiene la plaza llena de franceses, y más grande que fuera.

Por cierto que, á fin de hacer la plaza más grande,

¿Qué dirán ustedes que es lo que ha *inventao* este buen Arana el año *pasao*?

Lo de *buen* es un ripio. Ya se conoce; pero lo *advierto* por si acaso.

Pues ha *inventao* nada menos que poner á la plaza un piso más; levantar sobre los palcos y andanadas otro orden de localidades que él ha bautizado con el nombre de *sobre-palcos*, y que comprenden una fila de asientos

adelante, junto al balaustre, y un paseo como en los circos, desde el cual se ven los toros al sol, y sin sentarse, por tres pesetas; media más de lo que cuesta en Madrid la andanada de sombra.

Tal es el resultado de esta nueva invasión francesa, más temible que la del año ocho, porque de aquella se defendieron nuestros abuelos á tiros, pero de ésta no hay manera de defenderse.

Y no sólo produce el mal de encarecer la fiesta, sino el de echarla á perder completamente. Porque como los franceses lo aplauden todo, los toreros se echan á la *vita bona* y torear en francés, es decir, que hacen chapuce-rías dignas de presidio.

Para los franceses la gracia está en que el banderillero clave los palos sea donde quiera y como quiera, y en que el matador meta la espada por cualquier parte.

El día de Nuestra Señora asesinó el *Maestro* un toro, dándole á la media vuelta un meteisaca por delante del brazuelo, sin haber intentado siquiera pasarle y herirle á ley. Pues no se pueden ustedes figurar cuánto celebraban los franceses aquello.

—*¡Mocha pogontituda!*—decía entusiasmado uno que chapurreaba el castellano un poco.

—Y mucha barbaridad—le dijo un madrileño que estaba junto á él, ya cansado de oírle desatinos.

—*¡Ah! ¿Ce n'est pas bien?*—preguntó el francés asombrado.

—No, señor; muy mal; eso es un degüello indecente.

—*¡Oh! Mais il l'a tué...*—repuso el francés envalentonado al ver que el toro se echaba.

—*¡Es claro!* También le hubiera podido matar con un fusil.

—*¡Oh! Mais...*

Y, nada; no se les saca de su idea.

Cuando un picador raja á un toro la paletilla de arriba abajo, prorrumpen en aplausos frenéticos. Aquello creen que es lo mejor; y eso que son protectores de los animales y tienen horror á la sangre, etc.

—*¡Très bien! ¡Très bien placées!*—decía con mucho énfasis y mucho pulmón un francés que estaba á mi lado, al ver un par de banderillas de las que la una estaba en el costillar y la otra cerca de la oreja.

También suelen contribuir á estropear la función los presidentes, que dirigen mal, y los periódicos locales que lo aplauden todo en sus revistas.

El otro día hubo un toro de Aleas que tenía la cuerna en forma de anillo casi completamente cerrado: no mató ni hirió á ningún caballo porque no podía acorrear: en cualquier plaza formal que se hubiera presentado, se le hubiera echado en seguida al corral por defectuoso. Pues aquí se lidió, y á la mañana

siguiente todos los revisteros indígenas le llamaban en sus revistas *bien armado*.

Ya se ve lo que entenderán de armaduras.

Dejando los revendedores y los toros y viniendo á los progresistas, que tienen también invadida esta hermosa ciudad, con no menos fuerza ni menos daño que los franceses el circo taurino, diré á ustedes que efectivamente los tales progresistas lo llenan todo y lo estropean todo.

Donde quiera que uno va encuentra los mismos progresistas con los mismos collares, ó con las mismas colleras, que si no llevaban merecían llevar ahí por Recoletos, y las mismas progresistas, del sexo que llamamos bello, por galantería las más de las veces.

Y cuidado que las progresistas son, si cabe, más fastidiosas que sus excelentísimos maridos.

—¿Qué es lo que más te ha gustado?— preguntaba anoche al salir del casino después del concierto de Albéniz una diputada á una directora general.

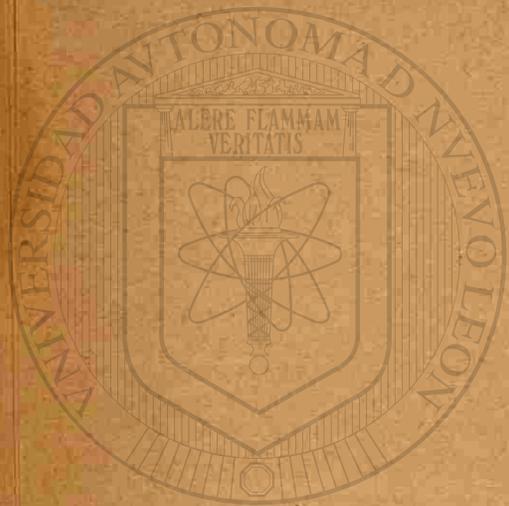
—Todo me ha parecido bien, pero lo que me ha gustado más ha sido eso último que tocaron á *duo los tres* instrumentos.

Como comprenderán ustedes, tal invasión de progresistas de ambos sexos da á esta colonia veraniega cierto tono cursi que no merecía tener.

Pero que no se puede evitar, no siendo de

una de estas dos maneras: ó echando abajo el Gobierno, ó poniendo aquí á la entrada de la ciudad una compañía de miqueletes con esta consigna: No se admiten ministeriales.

Este segundo procedimiento me gustaría mucho... Casi tanto como el primero.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

DE TAL PALO TAL ASTILLA.

NOVELA DE PEREDA.

(1880)

I.

Por desgracia ó por fortuna, que casi no sabré decirlo á punto fijo, siempre me ha tocado hablar de los libros de Pereda, después que ya los ha juzgado todo el mundo.

Mas esta vez indudablemente ha sido para mí una verdadera suerte el llegar tarde.

Porque si hubiera podido escribir de esta última novela tan pronto como vió la luz pública, hubiera tenido que reducirme á dar á conocer á grandes rasgos el asunto y hacer del desempeño los fervientes elogios que son de justicia, y que no por serlo hubieran dejado quizá de parecer producto de amistad personal ó de apasionamiento de escuela.

Pero ha corrido un mes desde que se presentó en los escaparates de los libreros *De tal palo tal astilla*, cuya primera edición, por más señas, está ya agotándose, y en ese tiempo no

ha quedado revista, ni periódico apenas con pretensiones de literario, que no se haya creído en el deber de dar á sus lectores noticia del libro con más ó menos literatura, ni ha quedado escritor que presuma de crítico, que no haya temido la bondad de emitir su opinión acerca de esta obra, desde la ínfima categoría de los comparsas, hasta las primeras partes del teatro racionalista.

Y como quiera que (y esto casi no es necesario decirlo) á toda esa bullidora colmena de sabios la ha gustado la novela del ilustre escritor montañés, casi tanto como cualquier dolor agudo, tampoco es necesario decir que la novela no puede ser mejor, que es excelente, que el autor ha dado en el quid y ha logrado hacer un verdadero libro de batalla, y aún de victoria, si vale la frase.

Y aquí permítaseme alabar á Dios por la mudanza de un crítico, no racionalista, sino católico, y por cierto de erudición vastísima, sin que me atreva yo á asegurar que ande tan arriba como en erudición, en discernimiento. (1)

Enamorado, al parecer, de las formas clásicas, y un si es ó no es hasta del fondo, venía este crítico sosteniendo, á propósito de los libros de Pereda ó de cualesquiera otros libros,

(1) Aludía al señor Menéndez Pelayo, cuya erudición es maravillosa, pero cuya falta de criterio en ésta como en otras materias, es verdaderamente lamentable.

la estrambótica y *non sancta* teoría del cultivo de *el arte por el arte*; es decir, que los escritores, aunque sean como el señor Pereda, y todos los demás artistas, han de hacer sus obras por hacerlas, ó cuando más, por venderlas.

Todavía no va un año desde que el escritor á quien hago referencia escribía con motivo de la novela de Pereda que precedió á la de ahora, del *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, estas terminantes palabras: «Yo no admito que el señor Pereda se haya propuesto en esta novela probar nada,» y daba la razón, añadiendo con cierto desdén entre paréntesis: «Es demasiado artista para eso.»

No es ciertamente ocasión ahora de refutar estas especies, lo uno por haberlas ya refutado con alguna extensión entonces, y lo otro porque el mismo autor de ellas se ha encargado de refutarlas por su cuenta con un artículo reciente, en donde á más de llamar á esta novela «primorosa obra literaria y BUENA OBRA MORAL,» dice luego: «Es lo cierto que de sus novelas (las de Pereda) como de toda obra artística que sea fiel trasunto de la vida humana, se infieren, no una, sino muchas y variadas lecciones. Así, del conflicto religioso que en la novela del señor Pereda estalla, sacará cualquier lector de buen seso, entre otras consecuencias no menos trascendentales, la siguiente...» y pone entre comillas una especie de teorema que

sin ser el principalmente desarrollado en la obra, es sin duda uno de los corolarios que de ella pueden deducirse. Más adelante añade, elogiando la manera cómo el novelista resuelve el conflicto religioso planteado en su obra: «Convertir al impío al fin de la novela hubiera sido echar á perder *la tremenda lección que de toda ella se deduce* y que el doctor Peñarrubia (padre) formula así: «¡Señor, tremenda es tu justicia!»

Por donde se ve claro que el joven y apreciabilísimo escritor ha caído de su burro y tiene la lealtad y franqueza de confesarlo, conociendo que si *humanum est errare, sapientis est mutare consilium*. (1)

Y es tanto más de celebrar el nuevo rumbo del escritor indicado, cuanto que iba ya comenzando á formar escuela.

No há mucho que un biógrafo aturdido, escribiendo en una publicación ilustrada y católica, decía de Paul Feval, en son de alabanza, que nunca se proponía en sus obras resolver problemas ni demostrar doctrinas. Y lo decía con tan poca oportunidad, que casi al mismo tiempo escribía en la segunda parte de sus *Etapas de una conversión* el ilustre convertido estas palabras:

(1) Desgraciadamente, después ha vuelto el Sr. Menéndez Pelayo á defender la teoría del arte por el arte, y á tronar contra las novelas *tendenciosas*. De donde resulta que como crítico no tiene atadero.

«El Sr. Barante, allá en el tiempo en que estaba en boga, quiso desenterrar aquella carcomida sentencia, *scribitur ad narrandum*.... ya puedes figurarte el éxito que tendría entre los que leen saltando páginas..... Yo por mí confieso francamente que si no tuviera nada que probar me callaría. *SCRIBITUR AD PROBANDUM* sería mi divisa si yo mereciese tener una divisa, ó cuando más me permitiría *escribir para narrar*, pero sólo á condición de *narrar para demostrar*.»

Me he detenido quizás demasiado en este punto, porque le considero de suma importancia. Pero vamos al cuento.

II.

En un hermoso lugarcillo de la montaña de Santander llamado Valdecines, vive en compañía de su madre y de una hermana más niña, una joven llamada Agueda, rica en bienes de fortuna, bastante más rica de gracias y perfecciones naturales, y mucho más rica todavía en discreción, talento y virtudes, que hacen incomparable la hermosura de su alma.

En otro lugarcillo no muy distante del anterior vive el doctor Peñarrubia, médico descreído que alcanzó gran fama en la córte, y que poco satisfecho de ésta y de aquélla, que debieron darle más de un disgusto, se ha

retirado á vivir tranquilamente en su pueblo natal, mientras su hijo Fernando, gallardo mozo de clarísimo talento, pero que no ha recibido ninguna educación religiosa, y que por consiguiente milita en las filas más avanzadas de la impiedad materialista y atea, concluye en Madrid, con gran aplauso de los suyos, la carrera de medicina.

Fernando y Agueda se conocieron y se amaron con ese amor tierno, desinteresado y puro, que donde prende una vez ya no se apaga sino con el postrer suspiro de la vida: parecían formados el uno para el otro.

Pero un día doña Marta, la madre de Águeda supo que Fernando era incrédulo re-matado, y le cerró severa y terminantemente las puertas de su casa.

Fernando se volvió á Madrid á continuar sus estudios, harto preocupado con aquella determinación, aunque confiaba en que no había de ser duradera, y en que estando, como estaba, seguro del amor de Águeda, no dejarían al fin de verse logradas sus recíprocas aficiones.

Cae después gravemente enferma la madre de Águeda, y ésta, que ni fía demasiado en el saber de D. Lesmes, pobre charlatán que hace de cirujano en Valdecines, ni da importancia á los cuentos del vulgo sobre las brujerías que se atribuyen al doctor Peñarrubia, conocido con el terrible nombre de *Pateta*, le es-

cribe una carta pidiéndole para su madre los auxilios de la medicina.

El doctor, va en efecto, á visitar á doña Marta, y aquí comienza la narración.

El primer capítulo de la novela es el paso del doctor y de Macabeo, que le ha llevado la carta y le sirve de espolista, por la hoz que hay entre Valdecines y Perojales, durante una tempestad horrorosa.

Los auxilios de la ciencia son ya tardíos; el doctor apenas llega más que á presenciar la cristiana muerte de la madre de Águeda.

Esta se queda sola con su hermana menor, la niña Pilar, y ambas, pero principalmente la primera, tienen que sufrir por unos días bajo la tutela de D. Sotero, administrador que fué de la casa en vida de doña Marta, tan malvado y tan hipócrita, que el diablo no tiene por donde desecharle.

Fernando vuelve de Madrid esperanzado de poder ahora casarse con Águeda, no habiendo ya nadie que legítimamente pueda oponerse á sus mutuos amores, y tiene con ella alguna entrevista; pero Águeda cumple su deber de cristiana con heroico valor, sofoca en su pecho como puede el amor que siente por Fernando, y le prohíbe, igual que su madre, volver á verla mientras no crea y obre como católico.

Lucha Fernando con su amor y con su incredulidad, y en la imposibilidad de vencer

al primero, trata de vencer á la segunda: celebra al efecto una conferencia preliminar con el sabio y virtuoso Párroco de Valdeciñes; mas en esto llegan á sus oídos los rumores de la maledicencia popular excitada por don Sotero (que desea que Águeda se case con un sobrino suyo ó no se case con nadie), propalando que el hijo del doctor quiere hacer la pamema de que se convierte para hacerse dueño del pingüe caudal de Águeda, y con esto y con lo difícil que le parece su conversión, y con lo imposible de vencer sin ella la noble resistencia de Águeda, se le amonтона el juicio y pone término violentamente á su carrera en el mundo.

Tal es así por encima el argumento de esta novela, que narrado de la tan especial manera como Pereda sabe narrar; y adornado de bellísimos é interesantes episodios, forma un libro que, una vez abierto, no se acierta á cerrarle.

Siento en el alma no dedicar un rato á referir sus bellezas; mas ¿cómo lo haría, si para enumerarlas todas me había de faltar tiempo y espacio, y por otra parte no me creo con valor para entresacarlas?

¡Qué descripciones! ¡Qué diálogos! El primer capítulo de la obra, en el que se describe la hoz por donde pasan el doctor y Macabeo en una noche de tempestad, bastaría por sí solo para formar la reputación de un novelista.

Y ¿qué podría decir del diálogo entre Macabeo y Tasia en el capítulo IX? Y ¿qué de la sencillez y de la verdad de aquel otro entre Fernando y la niña Pilar en el jardín de la casa, y de la exquisita ternura de otros varios entre las dos huérfanas, por ejemplo, el del final del capítulo VII? Y en otro estilo, ¿qué cosa más graciosa ni más al vivo pintada que la escarapela de la botica entre el cirujano, el boticario y el maestro?

Sin embargo, donde verdaderamente aparece inimitable Pereda en esta obra, es en los personajes. Hasta los de menor importancia son figuras tan caracterizadas, tan verdaderas y tan interesantes que no puede olvidarse de ellas el que las ha conocido. Don Sotero, aun con ser la figura menos real, es una terrible encarnación de la avaricia que, consentida en principio y halagada, llega á embotar hasta un punto increíble la sensibilidad de la conciencia. El animalejo de su sobrino está perfectamente concebido y dibujado, y Macabeo es una joya artística. Á don Lesmes el cirujano, natural de Vitigudino, se le ve hablar y gesticular, y hasta el metal de su voz cree uno estar oyendo. Los Peñarrubias, padre é hijo, son tipos de primer orden.

Pero el gran carácter de esta novela es Águeda, y el mejor de cuantos ha creado Pereda con haberlos hecho tan buenos. Mo-

delo acabado de la doncella cristiana, dotada de un corazón noble, apasionado y sensible, ama con todo su corazón, pero subordina á la razón sus afectos, somete su corazón á su conciencia, y cumple su deber como si fuera la cosa más fácil y natural del mundo, con verdadero valor cristiano. La poderosa sencillez de sus razonamientos es tal, que el mismo Fernando, contra cuya aspiración los emplea, incrédulo y todo como es y apasionado como está, reconoce que no son hijos del fanatismo, sino que su resistencia es razonada, persuasiva y heroica, puesto que en la lucha arriesga Agueda lo mismo que él, y no la arredra el peligro ni la detienen humanas contemplaciones.

Agueda personifica la santa intransigencia católica que, en cuanto se toca al honor de Dios, se cierra á la banda, así se atraviesen en la contienda todos los intereses y todos los afectos del mundo; y la novela en que Agueda es la protagonista es un himno á esa santa intransigencia de que maldicen los malos y de que se avergüenzan algunos buenos, que también son malos, aunque tengan la ridícula candidez de creer que son buenos.

Agueda es de la madera de los mártires, y si hubiera vivido en tiempo de persecución religiosa á mano armada, hubiera muerto indudablemente en la hoguera ó en el circo: porque no se necesita en verdad menos he-

roismo que para dar la vida de una vez al fuego ó á las fieras ó al filo de la espada, para darla lentamente gota á gota, esprimiendo entre amarguras y tristezas el corazón contrariado. Y Agueda ofrece á Dios su vida de esta manera cuando, convencida del estado tristísimo y desgarrador en que se encuentra el entendimiento del hombre á quien ama, y de lo difícil y casi imposible de lograr ya lo que ella ha creído su felicidad en la tierra, derrama su corazón delante de Dios en esta oración hermosísima:—«¡Señor y Redentor mío, inspírale! ¡Envía á su corazón una chispa de tu gracia! ¡Que crea y se salve, aunque yo le pierda! Y si el peso de sus errores ha de vencerle, que no me falten las fuerzas para llevar con resignación la cruz de mi desventura...»

III

El mejor elogio de la novela de que vengo tratando, y la más autorizada confirmación, á la vez, de los que dejo hechos por mi cuenta, es la dureza y el furor desplegados contra ella por la crítica racionalista.

Ya indiqué arriba que apenas quedaba periódico que no la hubiera anunciado con frases más ó menos hostiles, ni crítico de alguna fama que no hubiera echado sobre ella

toda la bilis literaria almacenada en su libre-pensamiento. En la imposibilidad de hacer mención de todos, haréla no más de los menos fanáticos, que se han dignado ¡oh generosidad! ponderar la novela por su forma, al condenarla unánimes por reaccionaria y defensora de la intolerancia.

El autor de un artículo publicado en *El Demócrata*, acusa al libro de pesimista sin más razón para ello, á lo que se me alcanza, que el que no pasen allí las cosas á la medida de los humanos deseos y á gusto del mundo, y hasta llega á negar á la novela la condición de tal, porque «al carácter humano de todos los afectos resisten presiones exteriores, que son las únicas que dificultan la solución del conflicto.»

¡Presiones exteriores! Y ¿qué entiende el articulista por presiones exteriores? ¿La fe de Agueda tal vez? ¿La ley de Dios acaso? ¿La gracia divina suavemente moviendo, pero dejando obrar libremente á la voluntad humana? ¿La misma voluntad humana separándose libremente de la ley divina, ó sometándose libremente á ella?

Pues estas son las causas que concurren en la obra de Pereda á la creación y á la solución del conflicto.

Por eso hay verdadero conflicto, verdadera acción, verdadera lucha.

Porque ni la fe, ni la gracia matan los

afectos del corazón: cuando más, los subyugan, pero los subyugan luchando.

Y de aquí la inmensa superioridad de la literatura cristiana en comparación con las literaturas antiguas, porque ha utilizado el interesante y variado ejercicio del libre albedrío del hombre, ora rindiéndose á la gracia, ora resistiéndola, ora triunfando de la tentación con el auxilio de la gracia, ora desperdiciando este auxilio y sucumbiendo á la tentación, en lugar de la fría y monótona fatalidad del paganismo.

Decir luego que la Religión «es hermosa cuando une, y cruel y horrible cuando separa,» es una vulgaridad progresista; porque ni la Religión, ni nadie, puede unir la luz con las tinieblas; y hacer unión donde no hay para ella términos hábiles, es hacer la más lamentable de las confusiones.

Lo mismo que decir que «el problema de la intolerancia ó se aborda con valentía, ó resulta fríamente ortodoxo y descarnado de elementos estéticos.»

No parece sino que el articulista ha trocado los frenos y ha escrito esas frases en lugar de escribir estas otras, es á saber: que el problema de la intolerancia, ó se aborda con valentía, como el Sr. Pereda le ha abordado, ó resulta fríamente heterodoxo y descarnado de elementos estéticos, como en la obra á que manifestamente alude el articulista.

Mas lo que tiene muchísima gracia es la peregrina ocurrencia de este crítico, cuando á propósito de la educación del hijo del doctor Peñarrubia, pregunta todo escandalizado al señor Pereda si «no le repugna el espectáculo *increíble* de un padre que arranca á su hijo las ilusiones de la creencia en la edad en que más él *necesita creer para seguir viviendo bien y honradamente.*»

Donde aparte de eso de las *ilusiones*, hay la confesión, chistosa en un racionalista, de que, sin creer, no se puede ser bueno y honrado.

¿Y esto, habrá dicho para sí el Sr. Pereda, me lo pregunta un partidario decidido de los gobiernos, llamémosles así, que suprimieron el Catecismo en las escuelas? ¡A qué extremos conducen la pasión... y la ignorancia!

El periódico titulado *El Liberal* ha publicado también sobre esta novela su correspondiente artículo.

El autor de él, después de disertar un poco acerca de las grandes condiciones y facultades de Pereda como novelista, se lamenta amargamente de que todas sus obras «las inspire un espíritu reaccionario é intransigente,» sin lo cual «resultarían, á su entender, más acabadas y *plausibles.*»

Relata luego á su manera el argumento, hace después, igual que el crítico anterior y lo mismo que el subsiguiente, la obligada

comparación entre esta novela y *Gloria*, y continúa fluctuando entre su natural rectitud, que le lleva á reconocer que la obra está «primorosamente escrita,» que tiene «cuadros de luz esplendorosa y brillante» y tipos «admirablemente retratados», y el espíritu de secta, que le hace hallar en el libro falta de interés, de pasiones, de grandes caracteres y hasta de verdad artística.

Todo para concluir con estas sentenciosas frases:

«En *Gloria*, el amor triunfa de la intransigencia religiosa; en *Agueda* puede más la fé que el amor. (*¡Inde irae!*) El Sr. Pereda ha hecho un buen libro, pero no ha logrado su propósito. Quiso, inútilmente, que *Agueda* fuese el reverso de la medalla de *Gloria*, porque *Gloria* no tiene reverso.»

Lo que no tiene es anverso, como tendré el honor de demostrar algun día.

IV.

Bien quisiera poder trasladar aquí literalmente las alabanzas que *De tal palo tal astilla* arranca al crítico de *El Imparcial*, que es, de entre todos, el que aborda el asunto con más pretensiones de erudito.

Pero es imposible; haría este artículo interminable.

«Paisajes hermosos con tanta luz como los de Claudio Lorena, con tanta verdad y sabia composición como los del Pussin», «la natural sencillez de un diálogo de Timoneda», «la dulzura melancólica de una égloga de Garcilaso», «cuadros de costumbres de la aldea comparables sólo á lo mejor que en este género pueda haberse escrito.» «una conferencia digna de cualquier médico de aquellos que inmortalizó Molière», seguridad de «que no cabe más arte en la descripción del país y de las costumbres...» Todo esto y mucho más que dice, desleído en una columna de letra pequeña y apretada, ha encontrado el crítico de *El Imparcial* en la novela del Sr. Pereda.

Mas ¡oh dolor!... es decir, ¡oh ventura!... porque realmente, ¿de qué le servirían á mi querido amigo Pereda todos estos elogios por más que sean desinteresados é imparciales?

El verdadero elogio y el más apetecible y estimable viene ahora.

Después de todas esas alabanzas, resulta que al crítico de *El Imparcial* le parece muy mala, detestable la novela de Pereda. Por parecerle mala, hasta le parece peor que *Don Gonzalo*, que, dicho sea para satisfacción del autor, tampoco le pareció buena.

Y las razones, si así puede llamárselas, son: «Porque el Sr. Pereda ha querido dar su opinión sobre el conflicto religioso», «porque ha

hecho una novela *tendenciosa* de esas que demuestran ó poco menos lo que al autor se le ha metido en la cabeza que es la verdad, aunque no lo sea», porque «el Sr. Pereda mejoraría sus obras si en ellas prescindiese de mezclar lo humano con lo divino y no se acordase de que había en el mundo positivismo, Ateneo ni facultad de medicina», y en suma, porque «*De tal palo tal astilla* cojea del mismo pie que *D. Gonzalo González de la Gonzalera*, pero cojea mucho más.» Lo cual en cristiano viejo quiere decir que *De tal palo tal astilla* es todavía mejor que *Don Gonzalo*.

«Como á mí me gustan las cosas claras, continúa el crítico de *El Imparcial*, digo que el Sr. Pereda ha querido darnos la triaca del veneno (aquí vuelve *Gloria*) que el Sr. Galdós nos propinó con su *Gloria*... Es *De tal palo tal astilla*, una *Contra-Gloria*... *Contra-Gloria* se llama Águeda, y es en resumen una fórmula algebráica de la más vulgar mojigatería...» Y de aquí para adelante, el sapiente escritor, como dejase ya agotado el diccionario de los elogios, se entretiene en apurar el de los dicterios.

Pero vamos á cuentas: el crítico de *El Imparcial* dice, con todos los demás críticos racionalistas, que *De tal palo tal astilla* es una novela mala por ser una novela *tendenciosa*, y sin embargo confiesan esos críticos que *Gloria*, que para ellos es una novela excelen-

te se propone probar *esto ó lo otro*, es decir, que también es una novela tendenciosa; luego lo que al crítico de *El Imparcial* y á todos los críticos racionalistas les parece mal en la novela *De tal palo tal astilla* no es el que sea una novela *tendenciosa*, sino que su tendencia sea buena, es decir, el que sea una novela católica.

De suerte, que con decirlo así por lo claro, se ahorran todos estos críticos tanta palabrería y tantos rodeos para venir á parar en que Águeda, la discreta y simpática y bellísima protagonista, es para ellos «sosa como una calabaza», porque no sabe á protestantismo.

De esta laya es todo lo que queda del artículo de *El Imparcial*: amontonar injurias contra Águeda y contra el novelista que ha creado á Águeda; decir de ella que es una mujer tan soberbia, tan desabrida y tan sin caridad, que no merece que la quiera ningún hombre, cuando aparte de su fe y de su clarísimo talento, es toda humildad, toda sensibilidad y toda ternura; quejarse de que dos novelistas *neos* no representen jamás el libre examen en hombres que crean en Dios y en la otra vida, sino en librepensadores de brocha gorda; decir diatribas mal encubiertas contra los milagros; llamar á los magníficos diálogos entre Águeda y Fernando *puerilidades pseudo-religiosas*, y repetir y volver á re-

petir todo esto, como si á fuerza de repetir muchas veces las mentiras se tornaran verdades.

«En suma, dice el crítico racionalista de *El Imparcial*, el Sr. Pereda ha escrito una novela monótona, fría, inverosímil, por seguir las huellas de escritores que tampoco han dado en el clavo (estos son Alarcón y Valera;) y por oponerse á otros (este es Galdós: ¡fuera sombreros!) que viven en *regiones* á que no debe aspirar el autor de *Don Gonzalo*.»

¡Ah! Esas regiones supongo yo que serán las logias; porque allí es donde se le ha decretado á Galdós una reputación de novelista sin saber escribir ni aun medianamente el castellano.

Pereda es un «artista admirable» y «no cabe más arte» que el de Pereda, según dice el crítico de *El Imparcial*; pero realmente no debe aspirar á las regiones en que se fraguan los esperpentos como *Gloria*, cuya menor desgracia no es ciertamente la de merecer la aprobación absoluta del crítico de *El Imparcial* y de todos los críticos *ejusdem furis*.[®]

V.

En suma, digo yo, *De tal palo tal astilla* es una novela trascendental y bellísima por la in-

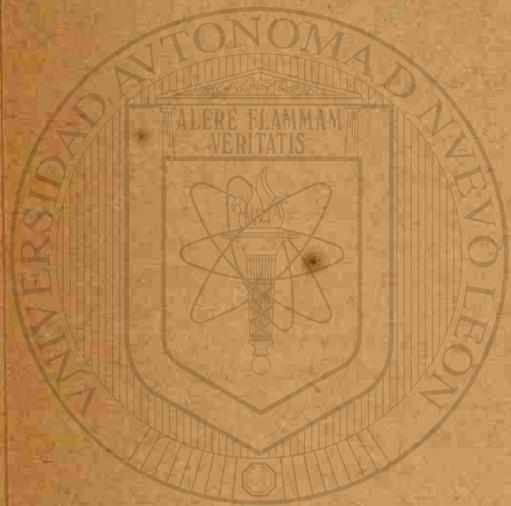
tención y por la manera admirable como está hecha, ó dígase por el fondo y por la forma.

Lo único que en ella no me gusta es el capítulo XXI, que considero un tanto peligroso y que si el Sr. Pereda me hiciera caso, suprimiría en la segunda edición, sustituyéndole con una sencilla noticia del consejo diabólico que da D. Sotero á su sobrino.

Por lo demás, repito que las críticas agrias y destempladas de los racionalistas, son la prueba más clara y más ineludible de que el señor Pereda ha puesto con su novela el dedo en la llaga, de que ha dado en lo vivo, pues de lo contrario no escocería como escuece.

Y en efecto, su novela tiene importancia religiosa y social como ninguna. Porque no es sólo contra los librepensadores y los indiferentistas, encomiadores fanáticos de la transigencia de *Gloria*, sino también contra el positivismo y la tontería de muchas hijas y muchas madres que se dicen católicas, y que en cuestión de matrimonio entran con todas como la romana del diablo, contra quien hay que presentar el tipo de Agueda, el tipo de la mujer católica de verdad, que piensa en lo que debe á Dios, en lo que se debe á sí misma y en lo que debe á sus hijos, si á Dios pluguiere dárselos. Contra esas madres y esas hijas, de las que ya en su tiempo decía el P. Martínez de la Parra, en su libro titulado *Luz de verdades católicas*: «Sepa ganar dineros

(el novio) y aún quizá hurtarles, y concluyése; aunque él sea un mal hombre, y aunque se dude por sus acciones si es cristiano»; contra esas es contra quien hay que predicar que, según los Divinos Oráculos *no hay paz con los impíos*, y que hay que *buscar lo primero el reino de Dios y su justicia*, y que *todo es vanidad fuera de amar á Dios y servirle*, y que *de nada le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FRA-DIAVOLO.

(ARTÍCULO DE POCO MÁS Ó MENOS.)

(1881)

Si no la invención, porque está sacado del natural, por lo menos el primer apunte conocido de este personaje, me pertenece.

Recuerdo que le exhibí por primera vez una tarde á media luz en las columnas de *El Siglo Futuro*, con ocasión de sacar á relucir algunos abusos del ramo de Correos, y le gustó tanto á *El Imparcial*, que quiso reproducirle ampliado en su primer fondo al otro día por la mañana. Mas como no le había visto sino á media luz, no conservó con fidelidad sus rasgos todos, y equivocó muchísimos detalles.

Así es, que el retrato de *El Imparcial*, aunque bastante parecido, no salió perfecto. Y no hay más remedio que volver á retratar á *Fra-diavolo*.

Fra-diavolo es el cacique liberal-conservador de un partido rural cualquiera.

El Imparcial dijo que *Fra-diavolo* era

sastre y procurador, y en esto padeció una confusión, hija sin duda de la media luz en que vió el boceto. *Fra-diavolo* no es sastre, es casi siempre abogado; si bien es verdad que lo mismo podía ser sastre, y que si no ha sido nunca sastre así como suena, ha sido siempre lo que se llama un buen sastre.

Quedamos en que *Fra-diavolo* no es sastre ni procurador.

Fra-diavolo, por sí, no es más que abogado en ejercicio, registrador de la propiedad, contratista de abastos, labrador, molinero y patrón de casa de huéspedes.

Pero tiene gente de suyo para ser todas las demás cosas que hay que ser en un pueblo cabeza de partido. Un hermano, por ejemplo, puede ser administrador de Estancadas, jefe de los estanqueros... aéreos, ó que si no son aéreos todavía, pueden llegar á serlo con el tiempo, si se les escamotean los premios reglamentarios.

También se dan casos de haber un cuñado que sea secretario de Ayuntamiento, bajo cuya jurisdicción cae todo bicho viviente por fas ó por nefas, casi siempre por nefas, porque el que no paga contribución territorial paga matrícula, cosas una y otra que así pueden disminuirse como aumentarse.

A más de que bien sabidas son las universales atribuciones de estos funcionarios.

No es raro tampoco que en la misma casa

de *Fra-diavolo*, que para algo es casa de huéspedes, sea uno de estos el juez de primera instancia del partido. «Pleito bueno ó malo, el escribano de tu mano,» dice el refrán; pero *Fra-diavolo* va más allá que los refranes, y, sin perjuicio de tener un escribano amigo, tiene á pupilo al juez, y de esta manera, cuando *Fra-diavolo* defiende algún pleito, ó cuando *Fra-diavolo* está procesado (que también se dan casos de estar procesado *Fra-diavolo*) tiene mucho más de lo que en punto á pleitos exige el refrán susodicho.

Y por último, *Fra-diavolo* tiene también á su disposición un sastre (ahora viene el sastre con quien confundió á *Fra-diavolo* *El Imparcial*) sastre y procurador habilitado, y á ratos mesonero y hasta síndico del Ayuntamiento, sin perjuicio de ser administrador de correos por añadidura.

Este es uno de los más importantes auxiliares del cacique, y quizás el que más ventajas y utilidades le proporciona; porque, si como procurador habilitado, que funciona contra lo taxativamente preceptuado en reciente real orden, puede prestarle muy buenos servicios en los malos negocios, y todo sin comerlo ni beberlo, que es como si dijéramos sin saber leer ni escribir, también como síndico puede ser un poderoso elemento de prosperidad en la secretaría.

Y luego, como administrador de Correos,

confunde la correspondencia con el sayal y la corta por donde quiere, entregando la que no le da la gana de abrir, y decomisando en beneficio de su señor toda carta ó periódico sospechoso.

Amén, por supuesto, de otra ventaja no menor, cual es la de que, estando ocupado en todas estas cosas, no puede echarle á perder como sastre ningún gabán ni cosa por el estilo.

¿Puede darse una organización más completa?

Ríanse ustedes de los califatos de tierra de Mahoma y de las satrapías de la India. No hay un sátrapa en toda la tierra que sea tan sátrapa como *Fra-diavolo*; y eso que parece tonto, y además lo es.

Como abogado trabaja poco y mal, por supuesto; pero pleito que él defienda no se pierde nunca.

Por varias razones.

La primera, porque los malos pleitos son comúnmente los que se ganan, y los que él defiende, dicho se está que han de ser los peores.

La segunda, por el refrán aquel del escribano, refrán que *Fra-diavolo* hace extensivo al juez, á quien también suele tener de su mano como queda dicho. Tan de su mano, que se han dado casos de que el juez le haya pedido por favor que le dictara la sentencia

en algún pleito por él defendido, y de que él, *Fra-diavolo*, por su excesiva amabilidad, no haya tenido cara para negarse.

La tercera, porque aún cuando la Audiencia pudiera revocar estos fallos dictados por el abogado defensor, ya cuida *Fra-diavolo* de hacer caer por allí, como de casualidad, unas cuantas cartas del diputado cunero, su protegido, y sin que estas cartas ejerzan presión en los magistrados que han de fallar, les pintan las cosas de una manera que casi no pueden menos de fallar confirmando la resolución *fra-diabólica*.

Como Registrador de la propiedad, *Fra-diavolo* puede tener los libros hechos una lástima, ó hechos un embrollo, que aquí viene á ser lo mismo; pero no hay miedo que vaya por allí la visita á darle, cuando menos, un susto, porque ya el diputado cunero, su protegido, cuidará de espantarla y de conjurarla, y de mandarla ir por donde menos daño haga, como á las nubes.

Verdad es que una vez ya estuvo procesado por no haber ingresado en la administración unos derechos de traslación de dominio, y aún es verdad que el caso llegó á ponerse serio; pero de la noche á la mañana dieron vuelta las cosas, y todo se arregló satisfactoriamente, si no para la justicia, para *Fra-diavolo*.

Como político, *Fra-diavolo* es un modelo de

consecuencia, por más que algunos le llamen el judío errante de la política. Antes de la revolución de Septiembre no había sido más que progresista, unionista y moderado; progresista en el bienio, unionista en el quinquenio, y moderado y unionista, y otra vez moderado en las alternativas políticas de los cinco años anteriores al 68.

¿Qué menos había de ser?

Cuando supo el triunfo de la Revolución de Setiembre, gritó *viva la libertad!* por de pronto, porque aquel grito no podía ser malo, y se quedó á ver venir las cosas. Vino Amadeo, y mandó tocar las campanas. Se marchó Amadeo, y las mandó tocar también. La república no le hizo caso, y se dedicó á hacer mimos á los carlistas, que no le hicieron caso tampoco.

Pero llegaron los conservadores, y con los conservadores ha estado como el pez en el agua.

Casi tan á gusto como estaría hoy con los constitucionales, si los constitucionales no le hubieran dado con la puerta en los hocicos.

El administrador de Estancadas, que también pertenece á la familia *fra-diabluna*, también puede ser procesado por estafas á los estanqueros (*aéreos*) ó por falsificarles las firmas, ó por desacato al gobernador civil, ó por cualquier otra causa; pero con aquello del refrán susodicho, y con otros refranes de no menor eficacia todo se arregla.

Y si otro día se queja algún señor forastero de que los cigarros de cinco céntimos se vendan á diez en el distrito de *Fra-diavolo*, también esto se oye como quien oye llover, y también se arregla.

Y si el administrador no paga las libranzas á los que no votan á su gusto en las elecciones, á no ser con un fuerte descuento, pretestando no haber recibido el aviso, el registrador, por su parte, pone todas las trabas é inconvenientes necesarios, y algunos más, á las inscripciones solicitadas por los que no votan *para él*, y vamos andando.

Como molinero, *Fra-diavolo* no tiene más pretensiones que la de derribar otro molino que le hace sombra, y para derribarle intriga en el Gobierno civil y en el ministerio de Fomento. Y si antes de dictar resolución definitiva se pide que informe el pueblo sobre la conveniencia de derribar ó no el otro molino, es decir, sobre la verdad ó falsedad de los perjuicios generales alegados por *Fra-diavolo*, entonces *Fra-diavolo*, repartiendo promesas y empleillos de alguacil ó de peatón, trata de inducir á los vecinos á que declaren bien, es decir, mal, en la cuestión del molino.

Todo sin perjuicio de amenazar á cada paso, es decir, á cada elección, con el procedimiento ejecutivo, á los que le deben dinero de lo que tiene por allí prestado á usuras.

Aparte de todo esto y de otras menuden-

cias que no son para referidas de prisa, *Fra-diavolo* suele ser una buena persona, capaz, si á mano viene, de llevar cirio en las procesiones.

Este es *Fra-diavolo*.

Considérese ahora que hay un *Fra-diavolo* en cada distrito, donde no hay dos, y dígame si la hacen falta inundaciones ni canovistas ni otras calamidades á esta pobre patria nuestra para ser infeliz del todo.

FRÍO EXTRA-OFICIAL.

(RECUERDOS DE VIAJE.)

El primer oficio que había de estar prohibido, si hubiera gobierno, es el de componer calendarios.

Porque los tales calendarios, con capa de inocentes, suelen ser los libros más perniciosos del mundo.

Cuéntase de un infeliz que, por fiarse del calendario, fué á una feria, andando para ello diez ó doce leguas, y se encontró con que hacía ya quince años que no se celebraba.

Y también se cuenta, ó por lo menos se va á contar ahora, de otro que ha pasado, por culpa del calendario, un frío terrible.

La escena se desarrollaba en un vagón de primera clase, marcado con las iniciales A. G. L.

¿Ustedes saben lo que quiere decir esta marca?

Difícilmente; porque si siempre las cifras han sido de suyo malas de entender, cuando

detrás de ellas hay una tontería, se entienden menos.

En fin, si ustedes no lo entienden, se lo diré yo, y es lo mismo.

A. G. L. quiere decir *Asturias, Galicia y León*, que es como llaman ahora al antiguo ferrocarril del Noroeste.

Por cierto, que al bautizador le debió de quedar muy descansado el entendimiento.

Probablemente sería algún académico de la lengua, de los que promiscuan y son, á la vez que académicos de la lengua, académicos de ferrocarriles, ó consejeros, que tanto vale.

Porque convendrán ustedes conmigo en que llamar, aquí en Madrid, al ferrocarril del Noroeste, ferrocarril de *Asturias, Galicia y León*, es una tontería que sólo á un académico de la lengua puede ocurrírsele.

Dado que los académicos son aquí hasta ahora los únicos, á Dios gracias, que invierten por sistema el orden de las cosas.

Un dependiente de una fábrica de encajes que salga de Madrid para Francia por la estación del Norte, si le preguntan ustedes á dónde va, no les dirá á ustedes que á Irún, á Burgos y á Valladolid, sino viceversa; y un contratista de patatas para una fábrica de alcoholes, que salga de aquí para Aragón, tampoco responderá al que le pregunte por su viaje, que va á Huesca y á Zaragoza, sino á Zaragoza y á Huesca.

De seguro.

Y sin embargo, la Compañía ferroviaria del Norte y el Gobierno, le dicen á todo el que viaja por las líneas de Palencia á la Coruña ó de León á Gijón, que va á *Asturias, Galicia y León*; es decir, á León lo último, cuando es lo primero que se encuentra.

Dícese que esa nueva nomenclatura del ferrocarril del Noroeste, está puesta por orden alfabético; mas la verdad es que, en materia de rótulos de ferrocarriles, el orden alfabético, tiene mucho menos entronque con la razón que los académicos con las patatas.

Pero dejemos á los académicos y demás gente indocta que sigan diciendo ferrocarril de *Asturias, Galicia y León*, en lugar de decir de *León, Asturias y Galicia*, que es como mandan decir el sentido común y la lógica. Al fin y al cabo nada ó casi nada tiene esto que ver con el frío, que en la noche del 19 al 20 del pasado Octubre, recordarán ustedes, ó no lo recordarán, pero recuerdo yo que era horroroso.

Aunque extraoficial por supuesto.

Es decir, que como el calendario, en lugar de marcar el 15 de Diciembre ó siquiera el 2 ó el 3 de Noviembre, no marcaba todavía más que el 19 de Octubre, y el frío oficial ó reglamentario no comienza en España hasta el día de Todos los Santos, no había caloríferos.

En España somos así.

Lo reglamentamos todo, absolutamente todo, hasta los cambios atmosféricos. ¡Y todavía tenemos fama de desarreglados!

Verdad es que luego no solemos observar los reglamentos; pero como haya alguna disposición que sea completamente disparatada, esa no la quebrantamos casi nunca.

Ponemos á los agentes de O. P. (estas cifras no quieren decir Oliver Palo), una esclavina de hule, por cierto que están con ella monísimos, y se la ponemos, por ejemplo, digo, por paraguas, desde el 1.º de Abril al 30 de Setiembre.

Les ponemos asimismo un capote, y se le ponemos, por ejemplo, es decir, por abrigo, desde el 1.º de Octubre al 30 de Marzo.

Después hará frío en Abril y no lloverá, pero no importa; el agente de O. P. tendrá esclavina y no tendrá capote.

Lloverá y hará calor en días de Octubre 6 de Marzo, y el agente de O. P. tendrá capote y no tendrá esclavina.

Lo mismo pasa en los ferrocarriles.

Hemos determinado que el frío oficial comience el 1.º de Noviembre, y dure, verbigracia, hasta el 31 de Marzo.

Helará y nevará en los últimos días de Octubre, ó en los primeros, que de todo se dan casos; hará frío, eso sí, muchísimo frío, pero será un frío antireglamentario, un frío furtivo, como si dijéramos.

Contra el cual no habrá estufas; pero habrá el derecho de decir que no es legal, y que se ha presentado indebidamente.

No diré que el frío del 19 de Octubre no fuera extraoficial y aún de contrabando; lo que sí digo es que era grande.

Y para que del todo lo fuera, venía conmigo un empleado de la compañía, bastante feo y un poco sordo, destinado naturalmente á la sección de reclamaciones, el cual en todas las paradas abría la portezuela para saludar y ofrecerse á los empleados subalternos.

Con lo cual el coche se enfriaba cada vez más y la estancia en él era cada vez más insoportable.

Si no llega á faltar el calendario, no sé lo que hubiera sido de nosotros.

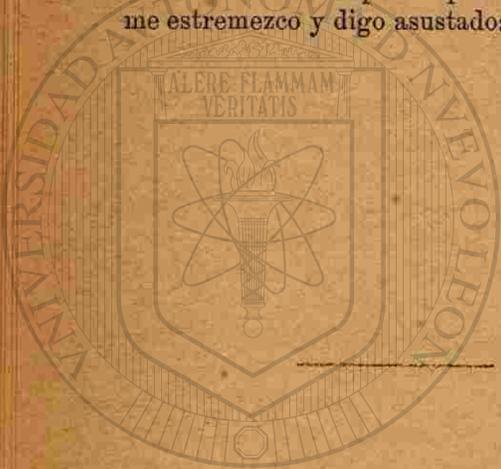
Afortunadamente, el jefe de la estación de Valladolid, á quien no tengo el gusto de conocer más que para servirle, y cuyo nombre desearía saber, para darle aquí un aplauso *nominativo*, no tenía calendario, que es lo mejor que le puede suceder á cualquiera, ó si le tenía, no le hacía caso, que es lo que deben hacer los que le tienen; y como conociera que hacía mucho frío, no queriendo saber en qué día vivía, mandó calentar agua para los caloríferos, y el llegar el tren allí, nos los puso.

¡Dios se lo pague!

A no ser por él, quizá no estuvieran ustedes leyendo estas notas.

Porque la cosa iba ya tan mal, que hoy todavía, y eso que hace sol,

Cum subit illius tristissima noctis imago,
al recordar la estampa de aquella noche triste,
me estremezco y digo asustado: ¡qué frío!



IGNORANCIAS NEAS.

(1886)

No hay gente más ignorante que los neos. Ni más presumida tampoco.

Demonstratur...

Pero antes de hacer la demostración, que es facilísima, hay que advertir que los neos no son los carlistas, como se cree comúnmente.

El antiguo partido carlista, en el cual hay hombres de poca y de mucha instrucción, de poco y de mucho talento, como los hay en todas partes, siempre ha sido por su consecuencia y su constancia un partido digno del respeto de sus adversarios.

Los neos son otra cosa. Los neos son entre los carlistas la moneda falsa (1).

Hecha esta advertencia, que me pareció necesaria para dejar la verdad en su lugar,

(1) Posteriormente, los neos á quienes se aludía en este artículo, desertaron casi todos con gran estrépito del campo carlista capitaneados por Ramoncito Nocedal que perdió los estribos, porque D. Carlos no le quiso nombrar jefe del partido en sustitución de su padre. Hoy hacen de católicos á la exclusiva con el pomposo y ridículo nombre de *integristas*.

que no es ciertamente el lugar de los neos, vamos adelante.

Es cosa averiguada que en cuanto un periódico neo publica un disparate, lo cual sucede con harta frecuencia, todos los demás de la cofradía le reproducen. Especialmente si el primero que ha publicado el disparate es *El Siglo Futuro*, ó si habiendo sido otro el primero, ha reproducido el disparate *El Siglo Futuro*, la reproducción se hace luego en los demás periódicos de la secta inmediatamente y como por encanto.

Que diga *El Siglo Futuro* que París es la corte de Portugal, ó que la infusión de uñas de usurero hace nacer el pelo á los calvos, y se verá cómo lo repiten todos los periódicos neos al otro día por la mañana. Todos; lo mismo el que en Santander se llama *La Verdad* por antifrasis, como el que los insustanciales neos bilbainos llaman *El Vasco*, como el que los de Zaragoza llaman *El Intransigente*, como el que unos arbolarios de Asturias llaman *La Cruz de la Victoria*.

Cosa de dos meses hará que, con motivo de haber sido nombrado obispo de León el Sr. Gómez Salazar, hermano del señor obispo de Málaga, que por entonces fué á su vez nombrado arzobispo de Burgos, se le ocurrió decir á un periódico neo de la antigua capital de Castilla la Vieja, palabra más ó menos, lo siguiente:

«La circunstancia de ser dos hermanos obispos á un mismo tiempo, como lo van á ser los señores obispo de León y arzobispo de Burgos, no se ha dado en la historia de España, más que otra vez en los tiempos de San Isidoro y San Leandro, hermanos, que fueron también obispos al mismo tiempo, uno de León y otro de Toledo. Siendo de notar además ahora, que el obispo de León va á ser sufragáneo de su hermano el de Burgos.»

Excusado es decir que apenas el aludido papel burgalés soltó el desatino, casi todos los periódicos de la secta se apresuraron á copiarle; unos para demostrar que se puede repetir fielmente, como repite su papel cualquier comediante, un trozo de la Historia Eclesiástica de Rhorbacher, venga ó no venga á cuento, y no saber una palabra de historia; otros para dar á entender que se puede presumir de anticuario y ser un mamarracho; y así sucesivamente.

Y esta es la hora en que no ha habido un neo que rectifique en forma aquella sarta de desatinos.

Pues bien, ilustre recua de ilustradores del pueblo; no hay en todo eso ni una palabra de verdad.

Ni es verdad que no se haya dado en España muchas veces el caso de ser dos hermanos obispos, como lo fueron, sin ir más lejos, á fines del siglo pasado y principios del

presente los hermanos Cuadrillero, uno de León y otro de una diócesis de Galicia, y los hermanos Lorenzana, uno de Toledo y otro de Gerona; ni los hermanos San Leandro y San Isidoro, fueron obispos á la vez, ni ninguno de los dos fué obispo de León, ni de Toledo, ni hay nada que no sea desatino en esa afortunada cita de Historia Eclesiástica.

Afortunada por lo mucho que ha circulado y por lo bien acogida que ha sido del infinito número de los ne...os, pues por cualquier otro concepto, no ha podido ser más desgraciada.

San Leandro y San Isidoro fueron hermanos y fueron obispos; pero lo fueron ambos de Sevilla, y por consiguiente, no pudieron serlo á la vez, sino sucesivamente, sucediendo San Isidoro á San Leandro.

Ninguno de los dos tuvo más relación con la diócesis de Toledo, que la de haber presidido allí algún concilio, como tampoco tienen otra con la de León, que la de hallarse allí el cuerpo de San Isidoro, en la colegiata que lleva su nombre y que vulgarmente se llama *San Isidro*, no en la catedral, como ha dicho otro periódico neo de Andalucía que tocó este detalle.

¿No es verdad que es enorme la ignorancia de todos estos rivales del maestro Ciruela?

Pues esto es el pan nuestro de cada día, como suele decirse.

Aún no hace dos meses que en un folletín semanal que publica el repetido periódico neoburgalés, dirigido por el lectoral de aquella metropolitana, que según parece, se llama el señor Metóla, apareció un artículo titulado *La matanza de los dominicos de Madrid*, y en el tal artículo había un párrafo que decía: «El padre fray José Fernández Narayo, natural de Medinaceli (Guadalajara)...» cuando es sabido que Medinaceli pertenece á la provincia de Soria.

En este mismo año, apareció también al pie de un grabado de un periódico neo, que se publica en Barcelona con el risible título de *La Hormiga de Oro*, el rótulo siguiente: «LA CATEDRAL DE SIENA», en lugar de SENA, que es como se llama en castellano á la patria de Santa Catalina. Pero el neo ilustrador habría visto *Siene* en algún periódico francés, y no hizo más que mudar la *e* en *a*, tan campante.

Pocos días hace que salió *El Siglo Futuro* encabezando un articulito traducido del francés con estas palabras:

«Monseñor Lachat, antiguo obispo de Bale (Suiza), en la actualidad arzobispo de Damientan», etc.; y un poco más adelante decía que hay sacerdotes *que absuelven al ciego*, en lugar de «absuelven á ciegos», y como si absolver *al ciego* fuera un pecado.

Verdad es que ésta ya es costumbre añeja

en *El Siglo Futuro*, que ha traducido las *pequeñas hermanas* de los pobres por las *hermanitas*, y, lo que es más grave, *versos* por *gusanos*. Pero lo notable del caso presente es que casi todos los periódicos neos han reproducido el articulejo de *El Siglo Futuro*, y, hemos tenido cuidado de leerlos, como no sea uno de Vitoria, que ha enmendado los disparates poniendo en lugar de *Bale*, Basilea, y en lugar *al ciego*, á ciegas, todos han reproducido el *al ciego* y el *Bale*.

Y cuenta que todos estos disparates son sobre asuntos eclesiásticos; por lo que naturalmente ocurre preguntar: ¿Si tal y tan bien desbarran los neos hablando de cosas de la Iglesia, qué harán cuando hablen de otros asuntos? Ó de otra manera: ¿De qué entenderán estos neos, si no entienden ni una palabra de lo que de ordinario traen entre manos?

De nada. Ni les hace falta por lo visto.

Porque los neos que á sí propios se llaman *hormigas*, y aún otros que no se lo llaman, profesan en materia de periódicos, la misma teoría que en materia de retablos profesaba Maese Pedro: Llene yo mi talego... etcétera.

UN CUARTO Á ESPADAS.

(1884)

—

Con la sencilla operación mental de poner, donde dice espadas, conocimientos populares, quedará ya el discreto lector suficientemente advertido de que no va á encontrar por aquí abajo más que algunas observaciones sobre eso que con frase inglesa, más ó menos difícil de traducir en castellano, pero no intraducible, han dado en llamar *Folk-lore*.

Observaciones que, aunque ligeras y desnudas de autoridad, no creo ciertamente fuera de propósito, sino al contrario, muy convenientes y oportunas.

Porque pasa con esto del saber popular lo que con todas las cosas, aún las más elevadas é importantes, que si se las manosea mucho ó se las trata con alguna falta de discreción ó sin la madurez y cordura necesarias, pierden su encanto, se hacen fastidiosas y llegan á caer en ridículo.

Inspiránme estas reflexiones, ó lo que fue-

en *El Siglo Futuro*, que ha traducido las *pequeñas hermanas* de los pobres por las *hermanitas*, y, lo que es más grave, *versos por gusanos*. Pero lo notable del caso presente es que casi todos los periódicos neos han reproducido el articulejo de *El Siglo Futuro*, y, hemos tenido cuidado de leerlos, como no sea uno de Vitoria, que ha enmendado los disparates poniendo en lugar de *Bale*, Basilea, y en lugar *al ciego*, á ciegas, todos han reproducido el *al ciego* y el *Bale*.

Y cuenta que todos estos disparates son sobre asuntos eclesiásticos; por lo que naturalmente ocurre preguntar: ¿Si tal y tan bien desbarran los neos hablando de cosas de la Iglesia, qué harán cuando hablen de otros asuntos? Ó de otra manera: ¿De qué entenderán estos neos, si no entienden ni una palabra de lo que de ordinario traen entre manos?

De nada. Ni les hace falta por lo visto.

Porque los neos que á sí propios se llaman *hormigas*, y aún otros que no se lo llaman, profesan en materia de periódicos, la misma teoría que en materia de retablos profesaba Maese Pedro: Llene yo mi talego... etcétera.

UN CUARTO Á ESPADAS.

(1884)

—

Con la sencilla operación mental de poner, donde dice espadas, conocimientos populares, quedará ya el discreto lector suficientemente advertido de que no va á encontrar por aquí abajo más que algunas observaciones sobre eso que con frase inglesa, más ó menos difícil de traducir en castellano, pero no intraducible, han dado en llamar *Folk-lore*.

Observaciones que, aunque ligeras y desnudas de autoridad, no creo ciertamente fuera de propósito, sino al contrario, muy convenientes y oportunas.

Porque pasa con esto del saber popular lo que con todas las cosas, aún las más elevadas é importantes, que si se las manosea mucho ó se las trata con alguna falta de discreción ó sin la madurez y cordura necesarias, pierden su encanto, se hacen fastidiosas y llegan á caer en ridículo.

Inspiránme estas reflexiones, ó lo que fue-

ren, unos artículos muy eruditos, aunque, en mi sentir, no muy meditados, ni tan abundantes como en noticias en discernimiento, publicados há poco en un diario con el título de *El Folk-lore de Avila*, por el ilustrado escritor D. Antonio Machado y Alvarez, que es, por decirlo así, en materia de *Folk-lore*, el que nos ha traído las gallinas. Gracias sean dadas á su talento y á su no poco admirable constancia, y Dios le premie lo mucho que ha contribuido á despertar el amor á los conocimientos populares; pero ni la gratitud ni la admiración pueden ser estorbo para que la lealtad le advierta y señale aquellas partes de su trabajo menos merecedoras de alabanza.

El primer pecado del autor de los susodichos artículos es el de querer escribir las tradiciones de Avila sin haber estado allá nunca, circunstancia que no sabría yo de cierto, por más que leyendo la hubiera sospechado, si el mismo autor no la confesara en las primeras líneas, donde dirigiéndose á un amigo suyo, amante también de lo popular, le dice que ha cambiado de criada, que la nueva es de Avila y se llama Francisca, y que á ella la debe los datos y las noticias que va á comunicarle. Y en efecto, los nueve ó diez artículos son continuado diálogo entre el autor que va haciendo preguntas, y la criada que va respondiendo lo que acierta.

Desde luego se deja comprender que esto

de oír solamente á una pobre muchacha, que á lo mejor no tendrá entendimiento, y recoger así mezclado cerro con estopa ó bueno con malo, todo lo que diga, no es la mejor manera de estudiar las costumbres y las tradiciones de un pueblo.

Para eso se necesita vivir en él, observar mucho, preguntar á muchas personas de distintas clases y condiciones, reunir, uno de acá y otro de allá, muchos datos de diferentes procedencias, echar luego todos los fragmentos en el crisol de la sana crítica, y, separando con la coladera del buen sentido las escorias y las alteraciones modernas, construir ya de oro macizo el precioso relicario de las tradiciones populares.

Obrar de otra manera es equivocarse ó no entenderlo; y por eso los artículos á que voy haciendo referencia, limitados á reproducir lo que á Francisca la criada abulense la ocurre contestar á las preguntas que la hacen, no veo que en rigor puedan llamarse el *Folk-lore* de Avila, sino á lo sumo el *Folk-lore* de Francisca.

Y vaya una prueba de lo dicho tomada del comienzo del primer artículo del Sr. Machado. Pregunta éste á Francisca si en Avila cantan alguna copla relativa á Santa Teresa, y contesta Francisca diciendo la siguiente:

«Santa Teresita tiene
una paloma al oído,

y yo quisiera tener
de mi amante el apellido.»

Ni en Avila ni en parte ninguna puede ser popular esta copla, que, sobre no serlo de abolengo, tampoco tiene condiciones para llegar á popularizarse; porque ninguna mujer que quiera expresar el deseo de casarse con su novio (que es lo que al parecer expresa el cantar) ha de hacerlo de esa manera exótica, diciendo que desea tener su apellido, aquí donde nunca se ha usado llevar las mujeres el apellido de sus maridos, importación francesa modernísima, desconocida por completo hace un siglo en España, y poco menos que desconocida hoy todavía entre la gente que forma el verdadero pueblo.

A poco que en esto se hubiera fijado el colector del *Folk-lore* de Avila, hubiera conocido que ese cantar moderno y semierudito, sin gusto y sin gracia, podrá haber sido arreglado allí por alguna muchacha romántica, novia temporera de algún cadete de Administración militar, ó por alguna otra lectora de novelas, casada ó casable con algún empleado del ferrocarril, de cinco ó seis mil reales de sueldo; pero no ha podido ser obra de la fantasía popular, ni puede llegar á ser recibido entre la gente sencilla.

De este mismo defecto adolecen otros varios cantares copiados, uno, por ejemplo, en

que se habla de las *pollas*, palabra moderna y nada popular en el sentido de niñas ó muchachas, y otro que concluye:

«Los albañiles borrachos
Y los barberos *guasones*.»

La mitad de Avila puede ser que no sepa hoy día lo que quiere decir *guasones*; pero la otra mitad, hace treinta años tampoco lo sabía, de seguro.

Compárese ahora cualquiera de estos cantares, el primero que es el que he citado textualmente con este otro que voy á copiar del mismo artículo y que también se refiere á la Santa:

«Si yo tuviera la pluma
Que tiene Santa Teresa,
Te escribiría una carta
Con muchísima firmeza.»

Aquí hay ya sabor popular; aquí hay verdad, sencillez y delicadeza, que son los caracteres que distinguen á los cantares que se sacan de los que se escriben ó se hacen, como se dice ahora.

En otro párrafo del mismo primer artículo dice el autor que interrogada Francisca si no sabe más coplas de la santa, contesta:

—«No me acuerdo de más; cuando el centenario le sacaron muchos cantares.....»

Por donde se conoce que el autor no siem-

pre reproduce las contestaciones de Francisca fielmente, porque Francisca, si de verdad es de Avila, no pudo decir *le sacaron* refiriéndose á la Santa, sino *la sacaron*, que es como dice en Avila todo el mundo, y como se dice en Castilla la Vieja y en el Reino de León y en Extremadura, y como han escrito siempre ó casi siempre la mayor y mejor parte de nuestros clásicos, por más que otra cosa mande recientemente la Academia.

Lo mismo hay que pensar de otros varios cantares en que aparecen de esos *les* inverosímiles ó imposibles en Avila, como

«A la señora novia
le canto y digo
Que viva muchos años
con su marido.»

«A la señora novia
le canto un cantar.....»

«Una casada llora
con su marido,
Que le ha da de palos,
lo ha merecido.»

Por cierto que aquí, en este último, á no ser por el indicio del lloro, no podría saberse si el marido había dado de palos á la mujer, ó si había sido viceversa.

Tampoco pudo decir Francisca aquello de que «cuando la quitaron á la imagen de la santa una mano, un devoto *le* puso otra de

oro», y «dos frailes *le* pusieron la otra»; *les* que sin entrar ahora á discutir esta cuestión del *la* y el *le*, que merece ser tratada aparte, son de todo punto inverosímiles en boca de una criada avilesa.

Como es inverosímil y además antigramatical aquel otro *le* de unos versos, donde refiriéndose á muchos chiquillos que estorban de jugar á las niñas, se dice:

«Con sus cigarros puros
vienen á presumir,
más vale que *le* dieran
un huevo, y á dormir.»

¿Quién puede creer que una moza de Avila diga que á los chiquillos que *vienen le* dieran, cuando eso no lo dicen ni los académicos?

Véase ahora otro cantar mal reproducido:

«La virgen de Sonsoles,
la *chiquetita*,
cuando *le* da la gana
se va visita».

No sé yo si en Avila dirán *chiquetita* (y *chiquenina* que también escribe más adelante el señor Machado): si lo dicen hacen mal, porque como se dice es *chiquitita* y *chiquitina*. Pero, de todos modos, seguramente no dicen «cuando *le* da la gana», sino «cuando *la* da la gana», y tampoco dice el cantar «se va visita», sino «se va á visita» ó «va de visita.»

Y es de advertir respecto del *chiquetita* y del *chiquenina* que el autor de los artículos no

ha subrayado estas palabras, dando á entender que las tiene por buenas y castizas, al paso que subraya otras que de veras lo son, y aún pregunta á Francisca muy asombrado: «¿qué son *tostones*?», «¿qué son las *vistas*?» «¿qué es *zurrar la badana*?», palabras las dos primeras y frase la última tan corrientes, que están en todos los Diccionarios, y lo que vale más, en el uso.

En otra ocasión hace el señor Machado decir á Francisca contando los exvotos que hay en la ermita de la virgen de Sonsoles: «Allí tengo también dos trenzas mías de *cabello*.»

¡Qué finuras gastan las mozas de Avila, cuando hablan con los folk-loristas!

Yo comprendo que Francisca si es algo tonta, como me lo está pareciendo desde el principio, diga *bacalado*, *respeuto*, *diferencia*, y otras cosas al símil, por ponerlo más fino; pero no puedo comprender que ni ella ni ninguna criada castellana hable de sus *trenzas de cabello*, y no diga *trenzas de pelo*, tanto menos cuanto que la palabra CABELLO, así en singular, apenas se usa en Castilla más que para designar el nervio ó tendón en las carnes (raíz del verbo taurino DESCABELLAR, que los académicos dicen neciamente que es despeinar), y el dulce conocido con el nombre de *cabello de ángel*.

Otro cantar mal copiado:

«La puerta de san Vicente

tiene una cosa,
que se cierra y se abre
como las otras.»

Donde se ve el raro fenómeno de una seguidilla cuyo primer verso es octosílabo, y donde, si el señor Machado reprodujera el cantar como ha debido de oírle, diría de seguro:

«La puerta e san Vicente
tiene una cosa...»

que es como el pueblo, suprimiendo una letra, disminuye una sílaba sobrante.

También están mal copiados estos otros versos:

«Y les digo *requiescant in pace*,
Para que los que nacen lo digan por mí.»

Este último se suele cantar de este modo:

«Para que otro día lo digan por mí.»

Mas si hay empeño en que figuren en él *los que nacen*, deberá decir en todo caso:

«Porque los que nacen lo digan por mí»,

pues poniendo *para* en vez de *por*, ya se conoce, con sólo tener un poco de oído, que no subsiste el verso.

Igualmente hay error, aunque no se sabe si será de copia ó de Francisca, en lo que á ésta hace decir el señor Machado sobre los preliminares de una boda en los pueblos de la provincia de Avila. «Después... va el novio—dice—con sus padres y sus padrinos y su

acompañamiento á casa de la novia, y allí lo reciben los padres de ésta. Se sientan mientras se viste la novia para la boda, y después que sale ésta ya vestida, y que el novio y el acompañamiento han sido obsequiados con dulces y vino...» No, señor; ni el novio ha podido ser obsequiado con dulces y vino, porque va á comulgar en la misa nupcial, ni Francisca ha podido decir eso de que el novio sea obsequiado en esa ocasión con dulces y vino, porque es bien seguro que no ha visto ni una sola boda en ningún pueblo de Avila donde no comulgen los novios. Tan general es la costumbre.

En el artículo III, que trata de las supersticiones referentes á días señalados, se lee:

«Respecto á San Antón y la Candelaria, díjome (Francisca) esta formulilla, que no acerté á comprender bien:

«Por San Antón
todo el ave pon,
y por la Candelaria
la buena y la mala».

Esto tambien está mal copiado. Se dice así:

«Por San Antón
la buena ave pon;
por la Candelaria
la buena y la mala».

Así leído, aparte de que no es una superstición, sino una observación de economía doméstica consignada en verso, se entiende esto

perfectamente; advirtiendo, por supuesto, que *pon* no es aquí imperativo, sino tercera persona del singular del presente de indicativo *pone*, y quiere decir que por San Antonio de Enero suelen empezar á poner las aves de corral, especialmente las gallinas; pero como hay unas de calidad más fría que otras, y no empiezan á poner tan pronto, añade el refrán que para la fiesta de la Purificación (la Candelaria), ó sea dos semanas más tarde, ya ponen todas, lo mismo las malas que las buenas.

En otros pueblos menos fríos que Avila dicen:

«Por la Concepción
la buena ave pon;
Por la Candelaria
la buena y la mala».

Otro cantar transcribe el autor en el artículo IV, del tenor siguiente:

«La puerta de Sonsoles
tiene una cosa,
que si llueve se moja
como las otras».

Este cantar, zurzido á imitación de otro de los copiados más arriba, es de lo más desdichado que darse puede, ya por la asonancia de *cosa*, *moja* y *otras* de los versos segundo, tercero y cuarto, que ofende al oído, ya porque el pensamiento, en lugar de ser agudo y delicado, es necio, pues no es esencial en las

puertas el mojarse cuando llueve, como lo es el cerrarse y abrirse; antes por el contrario, hay muchísimas puertas que aún cuando llueva no se mojan. De suerte que, si realmente Francisca... y aquí se recrudece mi sospecha de que es tonta de capirote, si realmente Francisca recitó este cantar, el autor de los artículos debió de haberle rechazado de oficio.

Como debió de haber rechazado ó suprimido también, por razones de sana crítica, de buen sentido y de pudor, el cuento ó juego de prendas que llama del *cura*, mamarrachada obscena y sin gracia.

Y, por supuesto, sin verdad; porque en Avila y en toda Castilla, como en el reino de León, es popular un juego de prendas parecido á éste, pero que ni se llama así, ni tiene el detalle torpe en que el autor de los artículos ó su criada pretenda dar fundamento al nombre.

Y aquí podría insistir en la necesidad de buen criterio para recoger y coleccionar conocimientos y tradiciones populares, en la necesidad de saber distinguir las verdaderas tradiciones, ricas en poesía é idealismo, de las insulseces y bellaquerías del primer tonto ó mal intencionado con quien uno tiene ocasión de cruzar la palabra.

Pero se va esto haciendo demasiado largo, y, señalados y rectificadlos ya los precedentes

defectos, que, aunque graves, dada la índole del asunto, casi todos son defectos de forma, voy á terminar en cuanto refute los tres ó cuatro errores sustanciales de más importancia.

Por ejemplo: interrogada Francisca acerca de si se atribuye alguna virtud especial á Santa Teresa, responde:

—«Sí, señor; en Santa Ana, que es un convento fundado por Santa Teresa, hay un avellano y un laurel...»

En efecto, Santa Ana es un convento fundado sobre doscientos años antes de que Santa Teresa fundara conventos, en 1352, según reza una lápida sepulcral de su fundador, don Sancho Dávila, y es un convento de monjas bernardas, donde no sólo no plantó Santa Teresa avellanos ni laureles, sino donde probablemente no entraría nunca.

El convento que fundó Santa Teresa es el de San José, y antes fué monja en el de la Encarnación; allí es donde hay un avellano plantado por la Santa; del laurel no he oído hablar en mi vida.

El resto del párrafo se refiere al uso que se hace de las hojas del laurel y de las avellanas del avellano. De éstas dice Francisca que se hace una horchata, que no será seguramente de tan mal gusto como la literaria que con los recuerdos de Avila nos han hecho entre ella y el autor. De las hojas del laurel dice

que no se pueden cortar más que en Jueves Santo, detalles, este y otros, igualmente exactos que el hecho principal de la fundación del convento de Santa Ana por Santa Teresa.

Un poco más abajo cuenta el autor la que él supone tradición abulense de los amores de la Santa con San Juan de la Cruz, sólo porque así le ha dicho Francisca que «lo dicen las Escrituras» con E grande. E grande que no sé si será de Francisca ó del autor, pero que de cualquier manera está mal, porque las Escrituras con E grande significan la Santa Biblia.

Por lo demás, ¡cualquiera que conozca á Avila le va á creer al señor Machado bajo su palabra, fortalecida con la autoridad de Francisca, que allí es cosa corriente la paparrucha de que Santa Teresa y San Juan de la Cruz tuvieron amores!... ¡Cualquiera!

Y eso que para confirmarlo añaden Francisca y el autor que por eso tuvieron los dos santos que irse de Avila, y que «por eso se dice también que la Santa cuando iba por los *Cuatro Postes*, ya fuera de Avila, sacudió la alpargata y dijo: *de Avila ni el polvo.*»

Esto de la alpargata es una anécdota que se cuenta de muchos santos con referencia á muchos pueblos.

Los *Cuatro Postes*, que nada tienen que ver con esa invención de los amores, son un monumento sencillo levantado como piadoso

recuerdo en el lugar en que la niña Teresa y su hermano Rodrigo fueron detenidos por un tío suyo cuando habían concertado irse á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá los descabezasen.»

Pero todavía se insiste más abajo en lo de la alpargata y se dice que «quedó estampada en la peana rota de una cruz, en donde San Juan y Santa Teresa se reunían; cruz que está situada en medio de los *Cuatro Postes.*»

¡Perfectamente! Si la Santa no hubiera hecho milagros ya teníamos aquí uno estupendo: el de haber estampado una alpargata en la peana de una cruz que no existía, y que sólo había de existir algún siglo más tarde.

La verdad es que en materia de estampaciones ó huellas en piedra, no recuerdo que se enseñe en Avila más que una de herradura, la de la herradura del caballo ó mulo que conducía el cuerpo de San Pedro del Barco, huella que se ve en San Vicente á través de una verja.

«¿Y á San Juan de la Cruz qué le pasó?»— pregunta el autor más adelante?

Y contesta Francisca:

—«San Juan se murió antes que su compañera, y está enterrado en la capilla de San Juan Bautista, en Avila, donde nació.»

Para inteligencia de lo cual no hay que advertir más que lo siguiente: 1.º, que San Juan de la Cruz no nació en Avila, sino en

Fontiveros; 2.º, que tampoco está enterrado en Avila, sino que es en Segovia donde se conserva su cuerpo en un convento de la Orden, y 3.º, que tampoco hay capilla de San Juan Bautista en Avila. Lo que hay con esa advocación es una parroquia de las primeras, á la que perteneció Santa Teresa y donde se conserva la pila en que fué bautizada.

Nueva pregunta, y nueva respuesta, y, ya se sabe, nueva equivocación:

«¿No hay más santos en Avila que San Juan y Santa Teresa?»

—Sí, San Segundo que es también avilés, y...» tampoco es avilés San Segundo.

Más adelante. Pregunta:

—«¿De modo que se celebrarán fiestas en honor de esa Virgen (la de Sonsoles)?»

Respuesta:

—«El 15 de Octubre se celebra todos los años.»

Y tampoco es el 15 de Octubre. ¿Qué ha de ser? El 15 de Octubre es Santa Teresa; pero Francisca, si no ha querido reirse de su amo contándole bolas, tiene una afición decidida á cambiar los frenos.

No está mejor enterada Francisca acerca de la Virgen del Cúbillo, de que se habla en el artículo III, pues dice que está en Avila á una legua y media... Legua y media que serán unas cinco leguas, pues que está ya fuera de la provincia de Avila, en los lindes de la de

Segovia, sin que esté tampoco muy cerca del pueblo que Francisca llama Sicolozano y que se llama Vicolozono.

En el mismo artículo se habla de la Virgen de la *Soterranea* (Soterraña se dice en Avila), y exclama Francisca:—«¡Toma! esa está en San Vicente... Allí debajo de tierra se apareció entre unos peñascos por donde bajaba una culebra á darle de comer (¡qué despropósito!) Allí mismo se ve todavía la rastra de la culebra y el agujero por donde salía.»

No se sabe aquí por dónde empezar, porque eso de que la culebra bajaba á dar de comer á la Virgen es de primer orden.

La culebra según la tradición de Avila sobre la cripta de San Vicente, no bajaba á dar de comer á la Virgen (!!!) sino que salió á comerse un judío que había ido allí á escarnecer los cuerpos de los santos mártires, y que cuando se halló espirante con la culebra enroscada á la cintura, se volvió á Dios prometiendo abrazar la religión de los mártires y levantar en su honor un templo en aquel mismo sitio.

Allí está en la iglesia representado todo el pasaje en expresivas esculturas góticas, muy conocidas ciertamente de los aficionados á los estudios arqueológicos, puesto que han sido reproducidas por el grabado en alguna publicación artística.

Aún pudiera seguir un buen rato desha-

ciendo equivocaciones tan imperdonables como estas que anteceden, y pudiera también formar una lista bien larga de las tradiciones poéticas, bellas y verdaderamente populares en Avila, que no logran ni aún ligera mención en los artículos del Sr. Machado; pero ni quiero cansar más la atención de los lectores, ni me he propuesto en este artículo enseñar directamente, sino rectificar, ni creo que el ilustrado autor de el *Folk-lore de Avila* necesite más que lo ya escrito para estudiar en adelante por sí las cosas y no volver á fiarse de *Franciscas*.

UN LIBRO SOSO.

(1879)

«..... 12 de Septiembre.

»Mi querido Antonio: Aunque no has contestado á mi última, lo cual me prueba que después de un mes de veraneo todavía estás tan á gusto y tan entretenido en tu pueblo, te vuelvo á escribir hoy por encargo de mamá para que me digas si conoces un libro titulado *Costumbres populares de la sierra de Albarracín*, escrito por D. Manuel Polo y Peyrolón, y, si es que le has leído, qué te parece.

»Mi madre le ha visto anunciado con mucho encomio, no sé si en *La Ilustración Católica* (que alguna que otra vez nos trae versos tuyos), y dice que, según el anuncio, lleva la censura eclesiástica y ha sido oficialmente recomendado por la Academia de la Lengua; mas como en eso de los anuncios suele haber tanta exageración, que no parece más sino que el Doctor Garrido va formando escuela, quiere que tú nos digas si el libro

ciendo equivocaciones tan imperdonables como estas que anteceden, y pudiera también formar una lista bien larga de las tradiciones poéticas, bellas y verdaderamente populares en Avila, que no logran ni aún ligera mención en los artículos del Sr. Machado; pero ni quiero cansar más la atención de los lectores, ni me he propuesto en este artículo enseñar directamente, sino rectificar, ni creo que el ilustrado autor de el *Folk-lore de Avila* necesite más que lo ya escrito para estudiar en adelante por sí las cosas y no volver á fiarse de *Franciscas*.

UN LIBRO SOSO.

(1879)

«..... 12 de Septiembre.

»Mi querido Antonio: Aunque no has contestado á mi última, lo cual me prueba que después de un mes de veraneo todavía estás tan á gusto y tan entretenido en tu pueblo, te vuelvo á escribir hoy por encargo de mamá para que me digas si conoces un libro titulado *Costumbres populares de la sierra de Albarracín*, escrito por D. Manuel Polo y Peyrolón, y, si es que le has leído, qué te parece.

»Mi madre le ha visto anunciado con mucho encomio, no sé si en *La Ilustración Católica* (que alguna que otra vez nos trae versos tuyos), y dice que, según el anuncio, lleva la censura eclesiástica y ha sido oficialmente recomendado por la Academia de la Lengua; mas como en eso de los anuncios suele haber tanta exageración, que no parece más sino que el Doctor Garrido va formando escuela, quiere que tú nos digas si el libro

vale realmente, y si es cosa que pueda darse á las chicas, pues ya sabes lo rígida que es mamá en esta materia.

»Por lo que hace á la recomendación de la Academia, ya la he contado á mamá la anécdota aquella del gitano pobre y el tabernero, que tú me referiste una vez tratándose de un caso semejante:—*Tío Pepe, échele usted media de lo bueno á mi compadre, que yo le fio.*—*¿Y á tí quién te fia, esgalichao?*

»Supongo que tendremos el gusto de verte por aquí á tu vuelta para la Corte.

»Mientras tanto, mamá y las chicas te envían como á toda la familia cariñosos recuerdos, y te abraza

MARIANO.»

«..... 20 de Septiembre.

»Mi querido Mariano: Cuando recibí la tuya del 12 no había leído el libro por que me preguntabas, pero le tenía, gracias á la amabilidad del autor que me le envió hará cosa de un año, y le he estado leyendo estos días para contestarte.

»Es verdad que lleva censura favorable de la autoridad eclesiástica; y es verdad también que le ha recomendado la Academia Española, ahí va, cortada de un periódico, la recomendación:

«Ilustrísimo señor: El libro escrito por don

»Manuel Polo y Peyrolón con el título de *Costumbres populares de la sierra de Albarracín*, que V. I. se sirvió remitir á informe de la Real Academia Española, con oficio de 19 de Junio último, justifica, en concepto de esta corporación, la fama de que goza y los elogios que le han tributado los periódicos más graves é imparciales de España.

»Este precioso libro, colección de cuentos ó novelitas en que se pintan con el hermoso colorido de la verdad cuadros de la vida de nuestro pueblo, es, con efecto, por sus tendencias religiosas y morales, por la sencillez de su estilo, por la animación de sus diálogos, tan ejemplar como deleitoso, y digno de la protección oficial que para él se ha solicitado.

»Cumple, por otra parte, al Gobierno contribuir á acreditar las publicaciones llamadas, como la que ahora se trata, á ejercer en la sociedad una influencia beneficiosa.

»Habrán tal vez padres de familia que no hayan adquirido las *Costumbres populares de la sierra de Albarracín*, por ignorar que este libro, como los de Walter Scott, puede ser el más honrado y seguro amigo de la casa, y sin duda habrá literatos de tanto mérito y tan buena intención como el señor Polo que no se dediquen á componer obras de esta clase, ó no publiquen las que tengan escritas, por considerarlas desnudas de atractivos

»en la actualidad, é incapaces de obtener legítima recompensa.

»La Academia, pues, cree deber aconsejar al Gobierno de S. M. que adquiera el mayor número posible de ejemplares del citado libro, humilde por su precio y tamaño, pero muy recomendable por sus bellezas literarias y por su importancia moral.

»Lo que en cumplimiento del acuerdo que esta corporación tomó en junta celebrada anoche tengo la honra de comunicar á V. I. cuya vida guarde Dios muchos años.

»Madrid 19 de Octubre de 1879.—El secretario; *Manuel Tamayo y Baus*.—Ilustrísimo señor Director General de Instrucción Pública.»

En primer lugar, me parece, dicho sea con todo el respeto necesario, que D. Manuel Tamayo, ó la Academia, hubieran hecho muy bien en apuntar concienzudamente lo bueno que creyeran encontrar en el libro y elogiarlo, apuntando también y censurando con formal severidad los defectos, en lugar de hacer esos elogios al por mayor ó á carga cerrada como si dijéramos.

Pero, en fin, pues que tu madre quiere saber mi parecer (y repítela una vez más mi agradecimiento por la distinción con que me honra), aquí tienes el juicio que he formado del libro. El libro no diré yo que sea malo. Por lo menos, hay en él una cosa buena, la

intención. Porque es bueno querer dar á conocer las costumbres populares en lo que tienen de noble, de poético y de santo, despertar el amor hacia ellas, hacer amable la sencillez y aborrecible el orgullo, amable la modestia y aborrecible el fausto, amable la abnegación y aborrecible el egoismo; es bueno también tratar de ajustarse á la moral católica hasta en los menores detalles, y enseñar prácticamente que, para dar interés á las novelas como á las demás obras literarias, no es menester basarlas sobre crímenes y pecados; y todo esto creo que entra en la intención del autor, hombre de conciencia, al parecer, que pone sus facultades al servicio del catolicismo, y que no quiere nada contra la doctrina cristiana.

Lo cual en otro tiempo no era cosa, en verdad, que mereciese corona de laurel, ni siquiera mención honorífica, porque era lo usual y corriente; pero en los mal aventurados días que al canzamos, cuando tantos hay que escriben adrede para corromper los corazones y envenenar las almas, es de alabar mucho.

Hay, sin embargo, en el libro algunas cosas que no lo son tanto; y yo creo que don Manuel Tamayo no ha hecho bien en callarlas, sino que hubiera hecho bien en decirlas. A mí me parece que don Manuel Tamayo debió haber comenzado por leer el libro (casi no puedo creer que después de leerle escri-

biera de él como escribe); pues si entre periodistas es ya cosa corriente alabar los libros sin cortarles las hojas, y si todo el mundo sabe ya por eso el caso que puede hacerse de los elogios de gacetilla, para hablar oficialmente en nombre de una corporación recomendando un libro á la protección del Gobierno, tengo para mí que debe procederse con mayor seriedad y más cautela. Una vez leído el libro, entiendo que don Manuel Tamayo debió haber dicho de él todo lo que yo voy á decirte á tí, y que debió haberlo dicho no sólo en obsequio á la autoridad que pedía el informe y que tenía derecho á ser bien informada, no sólo en obsequio al público que había de leer su juicio crítico en los periódicos y que tiene derecho á la verdad toda entera, sino en obsequio del autor principalmente, á quien las censuras del ilustre poeta dramático le hubieran podido servir de guía para en adelante.

El primer pecadillo del señor Polo es la dedicatoria que de uno de sus cuentos hace Trueba, apellidándole «eminente cantor de las glorias vizcainas y pintor maestro de sus honradas costumbres.» Sobre este particular ya te acordarás que hemos hablado muchas veces. Trueba no es el cantor de las glorias vizcainas ni el pintor de sus costumbres, como con mala sintáxis dice el señor Polo (porque las glorias no tienen costumbres);

Trueba es el cantor de la *vita-bona* de Vizcaya ó de donde quiera, porque la *vita-bona* es lo mismo en todas partes. Trueba es el cantor empalagoso de los pobres é insulsos placeres de la tierra, lícitos, pero al fin placeres, refractario al sacrificio y á la heroicidad que acaso no comprende, y entusiasta de las que una escritora, su congénere, ha llamado *pequeñas virtudes*. Trueba es el cantor y el pintor de una especie de virtud comodona y muelle, de una especie de materialismo *honrado*, que afortunadamente no está en nuestras costumbres, y que tampoco acierta á imitar este su admirador, porque tiene quizá más viva la fe católica. Contra el pensamiento admirablemente encerrado en el hermoso terceto de Rioja:

Esta nuestra porción alta y divina
A mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina,

los libros de Trueba apegan el corazón á los bienes de la tierra, y de su lectura asídua apenas puede sacarse otro pensamiento más que este: «¡Qué bien se está en el mundo! ¡Si no muriéramos!»

Otra cosa que no es de alabar en esta obra es el estilo. Aparte del abuso de los diminutivos, en cuyo menudeo consiste sin duda para los discípulos de Trueba la secreta gracia de ser escritores de *costumbres populares*, cuando nada hay más extraño en reali-

dad ni que más repugne á las costumbres del pueblo español, viriles y severas en todo, que ese gazmoño martilleo en *itos é itas*; aparte de esto, digo, el señor Polo demuestra demasiada afición á las trasposiciones que tanto seducen á todos los principiantes, y que si en verso pueden ser á veces un adorno, en prosa son casi siempre una extravagancia, como «da acequia que rodar hace sus muelas» (del molino); «dos que declarada tienen guerra» y otras con mucha frecuencia repetidas, sobre todo cuando parece escribir con más esmero. Emplea además frases y construcciones inusitadas é ilegítimas, verbigracia: «tanto que las echas de valiente», «tanto que dices», en lugar de «tanto como la echas de valiente», «tanto como dices»; «por su cuenta y razón» en lugar de «por su cuenta y riesgo» ó por su cuenta, simplemente; pues donde se dice *razón* es en la otra frase *con su cuenta y razón*, que tiene muy distinto sentido. Emplea varios verbos con una construcción que no les es propia y varios sustantivos con un género distinto del que les da el uso. Cambia palabras en los refranes, alterando, bien el sentido, bien la armonía; dice *tomemos acta*, subraya creyéndolas, sin duda, puramente locales, muchas voces que están en todos los diccionarios, celemín, por ejemplo, y no subraya otras que fuera de su tierra son perfectamente desconocidas.

»Prueba todo esto que el señor Polo, nacido, según parece, ó largo tiempo vecindado en la provincia de Teruel, no domina demasiado el habla castellana; lo cual se explica fácilmente, pues que en dicha provincia, quizá por el roce con catalanes y valencianos, no tiene el idioma la belleza y abundancia que en la nuestra, donde tú y yo, abogados y casi escritores, nos podemos dar por muy contentos de hablar el castellano con tanta propiedad como tu madre y la mía. Mas lo peor del caso es que el señor Polo, en vez de estudiar el castellano en los libros antiguos de los Luises ó de Cervantes, de Juan Ferreras ó de Solís, de Mariana ó de Florez, ó en los modernos de Fray Gerundio y de Donoso, ha querido aprenderle en la última edición de la gramática de la Academia, y practica con tanto rigor el novísimo precepto de hacer los dativos femeninos en *le*, que muchas veces, cuando nos va refiriendo la conversación de un hombre y una mujer, no sé quien á quien *«le dijo»* y llega á tal punto su celo por cumplir el flamante precepto académico, que escribe *le* hasta en los acusativos femeninos, por ejemplo: *fulana hizo esto ó aquello, y zutana «le ayudó»*, cosa que, á lo menos hasta ahora, no se ha atrevido á prescribir la Academia.

»Dejando el lenguaje y examinando el fondo del libro, no es difícil hallar situaciones

falsas y mal comprendidas, juicios inexactos, hechos inverosímiles. Es impropio y de mal gusto, por ejemplo, el que un mozo haga la declaración de amor á su novia, aldeana pudorosa y sencilla, diciéndola de buenas á primeras: *tú serás la madre de mis hijos*. Es inverosímil que dos mujeres, una de las cuales está muy enferma, salgan á misa á los ocho días del bautizo y á los diez ó doce del parto; y es también inverosímil, y á nada bueno conduce el referirlo, que haya curas en las aldeas que no sepan asentar las partidas sacramentales con todas las noticias necesarias.

»Otro defecto de los cuentos del señor Polo es la falta de riqueza y variedad en la invención: en casi todos se repiten las mismas escenas. En todos hay mozas que al oscurecer van por agua con el cántaro debajo del brazo á la acequia del molino, donde las esperan los mozos, y á la vuelta se agrega cada uno á la señora de sus aficiones y la dice: «Adiós, pimpollo», y la coje el cántaro, y la acompaña hasta su casa hablándola de amores. En casi todos los cuentos, en tres de los cuatro que contiene el libro, hay un capítulo que comienza poco más ó menos: «Era el primer domingo de Abril;... amaneció el primer domingo de Abril, la naturaleza estaba alegre, pero la gente del pueblo, triste...» Y allí se describe, todas las tres veces con los mismos minuciosos detalles, la escena del sorteo de

los mozos para el ejército, y se dice como el pueblo todo rodea la casa del Ayuntamiento, y el alguacil sale á una ventana y lee: «¡número uno!» y vuelve á salir dentro de un poco y lee: «¡Fulano de tal!» y un mozo se queda descolorido, y una madre ó una novia se desmayan, etc., escena interesante en verdad y buena para descrita una vez, mas no para descrita tres veces, en un mismo libro, sin variaciones sustanciales.

»Por último, y pasando por alto mil cosas más por no alargar demasiado esta carta, no encuentro del todo bueno el que en unode los cuentos aparezca una muchacha sosteniendo relaciones amorosas á disgusto y contra la voluntad expresa de su padre, deseando probablemente que á éste se le lleve Dios, como lo deseará el lector que llegue á interesarse por ella, y como en efecto, sucede á tiempo de que la niña se case á su gusto. Es verdad que en estas desavenencias que ocurren todos los días en el mundo, algunas veces no tienen razón los padres, pero estas veces son las menos. La tan execrada tiranía paternal, en la mayor parte de los casos, no es tal tiranía, sino un prudente contenimiento de la inexperiencia y de los caprichos de los hijos. Muchas veces ha sido planteada esta cuestión en las novelas y en el teatro: modernamente la abordaron entre nosotros Eguilaz en *Los soldados de plomo* y Larra en *El bien perdido*;

y si no siempre ha sido resuelta de la manera más justa, casi siempre sin embargo ha sido tratada con ciertas precauciones. El señor Polo no toma todas las necesarias y corre peligro, en mi entender, de que los jóvenes que lean *La tía Levítico*, si se hallan contrariados en sus inclinaciones amorosas, se animen á sostenerlas en la esperanza de que falte del mundo á tiempo la persona que se las contraría. Opino, pues, que estas cuestiones ó no deben plantearse, ó no deben resolverse en determinado sentido, ya porque, como dejo dicho, en la mayor parte de los casos tienen razón los padres, ya porque, aún en los casos en que no la tengan, siempre es más meritorio en el hijo sacrificar su gusto, aunque sea legítimo, que no hacerle prevalecer á costa de la paz doméstica y á costa de la felicidad del autor de sus días; y siempre es verdad que, como dice el catecismo del P. Astete, pecan contra el cuarto mandamiento de la ley de Dios, que es honrar padre y madre, *los que tratan de contraer matrimonio sin su bendición y consejo.*

»Sin querer me he extendido demasiado.—Adiós.—Iré por ahí á la mitad del mes que viene.—Haz presente á tu madre y á tus hermanas c. p. b. con el cariñoso afecto mío, el de toda esta familia.

»Te abraza

ANTONIO.»

En el verano ante último se cruzaron entre dos amigos estas dos cartas. El que firma la última, instado á emitir hoy en *La Crónica* su juicio acerca del libro que las dió origen, y persuadido de que debe al público la verdad lisa y llana, lo mismo que á su amigo íntimo, ha creído lo mejor y más acertado copiarlas á la letra.

POSDATA.

Una docena de años después de publicado este artículo, ha salido la señora Pardo Bazán, en la revista que mensualmente imprime poco más que para su uso particular, titulada *Nuevo teatro crítico*, con el siguiente párrafo en el cual no hay apenas otra palabra de verdad más que la última:

«Polo y Peirolón—dice doña Emilia—es autor castizo y ameno, honesto y formal, católico *sin intransigencia* y buen discípulo de Cecilia Bolh, por lo que se refiere á pintar costumbres populares. Aquí no se le nombra mucho; pero él tiene como Trueba (siendo más espontáneo y sincero que Trueba), un público adicto y constante; lo demuestra el hecho de haber reimpresso ahora por sexta vez su novelita *rusticana Los Mayos*, con algunas más inéditas y recientes. Una novela

que consigue seis ediciones y que Menéndez Pelayo llamó *de oro*, no puede ser de paja. Yo me he recreado con ella hoy como ayer. Hay allí un encanto apacible, algo anodino.»

Esta, repito, es la única palabra que pega, hablando de Polo y Peirolón: *anodino*.

Todo lo demás que dice doña Emilia es hablar por hablar, ó desconocer las cosas: faltar á la verdad, ó faltar á la seriedad hablando de lo que no se ha leído.

Porque ni Polo y Peirolón es escritor *castizo*, sino desconocedor del castellano, ni es *ameno*, sino pesado hasta lo insufrible.

Honesto sí creo que lo es, y formal también lo será seguramente.

Lo de *católico sin intransigencia*, tampoco está mal, porque efectivamente creo que ha sido de esos católicos de buen componer, llamados mestizos, que se fueron con Pidal á la *Unión Católica*, por más que después haya vuelto á ejercer de carlista.

¡Discípulo de Cecilia Bohl!.. Puede serlo... como Orbaneja de Velázquez, y lo de *«más espontáneo que Trueba...»* eso es una blasfemia literaria.

El que se haga sexta edición de un libro no siempre es prueba de que el autor tiene *público adicto y constante*, puede ser prueba de que el autor es rico, ó de que tiene amigos en el ministerio de Fomento.

A parte de todo esto, una novela que Me-

néndez Pelayo llame *de oro* puede ser una tontería, no lo dude doña Emilia.

En cambio yo sí dudo que sea verdad eso de que doña Emilia, se haya recreado con *Los Mayos*, ni ayer ni hoy: francamente, yo creo que... no los ha leído nunca. No puedo figurármela con tanta paciencia.

Lo que hay es que doña Emilia no ha visto inconveniente alguno en elogiar sin reservas, y hasta sin justicia, al Sr. Polo y Peirolón, porque ni sus libros han de hacer competencia á otros, ni por elogiar al Sr. Polo y Peirolón se puede incurrir en el desagrado de la Academia.

Pero también hay otra cosa. Y es que por ejercer la crítica así, de espaldas á la justicia y de cara á la conveniencia ó al capricho, se llega á perder toda autoridad, si alguna vez se tuvo, y aún suele llegar á darse el caso de que una revista de mucha fanfarria vea su tirada reducida á mil ejemplares, de los cuales todavía deje el público á disposición del editor algunos cientos.



GIMNASIA POLÍTICA.

(ARTÍCULO LIGERO... Y CARO.)

(1881)

Sin duda por aquello de que «bajo una mala capa suele haber un buen bebedor», sucede á veces que una idea feliz se le ocurre al más desgraciado del mundo.

Yo no sé si el antiguo barricadero Manolo, hoy Exceletísimo señor don Manuel y ex-ministro, tiene mala capa, y el que sea ó no buen bebedor no es ahora del caso; lo único que importa consignar es que la idea de pedir que se enseñe en todas las escuelas de primeras letras gimnasia á los niños, constituye lo que se llama una verdadera ocurrencia.

No es nueva, eso no; porque en las Cortes pasadas ya pidió lo mismo; sólo que entonces pidió gimnasia para los adolescentes de los institutos, y este año, figurándose sin duda que los adolescentes de los institutos están ya demasiado talludos para aprender á dar el salto de la trucha y el salto mortal, ha pedido gimnasia para los párvulos.

Y ha hecho muy bien.

El que ha de ser Rey, dice el proverbio, desde niño le llaman infante, y el que ha de ser liberal desde niño ha de aprender gimnasia.

La petición, sin embargo, no es completa; y es lástima que el autor, acaso por modestia, se haya quedado á medio camino.

Bueno que á los niños se les obligue á aprender gimnasia desde tiernos; pero esta obligación no es por sí bastante para sacar liberales en toda regla, sin la obligación completamentaria de no aprender la doctrina.

Al oficial establecimiento del trapecio debe acompañar la supresión, no menos oficial, del Catecismo; porque es cosa bastante averiguada que, para dar ciertos saltos, estorba.

Y para muchas cosas más. Por ejemplo, para aplaudir comedias malas.

Por eso el autor de las peores que se conocen hasta ahora, le prohibió, cuando fué ministro, adivinando que le había de estorbar con el tiempo (1).

Es verdad que cuando estorba, con olvidarle se sale del paso; pero por más que sea, siempre es mejor y más seguro no haberle aprendido.

Ahora, volviendo á la gimnasia... ¡Oh! Si los políticos de la generación actual hubieran

(1) Se aludía al señor Echegaray.

aprendido gimnasia desde chiquitines, otro gallo le cantara al país.

El gallo de Morón indudablemente.

El mismo don Manuel, abogado parlamentario de la gimnasia en esta legislatura y en la otra, que no ha saltado más que una vez de la república á la monarquía en 1868 y otra vez de la monarquía á la república en 1873, y otra vez de la república á la monarquía (si no ha saltado está para saltar) en 1881 (1), todo ello ó la mayor parte, con la cartera debajo del brazo, ¿qué no hubiera hecho y qué saltos no hubiera dado si el maestro de su lugar le hubiere enseñado gimnasia de pequeño?

¡Lo que nos habremos perdido!

Pues ¿y el señor Moret? ¿Qué hubiera hecho don Segismundo, esa especie de saltamontes político, que á pesar de su natural aptitud y su decidida afición, no ha saltado en su vida más que de una secretaría de las conferencias de San Vicente á la subsecretaría de un ministerio en una situación revolucionaria; de la subsecretaría á la poltrona; del gobierno de la revolución á la monarquía de Amadeo; de la monarquía á la república, cuando la monarquía se acabó, y de la república otra vez á la monarquía, cuando se acabó la república, estando ahora como quien

(1) Saltó efectivamente, y volvió á ser ministro.

dice tomando carrera para volver á saltar á la república si la monarquía se acabase: ¿qué hubiera hecho, digo, si desde niño le hubieran enseñado gimnasia?

¿Y el jefe de los centralistas? No ha dado más saltos que uno desde galán joven del Liceo de su patria á ministro joven de Fomento, con el ilustre granatulense, doctor en ambas majaderías, ó mejor dicho, en todas; otro salto de progresista á unionista, ó como si dijéramos de Espartero á O'Donell; otro ídem de O'Donell á Narváez; otro ídem de Narváez á la revolución; otro ídem de Amadeo á la república interina del 74, que él no quiere que fuera república, sino *respública*, y otro ídem de la *respública* ó república, ó lo que fuere, á la monarquía progresista de Sagasta, haciendo pie en el grupito del reló, y dando la hora en el Ministerio de Gracia y Justicia.

Pues ahora díganme ustedes; si esta criatura, sólo de afición, ha saltado así, ¿qué hiciera si le hubieran enseñado la gimnasia en la escuela de párvulos, ó siquiera, siquiera en el instituto de segunda enseñanza? Piadosamente pensando puede suponerse que del primer salto se hubiera plantado en el Brasil. Lo cual hubiera sido una ganga.

Y ¿qué me dicen ustedes de don Francisco Romero y otras flores, jefe militar inmediato de los conservadores bravíos, el cual sin saber

leer ni escribir, como dijo el otro, y digo yo también, saltó de la Secretaría del Congreso de doña Isabel á la de la Junta revolucionaria que destronó á doña Isabel, escribió con carbón en las paredes de la Aduana, no se sabe bien si de su propia mano ó de la de su profeta Felipe Ducazcal, aquello de *cayó para siempre la... (puntos) raza de los Borbones justo castigo á su... etc.*, y después de haber saltado por varias subsecretarías y ministerios de don Amadeo de Saboya vino á ser el alma del primer ministerio del primer Borbón que volvió á esta tierra, hijo de aquella misma doña Isabel destronada?

¿Me quieren ustedes decir lo que hubiera sido este muchacho en el arte de los volteos, si le hubiera estudiado de joven, al mismo tiempo que estudiaba, digo, que no estudiaba leyes ni ninguna otra cosa?

Y con esto paréceme que va bien demostrada la necesidad de enseñar gimnasia á los pequeñuelos, proclamada en el Congreso por un diputado de varias democracias.

Pero á mayor abundamiento, y á fin de que pueda utilizarlos cualquiera que tenga humor para escribir la interesantísima historia del arte de saltar, ahí van otros pocos de apuntes.

El marqués de Molins, sin que se sepa que aprendiera la gimnasia cuando el Kristus, hizo ya paralelas progresistas en el café de la Fontana de Oro; saltó luego en el trapecio

moderado y alcanzó una cartera; después se hizo el muerto, y cuando menos lo esperaba el público, comenzó de nuevo á columpiarse y ¡zas! se agarró de un talón de O'Donnell que trabajaba en la unión liberal, ya en el final de la función, en el número denominado *Reconocimiento del reino de Italia*, y con el apoyo adquirido en aquel talón dió tan gran salto que fué á caer (de pie, por supuesto) en mitad de la embajada de Inglaterra; lo cual no le impidió, sino al contrario, le fortaleció para volver á saltar al continente moderado y conservador, colgarse de la embajada de París, y hacer allí dudosos primores bien cobrados, sin perjuicio de saltar de la embajada al ministerio y volver á saltar del ministerio á la embajada, dejando á todos los espectadores con un palmo de boca abierta.

El señor Elduayen, que antes era don José Elduayen nada más, y ahora es, además de Elduayen, Gorriti y Alcatarena y Garrayoa y Arangoa y marqués primero del Pazo de la Merced, como tampoco se sabe que estudiara gimnasia desde niño, no ha podido saltar más que de alto funcionario de doña Isabel á ministro de don Amadeo, y de ministro de don Amadeo á ministro del hijo de doña Isabel.

El señor don José Posada y Herrera, tampoco ha saltado más que de seminarista á progresista; de la tertulia íntima de Espartero al ministerio de la Gobernación de O'Do-

nell; de ministro de la unión liberal, después de hacer unas planchas de revolucionario platónico, saltó á la presidencia de las Cortes conservadoras de Cánovas; de Presidente de las Cortes conservadoras de Cánovas, á Presidente del Consejo de Estado (por lo que pudiera tronar), y de allí á Presidente de las Cortes progresistas.

Pues si éste hubiera estudiado gimnasia en la escuela de Llanes... me río yo y nos reiríamos todos de Blondín.

Don Antonio Cánovas, también ha saltado bastante, pero menudito: el conjunto de todos sus saltos, ora hacia adelante, ora hacia atrás, forma un gran salto, mortal ó poco menos, que va, ó mejor dicho, viene desde el manifiesto miliciano de Manzanares hasta la mismísima *constitución interna*.

Y, por último, ahí está don Emilio Castelar, que, saltando de la libertad á la tiranía, de la demagogia á la reacción, de la paz á la guerra, de la república federal á la dictadura, y del sufragio universal á la artillería, también universal, ha recorrido el Cosmos de punta á cabo.

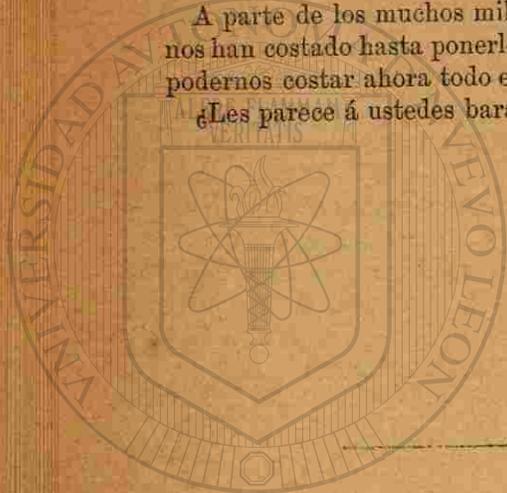
Démosele á este artículo de *Gimnasia política*, pero no sin añadir aunque sea por vía de corolario dos palabras.

Que es ligero el artículo como decía yo antes de comenzar, ya lo habrá visto el lector indulgente.

Para demostrar su carura baste apuntar que todos esos señores y otros muchísimos, cuyos nombres no cabrían en media legua de papel continuo, nos cuestan al año por lo menos treinta mil reales cada uno.

A parte de los muchos miles de duros que nos han costado hasta ponerlos en posición de podernos costar ahora todo eso.

¿Les parece á ustedes barato?



BUÑUELOS... LITERARIOS.

(ARTÍCULO QUE AHUMA.)

(1881)

No es cuestión más que de echar á perder un rato.

Lo demás, ya se sabe; en metiéndose uno por la *crónica* de los martes de *El Indiferente*, caza segura.

Tan segura como en *El Tiempo* y en la eternidad; es decir, en *La Correspondencia*.

Por ahora hace un año, ó dos, lo mismo da, que el encargado del departamento de la gracia semanal del aludido periódico, se metió á astrónomo.

Nada; cogió los chismes y descubrió en seguida una nueva constelación. La del buñuelo.

«El buñuelo—casió diciendo el director literario de *El Indiferente*—el buñuelo es la constelación (!) que preside á la noche de difuntos».

¡El buñuelo... una constelación!

¡Ave María Purísima, qué disparate!

No le hemos podido olvidar todavía con ser

tantos y tan respetables los que desde entonces han salido á hacerle competencia.

Así es que anteayer no pudimos menos de acudir otra vez á la hoja de *los martes* para celebrar el aniversario.

La crónica era del propio cosechero, y decía:

«Los días se siguen y se parecen unos á otros.»
«*Plus ça change, plus c'est la même chose.*» «En francés y en castellano, ambos aforismos pintan la monotonía de la eternidad.....»

En efecto, eso no es un aforismo castellano, sino una cosa de *El Indiferente* de *los martes*, lo cual no es lo mismo.

Mas sin ser aforismo castellano puede ser verdad, y lo es en efecto.

«Los días se siguen y se parecen unos á otros.»

¡Dios mío! ¿Qué nuevo disparate traerá en este día *El Indiferente*, que siga y se parezca al del año pasado?

Sigamos escuchando el canto de esta cigarrera literaria que suele hacer versos... sin querer; porque cuando quiere, no los hace.

«En francés y en castellano
ambos aforismos pintan
la monotonía de.....
la eternidad..... El minuto

engendra el minuto. El aburrimiento de hoy engendra el aburrimiento de mañana», y así sucesivamente.

Habla luego, no se sabe por qué, de la Revolución francesa, y dice:

«Pasemos con lástima sobre el desdén del retrógrado hacia la Revolución francesa (¡Olé, liberal!), pero consignemos que es abrumadora la *misión* del cronista, condenado á poner en distintas músicas el mismo hecho.

» *Verbigracia*, el día de difuntos.»

Tiene usted razón, pero no olvide usted que, como decía don Hermógenes, todo es relativo.

Será muy abrumadora la *misión* del cronista, pero ha de convenir usted en que es mucho más abrumadora la *misión* del lector de la crónica.

Sobre todo cuando el cronista da en descubrir constelaciones.

Valor y adelante.

«Al acercarse el tercer día de difuntos, el cronista tiembla.»

Perdone usted, pero mejor podrían temblar los lectores; y mejor todavía la gramática. Aparte de la novedad esa del *tercer día* de difuntos.

«No es el día de difuntos: es el día de mi entierro, pienso. ¿Qué hacer de la pluma?.....»

Pues mire usted, lo mejor que podría usted hacer de ella, sería quebrarla, ó ponerla en el sombrero si es de pavo (la pluma); pero lo mismo puede usted hacer con ella

cualquier otra cosa, un buñuelo si á mano viene, y en último caso, aunque no venga. Siga usted.

«¿Qué hacer de la pluma? ¿Empaparla (¿?) en el acerbo licor de la sátira? ¿Humedecerla en las tristes lágrimas del poeta elegiaco de buena voluntad? ¿Enseñar á las gentes el rostro lacrimoso de un hombre desengañado ó los dientes agudos de un lobo?»

Peró hombre, por Dios, ¿de dónde ha sacado usted ese lobo?

De la historia natural ó de la casa de fieras del Retiro... me lo figuro; pero, bien, y ¿qué tenía ese lobo que hacer aquí? ¿Para qué le ha sacado usted? Vamos á ver.

Mire usted, señor del buñuelo, que nos vamos á quejar á don Venancio ó al conde de Xiquena ó al señor Abascal, ó á quien mejor proceda en derecho, para que no dejen sacar así los lobos de los establecimientos públicos á cualquiera.

Si usted quiere un lobo para las ocasiones, cómprelo usted y manténgale usted, que los de la casa de fieras los mantiene el Ayuntamiento, ó hace que los mantiene, que casi es igual, por más que para los lobos no sea lo mismo. Pero, en fin, si los lobos de la casa de fieras comen poco, y á lo mejor se mueren, eso no es cuenta para los literatos.

Quedábamos en el lobo; es decir, en que usted no debía de haber sacado ese lobo, que

no hacía maldita la falta en la constelación, y que además es capaz de comérsela, porque los lobos también son capaces de comer buñuelos cuando tienen mucha hambre. Y continúa usted:

«Es costumbre; el hombre va al cementerio en este día.»

¿Y el lobo? le volvemos á usted á preguntar. ¿Y el lobo? Si el hombre es el que va al cementerio en este día, ¿para qué quería usted el lobo, si se puede saber?... ¡Ca! No se puede saber.

Ahora en verso (sin querer, ya se sabe):

«Una libra de cera,
una gota de llanto,
son los gastos *precisos*
del presupuesto humano.

»La libra de cera arde ante la tumba, evapora su olor acre, gotea sus lágrimas calientes....

»Una peseta consumo,
se alquilan velas por horas
como los coches de punto.

»Después de arder la vela en el cementerio se vuelve á la cetería....»

¿Han visto ustedes nada más gracioso é interesante? Pues ahora lo verán ustedes; porque en estas crónicas se camina siempre de gracia en gracia, como si dijéramos, de tropiezo en tropiezo. Allá va la gracia siguiente:

«En cuanto á la gota de llanto, la química ha

dicho que es una unidad de agua, una de sal y no sé cuantas unidades de prosa.»

Pero ¿de dónde diablos sacará este hombre todos estos chistes? ¡Cuidado que hay para desternillarse de risa! ¿no es verdad?

Pues todavía falta lo mejor.

«Un lector: ¿Conque la lágrima tiene sal?... será la lágrima de Andalucía.»

Puede ser que sea; no nos opondremos: lo único que se sabe de fijo es que no puede ser la lágrima de usted.

¡Soso, más que soso!

Sigamos paseando por esta exposición de gracias. Otra del mismo estante:

«Zorrilla ha contado desde estas columnas cómo escribió *Don Juan Tenorio*. Esa hermosa obra, la mejor de nuestro teatro romántico, no es comprendida por esta correcta generación de jóvenes ateneístas que se preguntan:—Pero cómo á este hombre que cometió tantos crímenes, ¿cómo no se lo llevan al Saladero?»

¿Es ahora lo de reír? Porque casi no se conoce.

Y la verdad es que los jóvenes ateneístas por punto general saben muy poco, lo cual se demuestra fácilmente con decir que es de allá el autor de esa crónica; pero aún sabiendo tan poco como saben, ó precisamente porque saben poco, no son inclinados á clamar porque se lleve gente á la cárcel. Al revés; los más son partidarios de que no la haya.

Y vea una cosa el cronista: si el ser gracioso fuera delito, nadie como él se podría pasear con tranquilidad por el mundo.

Y vea otra cosa: siempre que escriba un artículo con gracias todas de su cosecha, es decir, todas de la calidad de las que hemos saboreado, el hará lo que quiera, pero no haría mal en poner entre paréntesis á lo último: *La gracia en el artículo siguiente.*

NOTA.—No digan ustedes por ahí que hemos leído á medias una crónica de *El Indiferente*, más sosa que una calabaza, y con más disparates que letras; ó de decirlo, no lo digan ustedes muy alto.

Que no lo oigan los trescientos ó cuatrocientos descreídos de toda España que leen *El Indiferente*, porque fomenta su descreimiento.

Y principalmente que no lo oigan los veinte mil católicos á su manera que leen ese diario, no porque estén conformes con sus ideas, sino porque *es un periódico muy bien escrito.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CÁNOVAS.

(ARTÍCULO AVERIADO)

(1881)

Ahí le tienen ustedes. O mejor dicho, ahí le tenían. El más popular y el más aborrecido de los hombres adocenados.

Ahora también le tienen ustedes ahí, pero ya no rige; es decir, no estorba.

¡Cómo pasa la gloria humana! Fué seis años monstruo y ha vuelto á quedar de simple ciudadano.

Todavía nó hace un año que Cánovas era entre nosotros todo lo que había que ser, hasta sabio inclusive. Hoy día no es nada más que académico de todas las Academias y jefe *in partibus* de un partido partido por el eje, es decir, por junto al presupuesto.

La verdad es que la popularidad de D. Antonio (Cánovas se llama D. Antonio), era ya una popularidad fastidiosa. ®

No se oía hablar de otra cosa más que de Cánovas. No se podía leer un periódico sin encontrarse en seguida con Cánovas. En un número solo de *La Correspondencia*—tuve el

humor de contar—estaba escrito treinta y siete veces. Casi tantas veces como tiene de años su discípulo Saturnino.

Y no era sólo en los periódicos; en cualquiera otro papel impreso sucedía igual, desde el cronicón de Huelín hasta los anuncios de máquinas de Singer. Escrito ó pintado, fantástico ó real, en letra ó en música, se le encontraba en todas partes.

¿Iban ustedes á pasear? Le encontraban allí haciendo molinetes con el bastón, como diciendo: ¿Y á mí qué?

¿Iban ustedes al Congreso? Allí le encontraban ustedes revolviéndose en el ámbito del banco azul, como la pantera en la jaula, y lanzando á diestro y siniestro aquellos *¿puez qué?* como Júpiter dicen que lanzaba rayos antiguamente.

¿Iban ustedes al teatro? Allí le encontraban ustedes echando los gemelos á todo el mundo.

Hasta hubo quien le encontró una vez en casa de los modernos duques de Santaña bailando rigodones.

No siendo en la iglesia (y no porque no fuera devoto, que no lo es, sino porque no tenía tiempo), repito que se le encontraba en todas partes.

Un amigo mío le encontró una vez en la sopa (era sopa de letras), y otro me aseguró haberle encontrado en la estación de Ataquí-

nes en un retazo de *La Integridad de la Patria*.

Hoy es al revés.

No se le encuentra por parte ninguna.

Parece que se le ha tragado la tierra.

Nadie habla de él; ni siquiera los periodistas que hablan de todo lo que menos importa.

Yo, que por la misericordia de Dios, leo todos los periódicos á diario—y digo por la misericordia de Dios, porque con eso me considero ya libre del purgatorio,—he pasado algunas veces un mes sin encontrar escrito el nombre de Cánovas. Así es que cuando por casualidad leo *Cánovas*, tengo que pararme á recordar y decir para mí: Hombre, sí, es verdad que había un Cánovas..... Digo no; había tres ó cuatro de varias dimensiones.....

Sí; ahora recuerdo que había varios Cánovas, y todos de la familia; es decir, todos del presupuesto.

Mas volviendo al Cánovas primitivo, ó mejor dicho, Antonio, es de advertir que de todo entiende.

(Lo mismo).

Por si acaso la posteridad, ingrata de suyo y olvidadiza, no hiciera justicia á sus servicios políticos, que no la hará de seguro, don Antonio tiene ya ideada y hasta emprendida otra vía para immortalizarse. Tiene ya escritas varias obras, peores, si cabe, que sus actos políticos. Vale Dios que no cabe.

La campana de Huesca, novela del género estrafalario, y *Los amores de la luna*, imputación calumniosa de que la luna no se ha querellado por no andar en lenguas, son las dos obras principales que don Antonio ha puesto por cimiento á la segunda columna de su celebridad.

No hay que omitir que el ilustre remendón político y literario también hace versos; eso sí, muy malos, como saben mis lectores, pero los hace. Y hasta los publica. No alcanza á ver que son detestables.

Lo que tienen que se acomodan perfectamente al canto (rodado). Yo, que además de ser su tocayo, apenas sé música, le he puesto ya tres ó cuatro composiciones en solfa.

¡Si me acordara de alguna! pero no me acuerdo más que de otra sin solfear, escrita como todas las suyas en variedad de metros y de disparates. Tiene una estrofa que dice:

«¡Oh! ¿quién será que á ti su voz levante
Con jubiloso acento?

¿Quién será que su pecho no quebrante
Derramando lamento?»

¡Mire usted que derramar lamento!... Vamos que este derrame de lamento, es de lo más deplorable, es casi tan malo como un derrame cerebral.

Pues hay otra estrofa que empieza:

«Pecamos ni Señor, pecamos duros.....»

Como si el Señor fuera suyo solo, y como si fuera cosa corriente *pecar pesetas*.

Y todo así al símil.

Hay, sin embargo, una ocasión en que casi gustan los versos de Cánovas; cuando se leen inmediatamente después de haber leído prosa, con tal que la prosa sea del mismo Cánovas. Quiero decir, y lo digo y todo, que la prosa de don Antonio, aunque parezca imposible, que sí lo parece, es un sí no es peor que sus versos.

«Cualesquiera que sea el amor...» comienzan los periódicos de don Antonio cada lunes y cada martes. Una vez para decir «príncipe á secas,» ó «príncipe únicamente» fué y escribió «Príncipe á solas.» Y así por este estilo.

Excuso decir á ustedes que es académico de la lengua. No podía menos. Escribiendo tan mal.....

También se las echa de jurisconsulto; y una vez para probar que sabe más leyes que todos, á propósito de cierto principado, revolvió toda la legislación española (¡que apenas tiene que revolver!) y resultó que todas las leyes decían lo contrario de lo que él quería que dijeran.

También oficia de filósofo, no es menester decirlo. Ya he dicho que don Antonio es, ó por lo menos era, todo lo que puede ser alma viviente, de monstruo para abajo.

Y si don Antonio hubiera durado más en

el pináculo de la gloria, es indudable que, como á Cervantes, y él perdone la comparación, le hubiera salido también su correspondiente secta de gente simple, su correspondiente enjambre de tábanos literarios, llamados *Antonio-canovistas*, que á la manera como los *cervantistas* escriben libros para que nadie los lea, titulados: *Cervantes geógrafo*, *Cervantes cocinero*, *Cervantes administrador militar*, etcétera, así también ellos escribirían libros, con el mismo destino, titulados al poco más ó menos: *Cánovas filósofo*, *Cánovas jurisconsulto*, *Cánovas artillero*, *Cánovas moro*, *Cánovas Papa infalible*, y por ahí adelante. Y no digo bien al decir que le hubiera salido esa secta, si le dura más la temporada de disparar rayos y credenciales, á esa especie de dios temporero, porque en rigor le había salido ya, y si bien no se habían llegado á publicar todos esos libros, ya en los periódicos conservadores se habían dicho todas esas cosas.

También hay algunos autores graves, como un gacetillero de *La Iberia*, que pretenden que don Antonio, en los buenos tiempos de su mandar, tuvo conatos serios de ser adorado. Mas en esto no le favoreció la fortuna; porque la *canovo-latría* no alcanzó en esta tierra de pecadores y de *benitólatras*, más secuaces públicos que el conde de las Almenas; aunque se cree que en secreto también le adoraba Puente y Brañas, Dios le haya perdonado.

Pero quedábamos en que Cánovas también era filósofo. Y nos faltaba añadir que en filosofía es hegeliano hasta las cachas. Pero nada más que hasta las cachas; es decir hasta la mitad ó un poquito menos. De la famosa trilogía de Hegel no admite más que la primera parte, el *yo*. El ilustre mamarracho alemán la enunciaba así: tesis, el *yo*; antítesis, el *no-yo*, como si dijéramos los demás; síntesis, el *conocimiento reflexivo*, la *conciencia*. El ilustre filósofo malagueño la enuncia de este otro modo: tesis, *yo*; antítesis, otra vez *yo*; y síntesis también, *yo*. Nada; Cánovas no admite el *no-yo* ni la reflexión, ni la conciencia; nada más que el *yo* y siempre *yo*. Los demás, contra un canto.

Lo que es el *no-yo*, es un licor que le da asco; no lo puede ver; y beber menos. Una vez se lo dió á probar el general y en cuanto lo arrió á los labios se llamó á engaño. La única copa que ha bebido en su vida se la hizo tragar Sagasta hace ocho meses, y todavía le dura el mal de la boca.

También se puede considerar á Cánovas bajo algún aspecto complejo. Verbigracia, en lugar de considerarle como militar y como político, aparte de considerarle también como aljamiado, se le puede considerar de un golpe político-militarmente. Como político militar su ideal fué César, pero se le cargó el acento en la última y le vino ancho el papel

de Pompeyo. Después, entrando en el segundo triunvirato, se le antojó que había de ser Augusto, y se ha tenido que quedar sencillamente Antonio, ó, como él dice, Antonio á solas.

Sin Cleopatra.



LO DEL ASCUA Y LA SARDINA.

*Que somos de Vallauli,
De la gente más prencipal,
Y venemos de la junción....
De Zaratán.*

Señor don Carlos... (Malagarriga, por supuesto.)

Querido amigo: Carlista de verdad yo, y republicano usted, también de verdad, coincidimos en una cosa, en el deseo de quitar esto.

Por consiguiente, hasta quitarlo, somos amigos.

Después... refñiremos si es necesario, y el que más pueda llevará el gato al agua.

Yo creo, dicho sea en confianza, que á la larga le llevaremos nosotros.

Mas, porque ustedes no se escamen ni se desanimen, soy capaz de creer que creo que le llevarán ustedes.

Y de todos modos, si fuera posible que yo perdiera toda esperanza de ver triunfante el ideal político y religioso al que he sacrificado lo mejor de mi vida y mi vida toda, conste que yo, como todos los carlistas de raza, aún

fuera de la esperanza del triunfo, preferiría la República á *esto*.

Pero dejemos *esto* á un lado... mientras no podamos echarlo al otro, y vamos al asunto.

Ante todo, hágame usted el obsequio de suplicarle al regente que me deje dos eles donde quiera que yo ponga dos eles, y una sola donde yo ponga una sola; diciéndoles de paso á los cajistas que los de Valladolid se llaman valisoletanos, así, con una ele, y no *vallisoletanos* con dos, pues esta manera última de escribir la palabra es una corruptela nacida en los periódicos de la misma Valladolid, que no son ciertamente los mejor escritos de la tierra, y adoptada por algunos de Madrid, no demasiado concededores de la ortografía ni de las otras partes de la Gramática: que si se quiere llamar á los de Valladolid con un adjetivo genuinamente castellano, formado del nombre castellano de la población, se les puede llamar *valladolicieños* ó *valladolicenses*; pero si se quiere usar castellanizado el adjetivo latino *vallisolanus*, formado del nombre latino de la ciudad *Vallisolanum*, hay que pronunciarle como se pronuncia en latín, como si tuviera una ele sola, aunque se escribe con dos, y debiendo pronunciar en castellano *valisolotano*, lo mismo que en latín *valisoletanus*, como quiera que en castellano, por punto general, no se escribe letra que no se pronuncie, hay que escri-

birlo también con *ele* y no con dos eles, VALISOLETANO, y así lo ponen todos los diccionarios, incluso el de la Academia, que aun cuando en muchísimas cosas no tenga razón, cuando la tiene, no hay por qué quitársela.

Quedamos, pues, en que los de Valladolid se llaman valisoletanos, aunque ellos no quieren, y en que á pesar de pertenecer al reino de León, escriben y hablan el patrio idioma bastante mal, ordinariamente.

Es decir, en esto no hemos quedado todavía, pero quedaremos ahora. Después que leamos el proyecto de ley, ó cosa así, que la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de Valladolid ha echado á volar en los periódicos contra los alcoholes alemanes.

No crea usted que porque no me parezca bueno el primer producto literario-industrial de la Junta, voy á ser amigo de Alemania.

¡Dios me libre!

Soy tan antialemán como el primero; y si no pareciera vanidad, diría que soy el primero de los antialemanes.

Pero creo que Alemania no es la castellana literatura, y que se puede ser muy enemigo de esa tía que nos ha salido, empeñada en protegernos, y ser muy enemigo de esta otra señora, vamos, de la literatura nuestra, digna de todo género de consideraciones.

¿Qué necesidad hay de escribir mal para combatir la codicia alemana que nos adultera

las bebidas y los gobiernos, con el fin de envenenarnos física y moralmente?

Yo por mí no la veo.

Ni aún después de leer la primera conclusión de los de Valladolid, que dice:

«1.^a Se declaran nocivos á la salud todos los vinos y licores fabricados ó remontados...»

En primer lugar, me parece que los vinos no se *remontan* como los pantalones ó los zapatos: se *encabezan*, ¿eh?

Alguna vez se dice del vino que está un poco *remontado*, pero no quiere esto decir que ha sufrido remonta ó reforma, sino que se va subiendo al monte, que se va declarando en rebeldía, es decir, que está próximo á avinagrarse.

Esto lo saben perfectamente en todos los pueblos de tierra de Valladolid; pero los eruditos de la capital no lo saben.

Mas no es esto sólo.

«1.^a Se declaran nocivos á la salud—dicen los de Valladolid—todos los vinos ó licores....»

Esta *ó* debe ser una *y*, pero, adelante....

«...todos los vinos ó licores fabricados ó remontados con alcoholes industriales, entendiéndose por tales....»

¿Qué necesidad hay de hacer versos?—pregunto yo á los de Valladolid...—¿qué necesidad hay de hacer versos, escribiendo en prosa, para combatir la opresión alemana?

Quedábamos en que «todos los vinos ó licores fabricados ó remontados

con alcoholes industriales, entendiéndose por tales lo que proceden de la destilación de pulpa de cereales, patatas ó remolacha.....»

Etcétera, y vuelvo á preguntar lo mismo de antes.

La segunda conclusión está en verso desde el principio.

«2.^a Se declaran igualmente nocivos á la salud todos los vinos coloreados artificialmente con materias extrañas á la uva, y todos aquellos que contengan cualquiera *droga* que, alterando su composición, constituya una falsificación nociva del producto natural.»

«3.^a En toda capital....»

¿No es verdad que esto está bastante mal?

«En toda capital de provincia se creará con cargo á los presupuestos provincial y municipal....»

¡Cómo no están ya bastante cargados!

La cuarta dice:

4.^a «Los vinos no podrán ser gravados por

derechos de consumo en más de un 30 por 100 de su valor.» Esto está bien, y aún no debieran ser gravados con tanto, pero la conclusión quinta es de esta figura:

«5.ª Se declaran libres de contribución industrial por diez años, todas las fábricas de destilación de vinos.....»

¿Y quién paga mientras tanto la contribución industrial? Eso ya no está bueno, señores de Valladolid; porque no es justo, ni aún escribiendo mal, no es justo que á pretexto de combatir los alcoholes alemanes arrimen ustedes el ascua á su alquitara.

Y todavía falta lo más gracioso, lo de pedir la exención de contribución por diez años para «todas las fábricas de destilación de vinos, orujos, cereales.....»

¿Cereales?

¿Pues no piden ustedes más arriba, en la conclusión primera, que se declaren nocivos á la salud los alcoholes que proceden de la destilación de cereales?.....

¿En qué quedamos? ¿O en qué quedan ustedes, señores de Valladolid?... más formalidad, vaya.

La sexta conclusión también es buena; es decir, mala. Dice así:

«6.ª Se declaran libres de derecho de introducción los aparatos destinados á la destilación.....»

Sí, y además un jamón.

¿También es necesaria esa libertad para que no haga daño el alcohol de patatas? Sigán ustedes:

«Se declaran libres de derecho de introducción los aparatos destinados á la destilación de alcoholes, así como las duelas de roble para la pipería.»

¡Así! Todo libre.

Lo que ustedes necesitan, libre de derechos, para comprarlo bien barato... y al prójimo contra una esquina.

Hay en la montaña de León una veintena de pueblos pobres, cuyos habitantes se dedican á hacer duelas ó más bien levias de roble para cubas, y después de matarse trabajando en ellas todo el año y de traerlas hasta Valladolid, se las suelen dar á ustedes casi de balde.

Pero á ustedes todavía se les figuran caras, y las quieren traer más baratas del extranjero, arruinando á aquella pobre industria montañesa.....

Esto no sé cómo lo llamarán ustedes en su idioma especial de Valladolid, pero en castellano se llama la ley del embudo.

¿Cómo quieren ustedes ser oídos si comienzan pidiendo gollerías é injusticias y queriendo prosperar á costa del prójimo?

Y todavía piden ustedes que las exportaciones de coñac sean favorecidas con una prima.....

No, señores; ni con una sobrina.

El que quiera primas que trabaje y las busque, pues el Erario público no está en condiciones de regalar primas á nadie.

Todo lo demás está bien.

Es decir, que tienen ustedes razón para pedir que se persigan las adulteraciones de bebidas y comestibles; pero no la tienen ustedes para escribir mal, adulterando el habla castellana, ni para tratar de mejorar la situación de ustedes, con perjuicio de otros contribuyentes, so pretexto de combatir los alcoholes alemanes.

Dígales usted todo esto de mi parte á los de Valladolid, amigo Malagarriga, y mande á su afectísimo.—MIGUEL DE ESCALADA.

REBAJAS

San Sebastián 17 de Agosto.

Amigo director: Si yo fuera filósofo, comenzaría esta carta lamentándome de haber alcanzado tiempos tan tristes y malaventurados en que la corte y el Gobierno, el jefe, ó si se quiere la jefa irresponsable y constitucional del Estado, y el presidente del Ministerio responsable con más el ministro de la Justicia, habitan en una inmensa casa de juego, en un enorme bazar de lujo, enorme bazar ó inmenso garito que, por uno de esos sarcasmos de la suerte, lleva el nombre de un santo á quien pintan desnudo.

¡San Sebastián!

¡Oh, qué pueblo este!

Ni se hace aquí más que jugar y bailar, ni nadie piensa más que en el baile y en el juego, en el juego principalmente.

Hay marquesa aquí, que comiendo en la mesa redonda de un gran hotel delante de cincuenta personas, da distraída una vuelta

No, señores; ni con una sobrina.

El que quiera primas que trabaje y las busque, pues el Erario público no está en condiciones de regalar primas á nadie.

Todo lo demás está bien.

Es decir, que tienen ustedes razón para pedir que se persigan las adulteraciones de bebidas y comestibles; pero no la tienen ustedes para escribir mal, adulterando el habla castellana, ni para tratar de mejorar la situación de ustedes, con perjuicio de otros contribuyentes, so pretexto de combatir los alcoholes alemanes.

Dígales usted todo esto de mi parte á los de Valladolid, amigo Malagarriga, y mande á su afectísimo.—MIGUEL DE ESCALADA.

REBAJAS

San Sebastián 17 de Agosto.

Amigo director: Si yo fuera filósofo, comenzaría esta carta lamentándome de haber alcanzado tiempos tan tristes y malaventurados en que la corte y el Gobierno, el jefe, ó si se quiere la jefa irresponsable y constitucional del Estado, y el presidente del Ministerio responsable con más el ministro de la Justicia, habitan en una inmensa casa de juego, en un enorme bazar de lujo, enorme bazar ó inmenso garito que, por uno de esos sarcasmos de la suerte, lleva el nombre de un santo á quien pintan desnudo.

¡San Sebastián!

¡Oh, qué pueblo este!

Ni se hace aquí más que jugar y bailar, ni nadie piensa más que en el baile y en el juego, en el juego principalmente.

Hay marquesa aquí, que comiendo en la mesa redonda de un gran hotel delante de cincuenta personas, da distraída una vuelta

al plato con el dedo índice de la mano derecha, y dice: ¡No va más!

Si yo fuera casado no traería por nada del mundo á San Sebastián á mi mujer.

No crea usted que iba á decir *mi señora*, como escriben Bremón y Canalejas, y como dicen los barberos, los veterinarios y los cursis.

Digo que no traería á mi mujer á San Sebastián, no fuera que se aficionara al juego, porque aquí juega todo el mundo.

¿Y cómo nos hemos de quejar luego de los pobres gobernadores, más ó menos fríos en perseguir el juego, si en la misma residencia del Gobierno no se halla cohibido ningún juego, á no ser el de las instituciones?

¡Qué tiempos! ¡Qué tiempos!

Pero dejémonos de filosofías, y diga usted que no, amigo, diga usted que no ha habido tal entusiasmo ni tales progresistas, como suele decirse.

Y eso que no sé si aquí está del todo bien dicho; porque aunque es verdad que los progresistas son muy carneros, hoy por hoy, más es el país que los aguanta.

En fin, diga usted que no ha habido ese entusiasmo que dicen, ni ningún otro. El viaje de la archiduquesa ha sido frío y silencioso, y la entrada en San Sebastián ceremoniosa y triste.

Y riase usted de los idilios pedestres de

El Correo, y más todavía de los de *El Imparcial*, que como es aún más frío que *El Correo*, le sienta peor hacer de romántico.

¡Que de Segovia á Medina, los pueblos donde la ovación fué más entusiasta, han sido Santa María de Nieva y Olmedo!... ¡Es claro! Donde más y donde menos; porque no habiendo parado el tren en más estaciones, en los demás pueblos ni pudieron dar cuenta del paso.

¡Y qué detalles más conmovedores los de la estación de Medina, y los de la de Valladolid!

Pero lo más bello y conmovedor de todo es, el *gentío inmenso* que el corresponsal de *El Imparcial* vió en la estación de *Venta de Baños*.

Por la cuenta el corresponsal no sabía que esta estación está en un despoblado y... velay.

Como la vió marcada en la guía con letras gordas, le pareció que, siendo estación de primer orden, debía poner un *gentío inmenso ó numeroso*.

¿Y en Burgos? ¿Y en Bribiesca, que sale un *concejo* que parece un chisme como el tambor? ¿Y en Miranda, donde una mujer grita: *viva el rey chiquitín*? ¡Qué monada!

¡Para Vitoria te espero! decía yo; porque el entusiasmo de Vitoria le he visto.

Algunas autoridades salieron á saludar ofi-

cialmente, y dos mujeres ofrecieron á la Regente unos ramos de flores, parecidos á los que la Quinta de la Esperanza vende á dos pesetas. Y nada más.

Pero el corresponsal tuvo el buen acuerdo de suprimir la ovación de Vitoria.

El entusiasmo del clero le deducen los corresponsales de que oyeron tocar las campanas.

¡Vamos, que oyeron campanas y no saben dónde!

Porque no saben ó no quieren saber, que las campanas las tocan hoy los alcaldes cuando quieren.

Y hasta cuando no quieren, si se lo mandan los gobernadores.

¡San Sebastián! Flores, arcos, etc. Arcos de donde arrojaban flores, palomas y versos. El detalle de los versos le suprimen casi todos los corresponsales. Uno le consigna, los demás no han tenido valor para mentar los versos.

¡Tales versos serían!

En cuanto á vivas, no se sabe de cierto más que de uno desesperado que dió un asturiano, un pobre diablo, cargado de hijos, que quiere volver al Ministerio de Fomento.

El mismo *Imparcial* dice que el recibimiento de San Sebastián fué cariñoso teniendo en cuenta el carácter del pueblo.

Casi no se puede decir con más claridad que fué frío.

Pero con más claridad lo decía ayer mañana un oficial del ejército, muy entusiasta, que había estado en todo.

—«Se la ha hecho un recibimiento muy simpático... sin gritos ni vivas, porque eso ya ha pasado de moda, pero ha sido un recibimiento simpático.»

Vamos, sí; que no la hicieron demostraciones de desagrado.

No lo permite la cortesía en los pueblos cultos.

Otro detalle delicioso es el del entusiasmo de los carlistas.

Los corresponsales que vieron en San Sebastián tirar boinas al alto, consignan también que los carlistas que hay en la Diputación de San Sebastián se ofrecieron á la archiduquesa, incondicionalmente.

¡Buenos carlistas serán ellos! Serán carlistas nocedalinos, es decir, no carlistas. De esos que se escudaban hace cuatro años con las órdenes de retraimiento de *El Siglo Futuro* para no apoyar á un candidato carlista en el distrito de Azpeitia, y apoyaban en el de Vergara á un conservador de tres al cuarto.

¡Jansenistas! Rigurosos para los demás y laxos para sí. ¡Valiente apoyo para cualquiera!

En resumen, que los fusionistas y *El Imparcial*, ni siquiera saben ya fabricar entusiasmo. Han perdido los artes.

En algún viaje de don Amadeo, se dijo que se pagaban los vivas á medio duro, pero los vivas se daban.

Ahora yo no sé si los pagaron ó no; pero lo cierto es que no se dieron.

¡Ah! se me olvidaba.

He oído decir que en vista del fracaso de la circular de Moret para que á los generales no se les discuta, se trata ahí de constituir una Sociedad protectora de los generales.

Dígame usted si es cierto.

POSTDATA. En esto llega *La Correspondencia* de ayer en la cual aparece un correspondiente nuevo, que deja atrás todo lo conocido.

Dice que la archiduquesa, para ir á visitar al *Destructor* se embarcó con gran presencia de ánimo, á pesar de la *galerna* que reinaba.

¡Ave María purísima! ¡Tan dinástico y andar poniendo motes á las instituciones!

En otra parte dice *La Correspondencia* que la multitud ha prorrumpido en vivas...

Me disponía á protestar, pero no hay de qué, porque el amigo Mencheta, que es correspondiente mucho más sincero, no dice sino que la multitud ha prorrumpido en *vivas*... manifestaciones de simpatía. Ya ve usted que no es lo mismo.

Otra muestra de la sinceridad de Mencheta. Verá usted:

«A cada instante aumentan y se acentúan las simpatías del pueblo guipuzcoano, *antes algo retraído*, hacia la familia real.»

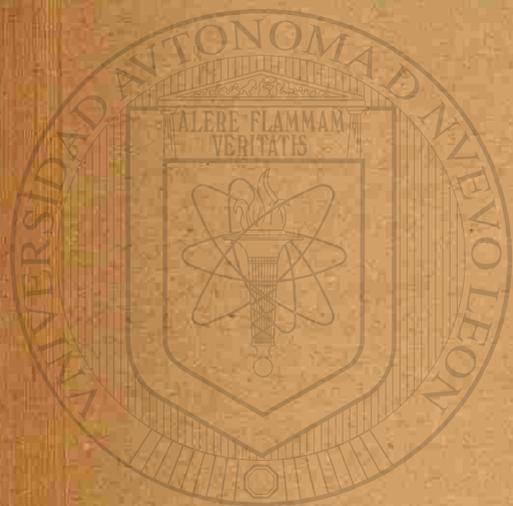
¡*Antes algo retraído!* ¿Lo ve usted? ¿No le decía yo á usted que se riera de ciertos idios?

Antes algo retraído... Y ahora también.

Pero, en fin, que conste que Mencheta confiesa que hasta hoy, que es el cuarto día, el pueblo guipuzcoano estaba *retraído* y que no había una palabra de verdad en lo de la ovación.

Notará usted que Mencheta en un parte del 15 dice que Sagasta y Alonso han prohibido el juego, y en otro parte del 16 dice que se continúa jugando.

Naturalmente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LOS CONCIERTOS DOMINICALES.

(MÚSICA POLÍTICA.)

(1891)

El domingo se celebrará el último de los de este año.

Antes se llamaron de Barbieri, después se llamaron de Monasterio, más tarde se llamaron de Vázquez, y ahora se llaman de Bretón, que no es el de los Herreros, sino el de *Los Amantes*.

Barbieri, Monasterio, Vázquez, Bretón han dirigido aquí sucesivamente la música de Cuaresma, como O'Donnell, Narváez, Serrano, Cánovas y Sagasta han dirigido la política de Cuaresma; que tal suele ser para el país la política de todo el año.

Yo no sé si será verdad, ó serán aprensiones y manías de viejos; pero dicen que va decayendo la música.

Yo no sé si será verdad; lo que sé es que la política ha decaído muchísimo.

Y continúa decayendo.

Aunque ya apenas se concibe que pueda

bajar más, habiendo llegado á los conservadores.

Y eso después de haber pasado por los fusionistas, y de haber sido ministro Puigcerver.

En fin, ¡cuándo ha llegado á serlo Isasa... tras de Pidal y Villaverdel!

¡Y cuándo ha llegado á ser gobernador el marqués de Viana!

¡Ah! y de Madrid... porque lo que es de Guadalajara, ya lo fué Nido y... Segalerba.

Pero ¿qué más? ¡Si hasta Godró llegó á ser en los últimos tiempos padre de la patria!... Y nuevo lazo de unión entre la poesía y la música.

Porque Godró, como tenor es malo, eso sí, muy malo; pero como político es peor seguramente...

Quedábamos en que iba bajando mucho la política.

Narváez, por ejemplo, era un energúmeno; pero tenía su alma en su almarico, y sabía poner los pasaportes en la mano á Mr. Bulver, cuando el caso lo requería; mientras que don Antonio Cánovas, con toda su monstruosidad y todo su Elduayen, se humilla hoy ante Ribot, Constans y otros excontratistas de... perfumes, como se humillaba hace unos años ante Mancini y ante Jacobini, y ante todos los acabados en *ini*, sin excluir la kábila de los Beniburriagas.

Y todavía éstos, al fin y al cabo, eran moros; pero después vinieron los fusionistas con su Segismundo más ó menos *Morete*, á caer de rodillas ante cualquier *Mora*.

Rindiendo culto al refrán atabacado que dice

«Que la roncha de la Mora

Con otro millón se quita».

Claro es que, quien dice con otro millón, dice con otra treintena de millones (1).

Mas dejando la música internacional para volver á la política interior, ¡qué diferencia entre el maestro Bretón y don Antonio!

Firme el primero con su batuta en mitad del escenario de Rivas, por señas, y sólo por señas, se hace obedecer de todos incondicionalmente, sin permitir que se insurreccione ni desafíe nadie. Lo mismo le está sometido el requinto que el reformista, digo, que el contrabajo, el violín, que el violón, la flauta, que el cornetín de llaves.

Mientras que al pobre D. Antonio, áun haciendo uso á cada triquete de su palabra dificultosa y de su erudición antipática, un día se le desafían los tetuanistas, otro día se le bajan demasiado los mestizos, otro día le sueltan un sostenido los silvelianos; por aquí se le descompone la chirimía del ministro de Hacienda, por allá el violón del general Mar-

(1) Se aludía á la ruidosa indemnización de Mora.

tínez Campos, por otra parte el violoncelo del ministro de la Guerra, por la otra la pandere-ta del de Gracia y Justicia... y gracias que el de Fomento y el de Ultramar no tocan pito.

Nada, que al pobre D. Antonio nadie le hace ya caso más que Vallejo Miranda, y ese á medias.

De suerte que el concierto conservador parece un infierno en que cada Plana y Casal ó cada *Cosi* pita por su lado.

Eso además de ser mala la música; porque ya se sabe que la música liberal-conservadora es de suyo muy mala, más mala, si cabe, que la política musical fusionista; y la mala música, por bien que se toque, siempre es desagradable.

Conque tocándola mal... no les quiero á ustedes decir nada, porque ya lo están ustedes sufriendo.

Como tuvimos que sufrir las personas filarmónicas en uno de los pasados conciertos una rapsodia titulada *España*, una especie de *España* traducida al francés, que parecía la recíproca ó la pena del talión por la nueva ley de lo contencioso.

Y, sin embargo, fué muy aplaudida del vulgo.

El vulgo es vulgo en todas partes.

Y como *La Correspondencia* había elogiado mucho la tal rapsodia, para que se pareciera más á la rapsodia política actual de los con-

servadores, que también viene muy elogiada por *La Correspondencia*; y como el verdadero vulgo no suele tener otro criterio musical ni político que el que se forma leyendo *La Correspondencia*, de aquí el éxito de la rapsodia, que fué repetida.

De aquí y de estar bien tocada, porque bien tocada lo estuvo.

Para que no se pareciera en todo á la rapsodia política de los canovistas...

¡Ah! ¡Dios quiera que en lo de la repetición tampoco se parezca!

En cambio vinieron el otro día unos preciosos números de Beethoven, tocados, además de ser preciosos, magistralmente, y el vulgo indocto siseaba á los que aplaudíamos para que se repitieran.

¡Mire usted que sisear á Beethoven! Es casi, casi, tan enorme como aplaudir á Mariano Catalina, lo cual, en buena hora sea dicho, no hay memoria de que haya sucedido nunca.

Es verdad que, los que se oponían á la repetición de las poéticas dulzuras de Beethoven, quizá lo hicieran impulsados por el natural deseo de oír cuanto antes el último número, que era la *Marcha festival* de Gounod, la cual también á mí me gustó mucho.

Principalmente, porque me sonaba así como á la marcha de D. Antonio Cánovas... y sus contornos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LA MEKA... CHIST.

(1889)

Hablo de la Meca progresista, establecida ahora provisionalmente aquí en Urberoaga de Alzola.

Para inteligencia de Manolo, Perico y otros progresistas sin descortezar, es necesario darles, ante todo, un refregoncillo geográfico.

El establecimiento balneario de Urberoaga de Alzola, que hoy constituye la Meca progresista, no está situado en la Arabia feliz, sino en la infeliz provincia de Guipuzcoa (que en tiempos liberales todas lo son), sobre la margen izquierda del río Deva, dos leguas y media por bajo de Vergara, y legua y media por cima de la villa que tiene el mismo nombre que el río, por junto á la cual desemboca éste en el mar cantábrico. ®

No hay que confundir este establecimiento con el otro Urberoaga que está en Vizcaya,

cerca de Marquina, y se llama Urberoaga de Ubilla.

Uno y otro son de aguas salinas tibias (que por esto se llaman en vascuence *Urberoaga*, de *ur* agua y *bero* calor), claras, sin olor y de sabor ligeramente salado, al revés de *La Unión Católica* que le tiene marcadamente soso.

Las de Alzola contienen 35 centigramos por litro de sustancias fijas que son: carbonato de cal, cloruros de sodio, de manganeso, de calcio, y además sílice.

Las de Ubilla contienen 31 centigramos por litro de las sustancias fijas siguientes: carbonatos de cal, de magnesia, de hierro, de amoníaco y de sodio, cloruros de sodio, de calcio y de magnesio; sulfatos de sosa, de cal y potasa; sílice, silicato de sosa y nitrato de amoníaco.

Todo esto en circunstancias normales y ordinarias; porque en ocasiones se aumentan estas sustancias fijas con alguna otra más ó menos variable, casi siempre más, como sucede este verano, que en las aguas de Alzola se ha descubierto una nueva sustancia medicinal ó venenosa, según los casos, llamada *fusionina*, recomendada para las indigestiones municipales y otras análogas dolencias.

También hay quien dice que contienen ahora un poco de sulfuro de Sagasta en disolución ó muy próximo á disolverse; pero otros

lo niegan porque creen que don Práxedes no se sulfura nunca. Ni con las pulverizaciones de don Segismundo.

¿Y por qué ha preferido el Presidente del Consejo el establecimiento de Urberoaga de Alzola al de Urberoaga de Ubilla? A punto fijo no se sabe, pues si lo que buscaba en las aguas era la sílice para endurecerse un poco más contra los clamores del país, unas y otras la tienen.

Lo que parece más probable es que ha preferido estas aguas de Alzola porque las otras están muy cerca de Marquina, y á los gobernantes parlamentarios no les gusta que las cosas sean de Marquina, sino de marca mayor, como sus desaciertos.

En fin, el caso es que el jefe de la fusión se ha venido á Alzola, y esta circunstancia ha convertido el balneario en una especie de Meka interina, como dije al principio, y ha hecho de esta retirada casería la ciudad (*non*) santa donde todos los fusionistas creyentes vienen en carabanas, no á adorar el zancarrón de Mahoma, pero sí á venerar la patilla izquierda del señor Sagasta.

Porque desde que se le cayó al Presidente el tupé natural, no hay nada tan venerable en su persona como la patilla izquierda, que es la que se rasca en los casos de apuro.

O cuando no tiene que hacer otra cosa, que es casi siempre. Porque con su claro enten-

dimiento, su perspicacia política y su buen sentido no ha podido menos de conocer que como mejor le va es no haciendo nada; y que dado el desastroso sistema liberal á que está sometido, el no hacer nada es la única manera de no hacer algún desaguisado.

Y aquí le tiene usted entregado á su ocupación, casi continua. Se levanta tarde y no trabaja antes de almorzar, y después tampoco. A no ser que se llame así el beber agua, sonreírse, bañarse, sentarse á la sombra de los plátanos, darse un paseito por la carretera al obscurecer y dejarse venerar de las caravanas que llegan.

Que son muchas.

Las más numerosas y las de más lujo suelen venir de San Sebastián, que es el Damasco de verano de esta Siria devastada por los beduinos del progreso.

Vienen también caravanas de las otras ciudades menores. Moret, por ejemplo, pensó venir desde Palmira, en cuyas ruinas vive hace bastantes meses; es decir, á él de seguro que le parecen ya bastantes, desde que tuvo que dejar á Ali-Kap-de-Pont, el gran califato de la sublime Puerta (del Sol); pero luego no vino, porque no tenía dromedario.

Y como Alberto Aguilera no le podía servir de compañía por estar muy ocupado en la Corte ajustando las cuentas al emir Habas-Kal y demás liquidadores de las sisas

municipales, determinó conferenciar con el mago Martínez (1) y enviarle la adoración á don Práxedes por medio de este astrólogo.

El cual se ha presentado efectivamente en la Meka... y apenas le vió el gran profeta, sin permitirle que le besara la babucha, le dijo:

—¿Pero de veras os ha dicho Ali-Morete-Prende-Gatos aquello que revelasteis al vulgo desde las columnas del antiguo templo de Ben-Gassete?

—Ni una palabra menos—contestó el periodista—sino por el contrario muchas más, porque está que prende... Crea usted que me dijo pestes del profeta, y cuando le leí lo que había escrito y le pregunté si quería quitar algo, dijo que no, que lo dicho dicho y la jaca á la puerta.

—Tanto como á la puerta no, pero no está lejos—dijo el Presidente rascándose la susodicha patilla y pensando en la crisis.

Mas no es sólo de la Siria fusionista, habitada hoy por los genuinos Mansis, de donde vienen caravanas, sino de todos los demás puntos .: del Oriente, hasta de *Becerril* inclusive. ®

Porque si bien es cierto que D. Manuel no ha venido en persona, ha enviado su repre-

(1) Se aludia al redactor de *El Imparcial* D. Enrique Martínez, que por entonces había celebrado una *interview* con el señor Moret en la que éste hizo pinitos de oposición.

sentación á decir que no *aceta* la *alcaldía* de Madrid aunque le *trespapelen*, porque no quiere perder el buen *conceito*.

También han venido de la Fenicia, cuya capital es Lourizán, representantes del Kalifa de allí, pidiendo varios bajalatos de provincia y dos ó tres Direcciones generales.

Y hay quien dice que hasta el Mahdi Necedal-el-Romea, ha venido desde *Integrópolis* á pedir su acta de Diputado para las elecciones próximas.

De donde no ha venido nadie todavía es de la *Mauritania*, cuya capital es Mazagán ó *Gamazán*, porque hay variedad en esto de colocar las sílabas; pero espera el profeta que, con pocas economías más que haga Abu-el-González, vendrán de seguro, y en todo caso, dicen que está dispuesto á ir como Mahoma á la montaña, si la montaña no viene al profeta.

Aparte de estos personajes principales que, ó no vienen, ó vienen, más que á adorar al profeta, á darle disgustos, entran todos los días en la Meka provisional muchas caravanas de poco pelo, que no traen dones, ni ofertas, ni nada más que la intención de llevarse alguna cosa.

La última que llegó esta mañana venía desde las orillas del Río Jaa, cerca del desierto de Kam-Erós. Formábanla cinco beduinos de la tribu de los progresistas, un matrimo-

nio y tres criaturas, y no pedían al profeta más que una plaza de jefe de negociado para el que lo era de la familia, y otra de auxiliar con 6.000 reales para el niño mayor, con más otra de peón caminero para el novio de la criada.

El Presidente, que es hombre muy amable, los recibió sin ceremonia, diciendo para sus adentros:

La libertad me revienta
desde tiempo inmemorial...
Pero la gente está en cuenta
de que yo soy liberal...

Mas como después de sonreirse con mucha amabilidad no les dió todos los destinos, los creyentes se retiraron muy descontentos del profeta y diciendo por lo bajo:

¡Alá te parta por el eje!

—¡Azí zea!—dijo Cánovas desde la huerta de su suegro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SIMILIS CUM SIMILI.

(1880)

Los animales están en grande. Son los niños mimados, por no decir los dueños, de la situación. Están como la nata sobre la leche.

A lo último de la calle de Embajadores, cerca de la Inclusa, que se está cayendo, se les construye para escuela de Veterinaria un palacio mucho mayor, diez veces más suntuoso y cien veces más caro que la facultad de Medicina.

Tienen en Madrid para ellos solos una *Sociedad protectora* que se halla lo menos á cien codos por encima de la *Sociedad protectora de los niños*; pues mientras en ésta la persona más visible es un administrador ó cosa así de una antigua sociedad de crédito, la protectora de los animales cuenta en su seno con dñes y marqueses como niebla. Todo lo más florido de la antigua aristocracia que como Esaú ha vendido sus glorias y sus privilegios y por una hartura de potaje liberal, todo lo

más granado de entre esa cáfila de personajes que por diversas artes, casi todas malas, han adquirido mucho dinero, un palacio y un título de Castilla.

Un caballo inglés de esos que corren, después de pasarse una vida regalada y muelle, con la ración segura y con una lujosa instalación que para sí propios envidiarían nueve de los dieciocho millones de españoles que hay en España, gana en un día de carreras más que un abogado en todo el año de Dios, y más que un jornalero en toda su vida. Se dirá que lo gana para su amo; pero la verdad es que todo queda en casa, y que si no lo ganara ni tuviera probabilidad de ganarlo, no se llevara tan buena vida.

Como si todo esto fuera poco, Víctor Hugo parece que acaba de dedicar á uno de los individuos más caracterizados de la clase, al asno, todo un poema, que, según dicen sus admiradores, es de lo mejor que ha echado de sí la imaginación del furioso corifeo de la impiedad, de mucho tiempo á esta parte.

«Víctor Hugo—dice un revistero—personifica en su asno, que se llama *Paciencia*, la ignorancia humilde y despreciada, y la compara con la insultante pedantería de los pretendidos sábios.» Es decir, que pone al asno por encima de los más sabios de los hombres.

Y como si todo esto aún no fuera bastante, publica la madrileña *Sociedad Protectora de*

Animales un Boletín, redactado, según en el mismo se dice, por todos los señores socios protectores, en colaboración, al parecer, con los protegidos, aunque éstos no firman por modestia, impreso con más lujo que ninguna revista científica.

Boletín en donde, á vuelta de mil desatinos de todas especies, que parecen plagiados verbigracia de *El Tiempo*, hay una de piropos á los animales, que, si éstos supieran leer y los leyeran, se ruborizaban de seguro.

Lo de menos es allí atribuir á los animales inteligencia como al hombre. Allí se llega á proclamar francamente la superioridad de la *inteligencia de los animales* comparada con la de las personas, lo cual, hablando aquí formalmente, es una barbaridad, aún cuando las personas sean de las que redactan el *Boletín de la Sociedad Protectora*.

Allí, en un artículo ó discurso titulado *Inteligencia de los animales domésticos*, después de haber referido lo que hace un pobre animalito para salvar á sus hijos, el autor entusiasmado exclama: «Y bien, señores, ¿haría más, ni tanto, una persona? En circunstancias parecidas, la mayoría de las mujeres se arrojarían también al agua para salvar al hijo de sus entrañas; pero si tratándose del acto instintivo, no habían de mostrarse reacias al grito del amor maternal, lo probable es que salvas muy raras excepciones, les fal-

tase la serenidad indispensable para *discurrir* con acierto y acomodar sus operaciones ulteriores (precisamente las intelectuales) á las exigencias de tan apurada situación.»

En donde, como se ve, se concede que la mujer puede llegar en instinto, por ejemplo, á la perra, pero lo que es en *inteligencia*, de ningún modo.

Y más adelante, quejándose de que los animales no estén en la sociedad todo lo considerados que debieran, dice que si el hombre no cediese con deplorable frecuencia al estímulo de innobles pasiones, «además de cuidar bien á los animales domésticos, les dispensaría los *miramientos* que, por su preeminencia misma en la escala zoológica, debe á *seres inteligentes*, sensibles y dotados de *afecciones*, como él. Desgraciadamente y para su vergüenza está muy lejos de hacerlo así.»

Lo que es una vergüenza es que con tanta serenidad se publiquen tan enormes despropósitos; porque ha de saber este panegirista de los animales y todos los demás protectores que «las bestias no tienen entendimiento», proposición que se enseña en toda sana filosofía, y que si no es *de fe* en el sentido estricto de la frase, es quizá porque ningún Concilio ni ningún Papa creyó jamás que la estupidez liberal llegase á proclamar lo contrario; por lo demás, está expresamente contenida en la Sagrada Escritura, en el Salmo XXXI, que

dice: *Nollite fieri sicut equus et mulus, QUIBUS NON EST INTELECTUS.*

¡Pero váyanle ustedes con estas cosas á *El tiempo*, verbigracia, que á más de no saber latín, tampoco entiende el castellano!

Por eso suele officiar también de órgano interino de la Sociedad Protectora de Animales.

Conocí yo á una señora afrancesada que solía llamar á los garbanzos *la cebada racional*; y como es posible que *El Tiempo* haya oído alguna vez la frasecilla, también puede ser que de ahí le venga por asociación de ideas, digámoslo así, su afición al garbanzo.

Mas sea de esto lo que quiera, lo cierto es que *El Tiempo* salió anoche encabezando su parte editorial *interior*, donde publica sus desahogos conservadores y todas las cosas que él tiene por más importantes, con un medio artículo en alabanza y honor de la Sociedad de animales protectora.

Comienza así:

«Bajo la presidencia del excelentísimo señor marqués de San Carlos, se reunió anoche la Junta general de la Sociedad Protectora de los Animales, asistiendo gran número de socios, entre los que se encontraban varias señoras.

El objeto principal de la reunión, era la elección de Presidente y renovación reglamentaria de varios cargos de la Junta directiva.

Terminado el escrutinio, resultaron elegidos: Presidente, el excelentísimo señor don José de Cárdenas.....»

Perfectamente. Aquí sí que sí, y no en la Dirección general de Instrucción pública, es donde el director de *El Tiempo* está en carácter. Lo abrumador es que, con el cargo de presidente de la Sociedad de animales protectora (permítase el hiperbaton), conserve el de jefe inmediato de la pública enseñanza.

Después, dice *El Tiempo* que se discutió la creación de centros infantiles, donde propagar las *ideas protectoras*, sin que dé cuenta de que se le ocurriera á alguno que esos centros podían ser las escuelas, sustituyendo las ideas protectoras en lugar del Catecismo.

Pero ya se les ocurrirá otro día.

Mientras tanto, otro periódico de la misma naturaleza que *El Tiempo*, nos da la noticia de que, entre los individuos de la Sociedad de animales... protectora, bulle la idea de solicitar autorización del Gobierno para usar una medalla como distintivo.

A la exhibición de esa medalla, si el Gobierno accede á todo lo que solicita la protectora sociedad, cualquier agente municipal ó de orden público, cualquier número de la Guardia civil, ó cualquier otro individuo de cualquiera de los institutos armados, tendrá obligación de ponerse incondicionalmente á las órdenes del que se la exhiba, para de-

fender á cualquier socio pasivo, es decir, á cualquier animal que sea maltratado por su dueño.

De modo que ¡buena la van á tener los carreteros, los cocheros y todos los que tienen que sufrir el mayor mal de los males, que es tratar con animales!

Como que aún sin estar en vigor todavía lo de la medalla, ya la emprenden los socios de la Protectora con cualquier infeliz mortal que falte al respecto á alguno de sus protegidos.

El día pasado presencié yo en la calle de la Libertad una escena curiosa.

Iba por dicha calle uno de esos jardineros ambulantes que venden *la planta de geráncio rosa* y *el tiesto de claveles dobles*, llevando del ramal un burro cargado de macetas.

El burro no cabestreaba bien, y, fuera por distracción ó fuera por cansancio, se paraba á cada momento, haciendo á su amo á lo mejor suspender el cántico melodioso con que pregonaba la mercancía.

Enfadado una vez el vendedor se puso detrás del burro y le sacudió media docena de palos en las ancas para espabilarle.

Inmediatamente comenzó á apostrofar al hombre con dureza un sietemesino muy elegante que volvía de tomar un billete para la exposición de pantorrillas del teatro de la Alhambra.

El hombre le contestaba que el burro era suyo y podía hacer con él lo que quisiera, sin que á nadie le importara un cuerno: el sietemesino insistía en sus apóstrofes cada vez más duros: en lo mejor de la reyerta pasó, por allí una señorona en lujosa berlina con coronas de marqués en las portezuelas, y mandando parar al cochero, empezó también á ayudar al sietemesino y á reprender al hombre, amenazándole primero con dar parte al gobernador y después con llamar á un polizonte y llevarle á la cárcel.

Entonces acobardado el pobre vendedor de flores, dijo en tono amistoso á su pollino tirándole suavemente del cabestro:

—Vamos, anda, burro, anda; que no creí que tenías tan elevada parentela.

LAS CATÁSTROFES.

(1881)

Quando en el gallinero generalmente bien poblado de una posada entra después de anochecido la cocinera á caza de algún pollo con que preparar la cena á un viajero que llegó á deshora, todo el gremio se alarma y cacarea un poco al ver la luz y al oír los graznidos lastimeros de la víctima; pero en cuanto la luz desaparece, y la víctima cierra el pico por virtud de una operación que llaman retorcer el pescuezo, se serena el cotarro alborotado, y todo bicho viviente, hasta el gallo inclusive, se vuelve á dormir, como si no hubiera cocineras en el mundo.

Lo mismo pasa en ese otro gallinero que modernamente les ha salido á los pueblos que se dicen civilizados, con el pomposo nombre de prensa periódica.

Se descarrila un tren, ó se chocan dos, ó se hunden tres casas ó treinta andamios, haciendo con operarios y moradores y viajeros sangrienta tortilla, y el gallinero de la publici-

dad se alborota un momento, chilla un rato, cacarea dos ó tres días; mas en cuanto los muertos han sido enterrados, y á los heridos se les ha restañado la sangre, se vuelve á quedar en silencio, si no durmiendo, porque eso es menos liberal, picoteando los granillos que los responsables de tanto desperfecto le arrojan de cuando en cuando para que calle.

En casi todas esas grandes catástrofes cuyo sólo relato eriza los cabellos, aparece clara y evidente la culpa, y sin embargo nadie la paga.

El año pasado se hundió un puente de hierro en una carretera al ir á probarle, ocasionando al par que gravísimos perjuicios materiales, una docena de víctimas humanas. ¿Exigióse acaso la responsabilidad al contratista?

Todos los días se oye decir que se ha hundido un andamio y que han perecido tres ó cuatro obreros. ¿Se exige alguna vez la responsabilidad á los constructores?

Contrayéndonos á los ferrocarriles, por ser los descarrilamientos y choques de trenes las catástrofes que se repiten con más frecuencia, ¿qué medidas se toman para evitarlas? Ninguna absolutamente: lo que es medida eficaz, ninguna. La prensa de oposición chilla dos ó tres días, pidiendo responsabilidades; la prensa ministerial promete que el Gobierno ha de hacer y acontecer, y todo se olvida y todo se queda en hablado.

No hace muchos días que *La Correspondencia de España*, defensor nato de todo lo que no tiene defensa, trataba de apagar las quejas de otro periódico con estas ó parecidas palabras:

«Un periódico llama la atención del señor ministro de Fomento con objeto de que adopte las medidas más severas contra las Compañías de ferro-carriles, á fin de que se eviten los accidentes que todos los días se lamentan, de choques y descarrilamientos. Nuestro colega debe saber que hace muy poco tiempo se publicó una enérgica circular por la Dirección general de Obras públicas en aquel sentido, y tanto por el señor ministro de Fomento como por las mencionadas Compañías, se impone el correctivo de que se hace merecedor el funcionario que olvida el cumplimiento de su deber.»

Pamemas. «Lo cierto es, contestaba el periódico aludido, que menudean desgraciadamente los accidentes en las vías férreas, y hay que buscar y estirpar las causas de tan lamentables catástrofes.»

Y bien pudo añadir el periódico mencionado, que una de las razones más fuertes que tiene *La Correspondencia* para defender á las Compañías, es que sus redactores viajan gratis por donde quieren; aunque quizá no lo añadiría porque sus redactores viajen lo mismo.

Que se castiga al empleado que falta. ¿Y

es esto bastante? ¿Concluye ahí la responsabilidad de la Compañía? ¿Dónde están las indemnizaciones? Y si la catástrofe no acontece por culpa de ningún empleado, sino porque la Compañía emplea mal material móvil ó fijo, ¿á quién se castiga entonces?

Bien reciente está el choque ocurrido en la línea del Mediodía, ahí, á las puertas de Madrid; en esa catástrofe terrible tiene la Compañía dos culpas graves, una inmediata y otra mediata. La primera por anunciar la vía libre habiendo dado salida á un tren de mercancías poco antes; la segunda por no tener la vía en el estado que reclaman las necesidades del servicio; y si la primera puede ser de un empleado, la segunda es de la Compañía única y exclusivamente.

¿Cómo se quiere que por una vía sola se haga el servicio entre Madrid y Alcázar de San Juan, donde afluyen lo menos cuatro líneas generales? El número de trenes ascendentes y descendentes tiene que ser muy grande, los empleados tienen que tener una maravillosa confusión de trenes en la cabeza, y las catástrofes tienen que repetirse.

El servicio está pidiendo la segunda vía en ese trayecto; la explanación y las obras de fábrica están hechas para vía doble; no falta más que emplear un poco de madera y hierro. ¿Por qué no se obliga á la Compañía de Madrid á Zaragoza y Alicante, á tender la

segunda vía, siquiera en ese trayecto de Madrid á Alcázar?

Por una razón muy sencilla. Por la misma porque no se obliga á la Compañía del Norte á tender la segunda vía de Madrid á Villalba y de Medina del Campo á Venta de Baños, por la misma porque no se obliga aquí nunca á ninguna Compañía á nada, ni se la exige responsabilidad de nada.

Porque la inmoralidad, que tiende sus alas asquerosas sobre todos los servicios públicos en los pueblos gobernados á la moderna, está especialmente apoderada de todo lo concierne á empresas de ferrocarriles.

Toda Compañía empieza por rodearse de una muralla de hombres políticos importantes, pertenecientes á todas las fracciones del liberalismo, muralla que, con el pudoroso nombre de Consejo de Administración, ha de librarla de los tiros de cualquier particular y defenderla contra toda reclamación, por justa y legítima que fuere.

Por este sistema, mande quien mande, la Compañía tiene siempre consejeros, es decir, copartícipes, empleados en el manejo de la cosa pública; y como ningún loco tira piedras é su tejado, la Compañía no tiene que temer nada. Mientras el cargo de consejero de un ferrocarril no inhabilite por diez años al que le ejerce para todo cargo público, no se hará entrar en rodera á las Compañías ni se mo-

ralizará el servicio, me decía un pobre liberal de buena fe al día siguiente del choque de Cerro-Negro.

Y tenía razón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NI TANTO NI TAN CALVO...

¿Pescará?

No lo sé.

Yo he visto de niño á los pescadores poner anzuelos á los peces, y he visto, ya de hombre, á los editores y empresarios poner anzuelos al público.

Pero siempre los he visto poner disimulados.

Ahora los pescadores creo que siguen poniéndolos como antes; pero los empresarios y editores parece que han simplificado el sistema, y sin molestarse como aquéllos en remedar con plumas y sedas de colores alas y cuerpos de mosquitos, presentan el anzuelo desnudo.

Sin duda por haber llegado á formarse mucho más baja idea del talento de los peces... urbanos.

Lo digo porque acabo de ver el anzuelo que un apreciable periódico de la noche tiene al público de Madrid para llevarle á ver el estreno de una novela del Sr. Pérez Galdós,

ralizará el servicio, me decía un pobre liberal de buena fe al día siguiente del choque de Cerro-Negro.

Y tenía razón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NI TANTO NI TAN CALVO...

¿Pescará?

No lo sé.

Yo he visto de niño á los pescadores poner anzuelos á los peces, y he visto, ya de hombre, á los editores y empresarios poner anzuelos al público.

Pero siempre los he visto poner disimulados.

Ahora los pescadores creo que siguen poniéndolos como antes; pero los empresarios y editores parece que han simplificado el sistema, y sin molestarse como aquéllos en remedar con plumas y sedas de colores alas y cuerpos de mosquitos, presentan el anzuelo desnudo.

Sin duda por haber llegado á formarse mucho más baja idea del talento de los peces... urbanos.

Lo digo porque acabo de ver el anzuelo que un apreciable periódico de la noche tiene al público de Madrid para llevarle á ver el estreno de una novela del Sr. Pérez Galdós,

que se va á representar en el teatro de la Comedia.

Y... francamente, eso ya no es echar un anzuelo; es echar el alto... ó pedir limosna.

Vean ustedes el artefacto:

«Aunque *todo el mundo ha leído* la novela de Pérez Galdós que lleva este título (*Realidad*), y todos conocen, por tanto, el argumento del drama que *será estrenado* dentro de pocos días.....»

Bueno. En primer lugar eso es una exageración. No todo el mundo ha leído la novela. Por el contrario, creo que la leyó muy poca gente. Y recuerdo que los críticos amigos del autor, para explicar aquella indiferencia del público, sin confesar que la novela era, como ahora se dice, una *lata*, dijeron que no podía apreciarse el mérito de *Realidad* sin leer al mismo tiempo *La Incógnita*, de la cual era continuación, no precisamente á lo largo, sino á lo ancho; que las dos novelas se completaban paralelamente... con otras cuantas vaguedades de esas que los escritores de ingenio inventan cuando no tienen razón y defienden mala causa.

Quedamos, pues, en que no todo el mundo ha leído la novela; y si no, aquí me tienen ustedes á mí que, formando parte del mundo, tengo el gusto de no haberla leído... Vamos, de no haber leído de ella más que el capítulo que publicó un periódico para muestra.

Y como aquel capítulo, que diz que va á ser una importante escena del drama, era precisamente un coloquio entre una ramera y un perdulario, coloquio que, por otro lado, no tenía nada de notable más que lo inverosímulo de la cosa, no me tomé el trabajo de leer el libro.

¿Para qué le había de leer?

Leí por sorpresa la *Cristiana*... falsificada de doña Emilia Pardo Bazán, donde hay otra escena parecida, la de aquel *tío* que dice á un sobrino estudiante en un día de satis: *Ven, que te llevaré á ver género fino*; y le lleva á casa de unas amigas suyas... y de todos. Desde entonces, ya sé lo que se puede encontrar en ciertos libros, y no los leo; porque ciertas desnudeces, leídas una vez (y mejor es no leerlas ninguna), ya después no ofrecen novedad: siempre son lo mismo.

Esas cosas podrán agradar á los que tienen gusto extravagante ó no tienen gusto; á los que, como la misma doña Emilia, elogian las novelas de Polo y Peyrolón (agua de borrajas), y las de Tolstói (guindilla extremeña); pero á los que, gracias á Dios, conservamos idea de lo bello, y regular gusto artístico y cristiano, no nos agradan.

Volviendo al anzuelo, fíjense ustedes:

«Acto primero.—Por esta razón (por la necesidad de suprimir personajes) en el primer acto aparecen sólo en la comedia (*hace poco*

era drama) Cornelio Malibrán (Balaguer), Villalonga, (Montenegro), Aguado, *el Catón ultramarino* (Calle), Manolo Infante (García Ortega), el simpático Diputado, primo de Augusta, y por último, Federico Viera (Thuller), único adorador de aquélla que logra ser correspondido.

¿Conque sólo aparecen esos?—diran ustedes. — ¡Pues si llegan á aparecer los otros!.....

Después de decirnos que el despacho de Orozco tiene varias puertas, añade:

«Las siete primeras escenas de la novela han quedado reducidas á pocas palabras, *sin que por ello hayan desaparecido los detalles de fina observación* (ya pareció la *observación*) que se admiran en ella, ni el encanto de aquella tertulia tan verdad».....

¡Cosa más rara! Desaparecen en el drama las primeras escenas de la novela y no desaparecen sus detalles... Ni siquiera el encanto de aquella tertulia tan verdad en la que todo se habla y todo se comenta *con la gracia y ligereza que pueden observarse en los salones distinguidos de la corte*.

Este último toque del reclamo se dirige á la curiosidad de las señoras. ¿Iran éstas á ver el drama? Si han leído la novela, ó leen el reclamo, no van, de seguro.

Y continúa:

«La rápida escena entre Augusta y Federico Viera, su amante, aparece en la comedia

sin grandes alteraciones (¡bien hecho!) y otro tanto ocurre con la de Augusta y Orozco, su marido».....

Pero ahora viene lo mejor: atiendan ustedes:

«En este acto vestirá la señorita Guerrero un precioso traje de recepción de color oscuro y *cuerpo algo abierto*, confeccionado, lo mismo que los demás que ha de lucir en la obra, por el *modisto* Besançon».

Esto me parece que ya es el colmo del reclamo.

¿Se puede echar más descubierto el anzuelo?

¿Qué fe tendrá el que haya compuesto el aparato piscatorio, qué fe tendrá en la bondad artística de la obra, cuando cree necesario anunciar que una actriz, ya de suyo hermosa, saldrá bien vestida y un poco escotada?

Si Ayala y Eguilaz levantaran la cabeza; si aquellos autores que llenos de buena fe se propusieran hacer del teatro escuela de costumbres, volvieran al mundo y leyeran estos carteles y vieran que el mérito de las obras dramáticas se hace consistir en dar ocasión á que un *modisto* anuncie sus *confecciones*... ¿qué dirían?.....

«Acto segundo.— Al levantarse el telón aparece un lujoso gabinete en casa de la Peri (señorita Martínez), que vestirá una lujosa bata encarnada con adornos negros».....

No se dice de qué modisto, pero se añade: «Han sido suprimidas todas las escenas en casa de Viera, limitándose el autor á escribir una nueva escena en casa de la Peri, en la que aquél cuenta á Infante lo ocurrido con su hermana, que se ha fugado con Santanita».

«Queda sin grandes alteraciones la escena entre Federico Viera y la Peri, en que aquél acepta, en vista de su situación apurada, el socorro que la última le proporciona»...

«Cae el telón por breves minutos, y al levantarse de nuevo aparece una habitación amueblada con descuido... Es en la que celebran sus entrevistas Augusta y Federico Viera»...

¡Dios mío! ¿Pero estará uno soñando?... La Peri... la casa de la Peri... escena entre Federico y la Peri... la casa en que celebran sus entrevistas Augusta (una mujer casada) y Federico Viera... escena entre «esta mujer extraordinaria que *detesta la regularidad en la vida*»... ¿Estará uno soñando ó es verdad que todo esto se anuncia al público para que vaya á verlo?

«Acto cuarto.—Las principales escenas de este acto son entre la Peri y Federico (*por variar*), entre éste y Manolo Infante, quien le refiere lo contado en el Casino por Malibrán; es decir, sus relaciones con Augusta... *Viera confiesa todo á Infante*»...

Así, en correcto francés, para que la literatura del reclamo esté á la altura del objeto.

«Viera confiesa todo á Infante: sus relaciones con Augusta, su desesperada situación...

»También son importantísimas en este acto la escena entre Orozco y Viera... y la escena con Augusta, la más dramática de la novela, que termina con la muerte de Federico».

Acto quinto.—Concluye el drama lo mismo que la novela, con un monólogo de Orozco, en el que se revela la grandeza de alma de este hombre extraordinario (¿por su *conformidad?*), creación hermosísima... etc.

«Durante este monólogo (sigue el anzuelo) aparece, como en la novela, la imagen de Federico Viera. ¿Hablará como en ella, ó se limitará á aparecer ante Orozco? No podemos aún decirlo, por la sencilla razón de que lo ignoramos».

Esto no puede ser verdad. El que ha compuesto ese reclamo y sabe hasta los trajes que van á sacar las actrices y quién los ha hecho, no puede ignorar si hablará un personaje.

Lo que hay es que ha querido dejar al público en la curiosidad de si hablará ó no, para que vaya á verlo.

Ahora, que al público se me figura á mí que no le ha de importar gran cosa que la figura hable ó no hable.

Después de haber visto que hablan ciertos personajes políticos...

Ultimo golpe:

«Sabemos únicamente que se ha encargado de producir la sombra, por el mismo procedimiento que emplea para las transformaciones de *Dafne*, el señor Aycardi.»

Lo cual es un aliciente como otro cualquiera.

Tal es el anzuelo presentado al público.

¿Pescará, como dije al principio? (1).

No lo sé, vuelvo á decir ahora. Pero, pesque ó no pesque, el tal anzuelo da muy triste idea de lo que ha llegado á ser entre nosotros el arte.

Pase que se recomienden las obras; pero... ni tanto ni tan calvo...

(1) No pescó gran cosa. La obra, además de ser inmoral, resultó aburridora en extremo. Así lo dijeron con bastante claridad *El Liberal*, *El País* y algunos otros periódicos que no quisieron engañar á sus lectores, sino manifestarles la verdad honradamente. Por eso, á pesar de las mentiras de otros críticos y *críticos* empeñados en salvar la obra, á la tercera noche estaba ya el teatro casi desierto. Gracias á Dios, todavía no hay mucha gente que quiera ir al teatro á enterarse de cómo habían las rameras con los perdularios, ni á oír que el suicidio es un signo de grandeza moral y otras enormidades por el estilo.

LOS DESCUBRIDORES.

Los hay de dos clases.

Unos descubrieron continentes ó islas, y otros descubren las faltas de los que descubrieron las islas y los continentes.

Aun dentro de esta segunda clase, la variedad de aficiones anda cerca de ser infinita.

Á unos les da, como digo, por descubrir faltas de conducta ó deficiencias de entendimiento en los personajes que estaban disfrutando pacíficamente la admiración, el respeto y la gratitud del mundo.

Á otros les da por quitar á este ó á aquel autor la paternidad de sus obras.

El más circunspecto no se contenta con menos que con negar media docena de tradiciones universalmente recibidas.

El que no lo es tanto, niega la existencia de cualquier personaje histórico que le estorbe para sus fines particulares.

Mas á pesar de lo variado de las aficiones, todos tienen una característica común: la modestia.

Una modestia especial que á cualquiera de ellos le lleva á creer de buena fe que, antes de que él viniera al mundo, nadie conoció nada, ni nadie entendió nada, ni nadie supo nada de provecho.

Tienen la aspiración constante y la ocupación ordinaria de reformar, de innovar y de deshacer las cosas; pero es porque creen firmemente que están mal hechas.

Son una especie de nihilistas literarios de buena intención, sin explosiones... Vamos, sin más explosiones que las del entusiasmo con que mutuamente se aplauden y se animan.

Á raíz de uno de sus portentosos descubrimientos, la generalidad de la gente se queda perpleja y asustada, como diciendo: ¡Si será verdad!

Porque, bien mirado, ¿qué interés habían de tener en decirlo si no lo fuera?...

Pero luego, más tarde ó más temprano, suele venir la reacción; es decir, el contradescubrimiento. Porque nunca falta un hombre estudioso y sin pasiones de secta que se dedique á poner en claro el asunto y dé al traste con las invenciones.

No por eso el descubridor se desanima; eso no. El verdadero descubridor, el descubridor genuino, de raza, si le cogen en una, inventa otra; y como él se proponga probar algo, lo prueba... á su modo... ¡Vaya si lo prueba!

También hay descubridores de segunda impresión, que se dedican á descubrir los descubrimientos de los demás.

Estos tienen de malo, ó si se quiere de peor, que les suelen llegar las noticias con retraso notable.

Hace poco andaba un periódico librepensador descubriendo entre nosotros los descubrimientos de los enciclopedistas franceses contra la Santa Biblia, cosa de medio siglo después de haberse hecho los contradescubrimientos correspondientes y de haberse probado que los descubrimientos antibíblicos de los filósofos del siglo pasado fueron pura panema.

Así, por ejemplo, el profeta Isaías habla de un Rey asirio llamado Sargón, del cual no se hallaba noticia alguna en la historia profana.

Los enemigos de la Biblia descubrieron que el tal Sargón no había existido, que era una de tantas mentiras de los libros sagrados.

Mas hoy todos los asiriólogos conocen una colección de documentos cuneiformes llamada *Fastos de Sargón*, porque este poderoso Monarca, como si hubiera sentido la ligereza de los descubridores, tuvo cuidado de hacer escribir su historia en piedra.

Un apreciable catedrático de nuestra Universidad central descubrió hace ocho años en

un discurso de apertura la existencia de otro Adán... negro.

Pero no fué esta la más negra; sino que, puesto á descubrir, descubrió también que Asurbanipal (Sardanápalo) era un *mito* bíblico, y esto muchos años después de haber escrito Smith la *Historia de Asurbanipal*, con todos sus pelos y señales.

Y descubrió asimismo que Sesostris, ó sea Ramsés II, el Faraón que oprimió á los hebreos, no es más que una *personificación*...

Este apreciable catedrático, que también llama *pretendido* al diluvio, me hace el efecto de una lugareña bien acomodada que, antojándosele venir á Madrid en la primavera próxima y queriendo venir vestida de señorita, tropezará por casualidad con un figurín de *La Moda de Cádiz* del año de la guerra de Africa, y poniéndose, con sujeción al figurín, un miriñaque enorme, se presentará con él en el paseo del Retiro.

¡Vamos, que descubrir hoy día que ha sido un *mito* Sardanápalo!

¡Y descubrir que no ha sido más que una *personificación* Sesostris... cuando se sabe hasta la razón de haberle llamado así los griegos!...

Porque, efectivamente, un amigo mío acaba de descubrir que los griegos llamaron Sesostris á Ramsés II porque todos los días se desayunaba con seis ostras.

Un francés (porque también hay descubridores en Francia) descubrió un día que el libro de la *Imitación de Cristo* no era del venerable Tomás de Kempis, sino del Canciller Juan Gersón. El descubrimiento hizo fortuna entre los franceses, y por muchos años pasó allá como cosa corriente que el venerable Tomás de Kempis no había sido más que un mero copista... Sin reparar en que dejó escritos otros varios opúsculos del mismo estilo.

Otro descubridor italiano, por no ser menos, descubrió que el devoto libro tampoco era de Juan Gersón, ni había sido escrito en Francia, sino en Italia, por un abad llamado Gersenio...

Poco después se descubrió y se demostró que el abad Gersenio no ha existido, y que Gersón, aunque existió, no pudo escribir el libro. De modo, que hoy todas las personas de juicio han vuelto á creer que el precioso libro de la *Imitación de Cristo* es del venerable Tomás de Kempis.

Por mucho tiempo se creyó (y yo lo creo todovía) que Rioja era el autor de la canción á *Las ruinas de Itálica* y de la *Epístola moral* que llevaba su nombre.

Los descubridores han querido despojarle de ambas obras.

¿Con qué fundamento?

Con cualquiera; con el de encontrar, por

ejemplo, una copia de la *Epístola moral* suscrita por Fernández de Andrada, como podía estar suscrita por Fernández Villaverde.

—¿No le parece á usted—me decía poco hace, á este propósito, mi ilustre amigo don Ramón de Campoamor—no le parece á usted que, á pesar de todo lo que dicen, es realmente de Rioja la *Epístola moral*?

—Tanto me lo parece—le contesté—como que encuentro imposible que la *Epístola moral* no sea del mismo autor de la silva á *La rosa*.

Si la raza de los descubridores no se acaba, tengo por seguro que dentro de dos siglos ó tres saldrá uno descubriendo que la *Divina comedia* no es del Dante, sino de José María Carulla, porque habrá encontrado una carta de Pepito al Obispo de Segorbe, diciéndole:

«Ahí le envío á su ilustrísima un ejemplar de mi *Divina comedia* (así diz que llama Pepe á su endiablada traducción de la gran trilogía), para que su ilustrísima se digne manifestarme si es de su agrado.»

Con motivo del Centenario de Colón, se están descubriendo cosas peregrinas.

El que era tenido por un ser vulgar y muy poco diferente de un mentecato, resulta á lo mejor un prodigio de sabiduría.

Quien pasaba por cumplido caballero y casi por santo, aparece *descubierto* como verdadero diablo en carne humana.

Y todavía no lo hemos visto todo.

Porque muy pocos meses faltan para que llegue el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo; pero ó mucho me equivoco, ó no han de pasar esos pocos meses sin que se descubra que Colón no ha existido.

Es decir, que es otro *mito* como Sardanápalo.

Hace pocos días fuí yo á ver á un descubridor amigo particular mío, bastante sabio y enfermo de diabetes.

—¿Qué trabaja usted?—le dije.

—Aquí estoy concluyendo—me contestó—una conferencia que tengo que leer en la Academia de los Chismes, para probar que no existió Fernando VII.

—¡Hombre! atrevidilla me parece la cosa.

—Pues lo tengo perfectamente probado.

—Y, ¿cómo explica usted, entonces, el verso aquel que dice:

Quando Fernando Sétimo
Gastaba paletó.....?

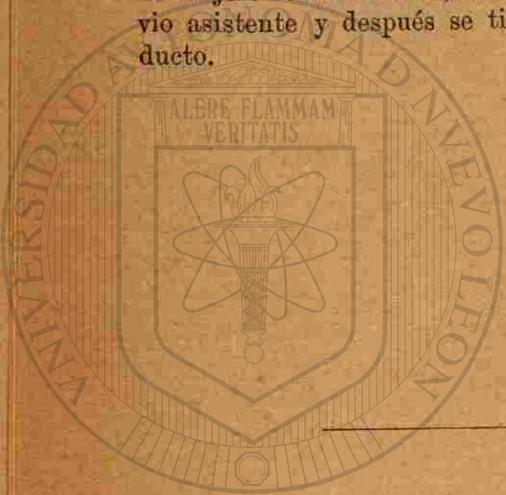
—¡Ay, amigo! tenía previsto ese argumento, y resuelto de una manera satisfactoria.

—¿A ver, á ver?

—Sí, señor. Ha de saber usted, que ese Fernando no era Fernando VII. El Fernando de que habla la copla era un Fernando cualquiera que *se timaba* con la vecina de enfrente; y por eso la copla en su lección genuina, dice:

Cuando Fernando *se timó*
Gastaba paletó.

Esta es la versión verdadera, tal como se ha encontrado entre las cartas de una criada de un jefe de alabarderos, la cual tuvo un novio asistente y después se tiró por el Viaducto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

LA HIDRA.

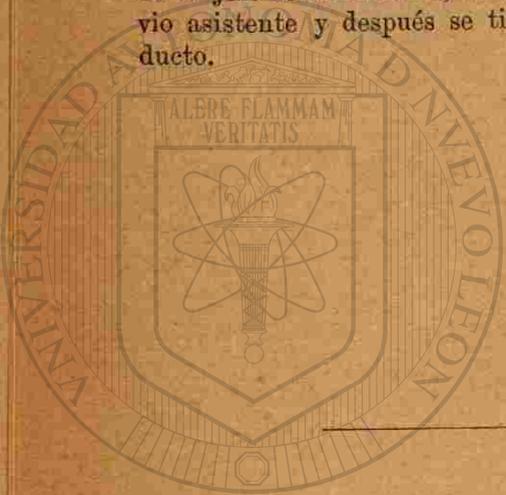
No se trata del Gobierno-conjunción que disfrutamos, ó viceversa.

No, en verdad... Y no es que no tenga el tal Gobierno puntos de semejanza con la fabulosa serpiente, como, por ejemplo, el estar aniquilando al país y el tener nueve Ministros, ó dígase nueve cabezas, que son las que algunos autores atribuyen á la hidra, por más que la general opinión no la concede más que siete... Pero no se trata del Gobierno.

Tampoco se trata del partido conservador liberal, y eso que también tiene algunas propiedades comunes con el enorme reptil del Peloponeso; verbigracia, la voracidad, la afición á vivir en el charco y la facilidad con que le nacen cabezas, como Silvela, Romero, Martínez Campos, Pidal, Elduayen, ecétera, no ya cuando se le corta una, como á la hidra, sino en cuanto se piensa en la mera posibilidad de cortársela; es decir, de jubilar al señor Cánovas del Castillo.

Cuando Fernando *se timó*
Gastaba paletó.

Esta es la versión verdadera, tal como se ha encontrado entre las cartas de una criada de un jefe de alabarderos, la cual tuvo un novio asistente y después se tiró por el Viaducto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LA HIDRA.

No se trata del Gobierno-conjunción que disfrutamos, ó viceversa.

No, en verdad... Y no es que no tenga el tal Gobierno puntos de semejanza con la fabulosa serpiente, como, por ejemplo, el estar aniquilando al país y el tener nueve Ministros, ó dígase nueve cabezas, que son las que algunos autores atribuyen á la hidra, por más que la general opinión no la concede más que siete... Pero no se trata del Gobierno.

Tampoco se trata del partido conservador liberal, y eso que también tiene algunas propiedades comunes con el enorme reptil del Peloponeso; verbigracia, la voracidad, la afición á vivir en el charco y la facilidad con que le nacen cabezas, como Silvela, Romero, Martínez Campos, Pidal, Elduayen, ecétera, no ya cuando se le corta una, como á la hidra, sino en cuanto se piensa en la mera posibilidad de cortársela; es decir, de jubilar al señor Cánovas del Castillo.

No; la hidra, la verdadera hidra que causa hoy en nuestra Península é islas adyacentes iguales ó mayores estragos que los que causaba la otra en Lerna y sus contornos, no es el Gobierno ni es el partido conservador.

La hidra es el Banco de España.

Al Banco es á quien convienen con maravillosa exactitud, no una ni dos propiedades de las del horrible monstruo mitológico, sino todas absolutamente.

¿Recuerdan ustedes que la hidra de Lerna asolaba la comarca, destruía los frutos del campo, destrozaba los rebaños y no dejaba vivir á nadie?

Pues díganme ustedes á quién deja vivir el Banco, á no ser, si acaso, al Ministro de Hacienda, y en qué estado tenemos los cambios y el crédito del país, especialmente desde la malhadada ley votada en Julio.

¿Recuerdan ustedes que á la hidra de Lerna, en cuanto se la cortaba una cabeza, la nacía otra, si no la nacían otras varias?

Pues traten ustedes de cercenarle al Banco un privilegio, y le nacerán en seguida siete sucursales.

¿Recuerdan ustedes que para deshacerse de la hidra y librar de ella al país, tuvo Hércules que emprender uno de sus doce famosos trabajos, avanzar hasta el pantano en su carro guiado por Iolas, acometer al monstruo, machacarle las cabezas con su maza, y, ayudado

eficazmente por Minerva, cortárselas con una hoz de oro?...

¡Ay! Pues el pobre pueblo español sufre hace tiempo los trabajos de Hércules, pero con menos próspera fortuna; y no llegará, crean ustedes que no llegará, á deshacerse de su hidra, porque ni le queda ya oro para hacer la hoz, ni hay diosa que le ayude.

Por analogía con la célebre hidra de Lerna, hija de Tifón y de Equidna, según unos, y según otros de Styx y del gigante Palás (tampoco se sabe de quién es hijo el Banco), los naturalistas han llamado hidras á cierto género de pólipos de agua dulce.

¡Y qué semejanzas no se descubren entre estas hidras y los establecimientos de crédito!

Estas hidras tienen varios tentáculos, creo que son siete, destinados á proveerse de alimento.

¡Ah! Y se alimentan, por supuesto, de seres vivos.

Fuera de los siete tentáculos, ó digamos siete bocas, todo su organismo se reduce á un saco provisto de un orificio; vamos, á un estómago.

Allí no hay más órganos que el estómago, ni más funciones vitales que la digestión; pero una digestión admirable.

Según las experiencias de algunos naturalistas, á estas hidras, aunque procedan de agua cenagosa, las gusta exhibirse.

Poniendo una en un vaso, se adhiere á una de las paredes, y colocando luego el vaso de modo que la mitad de él esté iluminada y la otra mitad (donde está la hidra) quede á oscuras, la hidra se traslada poco á poco al lado de la luz, como quien se muda de las lobregeces de la calle de Atocha á los esplendores del Prado.

Por lo demás, las hidras no se mueven nunca más que por comer y para comer.

Sobre la poderosa facultad digestiva del Banco, digo, de la hidra de agua dulce, ha hecho un naturalista, creo que Trembley, una experiencia sumamente curiosa.

Ha cogido hidras y las ha dado la vuelta como á un saco, dejándolas la piel exterior para adentro, sirviendo de estómago, y las paredes del estómago para afuera, sirviendo de piel exterior, y ha visto que las hidras viven y digieren lo mismo.

De modo que se conoce que la piel exterior es en ellas continuación del tubo digestivo; es decir, que estos animalitos son estómago por todas partes.

Hubo hidra que, á los dos días de haberla dado la vuelta, ya comió un gusano y le digirió perfectamente.

Después de haber vivido así una temporada, con lo de afuera para adentro, Trembley la dió otra vez la vuelta, y la hidra siguió vi-
viendo tan campante.

A este propósito, yo que leo algunas veces los análisis que de los balances del Banco suele hacer *El Correo*, también recuerdo haber leído en uno de ellos que el gran establecimiento pasó una vez al *Activo* una partida que hasta entonces venía figurando en el *Pasivo*, y siguió viviendo como si tal cosa...

Pero todavía falta la prueba mayor de semejanza, y aún pudiera decirse de identidad, entre la hidra y el Banco.

El Banco y la hidra no se asemejan solamente en sus tendencias y aficiones; coinciden hasta en la forma, hasta en las condiciones más características de su ser material.

¿Habrá sido una genialidad del arquitecto?
¿Será una burla sublime de lo Alto, conforme á aquello del Real profeta: *Qui habitat in caelis irridebit eos?*...

Yo no lo sé, pero el hecho es patente. Vengan ustedes conmigo y lo verán por sus propios ojos.

No nos detengamos á contemplar el exterior del edificio, lujoso; brutalmente lujoso, pero algo feo, adornado con ese mal gusto con que se adorna una mujer enriquecida de repente.

Entremos, subamos y... ya hemos llegado á un departamento anchuroso, el de *cuentas corrientes*, que tiene una valla de madera fina.

Ahí, detrás de esa valla, vive el Banco.

Esa valla tiene ocho agujeros, ocho ventanillas..... Contémoslas bien; son ocho.

Las ventanillas tienen encima unos letreros que dicen: *Ingresos, ingresos, ingresos, ingresos, ingresos...*

Una sola dice: *Pagos...*

¿Lo ven ustedes?

Siete agujeros para engullir y uno sólo para devolver..... Siete bocas..... Siete cabezas... *HERITATIS*

¡La hidra! ¡La hidra!

LA NIEVE Y LOS CONSERVADORES.

Madrid 27 de Diciembre.

Esta mañana hemos amanecido llenos de nieve. Y de conservadores.

Es verdad que esto último no es de hoy sólo; porque los conservadores nos tienen ya, desde hace más de un año, llenos hasta arriba.

Por lo demás, la nieve y los conservadores tienen sus semejanzas y sus diferencias.

Por ejemplo: la nieve es fría.

Y los conservadores también.

No tienen calor más que para sí mismos y para los mestizos, sus ahijados; y esto porque unos y otros se arriman siempre al sol que más calienta.

Para todo lo demás son los conservadores el mismo hielo. ®

Para la Iglesia....

Para la patria.....

La nieve cae de arriba; y en esto no es como los conservadores, que suben al poder

desde abajo, desde lo ínfimo, como por trama de teatro, ó por corazonada.

La nieve, aquí especialmente en las calles de Madrid, es muy fastidiosa, porque no deja andar á la gente.

Y lo mismo hacen los conservadores en las calles y en los campos y en todo lugar, son una traba para todo.

Para todo lo bueno, se entiende.

Porque si se trata de la propaganda del mal, de dar libertad á la prensa impía y aun á la pornográfica, entonces los conservadores se acuerdan de que son liberales... y... ancha Castilla.

La nieve corona las montañas.

Y los conservadores, también coronan y todos los altos puestos de la nación, para la cual vienen á ser una corona de espinas: una ignominia, vamos.

La nieve es muy hermosa: lo contrario de los conservadores que suelen ser bastante feos.

Pero la nieve, aunque es hermosa, mientras dura sobre la tierra, impide la vegetación.

Lo mismo que hacen, aunque feos, los conservadores, que impiden, mientras mandan, la prosperidad de la religión, y el desarrollo de la agricultura, de la industria y del comercio, sin permitir que nada fructifique.

La nieve es símbolo de la inocencia y de la pureza.

Y los conservadores, sobre que no son inocentes, vienen á ser, aun entre los demás liberales, que todos son malos, el símbolo de la impureza administrativa.

La nieve cuando se deshace, sirve de tempero á la tierra, y la deja en condiciones de ser más fecunda; y en esto también la parecen un poco los conservadores, que sólo son beneficiosos para el país cuando se marchan.

De la nieve hay un cantar que dice:

La nieve por tu cara
Pasó diciendo:
Como aquí no hago falta,
No me detengo.

Que es lo contrario de lo que hacen los conservadores: por lo mismo que no hacen falta, se detienen en el poder todo lo posible.

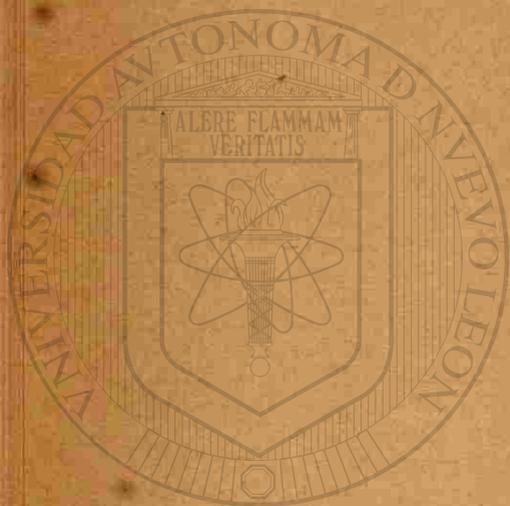
La nieve es una bendición del cielo.

Y en cambio los conservadores son un castigo que Dios suele enviar á los pueblos en forma de gobierno, cuando no halla otro peor.
Quia non inveni pejorem.

Por último, á la nieve se la barre de las aceras, para que no dificulte el paso.

Que es lo que, al fin, habrá que hacer con los conservadores; barrerlos.

FIN.

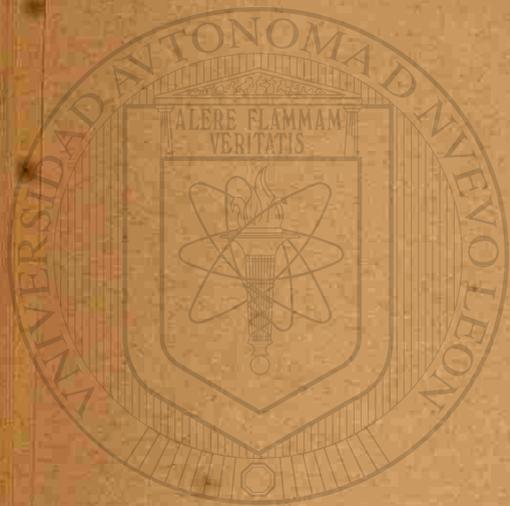


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

ÍNDICE.

	Páginas
No más sietemesinos.....	5
¡La Correspondencia!.....	15
Los fusionistas y los pavos.....	25
<i>Modus vivendi</i>	33
¡Para que veas!.....	41
Reflexiones sobre un telegrama.....	47
Política del santo.....	53
Las nuevas ochentinas.....	59
Remedios heroicos.....	65
Impresiones.....	73
De tal palo, tal astilla.....	83
<i>Fra-diabolo</i>	105
Frío extra-oficial.....	113
Ignorancias neas.....	119
Un cuarto á espadas.....	124
Un libro seso.....	143
Gimnasia política.....	159
Bañuelos literarios.....	167
Cánovas.....	175
Lo del ascua y la sardina.....	183
Rebajas.....	191
Los conciertos dominicales.....	199
La Meca... chist.....	205
<i>Similis cum simili</i>	213
Las catástrofes.....	221
Ni tanto ni tan calvo.....	227
Los descubridores.....	235
La hidra.....	243
La nieve y los conservadores.....	249



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(Los pedidos á D. Victoriano Suárez.)

	Pesetas.
Ripios aristocráticos (sexta edición): un tomo en 8.º.....	3
Ripios académicos (tercera edición): un tomo en 8.º.....	3
Ripios vulgares (segunda edición): un tomo en 8.º.....	3
Ripios ultramarinos (primero, segundo y tercer montón): tres tomos en 8.º (segunda edición).....	9
(Se venden separados.)	
Fe de erratas del Diccionario de la Academia (tercera edición): cuatro tomos en 8.º.....	12
(Se venden separados.)	
Agua turbia, novela: un tomo en 8.º.....	3
La Condesa de Palenzuela, novela.— ¡A buen tiempo!, idem.— Inconsecuencia, idem.— La prueba de indicios, idem.— Metamorfosis, idem.— Estas cinco novelas en un solo volumen con el título de <i>Novelas menores</i>	3
Capullos de novela: un tomo en 8.º.....	3
Agridulces (políticos y literarios): dos tomos en 8.º.....	6
(Se venden separados.)	
Historia del corazón (idilio). Agotada.	
D. José Zorrilla, estudio crítico-biográfico.....	4
Pedro Blot, traducción de Paul Feval.....	2
La Iglesia y el Estado, traducción del P. Liberatore. Agotada.	
Cuentos de barbería, edición ilustrada.....	2
Sobre el origen del río Esla (con un mapa).....	2

EN PRENDA

Ripios geográficos.
Ripios ultramarinos, montón 4.º

EN PREPARACIÓN

El Beato Juan de Prado.
Imitación de Cristo, de Kempis. Traducción del latín.
Ratoncito Nosemás.
Fe de erratas, tomo V.
Diccionario de la lengua castellana.

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

REBOJOS

(Zurrón de cuentos humorísticos)

—*—*—*—

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

Calle de Preciados, 48

1901

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(Los pedidos á D. Victoriano Suárez.)

	Pesetas.
Ripios aristocráticos (sexta edición): un tomo en 8.º.....	3
Ripios académicos (tercera edición): un tomo en 8.º.....	3
Ripios vulgares (segunda edición): un tomo en 8.º.....	3
Ripios ultramarinos (primero, segundo y tercer montón): tres tomos en 8.º (segunda edición).....	9
(Se venden separados.)	
Fe de erratas del Diccionario de la Academia (tercera edición): cuatro tomos en 8.º.....	12
(Se venden separados.)	
Agua turbia, novela: un tomo en 8.º.....	3
La Condesa de Palenzuela, novela.— ¡A buen tiempo!, idem.— Inconsecuencia, idem.— La prueba de indicios, idem.— Metamorfosis, idem.— Estas cinco novelas en un solo volumen con el título de <i>Novelas menores</i>	3
Capullos de novela: un tomo en 8.º.....	3
Agridulces (políticos y literarios): dos tomos en 8.º.....	6
(Se venden separados.)	
Historia del corazón (idilio). Agotada.	
D. José Zorrilla, estudio crítico-biográfico.....	4
Pedro Blot, traducción de Paul Feval.....	2
La Iglesia y el Estado, traducción del P. Liberatore. Agotada.	
Cuentos de barbería, edición ilustrada.....	2
Sobre el origen del río Esla (con un mapa).....	2

EN PRENSA

Ripios geográficos.
Ripios ultramarinos, montón 4.º

EN PREPARACIÓN

El Beato Juan de Prado.
Imitación de Cristo, de Kempis. Traducción del latín.
Ratoncito Nosemás.
Fe de erratas, tomo V.
Diccionario de la lengua castellana.

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

REBOJOS

(Zurrón de cuentos humorísticos)

—*—*—*—

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

Calle de Preciados, 48

1901



Al Sr. Gobernador
D. Eusebio Valverde Tejeda
sabio maestro, prudente pro-
fesor y cariñoso amigo. A
agradecido discípulo, sus
dilectos y fiel amigo
May 3/11
Refugio Flores

REBOJOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERÍA JOSÉ EL REAL S. A. ®

SAN JOSÉ EL REAL, C. U. NÚMERO 3,
APARTADO POSTAL 444,
MEXICO

Librería de José El Real S. A. C.
B. JOSE EL REAL 3, MEXICO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

(Los pedidos á D. Victoriano Suárez.)

	Pesetas
Ripios aristocráticos (sexta edición): un tomo en 8.º.....	3
Ripios académicos (tercera edición): un tomo en 8.º.....	3
Ripios vulgares (segunda edición): un tomo en 8.º.....	3
Ripios ultramarinos (primero, segundo y tercer montón): tres tomos en 8.º (segunda edición).....	9
(Se venden separados.)	
Fe de erratas del Diccionario de la Academia (tercera edición): cuatro tomos en 8.º.....	12
(Se venden separados.)	
Agua turbia, novela: un tomo en 8.º.....	3
La Condesa de Palenzuela, novela.—¡A buen tiempo!, idem.—Inconsecuencia, idem.—La prueba de indicios, idem.—Metamorfosis, idem.—Estas cinco novelas en un solo volumen con el título de <i>Novelas menores</i>	3
Capullos de novela: un tomo en 8.º.....	3
Agridulces (políticos y literarios): dos tomos en 8.º.....	6
(Se venden separados.)	
Historia del corazón (idilio). Agotada.	
D. José Zorrilla, estudio crítico-biográfico.....	4
Pedro Blot, traducción de Paul Feval.....	2
La Iglesia y el Estado, traducción del P. Liberatore. Agotada.	
Cuentos de barbería, edición ilustrada.....	2
Sobre el origen del río Esla (con un mapa).....	2

EN PRENDA

Ripios geográficos.
Ripios ultramarinos, montón 4.º

EN PREPARACIÓN

El Beato Juan de Prado.
Imitación de Cristo, de Kempis. Traducción del latín.
Ratoncito Nosemás.
Fe de erratas, tomo V.
Diccionario de la lengua castellana.

REBOJOS

(Zurrón de cuentos humorísticos)

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA

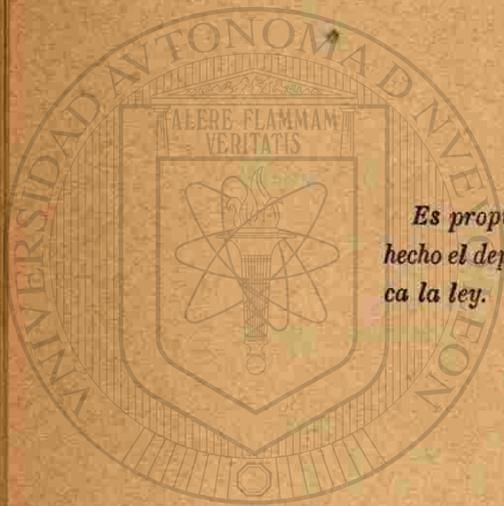
(MIGUEL DE ESCALADA)

MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

Calle de Preciados, 48

1901



*Es propiedad. —Queda
hecho el depósito que mar-
ca la ley.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
Carrera de San Francisco, núm. 4

UN POCO DE PRÓLOGO

La palabra que sirve de título á este libro no está en el Diccionario de la Academia, ó por lo menos, no está como es, sino contrahecha y desfigurada.

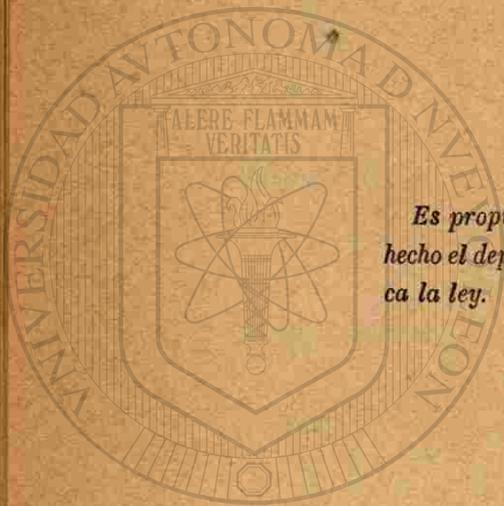
En lugar de REBOJO, la Academia pone *regojo*...

¿Que por qué razón...?

¡Ah! por ninguna.

Ni la hay tampoco para tratar de inquirir la de los actos de la Academia, siendo como es y ha sido siempre la sinrazón la musa familiar de la casa.

Ya se sabe: los académicos, que regularmente suelen ser las tres docenas de españoles más indoctos y más atrasados de noticias, entre dos formas diferentes, la una racional, etimológica y en uso, y la otra zafia, caprichosa y desconocida,



*Es propiedad. —Queda
hecho el depósito que mar-
ca la ley.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
Carrera de San Francisco, núm. 4

UN POCO DE PRÓLOGO

La palabra que sirve de título á este libro no está en el Diccionario de la Academia, ó por lo menos, no está como es, sino contrahecha y desfigurada.

En lugar de REBOJO, la Academia pone *regojo*...

¿Que por qué razón...?

¡Ah! por ninguna.

Ni la hay tampoco para tratar de inquirir la de los actos de la Academia, siendo como es y ha sido siempre la sinrazón la musa familiar de la casa.

Ya se sabe: los académicos, que regularmente suelen ser las tres docenas de españoles más indoctos y más atrasados de noticias, entre dos formas diferentes, la una racional, etimológica y en uso, y la otra zafia, caprichosa y desconocida,

eligen siempre esta última; pues no parece sino que con la misma fuerza con que el imán atrae al hierro, les atrae á ellos el desatino.

Hay, por ejemplo, un verbo BATUCAR, diminutivo-despreciativo de BATIR, que sobre tener uso muy frecuente en el reino de León, lo cual ya constituye el mejor diploma de legitimidad de una palabra, se halla empleado repetidamente, con sus derivados BATUQUEO y BATUQUERIO, en una obra clásica, *La Pícaro Justina*, cuyo autor, Fr. Andrés Pérez, figura en la lista académica de autoridades.

Los académicos, en un raro intervalo de sensatez, pusieron ese verbo en su Diccionario.

Pero se encontraron después con que en un libro de Quevedo se leía *bazucar*, quizá por error de imprenta, quizá porque el festivo y genial escritor quisiera estropear la palabra, acomodándola así á la bastura de algún personaje, y pusieron también en el Diccionario *bazucar*, diciendo que venía de *bazo*, con otras majaderías por el estilo.

Llegó un día en que quisieron descartar una de las dos formas, y... naturalmente, descartaron la buena, la castiza, la usada, conservando la zafia, la caprichosa, la corrompida: suprimieron el BATUCAR y el BATUQUEO, y se quedaron con el *bazucar* y el *bazunqueo*.

Y eso que el etimologista, ejerciendo con ellos la caridad, les ha quitado aquella del *bazo* y les hace decir que el verbo viene del latín *batuere*. ¡Pero, nada; porque viene del latín *batuere*, y en vista de que viene del latín *batuere*, borran el BATUCAR y sostienen el *bazucar* los grandísimos... zampatortas!... Nada más: no los llamen ustedes rocines ni les digan que discurren con las herraduras, porque serían capaces de irritarse...

Bueno: pues REBOJO es también palabra de uso frequentísimo en el país clásico de nuestro idioma; de ella se ha formado el verbo REBOJEAR, mendigar, merodear, andar al rebojo, con el sustantivo verbal REBOJEO, acción de REBOJEAR, y el adjetivo REBOJERO, amigo de REBOJEAR, aficionado al REBOJO, y la frase «hacer

REBOJOS de pan tierno», hacer melindres, quejarse de vicio, todo muy usado; es también el REBOJO de origen castizo, y tiene también á su favor autoridades sabias, aun cuando hayan tratado de despojarle de ellas editores necios y petulantes por medio de falsificaciones alevosas.

REBOJO, antes *reboxo* y antes *rebollo*, es la forma última de esta palabra, que vino, como el BOLLO, tan conocido, y como el BOLO, píldora grande, del *bolus* latino, bocado ó terrón de cualquier cosa, y del *bolos* griego, terrón de cualquier sustancia. Es la misma transformación de *carballo* en *carbaxo* y CARBAJO; sólo que aquí la forma antigua *carballo* quedó relegada al territorio gallego, que es donde se llama *carballo*, *carballedal*, *carballeda* á lo que en León CARBAJO, CARBAJAL, CARBAJOSA...; mientras que de la otra palabra coexisten las dos formas en castellano, REBOJO y REBOLLO, la nueva y la antigua: ésta para designar al roble gordo y figuradamente á la persona gorda y rolliza, y la otra para designar el pedazo de pan que se deja de sobra en la mesa,

y que suele haber perdido la forma angular que le diera el cuchillo al partirle, volviendo á tomar la redondeada.

También sobre el REBOLLO está causada de barbarizar la Academia, y todavía sigue barbarizando. Hasta poco hace decía que REBOLLO era «*el retoño de las raíces de los robles*», y REBOLLAR «*el sitio en que los retoños de las raíces de los robles se multiplican*». Pero al llegar al adjetivo REBOLLUDO... que no podía significar más que «parecido al rebollo», «de propiedades de rebollo», decía que significaba *rehecho* y *doble*, y añadía que se llamaba «*diamante REBOLLUDO el diamante en bruto grueso y de forma redondeada*». ¿De dónde habría salido aquel REHECHO y DOBLE para el REBOLLUDO, si el REBOLLO fuera el retoño de la raíz del roble, es decir, un tallito delgado y esbelto?... Siendo el REBOLLO un sencillo retoño de roble, una vara alta, recta y flexible, ¿por qué los joyeros habían de llamar REBOLLUDO á un pedrusco redondo como una bola?... Si los académicos hubieran tenido alguna vez sentido común, esto les hubiera

hecho discurrir y buscar la verdadera significación de REBOLLO. Pero, como no le tienen, no han discurrido, y en cuanto á buscar, han buscado á dos ingenieros de montes muy presumidos para que les ayudaran á dar forma científica á sus disparates. Con estas ayudas ha salido empeorada en el último Diccionario la definición de REBOLLO, pues la comienzan diciendo que viene de *robur*, *roble*, lo cual es una barbaridad, y luego siguen: «Arbol de la familia de las capulíferas, de unos veinticinco metros de altura...», etc., definiendo una variedad del roble, sin separarse apenas de la definición que ponen en el artículo ROBLE, como no sea en decir aquí que las hojas son *caedizas*, y allí que son *perennes*, lo mismo que podían haber dicho lo contrario, porque unas y otras se caen.

No es eso, no. Ni REBOLLO viene de *robur*, sino de *bolus* y *bollo* (1), ni el roble

(1) Este mismo es el origen de *repollo*, por más que la Academia diga que viene de *repululatus* (1), vuelto á brotar. ¡Como si no siendo brotado de segunda vez, no fuera *repollo*!...

es REBOLLO por tener las hojas de una ó de otra manera, sino por ser grueso.

Volviendo al REBOJO, ya he dicho que tiene á su favor, además del uso popular, alguna autoridad irrecusable.

Casi seguro estoy de haber leído la palabra REBOJO en el famoso periódico leonés *Fray Gerundio*, de D. Modesto de la Fuente; mas como entonces no sabía ni sospechaba que fuera desconocida de la Academia, no tomé nota; y ahora no tengo tiempo de comprobarlo.

Pero otro insigne escritor leonés, el Padre Isla, escribió la palabra REBOJO por lo menos dos veces. Una en la traducción del *Año Cristiano*, del P. Juan Croisset, y otra en la traducción del *Gil-Blas de Santillana*.

En la primera de dichas obras, en la vida de Santa Clara de Asís, fundadora, cuya fiesta se celebra el 12 de Agosto, ponderando el amor de la santa á la virtud de la pobreza, dice:

«No gustaba de que los frailes, que salían á pedir limosna para el convento, traxesen panes enteros, sino los mendru-

gos y REBOXOS que sobran á los que la hacían.»

Así se lee en la edición hecha en Madrid por la Real Compañía de Impresores, imprenta de Andrés de Sotos, año de 1781.—Tomo de Agosto, pág. 232.

Pero luego se le enmendó irreverentemente la plana al P. Isla, haciéndole decir *reojos*, con sujeción al Diccionario, según se ve en la edición de la Librería Religiosa de Barcelona, hecha en casa de Riera, en 1854, y en las posteriores.

En la otra obra, en el capítulo VIII del libro II, pone el P. Isla en boca de Gil-Blas, cuando se había juntado con el barbero, y los dos con el comediante que estaba remojando pan en la fuente:

«Comenzamos entonces á roer nuestros REBOJOS...»

Así escribió seguramente el P. Isla, y así está todavía en una edición hecha en Madrid en 1787 en casa de Manuel González, que no debe de ser la primera (1).

(1) Ni la primera ni ésta de 1787 se hallan en la Biblioteca Nacional.

Pero en otra edición hecha igualmente en Madrid, diez años después, en casa de la Viuda de Marín, ya el corrector no entendió la palabra y cambió la *b* en *h* poniendo *rehojos*, aunque así la entendería menos; y luego, en otra hecha en Burdeos en 1822, bajo la dirección, según se dice, del P. Marchena, que habría leído ya el Diccionario, se consumó el atentado poniendo *reojos*.

Sólo faltaba ahora, después de estas escandalosas falsificaciones, que la Academia saliera un día citando para sostener su *rejojo*, la autoridad del P. Isla...

Conste, por si acaso, que el P. Isla escribió siempre REBOJO, ó REBOXO, según la ortografía en uso; y conste que el *rejojo* no tiene á su favor autoridad ninguna... más que la del Diccionario académico, que es lo mismo que carecer de ella.

Prueba de que no tiene autoridad es que, habiendo aparecido en el primer Diccionario académico, en el llamado de autoridades, donde casi no hay palabra que no lleve su autoridad buena ó mala,

al *regajo* no le pusieron ninguna. Si la hubiera habido, se la hubieran puesto indudablemente (1).

Tampoco tiene etimología.

Sin ella entró en el Diccionario, y sin ella ha corrido. Al hacer la duodécima edición con etimologías, el encargado de prestar este favor á los académicos le puso una extravagante: dijo que *regajo* venía del latín *recogere*... ¡Como si el REBOJO no fuera tal sino por el hecho de ser *recogido*!

Al mismo etimologista le debió de parecer muy mala y muy disparatada esta etimología de *regajo*, cuando en la edición siguiente, que es la última, se la quitó para ponerle otra. Pero se la puso más disparatada todavía. Ahora dice que *regajo* es del latín *recolectus*... ¡Mire usted que creer que de *recolectus* ha podido llegar á formarse *regajo*!...

(1) Sólo al diminutivo *regojuelo* le pusieron unos versos malos de un Fray Nicolás Bravo, especie de Carulla de su tiempo, que escribió un poema muy largo en octavas reales, titulado *La Benedictina*.

No, que no le den vueltas; *regajo* no tiene etimología: ni es de *recogere*, ni de *recolectus*. ¿Qué etimología ha de tener, si es una tontada?

¿Pero cómo entró esa tontada en el Diccionario?—se me preguntará.

Pues muy sencillamente. Como entraron *grodetur*, *abaldonar*, *acorzar*, *letuario* y otras muchas... Verán ustedes.

Un académico de los primitivos tenía una criada muy bestia, que se llamaba *Gonifacia*, según ella decía, y la había comprado un *regociño* su *agüelo*.

Un día que la señora la reprendió porque se había eternizado en la compra, la contestó disculpándose así:

—Pus nó he podío *golver* antes, porque ha habío *regolución* en el mercao. ¡Anda!... con que he venío echando los *gofes*...

—Te entretendrías á hablar con algún novio,—la decía el ama.

—No, señora. ¡Sí, *güena* soy yo pa esol! Al primero que me se arrime le doy una *gofetada* que le *güelvo* loco, y tié que *gomit* desde lo que comió el año pasao...

Otro día estaba *Gonifacia* limpiando el polvo á la mesa del despacho, y comiendo por no perder el tiempo.

—¿Qué comes?—la dijo el ama sospechando que fuera alguna golosina que hubiera hurtado.

—Un *regojo* de pan,—respondió *Gonifacia* abriendo la mano y mostrando el REBOJO.

—¿Qué has dicho? ¿Qué es eso?—la preguntó el académico, que entraba entonces.

—Un *regojo* de pan,—repitió ella en voz más alta.

—¿Y eso es un *regojo*?...

—Sí, señor: esto...

El académico examinó el pedazo de pan, apuntó la palabra tal como la criada se la decía, y se la llevó á sus compañeros, que, tan necios como él, la recibieron como agua de Mayo.

Tal es la historia y tal es la *autoridad* del *regojo*... La misma de *gofes*, etc.

Quedamos, pues, en que el *regojo* es una tontería académica, y en que la palabra castellana es REBOJO, con la etimo-

logía y la significación que he dicho. Y en la otra acepción de «muchacho pequeño de cuerpo», que dicen los académicos, también es una tontería el *regojo*, porque eso se llama REDROJO (de *redro* y de *retro*), tardío, atrasado.

Y ahora... ¿que por qué llamo REBOJOS á estos cuentos?...

Pues yo les diré á ustedes: porque no les debía llamar de otra manera. Determinado á darles un nombre alimenticio, pues al fin y al cabo son alimento del alma, si ese nombre había de ser precisamente del ramo de panadería, ó de *panificación*, como ahora se dice, ya que el pan es el alimento por excelencia, no les podía dar otro que el de REBOJOS, que en materia de pan son lo ínfimo.

Bien sé que esto no es lo corriente. Bien sé que lo común entre escritores es poner á sus libros nombres de lo más exquisito en la clase. Uno que es aficionado á la música, suele llamar á sus versos *Melodías*, ó *Armonías* por lo menos: otro, que

prefiere la escultura, los llama *Bronces, Medallones...*; el otro, á quien le da por lo pictórico, los llama *Cuadros, Fototipias, Miniaturas...*; y hasta hay un señor Palma, allá del Perú, que se ha servido bautizar unas composiciones cortas, y malas por supuesto, con el nombre de *Filigranas*.

Yo no entro en eso. Yo creo que los escritores, por el hecho de serlo, no estamos dispensados de tener algo de modestia. Y no estando reñido del todo con esta hermosa virtud, no podía dar á la obra otro título.

¿Que luego ustedes le encuentran impropio, que les parece demasiado humilde?... ¡Ah! me alegraría mucho. ¿Que dicen ustedes al libro ó al autor: *Amice, ascende superius* (1), como al convidado á la boda?... Crean ustedes que me alegraría muchísimo.

Pero eso de mejorar la calificación, ha de ser cosa de ustedes, no mía. Porque si yo lo hiciera, vendría de muy cerca el

(1) Lucæ, XIV, 40.

favor y habría lugar á recordar aquello de «¿quién alaba á la novia? su madre la tocha».

No: el nombre, por mi parte, está bien puesto.

No había yo de ir á llamar á mis propios cuentos «mantecadas», ni «bollos», ni «rosquillas»...

Ni siquiera «panecillos de Viena».



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

EL FENÓMENO

—Vamos, ¿te decides á que pongamos mi proyecto en planta?

—No sé qué te diga... Puede costarnos cara la broma.

—No lo creas... Al contrario, nos valdrá buen dinero. Sacamos en un santiamén treinta ó cuarenta duros, que nos vienen de perillas para pasar estos días de antruido alegremente.

—Mira que si se llega á descubrir, se va á levantar contra nosotros una polvoreda terrible; y después de habernos pasado el invierno estudiando sin levantar cabeza, sería una triste gracia perder el curso, y la carrera acaso.

—No temas: nadie se enterará, nadie sabrá nada; lo tengo todo bien pensado. Exhibimos el fenómeno mañana mismo, nos cogemos callandicamente el dinero de las entradas, y por la noche hacemos una gorda para celebrar el *Domingo gordo*.

—Pero ¿y el fenómeno, quién nos le proporciona?

—Por eso no te apures: ya tengo la cosa convenida con un traficante, que por una modesta gratificación nos la deja.

—¿Y cómo anunciamos la exhibición al público para que acuda á presenciárla?

—Por carteles pegados en las esquinas, como se anuncian siempre esas cosas.

—¿Por carteles?... ¿Y quién nos los hace?

—Una imprenta cualquiera.

—¿Y quién los encarga? ¿Quién va á recogerlos? ¿Quién los fija?... ¿Quién se pone luego á cobrar, á la puerta?... En fin, ¿quién da la cara para todo lo que sea necesario?...

—Mi patrón, hombre, mi patrón, el señor Manuel, que es pieza de rey para esas cosas... ¿No te acuerdas de cuando enseñaban el gigante portugués en la calle del Paso?... Pues él era también el que cobraba la entrada... El se encargará de todo eso, descuida; y nos lo hará perfectamente.

—¿Y si le preguntan la procedencia del fenómeno?...

—Dirá que le han traído unos franchutes que posan en su casa.

—Y ¿dónde hacemos la exposición? ¿dónde tenemos local aparente?...

—Ya le tengo elegido: un sitio muy á propósito, y de balde. Aquel casón des-

tartalado de la calle de la Rinconada, el antiguo palacio del Conde de Valdemora, donde estuvieron también las fieras de Bernabeau y después el elefante Pizarro... Tiene la casa un corralón inmenso, y á la derecha una cuadra con puertas grandes, todo pintiparado. En el corral, con tablas de la carpintería establecida en el piso bajo del palacio, y en la que mañana por ser domingo no trabajan, preparamos unos asientos para los espectadores, y en la cuadra, enfrente de las puertas, ponemos el monstruo completamente oculto hasta que llegue el caso, es decir, hasta que el corral se llene de gente... Hasta tiene la casa una puerta trasera que da á la Ronda, por donde podemos salir, sin que nadie dé cuenta, una vez hecha la recaudación y exhibido el fenómeno al público... ¿Te animas?

—Lo pones todo tan llano y plano, que casi me vas convenciendo.

—Quita el casi y date por convencido del todo.

—Si sale como tú lo pintas...

—Saldrá perfectamente, á las mil maravillas, no lo dudes... Si te parece, se lo diremos á Pepe Cañizal, y á Luis Barrios, y á Santiago Lomas, y á...

—Buena: díselo si quieres á Cañizal y á Lomas y á Barrios; pero no se lo digas á mucha gente si no quieres que se trasluzca;

porque ya sabes lo que dice el refrán: «Cállalo, amigo; mejor lo callarás si no te lo digo.»

.....
Cosa de treinta años hará que pasaba esta conversación en una de nuestras ciudades más ilustres, entre Jerónimo Luna y Pedro Requejo, dos estudiantes de Teología, de raídos tricornios, de más raídas sotanas y de manteos aún más raídos con sus jirones correspondientes, señales inequívocas y honrosas de su antigüedad en la carrera.

Convencido Requejo, y aprobado definitivamente en otra junta algo más numerosa el plan de la exposición con todos sus detalles, Jerónimo Luna, que era el iniciador de la idea y autor del proyecto, desfigurando la letra por lo que pudiera suceder, escribió el anuncio: el amo de su posada, el señor Manuel, le llevó á la imprenta, de donde recogió los carteles impresos cuatro horas más tarde, y allá entre gallos y medias noches, el mismo señor Manuel, acompañado de Barrio y de Cañizal, el uno con una escalera de mano y el otro con una cazuela de engrudo, y hurtando las vueltas al sereno, los fué pegando sobre los de la última función teatral celebrada seis meses antes.

A otro día por la mañana las esquinas principales de la población lucían unos

grandes carteles amarillos que en letras de á palmo decían:

«**¡¡¡MONSTRUO NUNCA VISTO!!!**»

Y luego, en otras letras algo más pequeñas, pero muy visibles, lo siguiente:

«Esta tarde á las tres y cuarto, en el corral del Palacio de Valdemora (Rinconada, 7), se exhibirá al público un FENÓMENO MONSTRUOSO, un animal tan raro y tan contrario á todos los demás de su especie, que tiene la cola precisamente donde los otros tienen la cabeza.

»*Entrada general*, dos reales. Los niños á mitad de precio.»

Excusado es decir que los carteles fueron muy leídos y comentados toda la mañana.

En cuanto pasó la hora de comer, y con el bocado en la boca, fué acudiendo gente hacia el lugar de la exhibición. A las dos de la tarde, hora y media antes de la señalada, estaban ya los alrededores del corral llenos de chiquillos y de niñeras; después fueron acudiendo también mozalbetes del Instituto y hasta algunas personas mayores.

—¿Cómo es el monstruo, chacha?—preguntaba un niño á su rolla.

—No lo sé, hijo—le contestaba la muchacha:—allá lo verás.

—Yo he calculao que ha de ser algún zorro marino,—decía con voz ronca un zapatero remendón muy aficionado á la historia natural y al aguardiente.

—Lo que yo siento es que acaso sea algún basilisco ó algún dragón—decía una cocinera vieja,—porque los he visto pin-taos y ¡me dan un miedo!...

Por este estilo eran todos los demás comentarios con que el público impaciente entretenía el tiempo que le faltaba para llegar á la anhelada contemplación del fenómeno.

A las tres en punto entreabrió el señor Manuel la puerta del corral, y comenzó á cobrar entradas y á dejar pasar á los que iban pagando...

—Señor Manuel—le decía un granujilla,—me falta el ochavo *pa* el *rial*... ¡Déjeme usted entrar por los ocho cuartos!...

—Vamos, trae y pasa—decía condescen-diendo el señor Manuel;—y eso que tú ha-bías de pagar entrada completa, porque no eres ya de la cría de este año...

—¿Qué me cuentas del monstruo, Manolete?—decía familiarmente al cobrador su compinche el conserje de la Escuela de Veterinaria.

—Nada, chico—le contestaba el señor Manuel:—yo no le he visto, de manera que estamos iguales.

—¿Y no has oído siquiera de qué país procede?

—Creo que de... *Asnania*...

—De Armenia querrás decir,—le repli-caba el conserje.

—Puede ser que sea de Armenia, no es-toy seguro.

—Sí; porque allí en Armenia fué donde paró el Arca de Noé, y deben de haber que-dado por allí bichos muy raros...

—Este creo que es rarísimo...

—Sí, según reza el anuncio...

—¿Pero ese niño?—continuaba el cobra-dor dirigiéndose á una rolla que entraba embracilada con un rapazón que casi podía ser su novio...

—Este niño—contestaba ella,—¿por qué ha de pagar llevándole yo en brazos?...

—Es que le posarás luego,—replicaba el señor Manuel.

—¡Que pague, que pague!—gritaban al-gunos guasones desde la cola...

Los espectadores que iban entrando, des-pués de un ligero reconocimiento del local, iban tomando asiento en las primeras filas de tablas.

Una colcha de percal azul con flores en-carnadas cubría á manera de telón la en-trada del establo.

Suponiendo que allí estaría el monstruo ó el fenómeno, los más atrevidos, ó los que

se tenían por más listos, se acercaban disimuladamente y desviaban un poco la colcha. Pero en vano, porque detrás de la colcha estaban las puertas... cerradas.

Cuando concluyó de entrar la gente que había en la calle, el patrón de Jerónimo Luna cerró de golpe la puerta del corral quedándose afuera.

Y como si aquel portazo hubiera sido la señal convenida, se oyeron al momento rechinar las puertas de la cuadra.

Gran expectación: algunos niños, que lloriqueaban impacientes, callaron; el público se quedó como en misa.

Medio minuto después una mano invisible descorrió la cortina, y apareció ante los ojos ávidos de los espectadores el monstruoso animal... que era un borriquillo amarrado al pesebre por el rabo.

Signieron unos momentos de estupefacción... y de silencio, porque nadie quería ser el primero en confesar el chasco, ni en convencerse de la burla.

Después de unos instantes, un niño se atrevió á decir á su rolla:

—¡Chachal... ¡Si es un burro!

—¡Calla, tonto! ¿Qué ha de ser un burro?

¿No ves que tiene la cabeza pa atrás?

Las palabras de la inocente criatura fueron para muchos una revelación. Merced á ella iban creyendo lo que antes, aun estándolo viendo con los ojos, no se atrevían á creer ni á sospechar apenas.

Algunos trataron de alborotarse.

Los más discretos, cuando se percataron de que no había por allí nadie á quién pedir cuentas, se fueron escabullendo del corral sin decir nada.

Alguno se aventuró á decir para sosegar á los alborotadores:

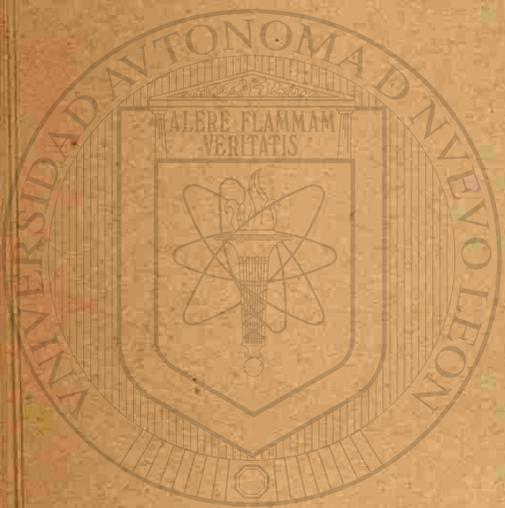
—No tenemos derecho para incomodarnos, pues se nos ha cumplido lo anunciado, escrupulosamente: el pollino tiene el rabo en el pesebre, que es donde los demás tienen la cabeza.

Las niñeras, cuando se convencieron de que era un burro, trataban de sacar el partido posible sirviéndose de él para pasear por el corralón á los chiquillos.

Mas cuando se comunicaban la idea unas á otras, llegó un aceitero, que haciéndose de nuevas y mostrándose muy enfadado, dijo:

—¿Quién sería el tuno que se divirtió en atar al revés á este pobre animalejo?

Y montándose en él, se salió del corral sin dar las buenas tardes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LO HIZO DE GRACIA

Chispo del todo nunca solía estar Lorencín; pero á medios pelos estaba casi siempre.

Advirtiéndole que si no llegaba á estar enteramente borracho, no era porque no bebiera todos los días lo suficiente para ponerse hecho una uva, sino porque, según decían sus amigos y compañeros de borrascas, hacía mucho vino.

Es decir, que podía beber mucho sin que apenas se le conociera, y muchísimo sin embriagarse del todo, pues con la cantidad del desequilibrante zumo con que otro cualquiera caía, ó por lo menos daba veinticinco traspies por minuto, él se quedaba como si tal cosa.

Su oficio de herrero... porque han de saber ustedes que Lorencín, ó el *Gato*, como llamaban también á Lorenzo García, era el herrero de Vegamián, para servir á ustedes, y á todo el que llegara á su fragua,

que la tenía al otro lado del río, junto al camino real, entre la ermita de San Antonio y el mesón de Servando...

Su oficio de herrero decía él que pedía mucho vino, porque entre el calor del fogón y el ejercicio de machacar ¡daban una sed!...

Y sed de vino precisamente; pues el agua había él observado que, así como tiene la propiedad de endurecer el hierro, tiene también, por el contrario, la propiedad de ablandar al hombre.

—No es broma—añadía Lorencín, si alguno se reía de su observación,—no creáis que es broma: el agua endurece el hierro y el acero; por eso meto yo todos los días á chapuzar ahí en el río, después de bien caldeadas, las rejas y las herramientas de corte para que cojan temple, y en efecto, salen mucho más duras que antes de calentarlas. Pero esa misma agua del Porma que así endurece los hierros calientes, á los hombres acalorados por el trabajo los hace ablandar de un modo increíble. Lo sé por experiencia: el día que por casualidad bebo yo agua en lugar de vino al comer de mediodía, me ablando como una badana, y á media tarde ya parece que no puedo con el martillo.

Con estas teorías y con la tentadora vecindad de la taberna de Servando, que estaba á quince pasos de la fragua, frente por

frente, no hay que decir si Lorencín empujaría el codo á menudo.

Que iba un vecino á hacer una reja nueva... Pues en concluyéndola había que bautizarla.

Que iba otro á calzar otra ya muy gastada y muy roma... Pues para que asegurara bien la calzadura, después de trabajarla á macho y martillo, era menester, no sólo templarla en el río, sino humedecerla un poco en la taberna.

Que iba otro á rebocar un hacha... Pues para dar suavidad al corte era bueno rociarle con leche de cepas, porque si no, quedaba muy vidrioso y podía saltar al primer hachazo...

Que iba otro á echar el cabestrillo á una guadaña nueva... Pues si no se la cabruñaba con vino no andaría bien nunca.

Que llegaba un arriero asturiano á herrar el rocín... Pues terminada la operación había que mojar las herraduras.

Que pasaba arriba ó abajo un conocido y se paraba á saludar á Lorenzo y trababan conversación... Pues había que mojar las palabras...

Seguramente no había leído Lorencín aquellos versos de otro aficionado al vino, que dicen:

Si bene commemini, sunt quinque causæ bibendi:

Hospitis adventus, sitis presens, atque futura,
Et vini bonitas, et quælibet alia causa (1).

Pero aunque no conociera estos versos, practicaba escrupulosamente la doctrina en ellos contenida, porque en cualquier cosa encontraba ocasión ó motivo para ir á la taberna.

Como estaba allí tan á mano...

Esta vecindad de la taberna tenía un valor tan grande á los ojos de Lorencín, que no cambiaba él la fragua de Vegamián por ninguna otra, aunque se la dieran de balde y con dinero encima.

Ya se le habían hecho proposiciones de traslado á otros pueblos mejorándole la contrata; pero Lorencín las había rechazado todas como tentaciones del enemigo, porque no creía posible encontrar otra fragua mejor situada; pues las que él había visto, verdad era que todas tenían cerca el agua para hacer los temples con comodidad; pero ninguna tenía tan cerca el vino.

Yendo yo una vez para León, cuando era estudiante, iba oyendo choclear una herra-

(1) Si bien lo recuerdo, son cinco las causas que hay para beber: la llegada de un huésped, la sed presente, la sed futura, la bondad del vino y cualquier otra causa.

dura del caballo, y me acerqué á la fragua de Lorencín para que se la clavase. Y como durante la operación sacara él su conversación favorita de lo cerca que estaba la taberna de Servando, le recité la famosa redondilla de Baltasar de Alcázar:

«Por cierto que es rica mina
La taberna de Alcocer.
¡Grande consuelo es tener
La taberna por vecina!»

—Eso he dicho yo siempre, señorito— exclamó Lorencín entusiasmado, dejando caer el pujavante;—esa ha sido siempre la mía, por más que no había oído nunca ese cantar tan gracioso, que no quiero que se me olvide...

Y diciendo esto, entró corriendo en la fragua, se dirigió al extremo de la derecha, donde había una tabla que á modo de andana de alacena pendía horizontalmente de dos charranchas clavadas á un tirante; trajo de allí un libro con forro de pellejo sin curtir y un tintero de cuerno; y desatornillando éste y sacando de la puntiaguda tapa una pluma de pavo, hincó una rodilla en el suelo y dió manos á escribir sobre la otra.

—¿Qué va usted á hacer?—le pregunté yo, algo contrariado por el retardo que iba á sufrir la operación de clavar la herradura.

—A sentar aquí la cuarteta—me contes-

tó,—si usted me hace la gracia de repetirla.

—¿Quiere usted que se la escriba yo?—
le dije.

—Si usted se quiere tomar esa molestia, es mejor—repuso,—y yo seguiré herrando.

—Sí, mejor es,—le dije cogiéndole los chismes de escribir.

Y mientras él clavaba la herradura, le copié la redondilla de Alcázar en el libro de cuentas á lo bajero de una llana que empezaba con estos apuntes:

«Débeme Juan el Cuco tres ochavos, de tres alañas que le puse á una madreña.»

«Item Quica la Remellona, dos cuartos de un arquillo.»

«Pagóme Agapito el Cojo la mitad de la azuela que le hice el año pasado.»

«Me debe Agustín dos reales de calzar una azadilla, poniendo yo el hierro...»

Lorencín aprendió luego la redondilla de memoria y se pasaba el día canturreándola al compás del martillo, ó con acompañamiento del triquitraque del fuelle.

Mas para eso la reformó primero acomodándola á las circunstancias.

Porque Servando el mesonero de Vega-mián, no se llamaba de apellido Alcocer, sino Muñiz, y, por consiguiente, no era propio llamar *taberna de Alcocer* á su establecimiento; pero era asturiano del concejo

de Aller, y esto dió pie al herrero para refundir la redondilla en esta forma:

Por cierto que es rica mina
La taberna del de Aller.
¡Grande consuelo es tener
La taberna por vecina!

Los lunes por la mañana solía tener Lorencín más trabajo que de ordinario, porque pasaban los arrieros asturianos para el mercado de Boñar y casi siempre le mandaban echar herraduras.

Una mañana llegaba á la puerta de la fragua Juanón el de Caleao con un rocín cargado de cerezas, y le decía:

—¡Gatu! ¡Pues (1) ferrar?

—Pregunta si quiero, *Xuanón*—contestaba Lorencín;—porque si puedo y no quiero, ¿qué adelantas, burro?

—Querer, *selu* (2) yo que quieres siempre servir á los amigos—decía el asturiano.—
¡Estaría *güenu* que non quisieres! *Pes* (3) si non fierras á *Xuanón*, ¿á quién vas á ferrar, hom?

—Al rocín, majadero, al rocín,—contestaba el Gato, que siempre estaba de buen humor y con gana de broma.

(1) Puedes.

(2) Lo sé.

(3) Pues.

Mientras Lorencín conservó con la afición al vino la afición al trabajo, las cosas no iban del todo mal, porque, como herrero, era Lorencín un gran herrero, de mucha disposición y de mucho aguante, y ganaba para todo: para pagar puntualmente los cuartillos y las *medias* á Servando, y para que su mujer y sus hijos (porque Lorencín estaba casado como Dios manda) no carecieran de cosa alguna.

Pero andando el tiempo, quiso el diablo, Dios nos libre de él, que con la afición al vino se le complicara á Lorencín la afición al juego; y entonces, en lugar de ir de vez en cuando á la taberna, espetarse su cuartillo y volverse á machacar, dió en pasarse en ella, jugando á la brisca, la mayor parte del tiempo que debía pasar trabajando en la fragua.

Por aquello de que Dios los cría y ellos se juntan, hizose muy amigo de un rabadán de merinas de la Condesa de Frañana, llamado Santiagón, borrasquero perpetuo y taberneador impenitente, que apenas asomaba á la majada en todo el verano.

En sentándose Lorencín y Santiagón á jugar á la brisca mano á mano y á beber jarras, ya no se sabía cuándo se habían de levantar... Primero jugaban un cuartillo, después media, después una azumbre, des-

pués las cabras... en fin, que aquello era la vida perdurable.

Había semana de la que pasaban los seis días sin que la fragua se abriera tres veces.

Y, es claro: como dice un refrán, molino parado no gana maquila; y según dice otro, donde se quita y no se pon, presto se llega al hondón; y como Lorencín estaba todo el día parado, no ganaba jornal; y como no ganaba y gastaba, llegó pronto al hondón de sus ahorros, y aun más abajo, á las deudas...

Cuando mandaba á Servando sacar vino, solía el mesonero hacerle esta advertencia:

—Débesme lo de ayer, Lorencico.

—Apunta,—contestaba el herrero.

Al día siguiente, cuando volvía éste á pedir vino, volvía á advertirle Servando:

—Débesme lo de ayer y lo de antes de ayer...

—Apunta,—volvía á contestar Lorenzo inalterable.

Y con el apunta... y apunta, Lorencín mandando apuntar y el mesonero obedeciendo, llegó á haber en el libro de caja del mesón, á cargo y bajo el nombre del herrero, una letanía de cuartillos y medias azumbres, más larga que la de Nuestra Señora.

No se le hacía ya todo bueno á Servando, y una tarde en que Lorencín, que jugaba á la brisca con un aceitero, pidió por su cuen-

ta una azumbre, le llamó aparte por no meterle en vergüenza, y le dijo:

—Mira, Lorenzo: por ésta pase, porque está armada, y no quiero que quedés mal; pero desde mañana, si no vas pagándome algo de lo atrasado, no te vuelvo á dar gota. Ya lo sabes.

—¿Tienes miedo á perderlo, sarnosuco? —le contestó Lorencín con mucho pescuezo, y haciéndose el enfadado por la advertencia. —Pues has de saberte que sólo en herramientas del oficio, sin contar otras cosas y sin contar lo que me deben á mí, tengo yo para responder de mucho más que del valor del vino, de la taberna y del tabernero, fuera el alma.

Servando se achicó un poco ante la arrogancia del herrero, le dió lo que pedía, y no volvió á inquietarle lo menos en un par de semanas.

Pero luego, ya porque temiera para sí un mal resultado, ya porque le diera lástima de la mujer de Lorencín, la cual por bajo de cuerda le suplicaba todos los días que no diera vino fiado á su marido, lo cierto es que el mesonero volvió á cuadrarse.

—No te doy ni otro cuartillo fiado, Lorenzo, mientras no me pagues lo de atrás, aunque me lo pidas de rodillas,—le dijo un día muy formalmente.

Lorencín quiso otra vez hacerse el enfa-

dado ante la nueva intimación; pero esta treta ya no surtió efecto, porque Servando se mantuvo firme.

El herrero entonces se volvió á buenas con el tabernero, y le dijo:

—Escucha, Servando: yo conozco que por un lado tienes razón, porque te voy ya debiendo demasiado y de muy atrás, y, como suelen decir, cuentas largas, barajas nuevas... Pero si ahora no te pago porque no tengo dinero, bien sabes que tengo habilidad para ganarlo... y por otro aquél, voluntad de pagar tampoco me falta, y no de todos los deudores podrás decir lo mismo... ¿no es esto?... Y... quiere decirse que, si Dios me da salud, en cuanto pase el verano y se marchen las merinas y dejen de venir por aquí Santiagón y otros que me suelen entretener, me pondré á trabajar con codicia, empezará á llover en mi casa dinero como agua, y te lo pagaré todo cuarto sobre cuarto... ¿qué más quieres?...

—La verdad es—le contestó Servando, que era un bobalías y se dejó ablandar por la arenga,—la verdad es que no dejas de ponerte en razón, Lorenzo, y yo tampoco me aparto de lo justo ni quiero ser tirano... y casi no se le puede pedir más á un hombre...

—Pues más quiero yo hacer, aunque no me lo pidas—le interrumpió Lorenzo:—quiero que ajustemos la cuenta, porque,

como suele decirse, cuenta ajustada es media paga. ¿Que resulta que te debo tanto ó cuanto?... Pues te hago un papel quedando por ello, porque somos mortales, y...

—Bueno — dijo Servando: — vamos á ajustar la cuenta.

Y trayendo su libro de apuntes, le abrió por donde tenía de registro el forro de un librito de fumar, de la pantera, donde, bajo el epígrafe de *el erero*, comenzaba la lista de las medidas de vino consumidas por Lorencín, y dieron entre los dos principio al recuento.

Cuartillo aquí, azumbre allá, media más adelante, resultaron de la suma de las cinco llanas del libro que ocupaba ya la cuenta de Lorencín, treinta y cuatro azumbres y tres cuartillos, que, al precio de seis cuartos el cuartillo ó veinticuatro la azumbre, daban un total importe de *noventa y ocho reales y cuatro maravedises*, salvo error de pluma ó suma.

—Pues mira, para no andar con picos— dijo Lorencín al enterarse del resultado,—saca otros tres cuartillos por esos diez y seis cuartos que faltan para los cien reales, nos los bebemos en amor y compañía, y te deberé cinco duros redondos.

Hízose como lo propuso Lorencín, y cuando acabaron de beber el vino, dijo Servando:

—Ahora, si te parece, haremos el documento.

—Sí, hombre—le contestó Lorencín:—nada más justo... Hazle tú á tu placer, aunque sea ahí en el mismo libro, yo te le firmo inmediatamente, y... en paz.

—Tanto como en paz...—replicó tímidamente Servando...

—Bueno, hombre, ya se entiende—repuso el herrero:—en paz y debiéndote cinco duros.

Con lo cual, tranquilizado el mesonero, escribió su recibo en esta forma:

«De claro yolo renzo Garcia deo ficio ere Roque soi endeber á micon vecino Servando Muñiz lacan tidad de cien riales de Bellon devino con sumido en su establecimiento la misma que meo bligo á pagar lepa el día de San Miguel de setiembre deste año y pa raque coste lofirmo en Veja mia na cinco dea Gosto de 1864.»

Quando el mesonero acabó de escribir, alargó el libro y la pluma al herrero para que firmara. Lorencín puso allí una cosa que parecía su nombre y apellido, terminando con un garabato caprichoso, y volvió el libro á Servando, que le cerró y le guardó muy satisfecho.

Pasó el día de San Miguel de Septiembre,

y pasaron otros muchos días y otros muchos meses y hasta algún año, sin que Lorencín se acordara de pagar á Servando los cien reales ni éste se atreviera á pedirselos.

Lo que hacía Lorencín, eso sí, era pagar al corriente el vino que iba consumiendo después del ajuste de cuenta, con lo cual se daba Servando por contento, creyendo que lo de atrás lo tenía seguro.

Mas sucedió por entonces que un vecino ligero de cascos, por no sé qué cuestión que tuvo con el concejo, determinó vengarse; y sacando matrícula para vender vino al por menor, puso otra taberna en una chabola de tablas al lado del mesón del pueblo, que era el que tenía arrendado Servando. Así la renta que el concejo cobraba disminuiría ó llegaría á desaparecer del todo.

A fin de hacer parroquia, comenzó el tabernero nuevo por traer mejor vino que el otro y ponerlo un cuarto más barato; y como Lorencín fué el primero que se enteró de ambas circunstancias, fué naturalmente su primer parroquiano.

Y no fué esto lo peor, sino que no contento Lorencín con desertarse él del antiguo establecimiento, hacía propaganda en favor de la taberna nueva recomendándola á sus amigos y á cualquier pasajero que para herrar ó con cualquier otro motivo se acercaba á la fragua.

Ya sospechaba el mesonero, al notar la disminución de su clientela, que andaría en ello Lorencín; pero un día le cogió *in fraganti* ladeando á unos arrieros del mesón y embocándolos en la chabola.

Servando no se pudo contener y rompió el fuego con estas palabras:

—¿Sabes lo que te digo, Lorencín?... que tienes muy poca vergüenza.

—¡Quién habló, que la casa honró!—le replicó Lorencín riéndose.—Si tengo poca, menos mal; porque hay quien no tiene ninguna.

—¡Mejor te fuera pagarme lo que me debes!—añadió el mesonero lleno de ira.

—A quien nada se le debe, con nada se le paga,—contestó el Gato.

—¿Cómo que no me debes nada?—replicó el mesonero furioso.

—Como que nada te debo, ya lo he dicho.

—¿Pero tendrás valor para negar que me debes cien reales?

—Valor se necesita para decirlo, no debiéndote ni un ochavo partido por el medio.

—¡Bueno! Ya me lo dirás en el Juzgado.

—Cuando quieras... Si no sabes allá, te enseñaré el camino...

Y el mesonero, dando por acabada la disputa, que consideró inútil, vista la arrogancia de Lorencín, se fué inmediatamente á casa del secretario del Ayuntamiento, que

lo era también del Juzgado de Paz, y que si en la primera secretaría era él en realidad el alcalde y toda la corporación, era en la segunda el verdadero juez que hacía y deshacía á su antojo.

En cuanto Servando le refirió la existencia de la deuda, la sublevación del deudor y el propósito de poner el asunto en demanda, preguntó el secretario:

—Pero ¿tienes recibo?

—Sí, señor: en el mismo libro de caja mío—le contestó el mesonero,—tiene confesada la deuda con su firma debajo.

—Pues entonces demándale cuando quieras, que no la mea en dulce.

Todavía, después que se le pasó la furia, volvió Servando á brindar con la paz al herrero.

—Mira, Lorenzo—le dijo:—págame buenamente los cinco duros y no des lugar á la demanda... Ya ves que al pájaro que le dicen ox, no le quieren matar, y yo tampoco quiero hacerte costas...

—Ya te he dicho que no te debo nada,—le contestó Lorenzo desaboridamente, con lo cual no tuvo Servando más remedio que entablar el juicio.

Cinco ó seis días después se hallaban los dos, Servando y Lorencín, ante el juez de

Paz, que era un labrador, muy hombre de bien, y ante Luquillas, el secretario, que, con el pliego de papel sellado extendido sobre la mesa y con la pluma en la mano, ya mojada y todo, les amenazaba impaciente con empezar á escribir la comparecencia.

—Mirad si os arregláis antes de que yo sienta la pluma—les decía,—porque si mancho el papel, la cosa ya no tiene buena compostura...

—Yo, si me paga...—decía Servando,—ó por lo menos vuelve á confesar aquí delante del señor juez la deuda y señala plazo no muy largo para pagarla, no tengo inconveniente en avenirme.

—Yo, si él confiesa—decía Lorencín—que no le debo nada y se compromete aquí ante el señor juez á no volver á pedírmelo, tampoco tengo inconveniente en que nos arreglemos...

—«En el lugar de Vegamián...»—decía el secretario haciendo ademán de escribir lo que iba diciendo...

—Espera á ver, Lucas, espera—le decía el juez mirando compasivamente á los dos litigantes:—voy á darles yo el último tiento, porque es una lástima... ¿No veis—añadía dirigiéndose á ellos,—que uno ú otro tenéis que estar equivocado, y que uno ú otro, por consiguiente, tenéis que perder?... Pues recapacitad allá para entre vos-

otros y á ver si cedéis un poco cada uno y... Vamos, ¿qué decís?

—Yo ya le digo á usted que puedo esperar tanto ó cuanto—dijo el tabernero;—pero perder, no quisiera perder nada de lo que me debe, porque me cuesta á mí muy caro el vino para que me lo beban de balde.

—¡Psche!—dijo Luquillas, el secretario.

—Hazte cuenta que en un mes no le echaste agua...

—No sé la echo nunca,—replicó Servando muy serio.

—Bueno, bueno: dejaos de bromas—dijo el juez, y añadió dirigiéndose á Lorencín:—Tú ¿qué dices?

—Pues yo, señor juez, lo que dije antes: que dé su palabra de dejarme en paz, ó que se le imponga perpetuo silencio...

—Vaya: escribe, escribe,—dijo el juez mirando á Luquillas, y éste comenzó á encabezar el juicio de esta manera:

«En el lugar de Vegamián, á diez y ocho de Marzo de mil ochocientos sesenta y siete, ante el señor juez de paz de este Ayuntamiento, don José Díez, y de mí el infrascrito secretario, comparecen para celebrar juicio verbal de una parte, como demandante, Servando Muñiz, de esta vecindad, casado, mayor de edad, de oficio mesonero, con su cédula... y de la otra como demandado Lo-

renzo García, también mayor de edad... etc.»

Cuando estuvo extendido el encabezamiento y el juez mandó á las partes alegar lo que tuvieran por conveniente, Servando puso su libro sobre la mesa abierto por donde estaba el ajuste de cuenta con el herrero y dijo:

—Ahí está bien patente la deuda confesada por el demandado con su firma...

—¿Qué dices á esto, Lorencín?—preguntó el juez á éste en tono compasivo, como doliéndose de que hubiera dado lugar al juicio sin tener razón alguna para excusar el pago.

—Que no debo nada al demandante, señor juez—contestó resueltamente el herrero;—porque si bien es verdad que tuve con él alguna cuenta de vino, también lo es que después de ajustarla me perdonó la cantidad que resultaba contra mí, por mis buenos servicios de llevarle arrieros y otros caminantes á su establecimiento y enzarzarles á jugar... y uno y otro. Es verdad que ajustamos la cuenta y que resulté debiéndole un pico; pero me dijo que me lo hacía de gracia porque continuara favoreciéndole con mi mucha conciencia, y así se hizo constar en el libro de apuntes, donde no será verdad que esté mi firma reconociendo la deuda...

Extrañeza en el tribunal...

—No—continuó Lorencín:—no dirá ahí Lorenzo García, que es como yo me llamo y acostumbro á firmar; lo que dirá es que lo hizo de gracia el demandante, el dinero que resultaba debiéndole, que eso es lo que yo puse porque así era verdad y él mismo me mandó que lo pusiera...

El juez, el secretario y el demandante se precipitaron á un tiempo sobre el libro, y... efectivamente, lo que habían creído firma de Lorencín no era tal firma; donde Servando había creído leer Lorenzo García, no se leía tal cosa; lo que se leía era:

Lo hizo de Gracia.

LA LEY PERRUNA

Estaba oscureciendo cuando entró el secretario de Villaopresa, Silvestre Pardal, en el establo de Pedro Berrugas, que andaba echando de cenar á las vacas.

—Buenas tardes,—dijo el secretario.

—Santas y buenas,—le contestó Pedro, sacudiéndose las aristas que se le habían pegado á la delantera de los pantalones.

—Ya sabrás á qué vengo...

—Saber no lo sé, pero quiere decirse que me lo imagino: siempre será por mor de los votos ó los demóginos...

—Por eso mismo... Ya sabes que vienen ahí las elecciones, y... bueno, el triunfo del nuestro candidato es seguro, porque es el candidato del Gobierno y está encasillado, y quiere decirse que aunque todos votárais en contra, no dejaría de salir por eso; pero yo tengo interés en que aquí salga con mucha mayoría de verdad, y cuento contigo...

Extrañeza en el tribunal...

—No—continuó Lorencín:—no dirá ahí Lorenzo García, que es como yo me llamo y acostumbro á firmar; lo que dirá es que lo hizo de gracia el demandante, el dinero que resultaba debiéndole, que eso es lo que yo puse porque así era verdad y él mismo me mandó que lo pusiera...

El juez, el secretario y el demandante se precipitaron á un tiempo sobre el libro, y... efectivamente, lo que habían creído firma de Lorencín no era tal firma; donde Servando había creído leer Lorenzo García, no se leía tal cosa; lo que se leía era:

Lo hizo de Gracia.

LA LEY PERRUNA

Estaba oscureciendo cuando entró el secretario de Villaopresa, Silvestre Pardal, en el establo de Pedro Berrugas, que andaba echando de cenar á las vacas.

—Buenas tardes,—dijo el secretario.

—Santas y buenas,—le contestó Pedro, sacudiéndose las aristas que se le habían pegado á la delantera de los pantalones.

—Ya sabrás á qué vengo...

—Saber no lo sé, pero quiere decirse que me lo imagino: siempre será por mor de los votos ó los demóginos...

—Por eso mismo... Ya sabes que vienen ahí las elecciones, y... bueno, el triunfo del nuestro candidato es seguro, porque es el candidato del Gobierno y está encasillado, y quiere decirse que aunque todos votárais en contra, no dejaría de salir por eso; pero yo tengo interés en que aquí salga con mucha mayoría de verdad, y cuento contigo...

—El caso es que yo no había de votar para tí, porque siempre nos llevas por lo peor... El otro candidato hace beneficios á los pueblos, mientras que el tuyo hace su negocio, y con eso los contrarios nos afrentan diciéndonos que el suyo es un caballero y que el nuestro es un pilluco...

—¿Y qué que lo sea?... Mejor. ¿Qué entendéis vosotros de esas cosas?... ¿Crees que nos conviene un diputado bueno?... Todo lo contrario. Los hombres de bien no sirven para nada. Lo que nos conviene es uno que tenga travesura y maldad, que haga para su provecho todas las picardías que le dé la gana; pero que al mismo tiempo nos ayude á tapar las nuestras...

—Mejor será no hacerlas, para que no haya necesidad de taparlas.

—Eso es imposible: sin hacer gatuperios no se puede vivir.

—Hombre, tanto como eso...

—Lo dicho... Ya ves: yo he estado y estoy disfrutando las dos secretarías, la del Ayuntamiento y la del Juzgado... Pues si en la primera me contentara con los dos mil reales de sueldo, y en la segunda me sujetase al arancel, ¿cómo te parece que había de mantener y vestir tantos rapaces, y con qué había de pagar los lujos de las mozonas aquellas mayores, que me gastan un dineral en dinguindujes?... Y vosotros

lo mismo al respetive... Si no cortáis á escondidas en el monte un carro de cambas para llevar en el mes de San Juan á la feria de Valladolid, ó unos pares de costanas para llevar á la de Santiago de Frómista, ¿con qué hacéis el arreglo de casa? ¿Con qué compráis pan y vino para hacer los labores del verano?... En fin, cuento contigo y no hay que hablar más del asunto.

—Bueno, bueno... Ya, de haber puesto el culo á los azotes, lo mismo dará ocho que ochenta: seré de los tuyos como siempre...

—Como siempre no; que en las elecciones de concejales te fuiste con el médico.

—No es verdad: bien lo sabe Dios... y tú también... Le dí palabra, eso sí, porque le debía favores... y dinero.

—También á mí...

—También es cierto, aunque no tanto como á él; pero como de él estaba seguro que aunque le faltara y se descubriera el engaño no me había de hacer mal, porque no es dañino, y de tí no me atrevía á esperar otro tanto, á él le dí la palabra y á tí el voto...

—Así se hace; porque, como digo, no ignoras que también tenéis allá en casa un poco de cuenta... dos fanegas de pan y...

—¿Dos?... Pues no me acordaba yo más que de una.

—Una llevó tu mujer por San Juan, con

la condición de volverme una y media para la cosecha, vamos, en Agosto... No me la volvísteis y han pasado casi otros dos meses... ¿Qué menos ha de haber aumentado que otra media fanega, y son dos cabales?... Esto es tan legal como las mismas leyes...

—Ya, ya... Pero dijera yo que á los amigos, á los que te sirven en las elecciones, no les habías de llevar tanta usura...

—Eso no tiene que ver: los servicios de las elecciones se pagan con otros servicios; la cuenta es cuenta...

—Bien, bien...

—Y luego aquellos cuartos de las costas de cuando te robaron la yerba del prado y diste parte, y como no se encontró reo, hubo que cargártelas.

—El reo no estaba difícil de encontrar, que bien sabía todo el pueblo que era el Pelao; pero como era amigo tuyo le echaste la capa.

—No estás en lo cierto; le amparó la ley... Verdad es que el Pelao es amigo mío; pero también es verdad que nada se le probó. No le habían visto llevar la yerba más que tres vecinos, y como daba la casualidad de que todos tres eran enemigos suyos, no valían para testigos, porque esa es tacha expresa en la ley... con tal que la enemistad sea manifiesta, y allí ya ves que no

podía ser más manifiesta... en el mero hecho de ir á declarar en contra... Yo en eso me atengo á la ley; ya sabes lo que dispone la del año treinta y cinco...

—No, saber no lo sé, pero lo mismo da... Sabiéndolo tú...

—Pues dispone eso, y además la del año cincuenta y cuatro...

—Bueno, Silvestre; y no atajando tu conversación, y á propósito de leyes, ya que sabes tantas, aunque algunos dicen que las inventas...

—Eso son envidias.

—De cualquier manera que sea, ¿no habrá entre tantas leyes alguna por donde yo pueda librarme de pagar á don Constantino sesenta duros que le debo?

—No estará bueno eso... ¿De qué se los debes?

—De que me los ha ido dando prestados cuando he tenido necesidad, un día diez, otro día veinte, otro cinco... Y la verdad es que no merece un mal comportamiento; pero yo no tengo con que pagarle, y si se empeña en cobrármelos y no hallo por donde salir, me arruina.

—¿Tienes firmada obligación ó recibo ó algo?

—No: nunca me ha pedido recibo...

—¿Y hay testigos de la entrega del dinero?

—Tampoco.

—Pues entonces... sí, hay una ley que te favorece... una ley que la llaman la ley Perruna...

—No la había oído nombrar... ¿Y qué dice, si se puede saber?

—El procedimiento para no pagar en ciertos casos... como ese.

—Pues hazme el favor, por lo que sea, de enseñarme ese procedimiento.

—Es muy sencillo: consiste en que cuando te reclame el médico la deuda no le des otra contestación sino reírte un poco enseñándole los dientes, y luego soltarle dos ladridos... ¡Jaun! ¡jaun!

—De modo y manera que para que le aproveche á uno esa ley, se necesita saber ladrar regularmente.

—Hombre, yo te diré; lo de los ladridos, si se quiere, no es más que un adorno: lo esencial es no confesar la deuda; porque no habiendo de ella prueba ninguna, en no confesando estás libre...

—Pues no me disgusta eso...

.....
Medio año después, cuando aún no había tenido ocasión Pedro Berrugas de hacer uso de la ley Perruna contra el médico, porque éste no le había reclamado la deuda, el secretario, viendo pasadas aquellas elecciones sin que hubiera ningunas otras

en perspectiva, llamó á su casa á Pedro, y cuando le tuvo delante, le dijo:

—Hombre, aquella cuenta va siendo ya demasiado larga... y mejor te es pagarla cuanto antes, porque las cuentas siempre van creciendo. Me debes tres fanegas de pan, que son nueve duros, y treinta que te suplí por las costas aquéllas, treinta y nueve... Con que á ver si vas tratando de pagarme.

—¡Jaun, jaun!—le contestó Pedro Berrugas después de haberse sonreído enseñándole los dientes.

—¡Qué cosas tienes, Pedro! tendría gracia que quisieras utilizar contra mí la ley Perruna después de habértela yo enseñado... Mira á ver si puedes pagarme para el domingo.

—¡Jaun, jaun!—volvió á contestar Pedro.

—Vamos, hombre; no seas bromista, y á ver si me pagas, que á todo el mundo le hace falta lo tuyo.

—¡Jaun, jaun!—replicó Berrugas.

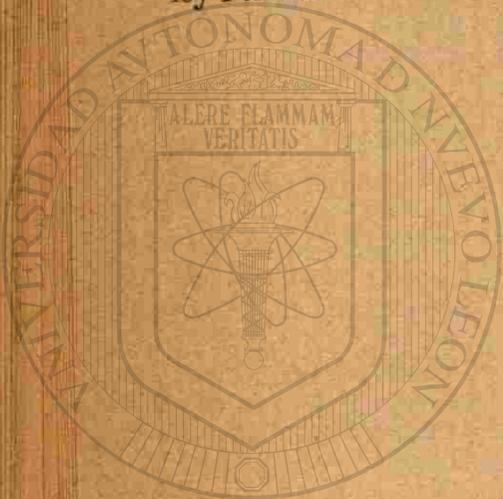
—¡Bueno, bueno! Veo que ladras bastante bien; pero deja esa habilidad para mejor ocasión y págame, que necesito esos cuartos para llevar el chico al colegio.

—¡Jaun, jaun!

Y por más que Silvestre insistió en reclamarle la deuda, no pudo arrancar á Pe-

dro Berrugas otra contestación que el par de ladridos.

Para algo le había enseñado él mismo la ley Perruna.



EL ESPÍRITU DEL IMÁN

—Buenos días tenga usted, don Feliciano.

—¡Hola, Matías! Ven con Dios, hombre.

—¿Qué tal le va á usted?

—Bien; ¿y á tí?

—Bien, gracias á Dios; ¿y por acá en casa?

—Todos buenos. ¿Y allá por Villachica, no tenéis novedad?

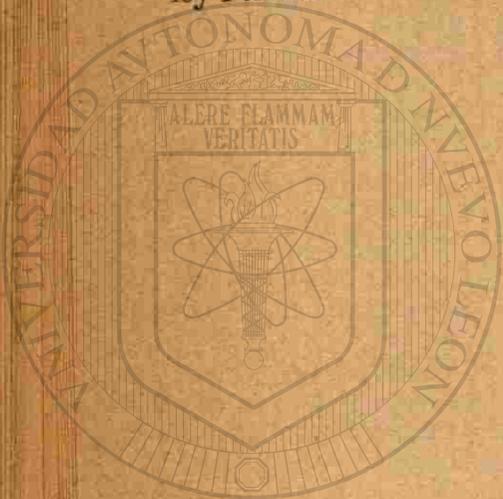
—Ninguna por ahora, á Dios gracias.

—Me alegro, hombre. Y ¿qué te trae por aquí?

—Pues yo venía... porque ya sabe usted que nosotros siempre venimos aquí, lo mismo en vida de mi difunto padre, que en paz descansa, que murió, como usted recordará, de un *costao* hará unos trece años ó catorce al San Miguel que viene, por no haberle sangrao á tiempo, según nos dijo después el señor cirujano, aquel cojo que se casó con la cuñada del tío Marcelino, el

dro Berrugas otra contestación que el par de ladridos.

Para algo le había enseñado él mismo la ley Perruna.



EL ESPÍRITU DEL IMÁN

—Buenos días tenga usted, don Feliciano.

—¡Hola, Matías! Ven con Dios, hombre.

—¿Qué tal le va á usted?

—Bien; ¿y á tí?

—Bien, gracias á Dios; ¿y por acá en casa?

—Todos buenos. ¿Y allá por Villachica, no tenéis novedad?

—Ninguna por ahora, á Dios gracias.

—Me alegro, hombre. Y ¿qué te trae por aquí?

—Pues yo venía... porque ya sabe usted que nosotros siempre venimos aquí, lo mismo en vida de mi difunto padre, que en paz descansa, que murió, como usted recordará, de un *costao* hará unos trece años ó catorce al San Miguel que viene, por no haberle sangrao á tiempo, según nos dijo después el señor cirujano, aquel cojo que se casó con la cuñada del tío Marcelino, el

que compró la viña aquélla grande que había sido de doña Tomasa la administradora, que se la vendieron por la trabacuenta aquélla del papel sellado que dijeron si se lo habían robado á su marido ó no se lo habían robado...

—Sí, hombre; pero que se lo robaran que no, tú dime á lo que vienes y qué es lo que deseas.

—Pues verá usted... quiere decirse que, como le iba diciendo, nosotros siempre hemos venido aquí á casa de usted, lo mismo en vida de mi padre, Dios le tenga en gloria, que después, cuando vivía mi hermano Celedonio, que era el mayor, como usted sabe, porque las dos hermanas que hubo antes que él se murieron de pequeñas, una á los tres años y otra á los ocho; y... en fin, que ya viene uno á la casa con confianza...

—Sí, hombre, y puedes seguir viniendo...

—Y por eso, como uno sabe que... vamos... en fin... que siempre le reciben á uno bien y encuentra buena acogida... pues quería, si usted no tiene mayormente apuro, hablar con usted dos palabras á solas... y con cierta reserva, porque á nadie le importa lo que yo tenga que tratar con usted, si viene á mano, y porque es una cosa que...

—Bueno, hombre, bueno: vamos aquí á la rebotica, y hablaremos todo lo que quieras...

Los sostenedores del precedente diálogo eran un boticario de aquellos antiguos, muy gordo, con muy poca química y mucha gramática parda, y un mocetón muy bruto de una aldea vecina á la histórica ciudad donde pasa la escena.

Cuando estuvieron solos los dos en la rebotica, respanchigado el obeso pucherólogo en un viejo sillón de baqueta con clavos romanos, y mal sentado el mozo en el vivo de un taburete de negrilla, reanudó el primero la conversación diciendo:

—Vamos á ver, hombre: ya estamos solos. ¿Qué es lo que te ocurre?

—Pues mire usted, señor don Feliciano: yo venía con la confianza que...

—Sí, con la confianza que da el haber venido siempre, y el haber sido siempre bien recibido; eso ya lo dijiste. Vamos á ver. ¿A qué venías?

—¡Colle! pero si el caso es que casi no me determino á decírselo, porque por un lado no sabe uno... y luego, si acaso á usted le parece mal que yo tenga una confianza con usted...

—No, hombre, no; ¿por qué me ha de

parecer mal? Puedes tenerla. Vamos, habla.

—Pues mire usted, señor don Feliciano: ya sabrá usted... digo, puede ser que no lo sepa todavía, si acaso no ha venido por aquí hace poco ninguno de allá que se lo haya dicho; porque por allí muchos lo han conocido, aunque yo todavía no se lo he dicho á nadie hasta ahora...

—Bueno, hombre, adelante. ¿Qué es eso que no sabes si yo lo sabré ya ó no lo sabré? Sigue.

—Pues verá usted: hay allí una muchacha en el pueblo muy bien parecida... y aunque se diga que es guapa, no se dice nada de más, porque lo es; y luego tiene muy buenos cachicos de tierra, y especialmente una linar que linda con otra mía y un prado cerrado, con muchísimos chopos, que también está cerca de mi casa; de modo que como yo trato de acomodarme, porque ya comprende usted que un hombre así solo está mal, aquella muchacha me conviene más que ninguna otra, y vamos, que hace ya tiempo que la tengo una miaja de ley...

—¿Y ella te quiere?...

—¡Quiá, no señor! Pues á eso iba... O por mejor decir, á eso venía, y por eso quería estar con usted...

—¡Pero, hombre, si yo no la conozco!... ¿Cómo se llama?...

—Llamar se llama Victoria; pero quiere decirse que aunque usted no la conozca es lo mismo; porque, verá usted... Ella ya parecía que se inclinaba algo á mí el año pasado; sólo que después vino del servicio allí un hijo del tío Bragao, que fué cabo segundo del Regimiento de Gerona, y porque si trajo una chaqueta azul con los galones encarnaos, y si trajo una gorrilla de cuartel con una mota colgando pa adelante, y una cinta muy ancha de seda morada y verde para atar el cañuto de la licencia, y, en fin, que el mozo es jerolista, y la muchacha al verle tan peripuesto ha empezao á correrle cara y á mí no me hace caso.

—Pues lo siento, Matías; pero te repito lo que te he dicho antes: que no la conozco... ¿De quién es hija?... ¿Tiene todavía padre y madre?

—Madre ya no, señor: se la murió el año de la fiebrona. Padre sí; el padre es uno que le llaman el tío Rufino, que le habrá usted visto pasar aquí por delante de su casa cuando viene al mercao, un hombre alto con un chaleco de estameña azul, montado, hablando con perdón, en una burra garañona buena, que ya le ha dado un pollino que le valió seis mil reales para la parada de Ruiforco... ¿No le conoce usted?...

—No, hombre, no: ¿de qué? si nunca he ido á esa parada...

—No: si yo decía al tío Rufino, el padre de Victoria.

—¡Ah!... pues tampoco le conozco, tampoco, ni al padre ni á la hija... De manera que no conociéndolos ni teniendo ningún trato con ellos... ya ves... ¿qué te voy á hacer yo?...

—¡Ah! Mucho, señor don Feliciano, si usted quiere. Usted puede hacer mucho, puede hacerlo todo, como el otro que dijo. Si usted quisiera servirme...

Y diciendo esto echaba el mozo al boticario una mirada penetrante y escudriñadora, como si antes de formular por lo claro su pretensión quisiera averiguar si le había de ser concedida.

El boticario, observando con extrañeza la insistente mirada del mozo, no acertaba á adivinar de qué manera podría él favorecer sus aspiraciones amorosas, ó qué sería lo que pretendía de él; así es que además de interrogarle con los ojos y con el gesto, le dijo:

—Pero, hombre, ¿cómo ó de qué manera te puedo yo servir? Habla de una vez, explícate.

—Ahora voy, don Feliciano—le contestó el mozo en voz baja y temblando de emoción.—Mire usted, yo estoy convencido de que, hoy por hoy, la muchacha quiere más al licenciado que á mí: no me queda duda;

y como quiero á todo trance casarme con ella... vengo á que usted... ¡Por Dios, don Feliciano! ¿Qué le cuesta á usted?... Ustedes que tienen de esas medicinas que atraen...

Aquí el boticario, que estaba á ciegas y mostraba en su semblante viva curiosidad, lo comprendió todo de un golpe, vió clara la cosa, y disimulando su asombro y ahogando como pudo la tentación de risa, siguió mirando con atención al mozo, y según éste continuaba á tropezones su relato, iba él haciendo con la cabeza signos afirmativos, como para dar á entender que estaba al cabo de la calle.

El babayo del mozo continuó diciendo:

—... Ustedes que tienen de esas medicinas que atraen á las personas... Yo quiero que usted, pagándole lo que sea, que de eso no me aparto, me dé un agua ó un espíritu de esos, que yo sé que los hay... á ver si de la noche á la mañana le dejo al licenciado con una cuarta de narices...

—Eso es muy difícil de preparar, y cuesta caro,—dijo muy serio el marrullero del boticario, que hacía unos momentos se estaba ya mordiendo el labio inferior como para significar lo dificultoso de la cosa.

—Crea usted, señor don Feliciano—le dijo el majadero del mozo,—que estoy dispuesto á no quedarle á usted nada á deber,

y, vamos, como no sea una cantidad del todo desproporcionada con mi caudal, yo le prometo á usted que se la pago á tocateja... y ¡mire que como yo prometa una cosa!... Crea usted que aunque me cueste el mejor prao que tengo...

—Tanto no será—replicó el boticario echándose las de generoso,—porque á mí no me gusta ser tirano con nadie, y menos con un parroquiano antiguo como tú...

—Eso, sí señor: bien lo puede decir... de toda la vida... Y de antes, porque ya mi padre, que en paz descansa, venía aquí siempre.

—Si ya lo sé; por eso te digo que no te cobraré todo lo que cuestan esas cosas; pero aun así temo que te parezca mucho...

La conversación duró todavía un buen rato, porque el nazcarejo del mozo era muy pesado, y el boticario, que no tenía mucho que hacer, le daba cuerda; mas el resultado fué que Matías firmó una obligación de pagar al boticario, para después de la cosecha, cincuenta duros si la medicina producía efecto, y si no, veinticinco.

Hecho el contrato, el boticario comenzó en seguida con mucho aparato y mucho misterio á revolver frascos y botes de diversos tamaños y formas, haciendo como

que mezclaba en un almirez pequeñas cantidades de sus contenidos, para concluir por llenar de agua del pozo con gotas de agua destilada (*Aq. Distill.*), un frasquín del tamaño de un dedal con su tapón esmerilado, y envolviéndole primero en un papel de seda de color de rosa, le metió en una cajina de madera mulléndole cuidadosamente con algodón en rama; envolvió después la caja de madera en otro papel azul, lo metió todo en una caja de cartón, la ató con un cordón encarnado, y la envolvió después en la cuarta parte del penúltimo número de *La Epoca*, pues el boticario era un liberal conservador de los peores...

Mientras hacía la preparación y aparentaba mezclar substancias, decía muy convencido el mozo:

—Ya veo, señor don Feliciano, ya veo que lleva eso muchos ingredientes.

—Muchísimos, y aún falta el más principal de todos,—le contestaba el boticario. Y como en aquel momento viera que estaba completamente vacío el frasco del agua natural, se la pidió al mancebo, que era un estudiante del Seminario, diciéndole para que Matías no lo entendiera:

—¡Fermin! Trae *aqua putei*.

—El nombre de ese ingrediente, si le he de decir la verdad, no me gusta un pelo—dijo Matías.—No sea que después...

—No, no tengas miedo; no hace daño.

—Porque parecía que no me sonaba bien; pero como nosotros no sabemos una palabra de esas cosas... Además, que cuando usted lo usa...

—Sí, ya ves: no iba yo á dar á nadie, y á tí menos, una cosa que pudiera tener malas consecuencias.

—Ya, ya... Usted perdone la *endis-*
crición.

Cuando el boticario hubo concluido la faena, al entregar al mozo el envoltorio le explicó la manera de usar la medicina, diciéndole:

—Mira: cuando vayas á salir de casa, si crees que podrás encontrar á la muchacha en alguna parte, untas con esa esencia la punta del dedo grande de la mano izquierda y procuras tocarla con él al pasar, aunque sea en la ropa. Los domingos, verbigracia, al ir á misa, nada te cuesta ponerte á hablar con algún otro mozo junto á la misma puerta de la iglesia, y cuando ella entre la miras, según pasa, con mucha atención, y como que no haces nada la tocas en la ropa con el dedo mojado. Si va al baile, vas tú también y procuras bailar con ella, y al descuido ó con cuidado la tocas también con el dedo untado aunque no sea más que en la basquiña; y luego, cuando ella se marche te marchas tú también detrás, lo

cual poco trabajo te debe costar, porque ya ¿qué te puede importar á tí el baile no estando ella? Te digo todas estas cosas porque, aun cuando te parezca que no tienen nada que ver, son muy conducentes para que la medicina produzca el deseado efecto; porque eso tienen todas las medicinas: si no se usan como se deben usar, sin faltar un ápice á las instrucciones de la ciencia, son patarata... Además, siempre que la veas por la calle y lleves el dedo recién untado, aun cuando no puedas tocarla en la ropa, mírala mucho al pasar y dala los buenos días, ó lo que sea, con amabilidad y agrado, sonriéndote un poco y diciéndola alguna cosa que la guste, como: ¡Chica, qué guapa estás! ú otra cosa así por el estilo, y después que pase te recatas á mirarla tres ó cuatro veces; porque esto también ayuda mucho á que la medicina dé resultado... Has de procurar también que el día que la hayas tocado con el dedo humedecido, alguna mujer de esas que hay en los pueblos muy amigas de meterse en todo, la hable mal del licenciado, diciéndola, verbigracia, que es un perdido, que tiene un genio de mil demonios, y que en el regimiento no le podían ver ni pintado; que le gusta mucho la bebida y es aficionado á jugar á las cartas, con otras cosas así por el estilo, sin olvidar que también

jugó una mala partida á otra novia que tuvo en Alicante... Y al mismo tiempo, que la hable bien de tí, ponderándola tu caudal y tus procederés... También tú cuando hables con algún pariente ó amigo de su padre, has de procurar sacarle la conversación y hablarle muy bien de ella diciéndole que es la única moza que te agrada en el pueblo, y que por ella serías capaz de dar la vida... aunque no lo seas, ¿eh?... todo esto después de haberle tocado también al pariente con el dedo. Ten muy en cuenta que la mayor parte de las veces que las medicinas no producen efecto, es por no usarlas bien; y si esto pasa con las medicinas comunes y ordinarias, figúrate lo que pasará cuando son así finas y delicadas como ésta... Con que fijate bien en todo lo que te he dicho, que yo te aseguro que como aciertes á usar el espíritu ese con estricta sujeción á mis prescripciones, tienes novia.

El pobre mozo le hizo al boticario repetirle otras dos veces las instrucciones, que escuchó sin perder una palabra de ellas, practicándolas luego todas *ad pedem litteræ*.

Y, es claro, como el tunante del empírico le mandó hacer, aparte de la mojadura del dedo, todo lo que más podía inclinar hacia él la voluntad de la muchacha, así como á hacerla aborrecer á su rival, el

resultado, no del espíritu de... agua contenido en el pomo, sino de las instrucciones con exactitud practicadas, fué que, en efecto, la chica comenzó á inclinarse al bueno de Matías, al cual, poco más de medio año después, daba solemnemente el sí á la puerta de la iglesia.

Ponderar y encarecer en regla lo satisfecho que estaba Matías el día de la boda, no sería cosa fácil, ni apenas posible, aunque el hacerlo importara mucho. Baste decir que de hueco no cabía en los pantalones, y eso que el sastre se los había sacado muy anchos.

A cuantos parientes ó amigos se acercaban á darle la enhorabuena, les contestaba sonriéndose con orgullo y diciendo así, palabra arriba ó palabra abajo:

—Me parece que me llevo una buena muchacha, ¿eh?... Lo mejorcito de Villachica y aun del contorno... Y no porque no tuviera otros pretendientes, que no creáis que estaba la carne en el plato por falta de gato... Però, en fin, yo he tenido la fortuna de salir victorioso y con *Victoria*... Estos son secretos que hay en el mundo y que yo he sabido buscar...

Con estas palabras y otras semejantes dejaba salir el zángano de Matías el contento que le retozaba en el interior, apuntando la idea del secreto y faltándole muy

poco para decir con toda claridad que á un espíritu que le había dado don Feliciano el boticario en un pomín por cincuenta duros, debía la fortuna loca de haber conquistado novia tan excelente.

Varias veces lo tuvo á la punta de la lengua...

Pasó la boda, que fué muy rumbona y de mucho ruido, porque ni Matías ni el padre de Victoria habían economizado gastos: el primero por dar rabia al licenciado del regimiento de Gerona, y el segundo por lucirse y hacer que se luciera su hija en ocasión tan solemne.

Como que sobre ser los convidados ciento y la madre, todos los pormenores de la fiesta respiraban lujo y abundancia.

Por ejemplo: las salvas, que en las otras bodas las tiraban los mozos con escopetas de pistón y con tal cual pistola antigua de chispa, en ésta eran cohetes, porque Matías había llevado de la ciudad cuatro docenas, algunos de dos españoles.

El padrino se excedió también al dar propina á los mozos para que tocaran el tambor con más aire y relincharan con más fuerza. ¡Como que no les dió menos de dos duros, que era el doble de la mayor propina bodal de que en Villachica habia memoria!

La tornaboda fué también muy alegre y muy festejada...

Pero el mismo día de la tornaboda por la tarde, el novio, que no podía olvidar que debía toda aquella felicidad á don Feliciano, salió sin despedirse de la gente, por la puerta trasera del corral, montado en una yegüina rabona que bebía los vientos, y en media hora se plantó en la ciudad provisto de sus cincuenta duros para pagar al boticario su buen servicio.

Llegó á casa de don Feliciano, le llamó aparte, y encerrándose con él en la rebotica, le dijo, dándole un abrazo tan apretado que por poco no le ahoga, pues le quitó la respiración medio minuto:

—¡Me casé ayer, señor don Feliciano, me casé ayer, y ya me faltaba tiempo para venir á darle á usted los cincuenta duros convenidos y cincuenta millones de gracias, porque á usted es á quien debo el haber conseguido lo que pretendía!... ¡Usted es mi padre!...

Y diciendo esto le daba otro abrazo y le levantaba en alto aunque pesaba ocho arrobas y media...

Tras de éstos y otros mil extremos de gratitud y de contento por parte de Matías, el boticario guardó sus cincuenta duros, y el majadero del recién casado se volvió á su pueblo á seguir disfrutando la felicidad que creía haber alcanzado exclusivamente por la virtud del espíritu encerrado en el pomo.

Tanto lo creía, que allá por Diciembre, no pareciéndole que estaba el boticario todavía bastante pagado, volvió á montar otra tarde en la yegüecilla rabona, después de haber atravesado sobre ella unas alforjas llenas á taque retaque, y le llevó de regalo un jamón, dos morcillas, tres vueltas de chorizos y un solomillo entero; en fin, poco menos de media matanza.

Al despedirse aquella tarde del boticario, que naturalmente le había recibido muy amable, le preguntó Matías, después de repetirle lo menos diez veces que le era deudor de toda su dicha:

—¡Ah! Diga usted, señor don Feliciano, ¿y cómo se llama, si se puede saber, aquel espíritu que tanto atraía á Victoria y que tan admirable resultado produjo?...

—*El espíritu del imán*,—le contestó con aparente seriedad el boticario, que, en cuanto vió á Matías salir por la puerta, se echó á reír él solo á carcajadas.

¡UN BUEN HAYUCO!

—Que ya caen.

—Que no caen todavía.

—Le digo á usted que sí.

—Le digo á usted que no.

—Yo lo he visto, y contra lo que uno ha visto no se debe porfiar.

—Porque lo he visto yo también, sostengo lo contrario.

—Yo estuve anteayer en Valdelascortinas y ví que caían ya ellos solos; casi estaba el suelo cubierto.

—Pues yo estuve ayer en Majadavieja, y me cansé de sacudir carcojas sin que cayera apenas ninguno.

—Pues lo que digo es que caen. ®

—Pues lo que digo es que no caen...

Y así seguía sin trazas de acabar esta discusión, tan luminosa y fructífera como suelen ser todas, entre dos vecinos de Villanoble en público concejo, sobre si los hayucos estaban ya en sazón para darlos, ó

Tanto lo creía, que allá por Diciembre, no pareciéndole que estaba el boticario todavía bastante pagado, volvió á montar otra tarde en la yegüecilla rabona, después de haber atravesado sobre ella unas alforjas llenas á taque retaque, y le llevó de regalo un jamón, dos morcillas, tres vueltas de chorizos y un solomillo entero; en fin, poco menos de media matanza.

Al despedirse aquella tarde del boticario, que naturalmente le había recibido muy amable, le preguntó Matías, después de repetirle lo menos diez veces que le era deudor de toda su dicha:

—¡Ah! Diga usted, señor don Feliciano, ¿y cómo se llama, si se puede saber, aquel espíritu que tanto atraía á Victoria y que tan admirable resultado produjo?...

—*El espíritu del imán*,—le contestó con aparente seriedad el boticario, que, en cuanto vió á Matías salir por la puerta, se echó á reír él solo á carcajadas.

¡UN BUEN HAYUCO!

—Que ya caen.

—Que no caen todavía.

—Le digo á usted que sí.

—Le digo á usted que no.

—Yo lo he visto, y contra lo que uno ha visto no se debe porfiar.

—Porque lo he visto yo también, sostengo lo contrario.

—Yo estuve anteayer en Valdelascortinas y ví que caían ya ellos solos; casi estaba el suelo cubierto.

—Pues yo estuve ayer en Majadavieja, y me cansé de sacudir carcojas sin que cayera apenas ninguno.

—Pues lo que digo es que caen. ®

—Pues lo que digo es que no caen...

Y así seguía sin trazas de acabar esta discusión, tan luminosa y fructífera como suelen ser todas, entre dos vecinos de Villanoble en público concejo, sobre si los hayucos estaban ya en sazón para darlos, ó

estaban todavía duros de caer y convenia, por consiguiente, esperar unos días.

El hayuco, fruta casi desconocida fuera de las comarcas del Norte donde hay grandes hayedos, se cría en un erizo muy semejante al de la castaña y viene á tener la forma de un prisma triangular aguzado por los extremos, ó si se quiere de dos pirámides triangulares unidas por la base. La monda exterior es leñosa como la de la castaña y del mismo color que ésta; debajo tiene también como la castaña una película roja muy fina, despojándole de la cual queda blanco y hermoso el grano, que es de sabor muy agradable.

Nuestros académicos, por no perder la costumbre de barbarizar sobre todas las cosas, han barbarizado también sobre el hayuco llamándole *especie de bellota*; pero recientemente han sustituido esta definición, después que yo me reí de ella, con otra que no es buena tampoco, pues no dice más sino que hayuco es el fruto del haya, añadiendo que es de forma de pirámide triangular, lo cual no da idea de su verdadera forma, que no es de pirámide triangular, sino de dos pirámides como he dicho.

Constituyen los hayucos un sabroso cebo, muy apetecido del oso y del jabalí, que acuden á los hayedos á darse harturas en el otoño; y aun en el invierno escarban

la nieve para buscarlos en el suelo entre las hojas secas. También les gustan á los cerdos y les lucen mucho, por lo cual en algunos pueblos altos de Liébana hay la costumbre de llevar estos bichos al monte en la temporada anterior á la matanza, que coincide con la de la madurez de los hayucos, con lo cual, aunque no se ponen del todo muy gordos, adquiere el jamón un gusto exquisito.

En los pueblos más ilustrados de la zona del haya se aprovechan mejor los hayucos y se les da un empleo más noble: se recogen y se muelen para extraerles el aceite, que si no es tan bueno como el de oliva, es mucho mejor que el de linaza, y se usa para lucir y también como condimento.

A tal fin se tienen cotos los hayucos por la autoridad local hasta que llegan á su completa madurez, que es cuando, abierto ya el erizo, basta estremecer un poco el árbol para que se desprendan y caigan. Entonces se descotan ó *se dan* para que todos los vecinos tengan libertad de ir á ellos y coger cada uno los que pueda.

De esto se trataba aquel día en Villanoble, de descotar los hayucos, y á esto se refería la disputa entre los dos vecinos de que ya está el lector enterado.

Resolvió la cuestión el alcalde en el sentido de dar los hayucos á la mañana si-

guiente, porque, bien averiguadas las cosas, resultó que el que sostenía con tanto calor que no caían, que era el tío Meatrigos, lo hacía por dar tiempo á que volviera un hijo suyo que estaba forastero y le hacía falta para varearlos.

Aquella noche ya se hicieron en todas las casas los preparativos, que consistían principalmente en unir cuatro sábanas de modo que formaran una sola sábana muy grande, buscar peones para completar la cuadrilla, si en la familia no había bastantes, y preparar algo de merienda; y á la mañana, en cuanto tocaron unas campanadas muy menudas con la campana chica, que eran la convenida señal, empezó á salir la gente á bandadas y á ir al valle arriba en animadas conversaciones, contando lances ocurridos otros años en la misma faena ó haciendo cálculos y proyectos para el corriente.

—Nosotros—decía una mozuelilla muy pizpireta,—el año de la nevadona cogimos más de cuatro cargas, cinco costales, después de bien limpios cuatro y medio: los llevamos á moler á Soto y nos dieron á libra de aceite por celemín, ello unas cuatro arrobas; y no nos costó nada la molinenda, porque le dejamos el *pan* (1) al molinero.

(1) Los residuos sólidos.

—Pues nosotros—decía un rapacete ya grandezuelo—nunca dejamos allá el pan, porque es un pienso muy rico. Aquellos ladrillines, después de machacados y deshechos entre la paja, hacen engordar mucho á los bueyes y ponerse muy lustrosos... Más queremos pagar la molinenda, porque al cabo, un cuarto en libra de aceite ya se sabe á dónde llega...

Las mozas se habían puesto muy empeñiladas, casi como para ir al baile los domingos, porque era muy posible que tuvieran que llegar á la mojonera y allí se encontrarán con las de otros pueblos limítrofes que anduvieran á hayucos también... y necesariamente las de Villanoble se habían de presentar más majas que las de Estercolera, las de Borregal y las de Valdebrujas...

Allá iba Vicenta la del tío Manco luciendo una saya de flor tostada, que regazaría en cuanto llegaran al monte para no rasgarla por entre las carcojas, y además para que se la viera el zagalejo encarnado de tinte fino. Allá iba Lorenza la de la tía Martina, con un pañuelo grande al cuello, de color de rosa, atado atrás, á la cintura, y otro francés á la cabeza, atado al moño con las puntas muy estiradas, dando aletazos conforme andaba. Allá iba también Casimira, que llevaba un manteo de muletón verde

con tres terciopelines por abajo á modo de tirana. Allá iba igualmente Inés la de la señora Josefa, con una falda de percal azul con rayas blancas, una chambra pajiza con flores encarnadas, y pañuelo blanco de cenefa morada á la cabeza con las puntas atadas debajo de la barba, que era la última moda...

Al llegar cerca del hayedo se fueron formando las cuadrillas y dirigiéndose á diferentes valles, según la inclinación y las noticias que tenían.

Cada cuadrilla se componía de cinco personas, cuatro que solían ser mujeres ó rapaces, para tener por las puntas de la sábana y aparar en ella los hayucos que cayeran, y otro, que solía ser un mozo robusto y ágil para hacerlos caer golpeando las hayas con la cota del hacha.

Este último oficio es más difícil de lo que parece, porque no siempre se encuentran hayas novalias ó carcojas, que con sólo ponerse al pie y darlas un golpe se estremecen y sueltan el fruto; sino que á veces hay que entenderse las con hayas viejas, gordísimas, en cuyo tronco, de una vara ó vara y media de diámetro, lo mismo sería dar golpes que darlos en la muralla de la China. El que ha de sacudir ó varear los hayucos de estas hayas tiene que subirse á ellas é ir sacudiendo cañón por cañón y

rama por rama, para lo cual necesita esguilar bien, ser muy suelto y tener buenas uñas.

De todo esto se preciaba Angel del Hoyo, que era el sacudidor que había ido á buscar á Vallefrío la viuda del tío Pelegrín por no tener hombre de suyo, y con el cual iban ella y sus tres hijas, dos casaderas y otra todavía muy rapaza.

Era este Angel, ó *Angelo*, como le llamaban en su lugar, un mozo ya entrado, que había servido al Rey... y á la Reina; porque le cogió allá la muerte de Fernando VII, y aunque estaba ya entonces casi cumplido, como empezó en seguida la guerra civil y no licenciaron á nadie hasta la conclusión, tuvo que servir otra tanda de años, lo que le valió para traer que contar muchas cosas y muchas valentías de sí mismo.

Le gustaba la hija mayor de la tía Peregrina ó de la tía Peliblanca, como llamaban también á la viuda; y esta afición, unida á lo vivaracho que él era de por sí, le hacía desempeñar tan á finas veras su labor, que andaba en un pie, como suele decirse, y no descansaba un instante.

—¡Aquí, aquí!—gritaba cuando veía una haya bien cargada de hayucos. Acudían las mujeres, extendían la sábana, y de cuatro trastazos los hacía caer todos.

—¡Ea! — continuaba, — acribadlos un poco, y al costal con ellos.

Y mientras las muchachas echaban los hayucos en el cribo y les quitaban al ronceo algún erizo y alguna hoja para echarlos en el costal, buscaba él otra haya donde repetir la operación y aumentar la cosecha.

Andando, andando, se puso á mirar una haya muy grande en cuyo grueso tronco, hasta las seis ó siete varas de altura, no había ni una rama.

—Esta—dijo cuando llegaron las mujeres,—tiene muchos hayucos y buenos; pero es algo difícil de conquistar...

—No digas que es difícil—le replicó la tía Peliblanca;—dí que es imposible, y acabas primero.

—Eso de imposible...—repuso el mozo, —ya lo veremos.

—¡Más visto!—dijo la viuda.—¿Cómo has de subir ahí?...

—Para todo hay maña, tía Lorenza...

Y diciendo esto, fué Angelo y cortó una carcoja delgada y alta con muchas ramas, se las podó todas, no al rape, sino á cosa de un palmo de distancia del tronco, la pinó arrimada al haya grande, y por los podijones se subió hasta el cañón bajero.

—Mire usted cómo y en qué instante se hace una escalera,—dijo desde allí á la viuda, muy satisfecho.

—Ya, ya; ¡no discurriste poco!—le contestó ella.

—Y ahora, si te derribáramos ese armatoste—le dijo una de las mozas,—¿por dónde bajabas?

—De un blinco,—respondió él riéndose.

Comenzó en seguida á menear esta rama, á golpear la otra, á sacudir la de más arriba, y comenzaron á caer granizadas de hayucos que era una bendición de Dios. En un instante se cubrió la sábana que la madre y las hijas procuraban tener lo más extendida posible.

—Es que has hecho un gran labor, Angelo, con subirte ahí,—le decía la tía Peliblanca muy complacida.

Con lo cual se llenaba él de vanidad y de esperanza de buen resultado en sus pretensiones, y se iba subiendo cada vez más arriba sin reparar en peligros.

Rompiósele en esto una ramina muy delgada, de la cual se había agarrado para estremecer otra mayor; perdió con el vaivén el equilibrio, se le fueron los pies del cañón en que los tenía, y empezó á caer dando tumbos de rama en rama.

Le vió desprenderse el mala entraña de Manolón, que estaba puesto en otra haya allí cerca, y en vez de asustarse y dar un grito de alarma y de aflicción como hubiera hecho cualquiera otro, dijo con sorna á las

mujeres que estaban abajo y que aún no se habían enterado del percance:

—¡Allá os va un buen hayuco!

—¡Ahora con mil diablos!—dijo sin poderse contener la tía Peliblanca al levantar la vista y ver bajar á Angelo hecho un gorgoto.

Mas á pesar de la tentación que tuvo de risa, cuidó de mantener tirante la sábana para recibirle en ella, y sus dos hijas mayores lo mismo, con lo cual le aminoraron mucho el golpe. Y aun se le hubieran parado por entero, si no fuera que la rapaza, con el susto, dejó escapar la su punta.

Así y todo, el golpe no fué mortal: no se rompió Angelo más que una costilla.

—No fué nada para lo que pudo haber sido—decía él después contando el suceso,—y casi que lo que más sentí fué la burla.

DEMASIADO PRONTO

Al deshacerse el baile un domingo por la tarde en Cernadela, dos mozos se trabaron de palabras y concluyeron por cascarse la liendre.

Versó la disputa, al parecer, sobre cuál de los dos tenía más disposición y más habilidad para la cantería, que era el oficio á que uno y otro se dedicaban. Pero no era esa la madre del cordero, sino una galleguina paliducha y esmirriada, con unos ojos negros muy grandes, que parecía el espíritu de la golosina y que á los dos les tenía vuelto el juicio.

Uno de ellos, Juan Bouza, había sido ya novio de la muchacha anteriormente, y sin saber por qué, la había dejado.

Después había empezado á cortejarla Joaquín Pradeira, el otro contendiente, con tan buenos auspicios y con tan claras señales de hallar correspondencia, que ya se creía dueño de la muchacha y de las terri-

mujeres que estaban abajo y que aún no se habían enterado del percance:

—¡Allá os va un buen hayuco!

—¡Ahora con mil diablos!—dijo sin poderse contener la tía Peliblanca al levantar la vista y ver bajar á Angelo hecho un gorgoto.

Mas á pesar de la tentación que tuvo de risa, cuidó de mantener tirante la sábana para recibirle en ella, y sus dos hijas mayores lo mismo, con lo cual le aminoraron mucho el golpe. Y aun se le hubieran parado por entero, si no fuera que la rapaza, con el susto, dejó escapar la su punta.

Así y todo, el golpe no fué mortal: no se rompió Angelo más que una costilla.

—No fué nada para lo que pudo haber sido—decía él después contando el suceso,—y casi que lo que más sentí fué la burla.

DEMASIADO PRONTO

Al deshacerse el baile un domingo por la tarde en Cernadela, dos mozos se trabaron de palabras y concluyeron por cascarse la liendre.

Versó la disputa, al parecer, sobre cuál de los dos tenía más disposición y más habilidad para la cantería, que era el oficio á que uno y otro se dedicaban. Pero no era esa la madre del cordero, sino una galleguina paliducha y esmirriada, con unos ojos negros muy grandes, que parecía el espíritu de la golosina y que á los dos les tenía vuelto el juicio.

Uno de ellos, Juan Bouza, había sido ya novio de la muchacha anteriormente, y sin saber por qué, la había dejado.

Después había empezado á cortejarla Joaquín Pradeira, el otro contendiente, con tan buenos auspicios y con tan claras señales de hallar correspondencia, que ya se creía dueño de la muchacha y de las terri-

ñas adyacentes; pues no sólo Rosa, que así se llamaba la chica, le daba á entender que por ella no había para, sino que aun la madre, que era por de pronto la que mandaba en todo, le significaba con bastante claridad que tampoco había de quedar por ella.

Pero el diablo, que todo lo enreda, ó por lo menos tiene fama de ser el que lo enreda todo, aun lo que enredan muchas veces los hombres—que también son seguros para enredar las cosas, y las mujeres... ¡no digo nada!—el diablo, que es por lo menos tan seguro para enredar como los hombres y las mujeres, y que si no lo enreda todo, enreda muchas cosas, enredó éstas de modo que unos días antes del suceso que voy á contar, Juan Bouza, que había pasado la primavera y el verano en tierra de León en una carretera haciendo alcantarillas, tornara á su país con un traje nuevo de pana, una boína azul y un tapabocas de rayas azules y negras, tan ancho, que no sólo le tapaba la boca, sino todo el cuerpo.

En cuanto su antigua novia le vió por allí tan retejado, se la recrudeció la afición que del todo no le había perdido, y se propuso volverle á hacer á la mano sin perdonar medio.

Un sábado por la tarde, la víspera del domingo de la cuestión, estaba Rosa con otras muchachas arrancando maíz en una

heredad próxima á las casas del barrio, y estaba no lejos Juan Bouza partiendo piedra para cercar otra finca contigua. Y como la muchacha notara la vecindad del mozo, comenzó á cantar con voz muy clara y penetrante, matizada de melancolía, cantares referentes al asunto, que eran verdaderas saetas de esas que van derechas al alma.

Como, por ejemplo:

«Dixiste que me querias
Y á la postre me olvidaste,
Si viás que non che gustaba
¿Para qué me enamoraste?»

No era de acero el corazón de Bouza como la herramienta con que trabajaba, ni siquiera de piedra como la que estaba partiendo; de manera que si el pico y el puntero y la uñeta, con tener las bocas de acero se desgastaban, y si la piedra con ser piedra se abría en prismas rectangulares que parecían traviesas de ferrocarril, no tiene nada de extraño que el cantero no pudiera resistirse á las punzadas de los cantares de la muchacha, ni que se le enterneciera el corazón, ni que suspendiendo por un rato la obra se aproximara á la cerca de la heredad donde trabajaba Rosa y entablara con ella un diálogo que, medio traducido del gallego al castellano, vendría á ser el siguiente:

—¡Qué contenta estás, Rosiña!
 —¿Diceslo por hacer burla?
 —Dígolo porque cantas.
 —Cántase también por disimular penas...
 —No creo que las tengas... ¡Si dicen que eres tan afortunada!...

—Alguna vez creí que lo era... Pero cualquiera se equivoca.

—¿Y en qué te has equivocado, si se puede saber, y por qué tienes penas?

—No te interesará mucho saberlo.

—Mucho más de lo que tú te figuras.

—No puedo figurarme que te interese nada, porque cuando hay interés en saber, se pregunta.

—Y ¿qué estoy haciendo más que preguntando?

—Pero has pasado mucho tiempo sin preguntar y...

—Porque no esperaba buena respuesta.

—Parece que no dices verdad.

—¡Rosal...

—¡Juan!...

En fin, que después de éstos y otros dimes y diretes, Juan y Rosa volvieron aquella tarde misma á hacer las paces.

Y como nunca falta quien se goce en dar malas noticias, no pasaron dos horas sin que una de las muchachas que estaban con Rosa arrancando maíz fuera á contarle á Pradeira lo sucedido.

Ya se comprende que al pobre Joaquín no le cocerían buenas berzas con la noticia; y eso que no podía él acabar de creer que fuera cierta...

¡Claro! El hombre no había nunca oído cantar aquello de

La dona é mobile
 Cual piuma al vento...

Y aunque lo hubiera oído no lo hubiera podido entender, porque no sabía italiano; de manera que no le cabía en la cabeza que Rosiña fuera tan voluble.

Pero al día siguiente se encontró con ella después de misa, y dirigiéndola un requiebro para entrar en conversación, le contestó sin detenerse con tal despego y con tan marcado desabrimiento, que ya no le quedó la menor duda.

Enfadado y casi enfurecido pasó todo el día haciendo coraje para tramarla con su rival en la primera ocasión que se le ofreciera.

Y si no se le ofreciera pronto, él la buscaría... Como en efecto la buscó aquella misma tarde, pues hallándose Bouza en un corrillo con otros mezos contándoles las aventuras del verano en las obras, se aproximó Pradeira, y sin dar siquiera las buenas tardes, terció en la conversación

diciendo que conocía él á algunos que, echándoselas de buenos canteros, no tenían más que planta y fantasía.

Lo intempestivo de la interrupción puso nervioso á Bouza, que contestó inmediatamente:

—*Esu diráslu pur dalgún otru, que non pur Xuan Bouza.*

—*Digolu pur quen queiru,*—replicó Joaquín con tono agresivo...

Comenzó la reyerta... y sobre si éste había dicho que aquél era un desmanicado, y si aquél había dicho que á éste le habían echado de una obra por inútil, se agarraron y comenzaron á darse cachetes.

La cosa no hubiera pasado á más, pues los circunstantes en seguida trataron de meterse por medio y separar á los enlana-dos; pero quiso el demonio que se hallara presente un hermano de Juan algo más joven, quien al ver que Joaquín tenía á su hermano cogido por el cuello en ademán de esgañarle, enarboló el palo que llevaba en la mano y le descargó sobre Pradeira, con tal brío, que le hizo caer al suelo con la cabeza rota.

A lo primero se creyó que le había matado. Las mozas, que en aquel momento se marchaban del baile, dieron en dar unos gritos que parecían aullidos; los mozos, la mayor parte se escabulleron para no ver-

se á otro día complicados en la causa; pero algunos, con más serenidad, cuidaron de levantar del suelo á Pradeira y le llevaron hacia su casa sangrando como un chivo.

Alborotóse el pueblo, vino el señor cura con la Santa Unción, llegó el alcalde, y aunque pronto se les fué aminorando á todos el ahogo y pasando el susto, porque Joaquín fué recobrando el conocimiento que había perdido con el golpe y se vió que sólo se trataba de una descalabradura sencilla, con todo, por temor de que la herida fuera de más importancia de la que á primera vista parecía y tuviera algún mal resultado, el alcalde trató de ponerse á cubierto de toda responsabilidad, dando parte al juez de Puenteareas.

Juan Bouza y sus hermanos y su padre trataron de que se echara tierra al asunto sin que se enterara el Juzgado, que, donde cae, hace más daño que la langosta. Para ello, ofrecían desde luego, bien convencidos de la fuerza del refrán popular que dice que «el que rompe paga», costearle la curación al herido, amén de pedirle perdón y darle todo género de satisfacciones. Pero el alcalde no se avino á quedar con las espaldas abiertas á lo que pudiera sobrevenir, y dió parte.

El Juzgado ordenó en seguida el reconocimiento facultativo.

Hallábase por aquel entonces representada la facultad de curar en la villa de Puenteareas por un cirujano romancista del antiguo régimen, llamado don Rosendo Pardo, muy amigo del vino y más del dinero, sin conocimiento ninguno de la cirugía ni de la medicina, pero con mucha gramática del mismo color de su apellido.

Gracias á ella, cuando no sabía qué recetar á un enfermo, cosa que le solía ocurrir siempre que le llamaban, le contaba un cuento, le decía un chiste, y así salía del paso.

Tenía, además, sus lugares comunes para aplicar á las distintas clases de enfermos. Por ejemplo, si le llamaban para un niño, decía por toda solución: *¡Anxelinus al cielu!* Si le llamaban para un anciano, decía: *¡E comu queire qu' eu i quite os años!*... Si el enfermo era persona robusta y de buena edad, solía decir: *Cunviene deixare á la naturaleza...*

A este facultativo ordenó el Juzgado de Puenteareas ir á Cernadela á reconocer y curar al herido, con encargo de que á la vuelta acudiera á prestar declaración sobre su estado en la causa que comenzaba á instruirse. Y como la orden no se le comunicó hasta el lunes á eso de mediodía, no llegó el cirujano á Cernaleda hasta el oscurecer, ó sea á las veinticuatro horas del gol-

pe, cuando el herido tenía ya tiempo de sobra de haberse muerto si no se le hubiera hecho remedio alguno.

Afortunadamente, la madre de los Bouzas, que era algo curandera, se había presentado desde el primer momento en casa de Joaquín, y haciendo mil protestas contra la azaridad que habían cometido sus hijos, le había atajado la sangre y le había curado la herida, para prevenir la inflamación, con un bálsamo que sabía ella hacer, parecido al de Fierabrás en la rapidez de las curaciones, llamado allí *la melecíña de as nueve cousas*, porque no entraba en su composición ni una menos, siendo ellas: vino hervido con romero, y van dos; azúcar, tres; aceite, cuatro; miel, cinco; manteca, seis; clara de huevo, siete; cañada de vaca, ocho, y enjundia de gallina, nueve.

Humedecida frecuentemente con este complicado y prodigioso bálsamo la herida de Pradeira, cuando el cirujano la descubrió estaba ya en franca cicatrización, casi curada.

Pero don Rosendo comenzó á mover hacia los lados la cabeza, como para dar á entender que no le gustaba nada la cosa. Y además de darlo así á entender, lo dijo: que aquello era muy grave; que la herida aquella, por el sitio en que estaba y la profundidad que tenía, tardaría muchísimo tiempo

en sanar... y gracias que el herido escapara con bien, cosa que todavía no podía asegurarse, porque estaba expuesto á muchas complicaciones.

La madre del culpado, que lo estaba oyendo, dijo para sí: «¡Este hombre nos pierde! Si declara eso en el Juzgado, no se desenredan los mis hijos de la causa en toda su vida». E inmediatamente concibió la idea de proponer algún arreglo al cirujano.

Para hacerlo con más comodidad y con la reserva conveniente, discurrió decirle que cuando concluyera allí, hiciera el favor de ir á su casa á ver á su marido, que estaba enfermo del susto.

El cirujano comprendió bien pronto de qué se trataba, pues no era aquélla la primera zorra que había desollado, como suele decirse, y accedió á la indicación, diciendo á la mujer que iría en acabando.

Fuése ella á su casa antes que don Rosendo á prevenir las cosas y consultar el caso con la familia; y aceptada la idea por el marido y por los hijos, tan pronto como el cirujano se presentó allí, le planteó la cuestión el supuesto enfermo diciéndole:

—*Siñor don Rosendu... je non se podeira esu arreglare?...*

El cirujano calló unos momentos como meditando en la gravedad del caso, y después contestó:

—*Si pur ciertu: se pode arreglar cun dos onzas.*

Y levantando la mano izquierda con dos dedos extendidos, volvió á repetir: *dos onzas.*

Le replicó Bouza el padre respetuosamente que dos onzas era mucho dinero; que ellos no tenían tanto; que á duras penas podrían reunir la mitad, y le suplicó que en lugar de las dos onzas viera de contentarse con una.

A esto dijo el cirujano muy enfadado que una onza no era nada para la gran responsabilidad que él iba á contraer por servirles; que por las dos onzas se arriesgaría á dar una declaración favorable, diciendo que la herida no era más que un rasguño que estaría curado al día siguiente, con lo cual todo quedaría reducido á un juicio de faltas; pero él quedaba expuesto á que el herido, de la noche á la mañana, se agravara y se muriera, y entonces... ¿por dónde iría su reputación como facultativo?

Los Bouzas ofrecieron entonces hasta veinte duros; pero don Rosendo se volvió á enfadar, diciendo que no podía ser menos de lo dicho, y que se decidieran pronto, porque tenía prisa... y de no arreglarse, no tendría más remedio que poner en la declaración la verdad; es á saber: que la herida era grave, y que tardaría en curarse un par

de meses si no resultaba alguna complicación de fatales resultados, cosa muy temible; con lo cual quedaban los agresores envueltos en una causa criminal que les había de costar mucho más de las dos onzas y mucho más de cuatro...

Ante esta amenaza, los padres y los hijos se miraban unos á otros atemorizados; y aunque estaban decididos interiormente á aceptar el arreglo á toda costa, insistían en pedir rebaja.

Por último, después de mucho recatear, don Rosendo, rebajó dos duros de lo que había pedido, quedando ajustada en los treinta la declaración favorable.

La familia empezó á rebuscar por todos los escondrijos, y duro de aquí, coronilla de allá, peseta de acullá, reunieron entre todos los seiscientos reales, que, con duelo de su corazón y yéndoseles los ojos tras de ellos, entregaron al cirujano, el cual, aparentando recibirlos á regañadientes, los guardó muy contento en el bolso y montó á caballo para volverse á su casa.

Apenas había salido de la de los Bouzas, se miraron éstos con tristeza mezclada de malicia.

Aquellas miradas querían decir: «¿No es buena lástima que este ladrón de este tío mata-sanos se nos lleve esos treinta duros, que son nuestros ahorros de todo el año de

Dios, hechos á fuerza de privaciones y á costa del pellejo?»...

Después cambiaron los dos hermanos algunas palabras en voz baja.

En tanto, don Rosendo Pardo pasaba el puente de Cernadela, que no es romano como suelen decir en el país, sino gótico, del siglo xv; subía pausadamente en su caballo la cuesta sobre que se asienta la parroquia de Mondariz; tornaba á descender hasta el aguanal de Gándara; volvía á subir al barrio del Troncoso; y cuando se había ya internado en el monte de Pías, al llegar á un recodo del camino, oyó que le gritaron de muy cerca:

—¡Alto!

Paró el caballo, miró hacia la derecha, que era donde había salido la voz, y entre la oscuridad de la noche percibió dos hombres con las caras tiznadas, uno de los cuales le apuntaba con una escopeta, mientras el otro le amenazaba con un chuzo.

—¿Qué *queredes?*—les dijo en correcto gallego.

—*Os cartos que usted *leva*,*—le contestaron resueltamente.

Entonces el cirujano, que desde el primer momento había conocido que los que trataban de quitarle los cuartos eran los

mismos que se los acababan de dar, se echó mano al bolsillo, diciendo:

—¡O demo us leve!... Tomalos, tomalos, que á declaración inda no está posta ⁽¹⁾.

Los asaltantes, que en efecto no eran otros que los Bouzas, que habían salido detrás de don Rosendo, y por el atajo de la orilla del río se le habían adelantado, al comprender por las últimas palabras del cirujano que éste les conocía, echaron á correr monte abajo sin recatarse, dejando en paz á don Rosendo, que poco después llegaba á Puenteareas con sus treinta duros y los guardaba muy contento con otros frutos de otras infamias.

(1) ¡El demonio os lleve! Tomadlos, tomadlos, que la declaración todavía no está puesta.

EL MILAGRO AL REVÉS

—Buenos días, señorito—me dijo el peatón al llegar á los espinos de Piedras del Agua, donde le estaba yo esperando sentado á la sombra.

—¡Hola, Juan! buenos días,—le contesté.

—Ya estamos acá,—continuó diciendo mientras forcejeaba por sacar unos papeles del bolso de la chaqueta.

—Que sea enhorabuena, hombre,—le dije yo alargando la mano para cogerle el correo.

—¡Calla! ¿Pues quién le dijo á usted que yo me había acomodado?—me preguntó muy sorprendido.

—¡Ah! ¿Te has acomodado?—le pregunté yo á él con igual sorpresa.

—¡Ah!... ¿Usted no lo sabía?... Como me dijo usted «que sea enhorabuena», creí que sabía usted que me había casado el miércoles.

mismos que se los acababan de dar, se echó mano al bolsillo, diciendo:

—¡O demo us leve!... Tomalos, tomalos, que á declaración inda no está posta ⁽¹⁾.

Los asaltantes, que en efecto no eran otros que los Bouzas, que habían salido detrás de don Rosendo, y por el atajo de la orilla del río se le habían adelantado, al comprender por las últimas palabras del cirujano que éste les conocía, echaron á correr monte abajo sin recatarse, dejando en paz á don Rosendo, que poco después llegaba á Puenteareas con sus treinta duros y los guardaba muy contento con otros frutos de otras infamias.

(1) ¡El demonio os leve! Tomadlos, tomadlos, que la declaración todavía no está puesta.

EL MILAGRO AL REVÉS

—Buenos días, señorito—me dijo el peatón al llegar á los espinos de Piedras del Agua, donde le estaba yo esperando sentado á la sombra.

—¡Hola, Juan! buenos días,—le contesté.

—Ya estamos acá,—continuó diciendo mientras forcejeaba por sacar unos papeles del bolso de la chaqueta.

—Que sea enhorabuena, hombre,—le dije yo alargando la mano para cogerle el correo.

—¡Calla! ¿Pues quién le dijo á usted que yo me había acomodado?—me preguntó muy sorprendido.

—¡Ah! ¿Te has acomodado?—le pregunté yo á él con igual sorpresa.

—¡Ah!... ¿Usted no lo sabía?... Como me dijo usted «que sea enhorabuena», creí que sabía usted que me había casado el miércoles.

—No sabía nada. Te dije «que sea enhorabuena», porque tú dijiste «ya estamos acá»; quise decirte que vinieras enhorabuena; mas ahora que sé que te has casado, te doy la enhorabuena formalmente.

—Muchas gracias, señorito.

—¡Vaya, hombre!... Aunque no sea más que por el valor de reincidir... porque me parece que eras viudo. ¿Verdad?

—Sí, señor, sí: viudo estaba hacía ya dos años; y como la otra vez no le había ido á uno del todo mal y parecía que así solo no se hallaba uno, dije para mí: ¿qué podrá ser que no sea?... Vamos allá otra vez á ver cómo pinta.

—Bien hecho, hombre, bien hecho... ¿Y con quién te has casado?

—Allí con una moza que usted no la conocerá regularmente, hija de un vecino que le llaman el tío José Madruga.

—¡Hombre, buen apellido!

—No, señor, no es apellido: se lo llaman de muete.

—Lo mismo da; para el caso viene á ser lo mismo, y mejor, si un poco me apuras; porque siendo apellido, habría sido mote de sus antepasados y denotaría que éstos eran madrugadores; pero siendo mote no heredado, sino personal, da á entender que él es el que madruga; y ya sabes lo que dice el refrán: que al que madruga Dios le ayuda...

Y claro que, madrugando el padre, también madrugara la hija, ¿eh?

—Pues no crea usted que es descuidada, no; que otras habrá menos despiertas... Quiere decirse que tampoco es ya ninguna niña; porque como yo también voy siendo ya entrado, me dije, digo: ¿cómo me voy á casar ahora con una rapaza?... Y la busqué ya talludica.

—Bueno, hombre, bueno; pues que sea para servir á Dios y por muchos años.

—Usted los vea, señorito; y se agradece el buen deseo... Que no crea usted que todos le dicen á uno lo mismo... porque nunca faltan malos quereres y envidias, y uno y otro...; y como quiera que la chica tiene buena hijuela para el día de mañana que mueran sus padres, no ha faltado en el pueblo quien decir: «¡Mira quién se la ha ido á llevar!...» Porque además, la muchacha es espabilada y buena por todos conceptos; y si no se había casado, primero era porque, vamos, como guapa, no es guapa, que todo se ha de decir; y además el tío José Madruga tampoco era rico hasta el año pasado que heredó á una tía suya que murió sin descendencia... Pero, lo demás, ella lista es muy lista... como que por parte de madre es nieta del tío *Fonsín* que en paz descansa, á quien usted, aunque no le conociera, acaso le habrá oído nombrar...

—No diré...

—Pues parece mentira, porque era muy nombrado y era... vamos, un hombre muy *celebre* y muy listo... que sentía crecer la hierba... Todavía me acuerdo yo algo de él; pero además he oído contar unas cosas más graciosas, que, vamos, lo mismo que de imprenta...

—¡Hombre, hombre! Cuéntame alguna de esas cosas graciosas que has oído tú contar del tío Fonsín...

—¿No ha oído usted contar lo que le pasó una vez con el señor cura?

—No; pero lo oiré ahora. Siéntate un poco aquí, en el antepecho del puente, y cuéntamelo.

—¡Colle! Es que para contarlo bien es muy largo, y como llevo la correspondencia del Ayuntamiento, si me entretengo tanto por el camino dirán que...

—No hagas caso, Juan... ¿Crees que los otros correos andan más de prisa y con más puntualidad que tú?... Pues no lo creas. Todos van así al símil. Con que siéntate y cuéntame esas cosas del tío Fonsín que son lo mismo que de imprenta.

—Pues verá usted—continuó Juan, sentándose perezosamente:—el tío Fonsín era un hombre chiquitico, pero listo como un pensamiento... Me acuerdo que tenía una perrica negra muy gafa, y como teníamos

que pasar por delante de su casa para ir á la escuela, siempre nos ladraba, y nosotros la tirábamos piedras, y salía el tío Fonsín tras de nosotros llamándonos picarucos, bribonzucos, libertadines, y diciendo que no teníamos vergüenza ni quien nos la pusiera... Y una vez por ir corriendo tras de nosotros muy furioso, se le rompió una madreña en medio de la calle, y tuvo que volver para casa á pata cojina después de haber cogido unas buenas chapinadas de barro...

—¿Y qué fué lo que pasó con el señor cura?...

—Ahora voy: verá usted... Yo no sé si usted conoció al señor cura viejo de mi lugar, al *entrecesor* de éste que tenemos ahora... y Dios nos le conserve... porque no agraviando á nadie, es muy buen señor... También el otro era bueno, también... ¿Le conoció usted?...

—No, no le conocí; pero es lo mismo: sigue.

—Pues era un señor alto, moreno, de nariz aguileña, con el pelo blanco, blanco del todo, y muy bueno, como le he dicho á usted, muy limosnero y muy campechano... Y si se ponía á *pedricar*, no crea usted que había quien le echara el pie *alante*... Porque decían que era un señor muy estudiao; pero se le pasaban algo las cosas.

Y una vez, un domingo, diz que se puso á *pedricar*, explicando el Evangelio del día, que hablaba de la multiplicación de los panes y los peces, vamos, del milagro que hizo Nuestro Señor en el monte, cuando había mucha gente sin comer, y... yo no sé él cómo lo contaba... Usted sabrá cómo fué...

—Sí, hombre: que una gran multitud había seguido al Señor á un despoblado por oír su doctrina, y cuando se iba haciendo tarde, los apóstoles le dijeron que mandara marchar á todas aquellas gentes para que se fueran á los pueblos donde pudieran hallar de comer. El Señor les dijo que les dieran ellos de comer allí, contestándole los apóstoles que no había más que cinco panes y dos peces, y que aquello no era nada para tan gran muchedumbre. Pero el Señor les mandó que le trajeran los cinco panes y los dos peces, y bendiciéndolos los multiplicó, de tal manera, que todos los presentes, que eran más de cinco mil personas, comieron cuanto quisieron, y todavía sobraron doce canastas de rebojos.

—Eso, eso... Y creo que estaba allí muy cerca el tío Fonsín, que siempre se iba á la capilla mayor y se solía sentar en un banco que había mismamente junto á la escalera del púlpito, enfrente de la puerta de la Sacristía. Porque, como de rapaz había andado al estudio y entendía algo de latín, era muy

aficionado á hacer de sacristán; y ya se sabía, en cuanto faltaba un día el mayordomo, el tío Fonsín sacaba la cruz en el *Asperges*, y en la procesión si la había; el tío Fonsín encendía las velas; el tío Fonsín las apagaba; de modo y manera que casi venía á ser mayordomo perpetuo... Y como le digo á usted, estaba *pedricando* el señor cura sobre la multiplicación milagrosa de los panes y los peces, y empezó á ponderar mucho el poder de Nuestro Señor Jesucristo, que había hecho un milagro tan grande; y como se le solían pasar las cosas, con el calor con que estaba hablando cambió las especies ó los números, diciendo:

—¿Quién vió jamás una maravilla como ésta? ¿Quién imaginó siquiera prodigio semejante? ¿Quién obró milagro tan estupendo como el que hizo aquel día Nuestro Señor Jesucristo, que con *cinco mil* panes y *dos mil* peces dió de comer cuanto quisieron á *cinco* personas?

—Eso también lo hacía yo,—diz que dijo por lo bajo el tío Fonsín, que, como he dicho á usted, estaba allí cerca.

Pero no lo dijo tan bajo que no lo oyera el señor cura, el cual advirtió entonces la equivocación que había padecido, si bien suponiendo que los feligreses la habrían salvado mentalmente en el acto, por tener ya de antemano conocimiento del hecho

milagroso, no se detuvo á deshacerla, y siguió adelante con sus reflexiones.

Y así quedó la cosa aquel día. Pero el señor cura estaba algo resentido de la ocurrencia del tío Fonsín, porque temía que como la había oído él, la hubieran oído también algunas otras personas; y porque, de todos modos, era una irreverencia y una falta de respeto á él y al sagrado lugar en que estaban, y se conoce que debió de decir entre sí: «para el año que viene te espero».

Y efectivamente, se la tuvo guardada.

Pero al año siguiente sucedió que en aquel domingo, que creo que es el cuarto de la Cuaresma, no pudo *pedricar* el señor cura en misa por tener que doblar en Villavieja, que está allí cerca, como usted sabe, y el señor cura de allí estaba enfermo; y teniendo el nuestro que ir á decir allí misa, le pareció que si *pedricaba* como de costumbre en su parroquia, les iba á hacer esperar demasiado á los de la otra; pues era muy mirado para estas cosas, y más quería molestarse él que molestar á los feligreses en lo más mínimo...

Pero por la tarde, á la entrada del rosario, solía preguntar la doctrina á los rapaces, dando tiempo á que fuera llegando toda la gente, y aquel día se entretuvo algo más, y dijo que iba á explicar el Evangelio, ya que no lo había podido hacer por la ma-

ñana, por tener que ir á decir misa á Villavieja oscura.

Y volvió á hacer la explicación del milagro de los panes y los peces, teniendo cuidado de decirlo todo bien. Contó el caso lo mismo que lo dice el Evangelio, y habló de la caridad que le movió al Señor á dar de comer á los que habían acudido á oírle, tomando de allí ocasión de recomendar mucho á los feligreses la caridad para con los prójimos, especialmente para con los pobres necesitados, pues por socorrerlos había hecho el Señor una obra tan maravillosa... Y habló también de la rudeza de los discípulos, que aunque habían presenciado ya otros milagros, todavía no creían posible dar de comer á tanta muchedumbre en aquel despoblado.

Y pareciéndole aquella buena ocasión para abatir la soberbia del tío Fonsín y reprehender su irreverencia del año anterior, hizo las mismas reflexiones sobre la grandeza del poder de Jesús, que con solos cinco panes y dos peces había dado de comer á más de cinco mil personas. Y dirigiéndose entonces á aquel tío, que, como todos, le estaba escuchando, le dijo con mucho retintín...:

—¿Y esto lo haría usted también, tío Fonsín?

—Sí, señor, sí: también lo hacía,—contestó el tío Fonsín tan campante.

—¡Hombre!—le replicó el señor cura muy incomodado.—Me pasma la osadía... ¡Vaya una audacia! ¿Con que usted sería capaz de hacer lo mismo que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, Rey de Cielos y tierra, que crió de la nada todas las cosas?... ¡Está bien! Eso no lo debe usted decir ni en broma, porque es una falta de respeto á su párroco, y además no se debe hablar en broma tratándose de cosas santas.

—No, señor; es que no lo digo en broma, que lo digo de veras.

—¿Pero está usted loco? ¡Lo dice usted de veras!... ¿Con que para usted es cosa fácil de repetir la obra maravillosa que sólo pudo hacerse por la Divina Omnipotencia? ¿Con que usted con cinco panes y dos peces daría de comer á cinco mil personas todo cuanto quisieran?...

—Pues sí, señor—insistió el tío Fonsín:—lo haría muy fácilmente... con las sobras del año pasado...

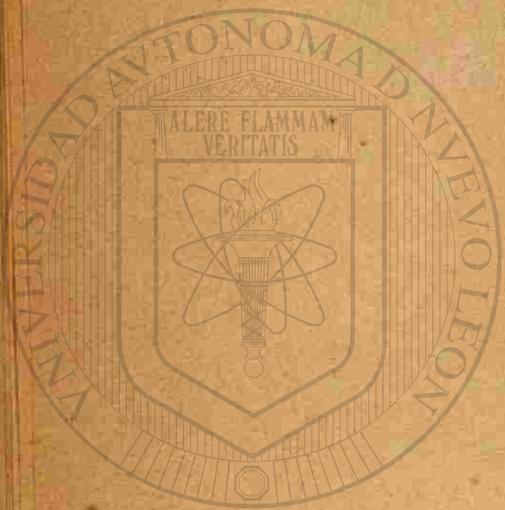
—Es verdad...—dijo sonriéndose dulcemente el señor cura, que en un momento había dominado su enojo,—es verdad. Porque no habiendo dado de comer el año pasado más que á cinco personas con cinco mil panes y dos mil peces, tuvo que haber sobrado muchísimo.

—¿Verdá usted que tiene chiste la cosa?—me dijo Juan al concluir su cuento.

—El público lo dirá—le contesté.—Porque lo voy á dar á la imprenta.

—¡Ay que colle!... Entonces para eso andaba usted ahí escribiendo con lápiz, en la orilla de ese periódico...

—Para eso.



HISTORIA DE UNA RODAJA DE SALCHICHÓN

(CONTADA POR ELLA)

Hacía una temporada que no veía yo á mi primo el Conde de V..., porque como él es poco visitador y yo menos, aun queriéndonos de verdad, no solemos vernos con frecuencia.

Un domingo del mes de Junio, el de la Santísima Trinidad señaladamente, me había yo ido á misa de doce á San Jerónimo, y á la vuelta subía por la calle de Alcalá rompiendo á duras penas la corriente cursi que bajaba hacia la exposición semanal de trapos y pinturas instaladas á tales horas en el Paseo de Recoletos, cuando sentí que por detrás me echaban sobre los hombros unos brazos robustos, cuyas manos extendidas me taparon los dos ojos á un tiempo.

—¡Hola, Juanito!—dije sin dudar un instante.

—¡Hombre!... ¿Cómo me has conocido?

—me dijo él con asombro patente, destapándome los ojos y viniendo á ponerse á mi lado.

—¿Pues no te había de conocer, criatura?—le dije.—¿Quién, no siendo tú, me podía saludar de esa manera?

—¡Ah! Eso es decir que no tienes ningún otro pariente ni amigo tan informal como yo, ¿verdad?

—Tan hazañero, tan... de buen humor... y Dios te le conserve... Eso prueba que eres dichoso.

—¡No lo creas! Es así mi genio; lo demás, ahora precisamente no soy muy feliz, no estoy á gusto... Y me alegro de haberte encontrado, porque voy á ir á almorzar contigo... Sigues en el hotel, ¿sí?

—Sí, hombre, allí sigo; y ¡yo sí que me alegro de veras de encontrarte con tan buenos propósitos!

—Estoy solo, ¿sabes? y me aburro muchísimo en casa; porque ya ves, el refrán lo dice: un ánima sola ni canta ni llora.

—¡Claro; cuéntamelo á mí, que estoy así siempre!... Pero ¿dónde tienes á Dolores?

—Está ya en Valnevado con los niños hace quince días, porque el pequeño, Juanín, no estaba bueno, y el médico no callaba que le sacáramos, que le sacáramos cuanto antes de Madrid; y como yo no pue-

do faltar de aquí hasta mediados del mes que viene, se marchó ella con los niños, el criado y la doncella, y me dejó solo con la cocinera, que también se la podía haber llevado, porque maldito si me sirve de nada, pues apenas como... Vamos, es una cosa que no puedo. Acostumbrado á aquella deliciosa algarabía de cuando están los chicos... no puedo sufrir esta soledad y este silencio... Muchas veces me he acordado de tí diciéndome: ahora estará aquél almorzando en aquel comedor tan alegre...

—¿Y por qué no venías siempre que te acordabas?... Has hecho muy mal; porque además de haberte librado tú de estar solo, me hubieras hecho á mí estar bien acompañado.

—Muchas gracias, hombre...

Llegamos al hotel, entramos en el comedor, nos sentamos uno enfrente de otro á los lados de una mesita pequeña, y vino en seguida un camarero con la lista.

—¿Va á almorzar también el señor Conde?—me preguntó.

—Sí, le respondí; y alargué la lista á mi primo diciéndole:

—Elige.

—No, lo que tú quieras—me contestó:—ya sabes que me gusta todo.

—A mí también... De suerte que lo que tú quieras...

—Este hotel—dijo Juan tras de unos momentos de silencio dedicados á pasear la vista por las mesas,—será como todos los hoteles caros... Buenos manteles, buenas copas, mal vino... y así sucesivamente.

—Beberemos Rioja-Alta,—le dije para tranquilizarle sobre su última indicación.

—No, no ha de haber extraordinarios... Me he convidado con esa condición, aunque no la expresara...

Como ni él ni yo hacíamos papel á leer la lista, cuando el camarero volvió con el pan, el vino y los entremeses, comenzó á recitárnosla.

—Tienen los señores tortilla de espárragos... ó huevos fritos, ó como los señores los quieran.

—Bueno, la tortilla,—dijo Juan.

—Luego, riñones al jerez.

—Excelentes—añadió mi primo,—¿verdad?

—Sí, al señorito también le gustan—dijo el camarero interpretando mi conformidad; y siguió diciendo:—De pescado hay langostinos y merluza frita, que creo que está muy buena.

—Pues cualquiera de las dos cosas.

—Y luego chuletas de ternera, ó de cordero, ó biftec ó entrecot ó fiambres, jamón en

dulce, lengua á la escarlata, pavo trufado...

—Bueno: vete trayendo los primeros platos, y luego ya veremos,—le dije yo, con lo cual se fué hacia la cocina.

Mi primo se quedó mirando atentamente las cosas que el camarero había dejado sobre la mesa, que eran: una botella de vino inclusero, sin más etiqueta que la del hotel, que ciertamente no tiene viñas; dos panecillos de Viena de los llamados de barra, y dos conchitas de porcelana, una con un par de docenas de aceitunas muy chicas y bastante viejas, y otra con unas cuantas rodajas de salchichón ennegrecidas y sudorosas y un poco más viejas que las aceitunas.

Luego le ví coger una de aquellas rodajas.

—Estará muy duro,—le iba á decir; pero desistí de ello al ver que no la llevaba á la boca, sino al oído, y que se quedaba como escuchando.

—¿Qué haces, figurero?—le dije; pero no me contestó más que con un gesto y un movimiento de la mano que tenía libre extendiéndola hacia abajo como diciendo:

—Espera y calla.

Así estuvo un buen rato hasta que vino el camarero con la tortilla, y entonces, volviendo á posar la rodaja en la entremesera, me dijo muy serio:

—Ya conoces mis aficiones arqueológicas: sabes mi manía de interrogar á todo lo antiguo. Bueno, pues pareciéndome que estas rodajitas tenían una respetable antigüedad, he querido preguntar á una de ellas, que en efecto me ha contado su historia, verdaderamente rara y llena de vicisitudes. Oye, oye:

«Puedo comenzar—me ha dicho—la narración de mi larga existencia con aquellas mismas palabras con que empezó Cervantes la historia del cautivo:—*En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje*, etc.; porque allí también tuvo principio el mío.

»Allí, en aquella montaña, en un valle que llaman Valdosín ó Val-d'Osín, quizá porque antiguamente cogieran en él algún oso pequeño (y recomiende usted á la Academia esta etimología, que no es peor que las suyas), en una mañana fría del mes de Abril, nació un potro negro, paticalzado de tres y con una estrella en la frente.

»Y ríase usted del refrán que dice:

De una, buena;
De dos, mejor;
De tres, mala;
De cuatro, peor.

»Porque aquel potro, á pesar de sus cua-

tro señales, fué un bicho excelente, aunque no sea mío el decirlo.

»Un rapazuco morrinoso y desfarrapado que estaba de pastor aquel día, bajó al pueblo á llevar las albricias al ama de la yegua.

»—Tía Rosa—dijo á la mujer, que estaba sentada á la puerta de casa hilando una rocada de estopillas:—la su yegua parió un potro.

»—¡Jesús! hijo, más quería una potra—le contestó ella;—pero San Antonio le guarde, que no dejará de venderse bien, porque es de los caballos del Gobierno... Toma, Colasín, toma,—añadió dando al rapaz una torreja de pan de centeno con una tajada de manteca extendida encima.

»—Dios se lo pague, y San Antonio se los guarde de mal,—la dijo él; y se volvió para el monte tan contento.

»Y... para que se vea si da vueltas el mundo: aquel rapaz ha estado aquí comiendo, hace poco, hecho un señor, fuera del alma... y del cuerpo, que tampoco le tiene fino; pero, vamos, con dinero y con buena ropa. Por cierto que me tuvo en la mano y no me quiso comer porque le parecí dura, cuando en otras épocas hubiera comido clavos...

»Aquel potro le compró de quinceno en León, en la feria de San Juan, un tratante

manchego que dió por él cincuenta napoleones, para volver á venderle poco después en noventa y cinco á un recriador extremeño en la feria de Almagro.

»Después de haber pasado un par de años tirando la pierna en la dehesa, fué llevado á la feria de Plasencia, donde le compró un truchimán de esta corte en seis mil reales.

»Le trajo á Madrid, y *me* trajo, porque no le debó ya ocultar á usted que en aquel potro estaba yo, que de él era parte *integrasta*, ó parte integrante, pero, en fin, de junto á la cola, y emparejándome con otro de igual talla, pelo y valor, nos vendió en tronco á un marqués nuevo en seis mil pesetas.

»Verdad es que éramos un tronco que llevaba la vista.

»Fuera del trabajo que nos costó aprender á tirar, que no fué mucho, pasamos buena vida en aquella casa. El marqués había sido arriero en su mocedad y conservaba cariño á las caballerías. De manera que á menudo nos visitaba en la cuadra, nos pasaba la mano por el lomo, y siempre encargaba á los cocheros que echaran bien de comer al ganado. Así nos llamaba él por antigua costumbre y cometiendo en ello su poco de figura retórica de atenuación, porque en rigor gramatical no éramos gana-

do, sino *robado*, pues lo era el dinero que había pagado por nosotros.

»Sobre este punto contaba y no acababa el cochero, instruído por el ama de llaves; pero, en fin, allá el amo daría cuenta á Dios de sus rapiñas, que para nosotros todo iba bueno.

»Lo malo fué que duró poco.

»Tenía el marqués dos hijos muy calaveras, investidos sin duda con el encargo providencial de esparder malamente lo que malamente había él amontonado, porque ya se sabe que los bienes mal adquiridos nunca duran tres generaciones. Aficionados á todas las modas y á todos los vicios, mucho antes de morir su padre tenían ya contraídas deudas por más de la mitad de lo que habían de heredar yendo bien las cosas; y cuando murió, que fué á los pocos años de haberle nosotros conocido, lo primero de que cuidaron fué de proveerse de nuevos carruajes, nuevos troncos... y nuevos acreedores.

»Hubimos de dejar el sitio á unas yeguas inglesas, y fuimos trasladados á la cuadra de un alquilador de coches de lujo, que pagó por los dos ocho mil reales, menos de lo que valía uno.

»Allí no fuimos ya tan bien tratados, y eso que el alquilador no era mucho menos rico que el marqués, y para marqués

iba, y creo que llegó con el tiempo. Pero no nos tenía la afición que el otro, no nos visitaba, y el tuno del cochero siempre nos daba un poco menos de la mitad del pienso que cobraba del amo.

»Tenía éste contratado el servicio de coches para los ministros, de modo que mi compañero y yo nos cansamos de llevar ministros á Palacio, á la Presidencia y... á otras partes... Como que era en aquella época en que de los siete ministros moderados moderados habían de ser! ninguno vivía con su mujer respectiva como Dios manda... Lo cual fué ocasión de que un diplomático extranjero nuevo en Madrid, que había llevado á su mujer á una comida de Palacio, se asustara al ver que ninguno de los ministros llevaba la suya, y creyera que aquí no era costumbre y que había él cometido una torpeza, pasando el pobre muy mal rato, hasta que le enteraron de las cosas.

»¡Cuántas y qué buenas fueron las que aprendí yo entonces!

»Mi pobre compañero se murió de un torzón que cogió por pasar toda una noche, muy fría, por cierto, en la calle del Lobo, esperando al Ministro de la Gobernación, que velaba sin duda por el orden público.

»Quedéme de non; y como estaba ya también muy desmejorado con los años y los Consejos de ministros, el opulento al-

quilador me vendió en dos mil reales al modesto dueño de un coche de punto.

»Años y años tiré de un *simón* ignominioso, arrastrando gente plebeya y pobre (no siendo una vez que llevé al Duque de Montpensier, á quien lo de pobre no le comprende), trotando por las pendientes y mal empedradas calles de la villa, bajando á las estaciones disparado, subiendo de ellas rendido con la carga muy desproporcionada al pienso, y aburriéndome, cuando no, en las paradas, donde tenía que escuchar las necedades que se dicen los cocheros unos á otros, como en las carreras tenía que escuchar las maldiciones de los transeuntes.

»Se me iba haciendo la vida muy pesada, cuando me salieron esparavanes, me puse cojo, y no sirviendo ya ni para tirar de la desvencijada berlina de alquiler, determinó mi dueño deshacerse de mí á cualquier precio, y me hizo pasar por veinte duros á poder del contratista de la Plaza de Toros.

»El primer día que me tocó salir, no tuve novedad. Me montaba un reserva muy tuno, que, para no ir al toro, hacía como que yo no quería andar, y era él que me tiraba del freno. Otras veces se iba á buscar al toro donde no estaba, y dando luego á la plaza una vuelta en redondo, hacía tiempo para que volvieran á salir los de tanta nuevamente montados, y les cedía el puesto.

Sólo una vez, sin querer y aun sin poderlo remediar, se encontró con el toro y no tuvo más remedio que hacerle frente; pero sacó más de tres varas de pica, y, es claro, el pobre toro se escupió sin llegarme al pelo ni con mucho.

»Mas al domingo siguiente, en una corrida de *miuras* salí al sexto toro, que se llamaba *Chocero*, el que luego mató á Yusio, y de la primera cornada me partió el corazón por mitad del medio.

»Me arrastraron como á los otros, y desde el corral dijeron que nos llevaban al quemadero municipal... pero ¡qué habían de llevarnos!... De mí sé decir que me desollaron cuidadosamente, enviando el pellejo á una fábrica de curtidos para ser convertido en *becerro mate*. Después fueron cortándome las nalgas, los lomillos, todo lo mejor, echándolo en una cesta grande que luego, entre las sombras de la noche, fué conducida á una fábrica de embutidos que había en la Ronda de Valencia. Allí me picaron en jijas, me sazonaron de sal, y poniéndome algunos granos de pimienta, me metieron en las tripas anchas de una vaca vieja, recubriéndolas luego de papel de estaño y atando al extremo de cada una de ellas, con un bramante, un sello de plomo con el nombre de un fabricante de Lyon muy acreditado...

»Unos días después estaban colgados aquellos salchichones de Lyon (ó de León) en el escaparate de una lujosa tienda de comestibles finos en una de las calles céntricas de esta corte.

»Dos de ellos los compró el dueño de este hotel hace unos once años y medio, cuando acababa de abrirle al público. El jefe del despacho los cortó en rodajitas... Una de ellas fuí yo... y digo que fuí, porque ya con los años no soy ni mi figura. Entonces estaba verdaderamente apetitosa... ¡Si me hubiera usted visto!...

Crea usted que si el primer día que salí al comedor no dejé de existir, fué porque me tocó ir á la mesa de unos recién casados provincianos, de esos que habiendo ahorrado á fuerza de privaciones cincuenta duros, vienen á Madrid á pasar un cuarto de luna de miel... ó más bien á hacer los *babiecas*, pues no cuidan de comer ni de nada más que de mirar el uno para el otro...

»Muchas de mis hermanas fueron almorzadas aquel mismo día por otros huéspedes menos bobalicones, que se chupaban los dedos.

»Mas era verano, hacia calor, aquella tarde sudé mucho, se me secó el sudor ennegrecido, y por la noche salí ya de muy mal aspecto. Nadie entró en ganas de comerme. Y á otro día, menos: no es menester decirlo.

»Desde entonces llevo saliendo todos los días dos veces y volviendo á entrar otras tantas, sin que nadie me toque.

»Es decir, tanto como nadie...

»Un embajador moro me cogió una vez para llevarme á la boca; pero me volvió á posar en seguida, porque hubo quien le dijo que yo era de cerdo. ¡Con qué serenidad calumnian algunas personas!

»Varias de mis compañeras han ido sucumbiendo á la voracidad de otros provincianos que no son novios, sino miembros de Comisiones municipales ó provinciales que suelen venir, cuando cambia el Gobierno, á pedir mejoras, según dicen, para la localidad ó la provincia, pero realmente á darse buena vida unos días á costa ajena, comiendo como sabañones.

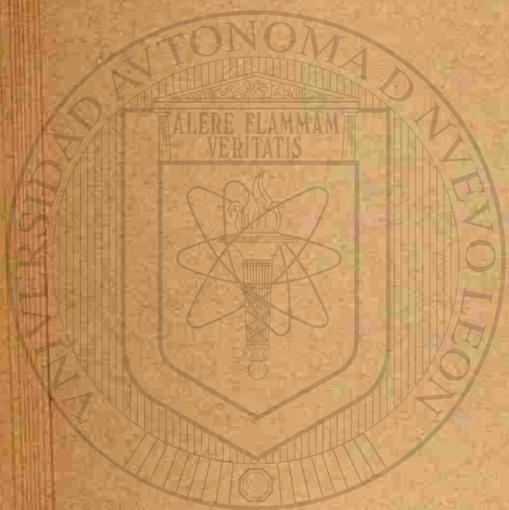
»Otras varias han sido vendidas con otros comestibles antiguos, al dueño de otro hotel más humilde, donde al principio tuvieron gran aceptación; mas pasada la novedad de los primeros días, cayeron también allí en desprecio y nadie las decía nada...

»Ultimamente he sabido que muchas de ellas se las ha comprado al dueño de ese otro hotel un zapatero remendón que trabaja en un portal cercano al Instituto de San Isidro, para echar tapas á los tacones de las botas de los estudiantes, obteniendo gran resultado.

»Las tapas son eternas, según parece.

»Y no será extraño que el laborioso artesano, en vista del buen éxito, se venga por aquí á hacer otra compra y tengamos todas el mismo paradero.»

.....
—Fuera de broma—me decía mi primo al salir del comedor con dirección á mi cuarto,—la verdad es que no saben lo que hacen estas gentes queriendo economizar en ciertas menudencias... Ya ves: nos han dado un almuerzo de primera... ¿Qué les costaba ya habernos dado una botella de vino de buena marca y un poco de salchichón fresco y legítimo?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

REFLEXIONES

Sesenta y dos años tenía ya el señor Fermín, el sastre de Malanza, cuando se quedó viudo, y en seguida trató de volver á casarse.

Vamos, tanto como en seguida, en seguida, no: primero hizo muchos aspavientos y muchas demostraciones de dolor por su difunta mujer, hasta el extremo de irse por las noches al camposanto á conversar con ella, según decía. Y efectivamente, una noche, los mozos que andaban de ronda sintieron ruido hacia el cementerio, fueron á ver, y encontraron al señor Fermín sobre la sepultura de su consorte dando aullidos y escarbando con las manos como si quisiera desenterrarla. ®

—¡Mala señal—decían las personas de experiencia oyendo á los mozos referir el suceso,—muy mala señal! Todos los viudos que hacen así esos bijiviellos y esas pame-mas, se vuelven á casar al instante... Ya

veréis cómo éste, si encuentra con quién, hace lo mismo.

Y en efecto, á los dos meses ya andaba el señor Fermín pretendiendo.

Sólo quedaba por resolver la duda consabida de si encontraría ó no con quién casarse, duda que no dejaba de tener fundamento.

Y no precisamente en su edad, pues aunque iba ya siendo viejo, estaba todavía recieçillo; ni tampoco en su angustiosa situación monetaria, pues no es de fe, ni mucho menos, que todas las mujeres se hayan de casar con ricachones; sino más principalmente en otras malas circunstancias y cualidades que se irán sabiendo.

Tenía el sastre, en primer lugar, un genio de mil demonios, y además la costumbre de darle rienda suelta, especialmente cuando se hallaba entre personas de quienes nada pudiera temer; de suerte que por un quítame allá esas pajas se atufaba de un modo increíble, y si su mujer ó su hijo le decían una palabra más alta que otra, les tiraba lo que tenía en la mano: las tijeras, si estaba cortando una prenda de vestir; la plancha caliente, si estaba abriendo las costuras...

Aparte de estos arrebatos, era bastante mala persona, pues se complacía en mortificar y en hacer sufrir á todo el que es-

tuviera á sus inmediaciones; era malandado y jugador y amigo del sorbo, con todas estas malas aficiones tan bien puestas, que se pasaba los días enteros y las noches hasta la mitad en el cafetucho de la villa jugando y bebiendo sin acordarse de dar una puntada. Y aunque no entremos á decidir ahora si sus filoxeras eran diarias, ó tercianeras, ó cuartanarias, ó simplemente bisemanales, pues sobre esto podría haber opiniones, baste decir, y en esto existía unanimidad, que á su mujer la había dado muy mala vida, creyéndose generalmente que la había matado á disgustos, aunque no faltaba quien dijera que á palos.

¿Tendría nada de particular que con semejantes recomendaciones no encontrara el señor Fermín quien le quisiera?

Así se lo pronosticaban en el café sus contertulios, que, en cuanto le averiguaron aquellos intentos, empezaron á darle matraca y á divertirse á su cuenta.

—¿Tú qué vas á hacer, *don* Fermín?— le decía el más burlón de todos, Fabricio, llamándole *don*, que era como él deseaba que le llamaran en el pueblo y como no le llamaba nadie;—¿tú qué vas á hacer?... ¿No ves que eres ya muy viejo? Cuando de cincuenta pases... ya sabes lo que dice el refrán, no te cases... Con que tú que pasas de sesenta...

—No, no corre peligro de casarse,—decía otro.

—¿Por qué?—preguntaba el primero.

—Porque no habrá de qué darlas; porque ¿quién le va á querer á Fermín con ese genio que tiene y esa mala cabeza?...

—Eso también es verdad: que será difícil que encuentre novia, porque no habrá ninguna mujer tan desesperada...

—¿Que será difícil?—decía el señor Fermín hecho una furia.—¡Ya veréis lo difícil que es, pobres hombres!... ¡Dificill... Héis de saber para que os pese, héis de saber que las tengo así, así,—y juntaba y separaba y volvía á juntar muy á prisa los dedos de la mano...

—Ilusiones, infeliz, ilusiones.

—Bueno, bueno: ya veréis si son ilusiones.

—Si acaso, encontrarás alguna vieja como tú... y ni aun eso.

—Ya veréis, ya veréis...

Y efectivamente, contra lo que sus compañeros de círculo creían, Fermín encontró novia.

Una soltera, á mal de su grado, que, por haber pasado ya de los treinta, tenía casi del todo perdida la esperanza de dejar de serlo, puso buena cara á las solicitudes del

señor Fermín y le dió el sí á las primeras de cambio.

Y no vayan ustedes á buscar la explicación de que el señor Fermín hallara mujer con facilidad en el refrán aquél que dice que nunca falta un roto para un descosido; pues la pobre Juana, que así se llamaba la novia del sastre, no estaba tan rota, ni con mucho, como descosido se hallaba él moralmente, ya que materialmente no lo estuviera por razón de su oficio.

No, al contrario: era bastante buena muchacha.

Sus hermanos, con quienes vivía, trataron por todos los caminos de quitarla de la cabeza el casorio; pero fué en vano.

—¿Para qué te has de casar?—la decían.

—¿No estás bien aquí con nosotros?

—Sí: con vosotros bien estoy—contestaba ella;—pero vosotros podéis faltar cuando yo no esté ya en estado de que nadie se acuerde de mí, y entonces me quedo sola en el mundo.

—Aunque así fuera—la decían,—siempre estarías mejor sola que mal acompañada.

—¡Ah, no, no!—replicaba,—que el refrán lo dice: «arrímate á marido, aunque sea un espino».

—Pues lo que es arrimándote á ese—la decían ellos,—hazte cuenta que á un espino

te arrimas... Eso es una locura, Juana... Porque últimamente, si te quieres casar, cástate con un hombre de bien y no con ese perdiduco. ¿No ves lo desacreditado que está en su pueblo?

—Nadie tiene más crédito que el que le quieren dar—replicaba Juana,—y no hay que hacer caso de lo que digan, porque cada uno dice la suya.

—Así suele ser—reponían;—pero respecto de ese diablo de ese sastre, todos hablan por una boca. No oirás á nadie que no diga que á la otra mujer la quitó la vida con sus malos tratamientos.

—Por eso mismo me ha de estimar á mí y me ha de tratar bien—replicaba ella,—porque también dice el refrán que «la primera, escoba; la segunda, señora».

—También hay otro refrán que dice que «quien malas mañas há, tarde ó nunca las olvidará»,—la decían.

Pero todo fué inútil.

Juana se encapiruchó y se casó, y... bueno: el día de la boda parece averiguado que no la pegó su marido... hasta por la tarde; pero luego, los demás días, á tarde y á mañana y á todas horas.

Ella, la pobre, lo calló todo lo que pudo, por no dar su brazo á torcer, porque temía que sus hermanos la reconvinieran amargamente echándola en cara su terque-

dad y haciéndola ver lo acertado de los consejos que la daban y lo mal que había hecho en no seguirlos.

Pero al fin se llegó á saber todo con ocasión de un trágico suceso que tuvo mucha resonancia.

Un día de fiesta por la tarde, después del rosario, hallándose Fermín alumbrado como de costumbre, dijo á su mujer con apariencias de cariño:

—Vaya; vístete y vamos á dar un paseo: no siempre has de estar metida en casa.

—Bueno, como quieras,—le contestó la pobre Juana, que ya sabía que, para andar menos mal, tenía que decir amén á todo.

Salieron á paseo marido y mujer y llegaron hasta el soto sin novedad; pero al poco rato de andar por allí, por no sé qué disparate que su mujer suavemente le contradujo, comenzó el señor Fermín á decirle perrerías insufribles; y como ella quisiera defenderse en palabras, aunque sin perder la moderación, perdió él los estribos, y arrancando un estacón de una sebe, comenzó á dar palos en ella como quien da en un centeno mal maduro.

La fuerza de los golpes, ó más bien la del dolor que la producían, la arrancó algunos gritos que el señor Fermín creyó que se perderían en el espacio sin ser oídos de nadie, pues no había visto por allí gente.

Pero dió la casualidad de que andaban dos guardias civiles por la orilla del río mirando á ver si encontraban algún butrón de algún pescador, para quitarle las truchas y comérselas, y al oír los gritos corrieron hacia donde sonaban, encontrando á Juana llorosa, y al sastre, que ya les había sentido venir, haciéndola señas amenazadoras para que callara.

—¿Qué es eso?—dijo muy serio uno de los guardias al llegar;—¿qué gritos eran los que se oían?...

—Nada, no es nada—contestó el señor Fermín haciendo por aparecer sereno.—Crean ustedes que no ha sido nada... sino que veníamos por aquí paseando *mi señora* y yo... y me puse á hacerla unas reflexiones... y es una mujer tan sensible que se echó á llorar... No ha sido más que eso...

Por referencia de los guardias se supo y fué muy celebrada la salida del sastre, y desde entonces suelen llamar en Malanza *reflexiones* á los estacazos.

¿QUIÉN PAGA?

El tuerto de la Serna, que era el capitán de los malos estudiantes, acababa de ser despedido *ab-irato* de la cátedra de Lugares Teológicos, por haber dejado caer, cuando se hallaban en lo más interesante de la explicación, un puñado de avellanas sobre el pavimento.

El decía que había sido sin querer, que se le habían surtido del bolso al tiempo de sacar el pañuelo para sonarse; pero el catedrático, que tenía malas moscas, recordando que ya no era aquélla la primera hazaña del tuerto encaminada á hacer reír y producir desorden, no quiso escuchar sus disculpas y le borró sin piedad de la lista, diciendo al mismo tiempo que apretaba el lápiz:

—*Deleatur de libro viventium.* ®

Para echar el susto afuera, dijo el tuerto al salir á su compañero Berrueces:

—¿Vamos á ir esta tarde á merendar al molino de Robledo?

Pero dió la casualidad de que andaban dos guardias civiles por la orilla del río mirando á ver si encontraban algún butrón de algún pescador, para quitarle las truchas y comérselas, y al oír los gritos corrieron hacia donde sonaban, encontrando á Juana llorosa, y al sastre, que ya les había sentido venir, haciéndola señas amenazadoras para que callara.

—¿Qué es eso?—dijo muy serio uno de los guardias al llegar;—¿qué gritos eran los que se oían?...

—Nada, no es nada—contestó el señor Fermín haciendo por aparecer sereno.—Crean ustedes que no ha sido nada... sino que veníamos por aquí paseando *mi señora* y yo... y me puse á hacerla unas reflexiones... y es una mujer tan sensible que se echó á llorar... No ha sido más que eso...

Por referencia de los guardias se supo y fué muy celebrada la salida del sastre, y desde entonces suelen llamar en Malanza *reflexiones* á los estacazos.

¿QUIÉN PAGA?

El tuerto de la Serna, que era el capitán de los malos estudiantes, acababa de ser despedido *ab-irato* de la cátedra de Lugares Teológicos, por haber dejado caer, cuando se hallaban en lo más interesante de la explicación, un puñado de avellanas sobre el pavimento.

El decía que había sido sin querer, que se le habían surtido del bolso al tiempo de sacar el pañuelo para sonarse; pero el catedrático, que tenía malas moscas, recordando que ya no era aquélla la primera hazaña del tuerto encaminada á hacer reír y producir desorden, no quiso escuchar sus disculpas y le borró sin piedad de la lista, diciendo al mismo tiempo que apretaba el lápiz:

—*Deleatur de libro viventium.* ®

Para echar el susto afuera, dijo el tuerto al salir á su compañero Berrueces:

—¿Vamos á ir esta tarde á merendar al molino de Robledo?

—Bueno, como quieras—le contestó el otro;—pero te advierto que estoy sin un cuarto.

—Así estoy yo; pero eso ya se arreglará... Vamos á decírselo al Cuco y á Pedregales, á ver si quieren ir con nosotros.

—¿Y si acaso están igual de adinerados?...

—¡Ah! y á Martín Gala, que es pieza de rey para estas cosas.

—Oye, Martín—le gritó Berrueces viéndole pasar en aquel instante;—dice éste que si nos convidas á merendar esta tarde...

—Corriente: quedáis convidados; pero á condición de que paguéis vosotros...

—¡Anda! ¡Para ese viaje!...

—Pues no es por falta de voluntad; pero ya sabéis que el dinero está tan mal repartido que...

—Vamos, que no dejarás de tener algo, tú que eres ricuelo...

—Nada, hombres, lo que se dice nada. Tal estoy, que si me hubiera visto el bolsillo Aristóteles, no hubiera negado la existencia del vacío seguramente. O si queréis que lo diga en verso para mayor solemnidad...

—Venga.

—Si Aristóteles me viera
Del bolsillo lo profundo,
De seguro no dijera:
Vacuum non datur in mundo.

—Bien, hombre, bien... Pero si en lugar de soltarnos esa cuarteta sueltas un duro... verías qué aplausos...

—No le puedo soltar porque no le tengo, y ya sabéis que *nemo dat quod non habet*... Pero ahí viene Cuco, que trae cara de satisfacción, y... ¡Oye, Cuco!—añadió dirigiéndose al que llegaba:—tenemos la pretensión de que nos pagues esta tarde una merienda en el molino de Robledo...

—¡Sí!... ¡Pues venís en el mes del Obispo!... Para tener un real me faltan los ocho cuartos... y el ochavo... Además, que no veo la razón de que haya de ser yo el que pague, porque nada me ha salido bien hace ya tiempo. Quien debe pagar es aquí Pedregales, que le preguntó esta mañana la conferencia el catedrático y la supo... Y ya le apuntó para sobresaliente.

—Poca burla es buena—contestó el aludido,—y aprobado me quisiera yo ver... Pero en cuanto á la merienda, no la niego la cara. Si hay quien la pague... que en mi sentir debe ser...

—¡Vaya, vaya! No os devanéis los sesos—interrumpió el tuerto—en discurrir quién ha de pagar; que es una inocentada preocuparse con la manera de pagar el gasto que no se ha hecho todavía. No queráis poner la horca antes que el lugar... Vosotros decid si queréis ir á merendar al molino, lo

demás dejadlo de mi cargo. Merendaremos bien... Ya sabéis que aquello es molino y mesón en una pieza, y no suele estar desprovisto. Buen vino hay allí siempre, y no dejará de haber algo que echar por delante.

—No lo dudo—dijo uno;—pero la dificultad está en...

—En ninguna parte... No sigas, ni se hable más de eso—dijo el tuerto.—Lo que importa es merendar bien; por pagar ¿quién se aflige?... Hoy es día de merendar por varias razones... La primera, porque, como jueves, no tenemos cátedra por la tarde..., digo, no la tenéis vosotros, porque lo que es yo no la tengo ya ninguna tarde ni ninguna mañana. En segundo lugar, porque es jueves lardero y hay que honrarle; y en tercer lugar... por lo mismo que me ha echado de cátedra ese tío berrinche. A pesadumbres, tragos... ¿Estáis convencidos?...

—Y á tus órdenes,—contestó Martín Gala por todos.

Citados para las dos y media en las Negruillas, allí acudieron puntualmente los cinco, y desde allí, terciados los manteos y atravesados los tricornios como quien no teme ni debe, emprendieron á buen paso la caminata, durante la cual les fué dando á los otros el tuerto instrucciones que de-

bían de ser muy interesantes. A veces se paraban y formaban corro, adoptando posturas muy raras, como si representasen una comedia.

Poco antes de llegar al molino vieron á la molinera, que estaba tendiendo en una sebe ropa recién lavada.

Era una mujer como de treinta años, morena, algo acecinada, pero que no habría sido fea, con unos ojos muy inteligentes.

—Ya viene gente á hacer gasto,—la estaba diciendo la pastora de las yeguas del lugar, que la daba conversación hilando un cerro.

—¡Sí! á hacerme rabias,—la contestaba ella.

—¡Ay, Dios! De esas rabias quisiera yo para mí todos los días,—la replicaba la hiladora dando vueltas al huso...

En esto acabaron de llegar los estudiantes.

—Venimos á que nos des de merendar—dijo el tuerto á la molinera, haciéndosela muy compadre.

—Pues en otra ocasión peor podrían ustedes venir y me asustarían más que ahora,—le contestó ella.

—Me alegro. Eso prueba que tienes algo bueno que darnos.

—Sí, señor, sí: tengo...

—Mira—la interrumpió él,—vámonos allí, á la abrigada del molino, y lo hablaremos despacio, que aquí sopla demasiado el cierzo...

—Como ustedes gusten...

—A ésta la conozco yo mucho—decía el tuerto según iban andando á la orilla de la presa arriba.—¿Te acuerdas cuando estabas de criada del boticario de Vill-simple?

—Sí, señor, sí: bien me acuerdo—decía ella,—que estaba usted estudiando gramática, y era usted un rapacín muy pequeño, pero ¡más travesao y más malo!...

—Pues lo mismo es ahora que es ya grande—la dijo Pedregales,—y creo que aunque te diga que es algo peor no te engaño.

—Con que, vamos, explícate—la dijo el tuerto cuando estuvieron á la vera de la casa:—¿qué tienes que darnos de merendar esta tarde?

—Pues tengo lomo fresco muy tierno, porque es de un góchico marcial que matamos para estos días de antruido.

—Muy bien: eso es bueno para detrás,—la dijo el estudiante.

—Como si quisieran ustedes truchas recién pescadas...

—¡Ah! ¡Pues claro que las queremos!... También son buenas para detrás de alguna otra cosa. ¿Qué más tienes?

—Como tener, tengo carne, jamón, chorizos... Yo decía el lomo y las truchas, porque son cosas que se fríen en un instante...

—No, si no tenemos prisa, no creas—la dijo el tuerto.—Tú prepáranos una buena merienda, y lo demás no sientas echar todo el tiempo que se necesite... ¿Son tuyos estos curros?—añadió señalando á una bandada de ellos que salían de la presa y se encaminaban guarreando hacia donde oían hablar á su ama, que les solía echar pan esmijado.

—Sí, señor: míos son.

—¿Me dejas matar uno?

—Y aunque sean todos, si me los paga bien...

—Eso—la replicó el tuerto—no hace falta decirlo (ni hacerlo—añadió por lo bajo)... Voy á matar uno, y nos le pones con arroz para antes del lomo y de las truchas.

—Como usted quiera.

—Pues... éste...

Y acompañando la acción á la palabra, echó el guante al mayor de los patos y le retorció el pescuezo.

—Ya le estás pelando—dijo apurriéndosele á la molinera;—y mientras le pelas y nos le compones, nosotros echamos una brisca. ¿Tienes baraja?

—Sí, señor, sí; dos á falta de una... Entren ustedes... ¡Juan, Juan!—gritó llamando á su marido;—trae la baraja buena para estos señores.

Un momento después se presentó el molinero, Juanón, que era de exterior abrutado, pero en el fondo muy pobre hombre, trayendo una baraja acanalada y sebosa cansada de andar en manos de los arrieros.

—¡Ah! También nos has de traer una jarra de vino—dijo el tuerto,—para ir haciendo boca, porque hoy es jueves gordo y hay que merendar de firme.

—Diga usted que sí—añadió Juan;—ya que es jueves gordo, hacerla gorda...

—¿Y ésta es la baraja buena?—dijo Berrueces, que se había puesto á contar las cartas.

—Sí, hombre—le contestó el tuerto,—porque tendrá otra peor...

—Sí, señor: hay otra que ya creo que la faltan cartas, y además tiene algunas rotas y manchadas que se conocen por fuera.

—Velay que éstas ya casi no se conocen por dentro...

—Dí que buena es, Juan, buena es—le dijo el tuerto;—no hagas caso de éste, que tiene ganas de divertirse.

—Hice bien—dijo Juanón,—que de llorar lugar tendrá en Junio, si á mano viene, después de los exámenes.

—¡Mira Juan, mira! y eso que parece que no llega á ello—dijo Pedregales, á quien le hizo meditar un poco la profecía.

Cosa de dos horas habrían estado jugando y haciendo fiestas á la jarra, cuando la molinera les dijo:

—Ya está: cuando ustedes gusten les pongo la mesa...

—Pues ahora mismo,—la contestaron casi todos á un tiempo.

Tras de lo cual les puso ella un mantel y unos tenedores en la misma mesa donde habían estado jugando, y después de haber dejado sobre ella el humeante y oloroso guisado de pato con arroz y de haber renovado el contenido de la jarra, preguntó al tuerto:

—¿De veras quieren ustedes también las truchas y el lomo?...

—De veras, mujer—la contestó.—¿Cómo se han de decir las cosas?... Ya lo estás friendo. Y después... sabe Dios todavía... Por de pronto, también tendrás algo para postre...

—Tengo queso de Villalón, muy rico.

—Bueno es el queso... ¿Y nueces?

—También habrá algunas.

—Pues también nos darás nueces al fin, que son buenas para beber otro par de tragos.

La merienda fué animada y sabrosa. Comieron y bebieron en grande, sazónándolo todo con chascarrillos y golpes de ingenio, de suerte que reinó en la reunión la alegría más franca.

Cuando la molinera les dejó los postres sobre la mesa, se volvió á la cocina y dijo á su marido:

—Yo voy á recoger la ropa que tengo tendida, porque en cuanto se acabe de quitar el sol empezará á helar y se me empandera toda... Cuando quieran marchar los estudiantes, les cobras... treinta reales, y salen á seis cada uno.

—Bastante serán veinticinco, mujer—la dijo Juan,—y que salgan á cinco...

—Es que veinticinco es demasiado poco; porque mira... siete reales del curro...

—Buenos serán seis...

—Vaya, pues seis, y cuatro del lomo, diez, y otra peseta de las truchas, catorce... catorce, y el vino, que son tres azumbres, si para en eso, seis reales... catorce y seis veinte, y tres de pan veintitrés, y uno y medio de arroz, veinticuatro y medio, y dos de queso y uno de nueces, tres... veintisiete y medio... Ya ves si se va arrimando á los treinta reales...

—Bueno: les cobraré los veinticinco.

—Es algo poco... Han merendado como príncipes.

—No importa: buen provecho les haga. Mejor es que vayan contentos, para que vuelvan á menudo...

Se marchó la mesonera á recoger su ropa, y poco después trataron de marcharse también los estudiantes.

—¡Ama!... ¡Ama!... ¡Dionisia!... A ver cuánto se debe,—gritaron.

—El ama—les dijo Juan,—se fué á coger la ropa que tenía tendida; pero me dijo que la cuenta eran veinticinco reales; porque... verán ustedes: seis del pato...

—No, no te molestes en especificar...

—No, hombre: basta tu palabra...

—¿Crees que vamos á desconfiar de tí?

—¡No faltaba más!

—¡Pues mira que ahí podía llegar!...

¿Te parece?

—Y no vayas á creer que se nos hace mucho...

—Al contrario... No es nada para lo bien que hemos merendado,—decían los estudiantes, interrumpiéndose unos á otros.

Juan estaba satisfechísimo.

—Toma, toma,—dijo Martín metiendo la mano derecha en el bolso del chaleco en ademán de sacar el importe.

—No, perdona: no te prepares tú, que pago yo, que estoy aquí primero,—le dijo Pedregales sujetándole la mano en el bolso con su izquierda para que no pudiera sacar-

la, y metiendo al mismo tiempo la derecha en su bolsillo propio...

—Ni tú ni él—dijo el tuerto, haciendo con la mano izquierda y con la derecha las mismas operaciones que había hecho Pedregales:—quien paga soy yo, que os he convidado.

—No: tú tampoco—le dijo el Cuco repitiendo la misma suerte.—A quien corresponde pagar es á mí, que soy el mayor en edad.

—Pues ni tú ni él, ni ninguno pagáis esta tarde—dijo Berrueces;—que para dejaros á todos iguales pago yo, que he estado callando hasta ahora.

Y poniendo la mano izquierda sobre la derecha del Cuco (lo mismo que habían ido haciendo los demás) para que no pudiera sacarla del bolso, metió la derecha en el suyo... sin poder tampoco sacarla, porque acudió á impedirselo la izquierda de Martín, que estaba á su lado.

Y quedaron todos inmóviles, cada cual con la mano derecha en el bolso del chaleco, sujeta por la izquierda del vecino.

—¿Ves esto?—dijo el tuerto á Juanón.

—Todos queremos pagar, y por querer pagar todos, no podemos pagar ninguno.

—Será mejor que lo paguen ustedes á escote—dijo el molinero;—tocan á cinco reales...

—No, no, eso no: eso es muy mezquino; eso es muy plebeyo,—dijeron todos.

—Lo mejor es que me dejéis pagar á mí,—decía uno.

—No: á mí,—decía otro.

—Para eso, á mí...

Y vuelta á las andadas.

—¡Que pague el que diga el patrón!—exclamó uno.

—Bueno: con tal que me diga á mí, que es á quien toca...

—No: con tal que me diga á mí.

—No: á mí...

—Ya sabes que no vale, Juan, si no me dices á mí...

Y siempre lo mismo.

—¡Una idea!—dijo Martín Gala.

—¡Venga!...

—¡Venga!...

—Vamos á salirnos al portal; le vendamos los ojos al amo como para jugar á la gallina ciega; andamos nosotros alrededor, y el primero que coja, ó sobre quien pose la mano, aquél paga.

—No está mal discurrido eso,—dijo Juanón muy contento de ver así resuelto el conflicto.

—¡Perfectamente!

—¡Admitido!

—¡Aceptado!—fueron diciendo todos.

Vendáronle los ojos á Juan, y en seguida

se fueron largando uno tras de otro los estudiantes, menos el tuerto que se quedó con él un rato haciendo mucho ruido con los pies jorrasreándolos, para que el molinero creyera que estaban allí todos, y diciendo además de cuando en cuando con tonos de voz diferentes:

—¡Abate Cucol!... ¡Si te descuidas un poco, Martín!... ¡No vale hacerse coger adrede!... Por poco coges ahora á Pedregales... ¡No vale hablar!... ¡Silencio!...

Después se marchó también el tuerto tras de los otros, dejando solo á Juan con los ojos vendados y con los brazos extendidos palpando las paredes.

Cuando la molinera entró en el portal con su cesta de ropa, Juan se dirigió hacia donde oyó pisar y la agarró por un brazo, diciendo muy contento:

—¡Este paga, éste paga!

—¿Tú te has vuelto loco?—le dijo ella.

—¡Ah! ¿eres tú?... ¿Y dónde están los estudiantes?

—¡Anda!... ¡Lo que hace que marcharon! ¡Y bien contentos!... ¡Me hicieron más cumplidos!... Y luego allá se les sentía ir dando unas risadas!...

—¡Pues no son pillos!... ¡Marcharse sin pagar!...

—¿Pero no te pagaron?

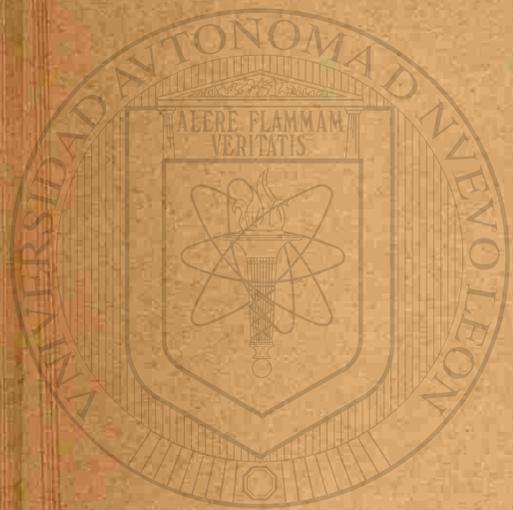
—No, mujer: verás...

Y la contó lo sucedido.

—¡Ay, Juan!—le dijo ella cuando acabó de hacerla la relación:—eso no le pasa á nadie más que á tí...

—A mí y á cualquiera...

Y tenía razón Juan: á cualquiera que busque responsabilidades con los ojos vendados.



LA COBRANZA

6

LA SEGUNDA PARTE

(que es, como siempre, la más lastimosa.)

El pobre Juanón el molinero ya se conformaba con perder la merienda opípara que le habían comido los estudiantes, porque no era amigo de meterse en aventuras ni de andar en cuestiones.

Pero su mujer no pensaba como él y se empeñaba en hacerle ir á la ciudad á verse con el tuerto y sus compañeros y cobrarles lo que les habían comido y bebido, para que no se estuvieran acaso riendo de la gracia.

Se resistía Juanón dando sus razones; pero Dionisia, que ya recordarán ustedes que así se llamaba la molinera, no se las atendía, le hurgaba de continuo y no le dejaba ni á sol ni á sombra.

—Aunque no fuera más que por la ju-diada que hicieron contigo—le decía,—de

taparte los ojos y escaparse en seguida los grandísimos bribones, dejándote solo en el portal con los ojos vendados... ¡Vaya!... Digo que si no vas y los buscas y les cobras los veinticinco reales, no tienes sangre en las venas.

—Es que no creas que eso es tan fácil como á ti te parece—la contestaba Juan;— que hay que mirar muchas cosas.

—No hay que mirar nada más que hacerles por buenas ó por malas pagar lo que deben... ¿O es que les tienes miedo?... Mira, Juan, no seas gallina...

—¡Qué disparates decís las mujeres cuando perdéis la chabeta! ¡Mira tú que llamarme á mi gallina, que gané dos cruces y maté más de quince moros en la guerra de Africa!... Lo que es siete los ví caer... ¡Gallina á mí que estuve en la acción del Serrallo, donde me acometieron tres morazos como tres castillos, y á los tres los eché á cenar con Mahoma! ¡Vamos, que decirme á mí que si tengo miedo á los estudiantes!... Si no fuera mirando...

—Pues entonces, ¿por qué no quieres ir á cobrarles la merienda?

—Porque, mira, de su bella gracia ya sé que no me han de pagar, y por veinticinco reales no quiero yo andar en justicia; no hemos de ser por eso más pobres ni más ricos.

—Sí; pero ten presente que para perdido nada es bueno... y además, me vienen bien esos veinticinco reales para comprarme una saya de todos los días, que ando hecha un estrapajo.

—Lo mismo has de pasar sin ella...

—Y aunque no fuera más que por la burla...

—La burla, otros acaso la harán otro día de ellos, y pata...

—¡Dios mío!... ¡Qué hombre! —decía con verdadera desesperación Dionisia.— ¡Cada vez que me acuerdo de que nos comieron un lomo tan tierno y unas truchas tan frescas y tan ricas!...

—Figúrate que lo comimos nosotros.

—¿Por qué me lo he de figurar, si no fué así?... ¡En verdad que no! que lo ahorramos para ellos, los mamones... Y sobre todo el curro, un curro tan hermoso que valía...

—Hazte cuenta que le llevó la zorra.

—No quiero hacerme esa cuenta, no... Lo que has de hacer tú es ir á cobrarle, antes hoy que mañana.

—Eso no tiene hechura, mujer. ¿Dónde voy yo á buscar ahora á los estudiantes?... Si casi no los conozco; y sin casi...: no los ví nunca más que aquel día...

—Por de pronto no dejarás de conocer al tuerto, que era el taute, el que los capita-

neaba, y debe pagar por todos... Ese bien fácil es de conocer, porque está señalado por la mano de Dios... ¡Para que él sea bueno!

—Vamos, pues figúrate que voy á la ciudad, y veo al tuerto, y le conozco, y le digo que me pague, y me dice que no tiene dinero ó que no me debe nada... ¿Qué hago con él?

—Le llevas al Corregidor, que creo que es un señor muy tratable y muy justiciero.

—¡Le llevas!... ¿Y si no quiere ir?

—Si no quiere ir, vas tú solo y le cuentas al Corregidor lo que pasó, con todos los pelos y señales, que no dejará de creerte...

Nada, que al fin no tuvo el pobre Juan más remedio que afeitarse, mudarse la camisa, ponerse la ropa nueva y marchar para la ciudad á cobrar de los estudiantes.

—Mira, vuelve acá—le dijo su mujer cuando iba ya andando;—lleva la capa...

—¿Qué falta me hace?—dijo Juan.

—Sí, hombre, llévala—insistió Dionisia;—es mejor que la lleves: lo uno, porque á la tarde hará frío, y lo otro porque parezcas persona de más respeto, no vaya á creer el señor Corregidor que eres un pelagatos; porque como dice el refrán, «tal te veo, tal te aprecio.»

Volvió Juan como un cordero y se puso la capa, una capa azul buena que, por estar

el color del paño un poco pasado de moda, le regaló al volver del servicio el capitán con quien había estado de asistente.

—Oye—volvió á decirle su mujer después de haber salido otra vez de casa:—cuidado que vayas bien serio, con la cara bien embrunada; porque si te huelen la torta debajo del brazo, ¡já Dios! ya eres hombre perdido.

Llegó el molinero á la ciudad, se cansó de andar calles y callejas, y plazas y plazuelas, y también de ver estudiantes, pero sin conocer á ninguno.

Por fin se le ocurrió preguntar á un *burreño*, que así llaman á los de primer año, dónde vivía un estudiante tuerto que era de hacia la Montaña, y... con éstas y pocas más señas entendió el pipiolo por quién le preguntaban, y con las que él dió en seguida á Juanón, acertó éste con la posada del tuerto, teniendo además la fortuna de encontrarle en ella.

Como quiera que Juan con la capa azul parecía otra cosa, la patrona le dijo al tuerto que allí le llamaba un señor; y el tuerto, sin imaginar que pudiera ser el molinero, dijo que pasara adelante.

Y ya tenemos al tuerto en presencia de Juanón, que le dijo con apariencias de muy enfadado:

—Supongo que recordará usted quién soy y se figurará á lo que vengo...

La primera intención del tuerto de la Serna fué hacerse el desconocido y negarlo todo. Pero tuvo miedo al ver la cara *feroce* que llevaba Juan, y echó por otro lado, diciendo para sus botones:—Este bruto, si le incomodo, es capaz de esgañarme.

—¡Ah! Sí, hombre, mucho—dijo luego en voz alta, con un aire muy campechano. —Tú eres el molinero de Robledo... ¿Qué tal te va, qué tal?

—Bien, ¿y á usted?—le contestó Juanón.

—Bien... ¿Y qué tal tu mujer?... ¡Qué bien guisa! ¡Cuidado que nos puso la otra tarde una merienda que se podía presentar en la mesa del Rey!...

—Por cierto que ustedes no la pagaron, —añadió Juan muy serio.

—Es verdad, que...

—Y además—continuó Juanón,—me hicieron la infamia de esgañarme, vendándome los ojos para escapar...

—¡Quiá, hombre! ¡Aquello fué una broma! ¿No ves que estábamos en el tiempo de ellas?... Dice el refrán que por Antruido todo pasa... y ese fué el motivo, y esa es la explicación del chasco... aparente. Lo demás, en pagarte estamos.

—Bueno, pues *mostrad cómo*, que dice el catecismo.

—¡Hombre! Precisamente en este momento no tengo dinero; pero vete tranquilo y estáte seguro de que te pagaremos. Cualquiera día volvemos allá á merendar y lo pagamos todo junto.

—No me fío, ni me marchó sin cobrar. Págueme usted ahora, ó de lo contrario, se viene usted conmigo ahora mismo á ver las barbas al Corregidor.

—Hombre, si te digo que estamos en pagarte... Si no te pago hoy es porque no tengo dinero, y el Corregidor no me lo ha de dar tampoco. ¿Para qué hemos de ir?

—Para que sepa lo que ustedes hicieron conmigo, y para que declare usted allí la deuda...

—Pues lo siento mucho; pero de todos modos, no puedo ir; porque, mira, tenía el manteo roto y está á componer en casa del sastre, y la capa, la verdad, como he andado esta temporada tan mal de dinero, la empeñé el otro día; y así, sin manteo ni capa, no me atrevo á presentarme delante de ese señor, que me conoce de vista y sabe que soy estudiante y...

—Si es por eso—le dijo Juan,—si no lo hace usted más que por no tener capa, póngase usted la mía, que á mí lo mismo me da ir á cuerpo.

—Bueno: entonces, si te empeñas, vamos. Se puso el tuerto la capa de Juan y se

fuieron los dos á ver al Corregidor, que los recibió inmediatamente.

Habló primero Juan, haciendo la reclamación de la deuda y contando el suceso que la dió origen.

—¿Qué dice usted á eso?—preguntó luego el Corregidor al estudiante.

—Señor Corregidor—contestó con gran naturalidad el tuerto,—yo conceptúo que este hombre debe de estar loco: le he encontrado en la calle, me ha pedido por favor que entrara aquí con él para servir de testigo, y ahora ya ve usía con lo que sale... diciendo todas esas cosas tan raras... que le debo veinticinco reales de una merienda que tomé en su casa con otros amigos, cuando yo nunca he estado en su casa ni le he visto hasta ahora.

—¿Cómo que no ha estado usted en mi casa?—replicó Juan muy irritado.

—Como que no he estado—decía tranquilamente el tuerto;—ni sé si usted la tiene...

—¿De modo que nada de eso que dice es verdad?—preguntó el Corregidor al tuerto, mientras Juan hacía gestos de asombro y estallaba de ira.

—Nada, señor Corregidor—contestaba el tuerto:—lo dice porque se le antoja... Como si le diera la gana de decir que la capa que llevo puesta es suya...

—¡Y claro que es mía!—dijo Juan, del todo enfurecido.

—Vaya... ¿lo ve usía, señor Corregidor?—dijo el tuerto.—¿Ve usía como este hombre está loco?...

—Así parece—dijo el Corregidor; y llamando á dos alguaciles, mandó llevar al molinero con toda consideración á la cárcel mientras se averiguaba quién era, para entregarle á su familia.

Protestaba Juan, cada vez más fuera de sí, diciendo que él no estaba loco, con lo cual lo ponía peor, porque... lo que decía el tuerto:

—Ya ve usía... lo de todos los locos: todos dicen lo mismo...

Salió Juan del Corregimiento entre corchetes, y conociendo que por el pronto era inútil tratar de defenderse tal como se habían puesto las cosas, ante la perspectiva de pasar por lo menos aquella noche en la cárcel, decidió sosegararse para inspirar confianza á los alguaciles...

No tardó en conseguirlo, y en cuanto ellos se fueron convenciendo de que si estaba loco era un loco muy apacible y le dejaron en relativa libertad, á la vuelta de una esquina echó á correr y les dejó en blanco.

Cuando llegó al molino, todo sofocado y jadeante, le preguntó su mujer lo primero de todo:

—¿Te pagaron?

—¡Sí... á toca teja!...

—Pero ¿qué has hecho de la capa, ahora que me acuerdo?

—Se me quedó el tuerto con ella... y gracias que yo vine.

Después contó á su mujer todo lo que le había pasado, sin exceptuar la manera como se había quedado sin capa, y concluyó diciéndola:

—Te empeñaste en hacerme ir por lana, y he vuelto esquilado.

UNA DEFINICIÓN

El niño mayor de la condesa de Rivas-Altas tenía diez y siete años, y el menor... cuando menos provisionalmente, año y medio. Entre los dos había escalonados otros ocho, número por el cual ya se comprende que tenían que ser menudos los escalones.

La condesa no criaba á sus hijos, porque no tenía naturaleza para ello; pues aunque se la veía gruesa, fresca y hermosa, la estaba acechando la anemia, padecimiento obligado de toda persona elegante, y ¡pobre de ella, de la condesa, el día que se metiera á criar!... Que no se metería, porque el médico la aseguraba que sería un crimen, y no estaba dispuesta la condesa á ser criminal por nada del mundo.

Pero, eso sí, cuidaba solícita de que la sustituyese en la primera de las funciones de la maternidad una pasiega, ó una asturiana, ó una vizcaína, sana en todo caso y

robusta y retribuída largamente y mantenida y tratada á «qué quieres, pico».

Tampoco podía encargarse la condesa de la educación de aquellos pedazos de sus entrañas, aunque los quería muchísimo, porque la verdad era que no tenía tiempo. Realmente, á una señora que hace lo que hoy llaman vida de sociedad, no la queda tiempo para nada. Aunque se levante temprano, á eso de las once, entre el arreglarse para ir á misa de doce, y la misa, y el almuerzo, y el vestirse para paseo, y el paseo, y la comida, y el vestirse para el teatro, y el teatro y el baile, si le hay... se la va sin sentir el día y aun la noche, sin que la quede ni un cuarto de hora para enseñar el Padrenuestro ó la Salve á sus hijos... Gracias que les pueda dar algún beso de vez en cuando.

Pero sobre este particular de la educación de la familia, descansaba la condesa en las comunidades religiosas. Los padres jesuitas la educaban con esmero los niños, y las madres del Sagrado Corazón la educaban primorosamente las niñas, enseñándolas á bordar la seda y á estropear el castellano, en colaboración esto último con la gramática de la Academia, hasta hacerlas salir diciendo, verbigracia: «A mamá *le* quiero muchísimo»... «A la madre Valenzuela casi no *le* conozco»... Todo porque la gra-

mática de la Academia preceptúa neciamente decir *le* en los dativos femeninos; y como las niñas, igual que las madres y que los académicos, no suelen tener el discernimiento suficiente para distinguir los casos unos de otros, dicen también *le* en los acusativos.

Mas el que la condesa tuviera encomendada la educación de sus niños y sus niñas á los jesuitas y á las monjas, no quitaba que ella también les diera algunos buenos consejos en tiempo de vacaciones, y cuidara sobre todo con exquisito cuidado de conservarles la inocencia.

Para esto tenía prohibido rigorosamente que delante de ellos se hablara de amores, ni de matrimonios, ni de nacimientos, ni de otras muchísimas cosas. Cada vez que se aumentaba la familia, cosa que, como he dicho, sucedía con bastante frecuencia, la condesa tomaba todo género de precauciones para que no se enteraran de nada las pobres criaturas... Papá había encargado un niño á París, á un gran bazar donde vendían muñecos vivos, y estaba ya para llegar de un momento á otro... Luego mamá se había constipado mucho, y no salía de su habitación... Después oían llorar una criatura... Era que acababa de llegar de París el niño encargado, y ya se les presentaba oficialmente. Los venidos de París con ante-

rioridad parecían tragar la bola, y la condesa se quedaba tan satisfecha de su táctica.

El primogénito, que se llamaba Javier como el conde, había concluido el bachillerato en Chamartín, y como se manifestara inclinado á seguir la carrera de Jurisprudencia, le habían enviado á la Universidad de Deusto para que, bajo la dirección y la tutela de los mismos padres jesuitas, continuara instruyéndose libre del contacto maléfico de jóvenes calaveras y llenos de vicios. Tenía, como he dicho, diez y siete años; le apuntaba el bozo, y era ya tan alto como su padre; pero estaba todavía en ayunas de toda malicia. Por lo menos, así lo creía la condesa. Mas ¡ay! que la malicia tiene el hocico tan delgado, que se introduce por cualquier parte.

Seguían á Javier en edad dos niñas preciosas, Luisa y Esperanza, de quince años y medio y de catorce, respectivamente, que estaban en el Sagrado Corazón ignorantes también de todo lo malo.

Javierito acababa de venir de la Universidad, terminado el curso, con las notas de sobresaliente y dos premios.

—Parece mentira—decía el conde á la condesa,—que este chico haya estudiado ya con tanto aprovechamiento todo el Derecho romano, y esté, como dices, tan atrasado de noticias.

—Pues no lo dudes—le contestó ella:—no tiene malicia ninguna; está lo mismo que Luisín.

Luisín era otro hijo de cuatro años y medio.

Un día, estando á la mesa almorzando, el alumno de Deusto se puso á explicar á sus hermanas las colegialas, que también habían salido á vacaciones, lo que era el matrimonio entre los romanos, y las diferencias que existían entre aquella legislación y la nuestra, pasando á hablar con este motivo de nuestra donación esponsalicia, que, cuando por cualquier causa no llegaba á verificarse el matrimonio, se devolvía, si entre los novios no había mediado ósculo.

La condesa, que desde el principio de la explicación estaba ya en brasas, cuando oyó esto del ósculo interrumpió á su hijo, preguntándole:

—Dí, Javierín, ¿cómo fué aquello que me escribiste de cuando estábais en la novena de la Inmaculada y se encendió un pliegue del pabellón con una vela?... ¿Qué susto os llevaríais todos, hijo mío! ¿Verdad?

—Sí, mamá: muchísimo susto...

—Como el que me he llevado yo ahora,—añadía por lo bajo la condesa.

—Verás cómo fué, mamá, verás...—

añadía Javierito, y se ponía á contarle.

Poco después, otra niña algo más pequeña preguntaba á su padre qué era el ósculo, y él la tenía que contestar que una moneda antigua.

—¿Y ahora ya no hay esa moneda, papá?

—No, hija mía: ahora ya no pasa...

Otro día estaba la condesa preparándose para salir á paseo, cuando entró en el tocador Luisín, el de los cuatro años y medio, que era un niño precioso, y la dijo:

—Mamá, ¿qué es un ángel?

—Un ángel...—dijo la condesa pausadamente, como tratando de acomodar la definición al infantil entendimiento de su hijo.—Un ángel es una criatura muy hermosa, es... un niño... que vuela.

—¡Y no! ¡Mentirosa! Que me engañas,—la replicó Luisín.

—¿Por qué, hijo mío?... ¡Jesús! Eso no se la dice á mamá, hijo de mi vida... mamá nunca miente...

—Entonces, ¿para qué la dice Javierito á Fermina que es un ángel?—preguntó el niño...

Fermina era la doncella, una morena muy guapa.

La condesa, sobresaltada, volvió á preguntar á Luisín:

—¿Qué la dice, hijo mío; á ver?... ¿Cómo la dice?...

—Mira, verás, mamá. Está allí Javierito junto á Fermina, en el cuarto de la plancha, y la dice: «Te quiero mucho, mucho... hermosa... eres un ángel»... ¿Por qué se lo dice si Fermina no vuela?

—Porque sí, hijo mío, porque... va á volar en seguida...

.....
Y en efecto, despidió á la doncella inmediatamente.



EL RECONOCIMIENTO

La columna carlista de Gómez, que en la primera guerra civil, constantemente perseguida por fuerzas mucho más numerosas, hizo sin contratiempos graves aquella famosa expedición por todo el Reino, que es una de las operaciones militares de más mérito que registra la historia, se dirigía á León, y detrás, á una ó dos jornadas de distancia, iba el numeroso ejército de Espartero.

Perseguidores y perseguidos parecía que andaban jugando á la moria capitoria, como los galanes aquellos de la cosillina inventada para significar el argadillo:

Cuatro galanes
Andan en danza;
Corren y corren...
Nunca se alcanzan.



Así les pasaba á aquellos dos ejércitos: no solían alcanzarse, lo cual para ellos no era malo del todo.

Pero los pueblos, que tenían que contentar á los unos y á los otros, sufrían lo indecible.

Llegaba un día la columna realista; y al llegar pedía raciones, y al marchar pedía bagajes.

Y al día siguiente, cuando el pueblo comenzaba á respirar y á estar á gusto, llegaba la columna liberal, mucho más numerosa, aparte de ser también más aborrecida, y pedía cuatro veces más raciones al llegar y cuatro veces más bagajes al marcharse.

Y no había remedio: los pobres alcaldes tenían que buscar bagajes y raciones por donde pudieran, porque si no... ¡buena la hacían!

Una tarde llegó la columna de Espartero á Villamurada, llamémosla así, á la misma hora próximamente que había llegado dos días antes la de Gómez.

Con mucho trabajo y con grandísima dificultad logró el Ayuntamiento suministrar las raciones necesarias; porque ya se ve que diez mil hombres no se racionan así como quiera en una villa de corto vecindario.

Pero no era ésta la más negra; sino que á la mañana siguiente, el encargado de la brigada de municiones y pertrechos llamó al alcalde y le dijo:

—Para eso de las tres de la tarde, que

será la hora que podremos salir, después de comer y descansar un rato, necesito doscientas caballerías mayores para bagajes, pues las que traigo son de muy lejos, vienen abarrancadas y hay que relevarlas sin remedio.

—¿Doscientas caballerías ha dicho usted?—le replicó el alcalde.

—Sí, señor: doscientas he dicho.

—¿Y dónde voy yo por ellas?

—Donde las haya.

—Pues lo que es aquí es imposible reunir tantas, porque, vamos, materialmente no las hay... Pediré algunas á los pueblos del redor; pero se harán los remolones y no las traerán á tiempo, porque son muy tunos... Si usted me firmara unas órdenes para los alcaldes de esos pueblos exigiéndoselas á rajatabla... á usted le tendrían más miedo y...

—Yo le firmo á usted todo lo que usted quiera, con tal que los bagajes no me falten á la hora que le he dicho... Ya lo sabe usted...

El alcalde se fué á la Casa-Ayuntamiento é hizo al fiel de fechos extender veinte órdenes en los términos más terribles que se le ocurrieron, dejando en blanco el número de caballerías y el nombre del pueblo para ponerlos después más despacio, y volvió con ellas al alojamiento del encar-

gado de la brigada, que se las firmó y selló inmediatamente.

Al tratar luego de llenar los claros, el alcalde de Villamurada discurre de este modo: «Si los pueblos se hacen ronceros y no acuden á tiempo con los bagajes, quien va á pagar la farda es la villa, porque no habrá más remedio que aprontar aquí caballerías de cualquier manera... Pues me parece que, en pago de este riesgo, bien merece quedar libre de escote si los pueblos acuden»...

Y fué y puso diez caballerías á cada pueblo, repartiendo así las doscientas entre los veinte, para que el suyo quedara en el doble de la manta, como suele decirse.

Cuando el alcalde de Vegahonda recibió su orden respectiva, se echó á temblar... y á discurrir la manera de darla cumplimiento.

—¿Dónde encuentro yo ahora diez caballerías disponibles?—se dijo.—Porque las yeguas, como si lo viera, todos me van á decir que están preñadas, aunque no lo estén... El caballo del pisonero... el del cirujano... en último caso el del señor cura... No: lo que es diez, no es posible... Como no mande ir las yeguas, calle y casa á hita, sin escuchar disculpas ni atender á razones... Pero entonces tiene que ir la

mía la primera, porque quedó la corrida el día pasado ahí, en casa del albéitar, mi vecino... Y ahora que digo del albéitar... si ese majadero pudiera servir alguna vez para algo... Voy á ver... voy á ver...

Tras de este discurso íntimo y luego que meditó un poco la cosa, mandó al procurador tocar á concejo, y cuando tuvo reunidos los vecinos les dijo:

—He mandado juntar el concejo porque acabo de recibir este oficio que, como ustedes verán, le pone á cualquiera los pelos de punta. Atiendan ustedes.—Y leyó:

«Ejército expedicionario.—Brigada de municiones.—En el improrrogable término de cuatro horas, y bajo la más estrecha responsabilidad, se servirá usted poner á mi disposición en Villamurada diez caballerías mayores para bagajes, con apercibimiento de que, de no presentarlas á tiempo, será usted sometido á un consejo de guerra como faccioso y juzgado con todo el rigor de la Ordenanza.—Dios guarde á usted muchos años. Villamurada... *etcétera*. (Aquí hay una firma que no se puede leer... me parece que dice *González*, pero lo mismo da.)—Señor alcalde de Vegahonda.»

—Como ven ustedes—continuó diciendo el alcalde,—la cosa es seria, y no hay más remedio que llevar pronto las caballerías que piden...

—Es verdad,—dijeron unos cuantos vecinos.

—¡Buenas chanzas tienen los militares! —añadió alguno.

—No hay más remedio,—dijo otro.

—Bueno: pues no siendo justo—continuó el alcalde—que las yeguas preñadas vayan de bagaje habiéndolas vacías, como las habrá de seguro, las cuales pueden ir perfectamente, porque eso tienen que hacer, y no las viene mal el paseo para que se las quite el vicio... no siendo justo, como digo, mandar de bagaje una yegua preñada, porque es exponerla á abortar y hacer, por consiguiente, á su dueño un flaco servicio, he determinado que se traiga la večera de las yeguas á la alameda y que una vez ahí rodeadas, el señor veterinario las vaya reconociendo todas, una por una, y diciendo las que están preñadas y las que están vacías, para luego de entre estas últimas enviar de bagaje las que por vez las corresponda...

—Está bien pensado... Muy bien dispuesto,—dijeron algunos vecinos inocentes.

A otros no les dió buena espina la cosa; pero callaron hasta ver en lo que paraba...

—Con que á ver si hay por ahí unos rapaces—añadió el alcalde—que vayan de un pronto á avisar al yegüero para que las traiga... y á ayudarle, porque si no ¿cuán-

do llega él á acabildarlas según estarán de esparcidas?

A la media hora estaban ya las yeguas atropadas en la alameda y casi todo el pueblo reunido allí, unos como interesados en el reconocimiento, y otros como curiosos á ver el milagro... ó lo que resultara.

Luego asomó el albéitar acompañado del alcalde, que le venía diciendo por lo bajo:

—... Ya sabes... Esa rojica que está á la parte de acá con una estrella en la frente, es la mía; aquella negrona paticalzada que se está fregando contra el chopo, es la de mi yerno; esa otra castaña que amusga ahora las orejas contra la tuya, es la de mi cuñado Andrés... Las demás allá tú... Pero no conviene que declares vacías todas las otras, porque parecería mucha casualidad que sólo estuvieran preñadas las nuestras... De suerte que de cuando en cuando, declares preñada alguna más, aunque no sepas de quién es...

Llegaron y empezó en seguida el reconocimiento.

El albéitar se arrimaba á una yegua por el lado izquierdo, la ponía la mano derecha extendida en la parte posterior del vientre, debajo de la falda, y después de unos minutos decía en alta voz y con mucha gravedad: ¡preñada! ó ¡vacía! según los casos.

Al principio todo el mundo guardó cier-

to respeto al acto; pero aquella actitud no duró mucho. Cuando el albéitar reconoció la yegua del tío Marrajo, el cuñado del alcalde, ya quiso haber un poco de riña.

Excusado es decir que la calificación, pronunciada con especial solemnidad, fué la de ¡preñada!

—¡Si, de moscas!—dijo el tío Golondrín muy mal humorado, porque acababa de declararse *vacía* la suya; y añadió con aire provocativo:

—¡Con que no anduvo á la parada!

—¿Y eso qué tiene que ver?—le replicó el tío Marrajo defendiendo la calificación;— ¡puede ser que no se haya visto otra!

—¡Claro que no se ha visto!

—Pues anda, que cuando el *profesor* lo dice...

—Como si lo dijera el perro del ganado.

—Pues, hombre, creo yo que los que lo estudian lo tienen que saber... porque si no lo saben los que lo estudian... ¡lo sabremos tú y yo!... ¿te parece?

—Lo que me parecé á mí es que están ustedes hablando de más—dijo el alcalde queriendo cortar aquella disputa peligrosa, tras de lo cual continuó el reconocimiento.

El *facultativo* siguió palpando barrigas de yeguas y diciendo lo primero que se le venía á la boca, *preñada* unas veces, otras

vacía, sin cuidado alguno, puesto que ya estaban á salvo todas las recomendadas, la suya por supuesto, la del alcalde y las de los parientes del alcalde.

Y sucedió que entre un montón de yeguas que se metían unas por otras para demosquear, pues aunque era ya en Septiembre, todavía calentaba el sol de firme, estaba un caballo que tenía el pisonero para llevar las telas á la pisa.

El albéitar reconoció la primera del grupo, calificándola de *vacía*, y pasando adelante sin fijarse, puso la mano en la barriga del caballo...

—¡Chachos!—dijo en voz baja un mozo que lo notó á otros que estaban con él en el corrillo;— ¡está reconociendo el caballo del tío pisonero!

—¡Chist! callar, á ver qué dice,—indicó maliciosamente otro.

Y el *profesor*, después de un rato de observación, exclamó solemnemente:

—¡Preñada!

Una lluvia de improperios cayó sobre él en el mismo acto.

—¡Animal!

—¡Bruto!

—¡Zopenco!

—¡Burro!

—¡Bárbaro!...

—¡Si es un caballo, bestia!...

Cuando fué cesando el chaparrón, el albéitar, que era bastante desahogado, trató de rehabilitarse echándose á reir y diciendo:

—¡Si fué una broma!... ¡lo dije en chanzas!...

Pero sin dejarle acabar la frase, volvieron á irsele todos encima con otra granizada de insultos.

—¡Pillo!

—¡Bribón!

—¡Tunante!

—¡Querías engañar á la gente y dejar libre la tu yegua y las de los amigos!

—¡Y echar á perder á algún pobre!...

—¡Granuja!

—¡Tramposo!

—¡Tuno!...

Y si no se escabulle por entre las yeguas, hubiera habido más que palabras.

El alcalde, al principio, quiso, por la cuenta que le tenía, sostener el reconocimiento, ó por lo menos la validez de las calificaciones hechas antes de la equivocación; pero no pudo.

La gente se le amotinó y no tuvo más remedio que mandar de bagaje indistintamente las diez primeras yeguas que estaban en turno, empezando por la suya.

ASPERGES

Alborozada de veras había despertado aquel día la noble y olvidada ciudad.

Las campanas de su catedral famosa, las de su vetusta colegiata, las de sus cuatro conventos de monjas y las de sus once iglesias parroquiales repicaban todas á un tiempo.

De los engalanados balcones del Consistorio, de la Diputación y del casino principal no cesaban de salir cohetes hendiendo el aire con prolongado silbido, que iba menguando poco á poco hasta extinguirse; y cuando ya parecía del todo apagado... ¡pum! ¡pum!... dos estampidos uno tras de otro...

¿Qué sucedía?

¡Pues apenas nada!... Que se inauguraba el ferrocarril, el suspirado ferrocarril, agente vivificador, arteria poderosa que había de rejuvenecer con nueva sangre á aquella pobre anciana.

Por eso andaban sus hijos tan contentos; por eso, cuando ya querían ser las once, bajaban todos hacia la estación nueva, que estaba á la orilla del río, á donde también acudían á bandadas á ver la máquina los aldeanos del contorno.

El Ministro de Fomento asistía personalmente á la inauguración; el Obispo iba á bendecir la línea; la Compañía concesionaria obsequiaba á los dos altos dignatarios y á las personas principales de la provincia con un banquete...

Entre los convidados que primero se presentaron en el andén se hallaba Colás el de Poblón, diputado á Cortes por uno de los distritos rurales que cruzaba la vía, á quien llamaban de muchacho en su pueblo el *Pavarró*, por su marcada similitud en la perspicacia con los pavos grandes. Mas á pesar de que en efecto parecía tonto, y no digo yo que no lo fuera, se había enriquecido y, mediante el pago de tres mil duros á un candidato ministerial á quien llamaban *Rinconete*, que por esa cantidad le cedió el distrito, había llegado á padre de la patria. Por cierto que lucía un frac nuevo, y como no estaba acostumbrado á él, no sabía qué hacer de las manos. A menudo buscaba instintivamente los bolsos para meterlas en ellos como acostumbraba cuando traía chaqueta; pero como no los encontraba,

las dejaba con desaliento caer de la más desairada manera.

Se había arrimado al Presidente de la Diputación, Paco Vega, que era un buen muchacho, inteligente y amable, de menos edad que él, pero á quien él llamaba respetuosamente don Francisco, y como casi no conocía á nadie más, no se separaba de él un momento.

Cuando llegó la hora, salió el señor Obispo, ya revestido, de una de las salas de descanso. La máquina destinada á conducir el primer tren oficial, muy enguirindolada con los colores nacionales, avanzó mansamente por los rieles, orilla arriba del alto andén, hasta colocarse á los pies del Obispo, que comenzó rociándola con el hisopo mojado en agua bendita y recitando en voz alta la fórmula correspondiente, que es el versículo 9 del salmo 50: *Asperges me hisopo, et mundabor...*, etc.

La gente del pueblo sostenía en tanto diálogos curiosos referentes á la ceremonia.

—¿Qué es eso negro con tantas banderas y tantas cintas? ¿es esa la máquina?

—Sí: esa es la locomotora.

—Y ¿por qué la han puesto tan maja?

—¡Toma! pues porque la van á bautizar.

—¿A bautizar?... ¿Y cómo la bautizan?

—Pues al respectivo, lo mismo que quien bautiza á un niño; porque, ya ves, la loco-

motora se mueve, y es como una criatura, fuera del alma...

—¿Y qué nombre la ponen?

—Mírale: ya le tiene escrito allí á un lao con letras doradas.

—¿A ver?... Ahí dice... *Gaudiosa*...

—Pues eso, *Gaudiosa*... el mismo nombre de la mina de donde sacaron el hierro para hacerla... Porque así como á un niño, aunque sea mala comparanza, le ponen el nombre de su padre, pues á ésta la ponen el nombre de su madre...

—No; si *Gaudiosa* creo que se llamaba la mujer de D. Pelayo...

—Pero también se puede llamar así la mina; porque las minas también se llaman como las personas... *Rosita*... *Juanita*...

Continuaba en tanto la bendición, que fué algo larga, y al pobre Colás, que fuera del *Asperges* que había oído cantar en su pueblo todos los domingos antes de misa, no entendía una palabra de las preces que en latín recitaba el señor Obispo, y además tenía ya gana de comer, se le hacía larguísima, interminable.

—¡Qué pesado es esto!—decía por lo bajo al Presidente!—Cuándo que le quitan la mitra, cuándo que se la ponen... cuándo que le dan el libro abierto, cuándo que se le quitan... En cuanto concluya la bendición comeremos, ¿eh?

—¡Ca! no, señor: si la comida no es aquí, que es en la estación de término. Primero tenemos que hacer el viaje.

Al diputado rural no le sentó bien la noticia; pero ¡qué remedio!

Concluyó al cabo la bendición; se subieron los convidados al tren; se puso éste en marcha, y en poco más de dos horas llegó al extremo de la línea. El Pavarro, que llevaba ya una gazuza que no veía, en cuanto se apeó del coche quiso irse hacia la fonda; pero don Francisco, como él decía, le advirtió que todavía no era la hora de comer, que primero había que firmar el acta.

Nuevo contratiempo.

Se asomó al comedor, sin embargo, para ver los preparativos.

La mesa estaba llena de flores y de frutas. Pero entre unas y otras había también apetitosas fiambres, con las que se le alegró el corazón, haciéndosele ya la boca agua. Se fijó especialmente en un salmón grande en salsa bayonesa, y después de mirarle bien fué á contarle el caso al Presidente de la Diputación, diciéndole:

—Hay allí un platón larguiteño con un pez entero de más de una vara de largo, metido entre barro amarillo.

—Será un salmón,—le dijo Vega.

—Y tiene allí una palina de plata... ¿Para qué es?

—Para apartar, para servirse.

—¡Qué tapín voy á levantar yo con aquella palina!

Al fin... entró la comitiva en la fonda, y Colás, que no se apartaba del Presidente de la Diputación, se fué junto á él y se sentó en seguida.

—¡Chist! levántese usted—le dijo su amigo,—que va el señor Obispo á bendecir la mesa.

El pobre Pavarro creyó que aquella bendición iba á ser tan larga como la de la locomotora, y tuvo gran disgusto. Se equivocaba, por supuesto: aquella bendición fué brevísima; pero así y todo, á él, que no era devoto ni mucho menos, ya le parecían demasiadas bendiciones.

Sentáronse todos. Viendo Colás que los demás desdoblaban las servilletas, desdobló la suya y encontró dentro una cartulina con adornos dorados.

—¿Para qué es este cartonín?—preguntó á Paco Vega.—No será de comer, ¿verdad?

—No; eso es la lista de la comida, el programa del banquete.

—¡Ah! sí: tiene aquí unos letreros...

—Sí: ahí dice lo que nos van á ir dando; pero le advierto á usted que está en francés...

—Ya sé yo algo de francés—dijo Colás,—de oír á mis niños que lo estudian en el

Instituto... *Avez vous votre chapeau... y así...*

El Pavarro comenzó á leer la lista, y al instante hizo un gesto de sorpresa; metió la mano en el bolsillo del chaleco, sacó el dinero que tenía, y apartó un duro y dos pesetas, que dejó sobre el mantel, guardando lo restante.

—¿Qué hace usted?—le dijo Vega.

—Preparar el dinero, porque no me gusta que luego me den prisa cuando cobren... Yo creía que esto era gratis; pero veo que dice aquí: *diner 28 août*, y este *août* no sé lo que es; pero *diner* ya sé que es dinero, y 28 supongo que serán veintiocho reales.

—No, hombre, no; esto no se paga. *Diner* quiere decir comida, y 28 *août*, 28 de Agosto, que es el día en que estamos.

—¡Ah!... ya.

Volvió á ponerse á leer, y en seguida dijo:

—Bueno: esto sí me gusta á mí, que se empiece por el vino, que en algunas partes se lo hacen á uno desear un rato, y á mí me gusta que lo sirvan pronto... Lo digo porque esto primero que dice *Consommé* será consumir, ¿verdad?

—No, hombre: *Consommé* es la sopa.

—¡Ah! ¿*Consommé* es la sopa? ¡Pues cualquiera lo entiende! No creía yo que se diferenciaban tanto el francés y el castellano.

El Pavarro continuó leyendo la lista, figurándose que entendía alguna palabra que otra, pero sin atreverse á comunicar sus figuraciones al Presidente después de la equivocación pasada, hasta que un poco más abajo de la mitad se encontró con una palabra que le hizo exclamar todo alarmado:

—¡A Dios!... ¡Quonian!...

—¿Qué le pasa á usted?—le preguntó su vecino.

—¡Reconian! ¿Sabe usted que nos va á marear hoy el Obispo?

—¿Por qué, hombre?

—Porque tenemos otro *Asperges* á media comida...

—¡Ca! ¿Qué me cuenta usted?...

—Lo que usted oye... Mire usted... Esto bien se entiende... ¿No dice usted que este es el programa? Pues mírelo usted aquí bien claro: *Asperges*... ¡Quonian! ¡Quonian! ¡Como sea tan largo como el primero!...

Y el Presidente de la Diputación, sin poder apenas contener la risa, tuvo que explicar al diputado rural que aquel *Asperges* que allí leía no era una nueva bendición, sino un plato de espárragos.

LOS MAIMONES

Cuando yo conocí á Juan *Galán* podía tener unos diez y ocho años, y era bajito de estatura, regordete y bastante feo; casi demasiado.

Le hacían mucha burla los otros mozalbetes, que sabían de memoria una especie de filiación ó reseña de Juan, en aleluyas de varias dimensiones, por este estilo:

Sus señas particulares
son un papo y tres lunares;

El pelo ensortijado,
de liendres empedrado,

Color de aceituna,
vergüenza ninguna, etc. ®

El mote de *Galán* creo que se le había puesto su madre, sin querer, naturalmente.

La pobre mujer, á quien, como á todas las madres, parecía su hijo hermoso como un

El Pavarro continuó leyendo la lista, figurándose que entendía alguna palabra que otra, pero sin atreverse á comunicar sus figuraciones al Presidente después de la equivocación pasada, hasta que un poco más abajo de la mitad se encontró con una palabra que le hizo exclamar todo alarmado:

—¡A Dios!... ¡Quonian!...

—¿Qué le pasa á usted?—le preguntó su vecino.

—¡Reconian! ¿Sabe usted que nos va á marear hoy el Obispo?

—¿Por qué, hombre?

—Porque tenemos otro *Asperges* á media comida...

—¡Ca! ¿Qué me cuenta usted?...

—Lo que usted oye... Mire usted... Esto bien se entiende... ¿No dice usted que este es el programa? Pues mírelo usted aquí bien claro: *Asperges*... ¡Quonian! ¡Quonian! ¡Como sea tan largo como el primero!...

Y el Presidente de la Diputación, sin poder apenas contener la risa, tuvo que explicar al diputado rural que aquel *Asperges* que allí leía no era una nueva bendición, sino un plato de espárragos.

LOS MAIMONES

Cuando yo conocí á Juan *Galán* podía tener unos diez y ocho años, y era bajito de estatura, regordete y bastante feo; casi demasiado.

Le hacían mucha burla los otros mozalbetes, que sabían de memoria una especie de filiación ó reseña de Juan, en aleluyas de varias dimensiones, por este estilo:

Sus señas particulares
son un papo y tres lunares;

El pelo ensortijado,
de liendres empedrado,

Color de aceituna,
vergüenza ninguna, etc. ®

El mote de *Galán* creo que se le había puesto su madre, sin querer, naturalmente.

La pobre mujer, á quien, como á todas las madres, parecía su hijo hermoso como un

sol, acostumbraba á llamarle *galán* á cada paso, cuando era niño.

—¡Juan! Ven acá, galán... Haz *esto*, galán... Haz *lo otro*, galán...

Y como precisamente al pobre Juan le sentaba muy mal el epíteto, á la gente del pueblo la hizo gracia y le confirmó con él para toda la vida.

Juan Galán salió con afición á la música, y aprendió á tocar una chifla del sistema primitivo, algo parecida á una dulzaina. Sólo que aprendió á tocarla mal, y siempre la tocó lo mismo. Aparte de que el sonido de la chifla era de suyo bastante desagradable.

Juan se empeñaba, sin embargo, en acompañar con ella á los mozos todas las noches que cantaban la ronda, no sin que protestara siempre Manolín, el mozo viejo que tocaba el tambor, quejándose de que Juan con la chifla le hacía perderse.

—En cuanto se pone á mi lado ese demonio de ese disonante, decía Manolín, y comienza á hacer el *flü, flü*, ya no sé por dónde ando.

Los demás mozos, fuera de Manolín, toleraban á Juan Galán porque les divertía mucho con sus cosas.

Cada noche inventaban un juego nuevo en el que Juan fuera el pagano, y al día siguiente contaban las inocentadas de Juan,

ponderando lo mucho que se habían reído á su cuenta.

La dueña de las ovejas que guardaba Juan, que por entonces era pastor, le convenía de cuando en cuando compadecida de su simpleza.

—No vayas á cantar la ronda con los mozos, Juan, no vayas—le decía.—¿No ves que hacen diabluras contigo, y siempre se ríen de tí?... ¡Cuánto mejor estás en casa!

—¡Quiá! No, señora—la contestaba Juan:—déjeles usted que se rían... Ellos se ríen de mí, y yo me río de ellos... Así se divierte la gente.

Nada. No había manera de sacarle de esta conformidad desastrosa.

Una noche discurrían los mozos, para divertirse con Juan, ponerse á jugar en medio de la plaza á *Cierros*, que es un juego parecido al de la gallina ciega, donde la mayor dificultad no consiste para el vendado en coger á uno de los que andan alrededor y le dan cachetes y empujones, sino en acertar á decir quién es el que tiene cogido.

—*Cierro* tengo,—dice el vendado cuando ha logrado sujetar á uno de los que juegan.

—¿Quién es?—le preguntan en seguida.

—Fulano,—contesta él.

—¡Cebada!—le responden si no acierta; y tiene que seguir vendado.

Si acierta á decir el nombre del preso, le responde el coro: «¡Que lo pague!» y entonces se quita la venda para que se la ponga el cogido.

Excusado es decir que Juan no acertaba casi nunca.

Si por casualidad acertaba una vez y se veía libre, como llevaba zamarra, y era el único que la llevaba, en cuanto el nuevamente vendado le palpaba la lana conocía que era él, decía su nombre, y tenía Juan que volver á vendarse; con lo cual seguían dándole *cebada* y hundiéndole á golpes.

Habiendo llegado á entender que le conocían por la zamarra, discurrió quitársela.

Pero el infeliz se quedó en mangas de camisa, cuando los otros tenían chaqueta, y le conocían lo mismo...

Otra noche discurrían jugar á la *zapata*...

—A ver quién se pone en el corro—decía uno:—si no hay quien se preste voluntario, hay que echar suertes...

—Que se ponga Juan,—decía otro...

Y en efecto: Juan se prestaba voluntario, se sentaban en corro cubriéndose las piernas con una manta, y ¡corra la zapata, corral y la zapata corria sin cesar sin que Juan lograra cogerla en manos de nadie, y toda la noche estaba en medio llevando zapatazos en las costillas.

Otra noche discurrían jugar al *moscardón*, y... lo mismo. Juan Galán era el que estaba siempre en medio para que le volvieran loco á guantadas.

Pues una noche estando en la hila le propusieron otros mozos si quería ir con ellos á *maimones*.

—¿Qué son maimones?—preguntó Juan ingenuamente.

—¡Ja, ja, ja, ja!...

—Pero ¿no sabes qué son maimones?

—Pero ¿nunca has visto los maimones?

—Pero ¿no has ido nunca á maimones?

—Pero ¿dónde te has criado que no conoces los maimones?

La carcajada general y la lluvia de preguntas que siguieron á la suya, convencieron á Juan Galán de que los maimones debían de ser muy conocidos y de que, por consiguiente, no le convenía confesar su ignorancia, sino por el contrario, aparentar que estaba al tanto de todo y que sólo en broma había hecho la primera pregunta.

—¿Pues no he de saber yo lo que son maimones?—repuso Juan.—¡Bueno, bueno!... Lo sé de sobra...

—Entonces ¿para qué preguntabas lo que eran?

—¡Toma! porque en algo se ha de divertir uno.

—Bueno; y ¿te atreves á ir á ellos, ó no?

—¿Cuándo he dicho yo que no á nada?... Por mí, ya estamos andando...

—No van á salir esta noche los maimones—dijo siguiendo la broma uno de los ancianos de la hila,—porque es ya muy tarde.

—Sí salen, sí—le contestó un mozo:—todavía salen, y habiendo como hay un poco de nieve, mejor.

—Harto será que salgan—añadió una hiladora...—y lo que vais á coger será buen frío en el soto, porque siempre á las orillas del río corre una bufina...

—El frío es lo que menos importa,—dijo Juan Galán, siempre animoso para todo.

—Así es—dijo uno de los expedicionarios;—y especialmente á tí, si vas decidido á traer uno, poco te puede importar el frío, porque ya entrarás en calor.

—Denos usted dos ó tres costales,—dijo otro, dirigiéndose al ama de la casa.

—Bastante será uno,—replicó ella.

—No, no; denos usted dos ó tres—insistió el que pedía;—porque podremos acaso coger más de un bicho... y de todos modos más vale que sobren que no que falten.

Con todas estas cosas, combinadas allá á su manera en su angosto caletre, Juan Galán, que nunca hasta entonces había oído hablar de maimones, se iba figurando que se trataba de caza ó de pesca; es decir, que

los maimones debían de ser algunos animaluchos residentes en el río ó en sus orillas, y no se veía en horas de marchar para ver si lograba coger alguno.

En cuanto el ama de la casa trajo los costales, salió de la cocina la expedición, compuesta de siete ú ocho individuos.

—Hasta luego,—dijeron los que se iban.

—¡Que os pinte bien!—dijeron con aparente formalidad los que se quedaban.

Cuando los cazadores ó pescadores, pues Juan no sabía todavía lo que eran, llegaron al soto, el que dirigía la operación cogió á uno de sus compañeros y le dijo:

—Quédate aquí, que éste es buen sitio, y no te muevas hasta que te llamen. Y si sale alguno, dale un buen palo, á ver si le ataravinas. Si te ves apurado, llamas.

Veinte pasos más adelante cogió á otro compañero y le dijo lo mismo.

Y otros veinte pasos más allá, ya cerca de la orilla del río, entre unas salgueras, cogió á Juan Galán y le dijo otro tanto...

Por supuesto, que los dos primeros destacados, como conocían perfectamente la broma, en cuanto se quedaron solos echaron á andar para casa tranquilamente, y poco después de haber vuelto á entrar en la hila, entró también el resto de la cuadrilla, menos Juan Galán, que era el único que se había quedado de centinela en medio del soto.

Después de muy reído el caso se pusieron á jugar á la brisca, y llevaban ya jugados tres ó cuatro partidos, cuando el ama de la casa, compadecida del pobre Juan Galán, les dijo:

—¡Vamos, vamos! Dejad ya eso y volved por aquel pobre muchacho, que se estará helando de frío.

—¡Ca! No lo crea usted—la contestó uno.—Estará en sus glorias, esperando los maimones.

—Andad, andad—insistió ella,—que para broma ya es buena!

—Pues vamos allá,—dijeron ellos.

Y encaminándose silenciosos á la orilla del río, teniendo cuidado de no pasar por donde estaba Juan Galán, metieron en uno de los costales una piedra enorme que lo menos pesaría ocho arrobas, y después de bien atada la boca del costal, empezaron á gritar con alborozo:

—¡Luis! ¡Juan! ¡Quico! ¡Pepe! ¡Acá, acá, que ya cayó uno!

Juan Galán llegó de cuatro saltos á donde oía las voces, y se encontró con sus compañeros que aparentaban grande regocijo.

—Tardaron en salir—decían;—pero al cabo salió uno bueno...

—¿Es muy grande?—preguntaba alguno de los últimamente llegados.

—No, muy grande no es; pero está muy gordo,—le contestaban.

—Pesa como un pecado mortal,—añadía otro sopesándole.

Juan manifestó deseo de verle; pero le pusieron por delante el peligro de que se escapara si se abría el costal, porque no estaba muerto, sino solamente atontado.

—Lo que has de hacer es cargar con él cuanto antes—le dijo el director de la operación;—ya que no le cogiste, llévale.

Y el pobre Juan Galán, ayudándole los demás á echarle al hombro, cargó con el costal y echó á andar, llegando medio reventado á la cocina.

Entrar en ella y comenzar á llover preguntas zumbonas y burlescas sobre Juan, todo fué uno.

—¿Qué tal, Juan?... ¿Se te hacía el tiempo largo?—le decía una mujer con aparente benevolencia.

—¿Pesa mucho?—le preguntaba otra.

—Pocos habrás visto más grandes, ¿eh?—le decía la de más allá.

Juan contestaba á todos muy complacido y muy complacido, considerándose el héroe de la fiesta.

Mas allá, en su interior, le devoraba la curiosidad de ver el maimón y de saber qué clase de bicho podía ser aquél que siendo tan pequeño pesaba tanto.

—Vamos, ahora prepárate á matarle si te sientes con valor para ello,—le dijo el mozo que había dirigido la cazata, entregándole al mismo tiempo un hacha de cota.

—No tengas miedo—le dijo otro, queriendo meterle en aprensión: —si tienes miedo dame á mí el hacha.

—No, Juan no es miedoso,—replicó el primero animándole, y añadiendo:

—Has de estar con mucho cuidado para darle un buen golpe en cuanto asome la cabeza... Pero no le has de dar con el corte, porque tienen el pellejo muy duro y no les entra el hacha: dale con la cota tras de una oreja, que es la manera de que no vuelva á rebullir ni poco ni mucho.

Juan Galán cogió el hacha, la levantó en actitud formidable, y clavó los ojos en el bulto con gran fijeza.

Un mozo cogió el costal por los cornijales y empezó á tirar de él poco á poco para que el maimón se fuese corriendo hacia la boca.

Cuando ya estaba cerca, y mientras todos encargaban á Juan mucho cuidado de no dejar escapar el bicho, el del costal tiró de pronto, y dejó al descubierto en medio de la cocina un descomunal canto rialengo, sobre el cual descargó Juan con todas sus fuerzas un enorme martillazo con la cota del hacha, no sin que le mancara los dedos

el astil por la repercusión del golpe dado tan en duro.

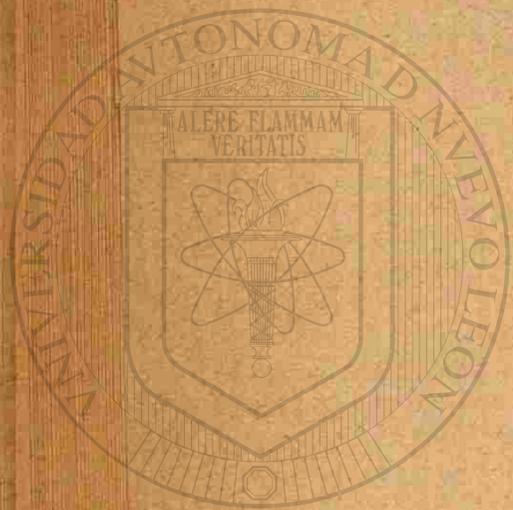
La risa estrepitosa que soltaron todos al sonar el martillazo no fué bastante para sacar de su error á Juan Galán, que se disponía á segundar, y lo hubiera hecho con más fuerza si no le quitaban de la mano el instrumento.

No le cabía á él en la cabeza que aquello que tanto trabajo le había costado traer desde la orilla del río no fuera en realidad un animalucho. Estaba viendo la piedra, y todavía le parecía que iba á echar á correr y á escaparse.

—Pero, tonto, ¿no ves que es un canto? —le dijo por fin el ama de casa pudiendo con trabajo hacer oír su voz entre las carcajadas de los demás.

Entonces Juan se rió también como todos, y poco después repetía muy conforme:

—Así se divierte la gente.



EL CRIADO MAYOR

No era mala persona el tío Blas... Un poco arbolario, algo hablador, bastante presumido, y muy raro y muy impertinente; pero ¿quién está sin defectos en el mundo?...

En cambio, era fiel y trabajador, amigo de cumplir con su deber y de que todos hicieran lo mismo; tan á ley andaba, como si el caudal fuera suyo, y cerca de él jamás holgazaneaba nadie.

Era el criado más antiguo, ó el criado mayor, como él se solía llamar, aunque á veces todavía se daba otro ascenso y se llamaba mayordomo, palabra que, según él, venía de las dos latinas *major-domo*, que quieren decir: el mayor en la casa... después del amo, naturalmente.

Hay que advertir que el tío Blas había estudiado, de rapazuelo, un poco de latín con los frailes de Trianos, circunstancia que, alentando su presunción, contribuía no poco á hacerle insufrible.

—No creas, Pepín—me decía la primera vez que volví yo del estudio á vacaciones, tratando de examinarme,—no creas que estoy tan impuesto como antes: de algún tiempo para acá se me va olvidando un poco; pero hasta estos años últimos lo mismo me daba á mí hablar en latín que en castellano... Sabía yo ir por vino á Valoria, y á la vuelta traerme los estudiantes de Palencia embobados detrás del carro hasta el puente de Anguarinos echándoles latines.

Lo peor era que no se limitaba su presunción á saber latín, sino que se extendía á todo. El era, en su sentir, el que mejor araba, el que mejor segaba, el que mejor sabía hacer todas las cosas, y aun el único que sabía hacerlas.

Con aquello de que era el criado mayor, todo lo quería mandar él y no dejaba en paz á los otros criados, que se enfadaban cuando eran nuevos, y acudían con quejas diciendo que á aquel hombre no se sabía cómo entenderle, ni se le podía dar gusto, porque no encontraba nada bien hecho no haciéndolo él, y para eso lo mejor era dejarle á él solo... En lo cual iba envuelta una amenaza de marcharse.

Mi madre les templaba el enfado dándoles la razón, porque solían tenerla; pero encargándoles que respetaran al tío Blas, que era muy antiguo en la casa y además iba

ya siendo anciano; que le obedecieran siempre que fuera posible, ó por lo menos cuidaran de no contrariarle de frente, pues aunque tenía sus rarezas, no se podía prescindir de él por ser el que conocía los mojonos de las heredades y el que estaba al tanto de todo... En fin, venía á decirles que había que soportarle. Lo mismo que se dijo hace años de cierto presidente del Consejo de Ministros, bastante parecido al tío Blas, por lo menos en las malas cualidades.

¡Pobre tío Blas!... Me acuerdo mucho de una de sus majaderías, que pudo costarle bien cara.

Estábamos en la era una tarde á eso de las tres con un sol terrible. Las yuntas se movían perezosamente en la trilla, formando círculos y haciendo oír el monotonó ronron de los cambicios frotando con los palos de enganche, y el suave roce de los trillos sobre la paja. Iban á volver los obreros á segar después de la siesta, cuando comenzó á soplar débilmente el aire del Norte, que en todo el verano apenas se había sentido.

—Pica un poco el cierzo—dijo el tío Blas, que, apoyado en el mango del gario, descansaba un momento de su tarea de voltear la trilla,—y si se formalizara no íbais á segar esta tarde y os quedábais á limpiar, que es cosa que hace mucha falta, porque

ya casi no nos queda sitio donde echar otra trilla, y ésta ya va bien molida... Tenemos toda la era enredada con parvas... como no ha hecho aire... Sí, sí—añadió luego resueltamente al ver que el cierzo iba arremediando:—vamos á aparvar esta trilla, que es la que más estorba, y nos ponemos todos á limpiarla... ¡Eh! Barred los trillos y sacadlos —dijo á los rapaces que trillaban medio dormidos.—Tú, Martín, engancha unos bueyes al aparvador, y á aparvar á prisa: ahí tienes gente... Tú coges otro gario—dijo dirigiéndose á otro criado, á Jerónimo,—y me ayudas á componer la parva... Las obreras, que agarren los balesos, y á barrer...

Todo se hizo prontamente según las órdenes del tío Blas, que venía á ser una especie de capitán general de la era.

—¡Hala!—dijo cuando se acabó de hacer la parva.—Ahora á poner señales, á coger los bioldos y á limpiar con codicia.

También fué obedecido en esto, y comenzada la operación, comenzó él á dar tachas, según su costumbre, y hacer advertencias.

—No tan alto, Martín, no lo tires tan alto, que es fuerte el aire y lo lleva todo junto... Al codo, Juan, al codo esa paja... No consiste en tirarlo adelante... Parece que estás espalando... Para limpiar bien, mucho unto de muñeca...

En esto llegó de casa una criada diciéndole que la señora llamaba al tío Blas.

—¡Váyase por Dios!—dijo éste dándose tono; y se marchó con la criada.

El caso era que un vecino había ido á quejarse á mi madre de que los criados le habían deslindado mal una tierra que no estaba surcada. Mi madre llamó al tío Blas para preguntarle. Mas como el tío Blas no daba razón por no haber ido él á segar allí, le mandó ir á verlo.

Mientras tanto, como el cierzo no se paró en toda la tarde, ni los limpiadores tampoco, más que un momento para mendrar, al ponerse el sol acababa de salir el *pez*, que así llamaban al muelo, por su forma alarguetada como la de un pescado.

Cuando ya las obreras estaban azarandando y los criados midiendo el trigo limpio, llegó el tío Blas á la era, de vuelta de su expedición imprevista, y dijo al ver concluida la obra:

—Mucho corristeis... harto será que lo hayáis hecho bien... no estando yo aquí, nunca van bien las cosas... ¿A ver, á ver?...

Y diciendo estas últimas palabras, echó mano á un bioldo y comenzó á tirar paja al aire.

De la primera bioldada volaron hacia atrás dos granos; de la segunda, tres...

—Lo menos media fanega de pan habéis dejado ir con la paja,—dijo el tío Blas sin parar de tirar bieldadas al alto.

—¡Quiá!... Menos lobos, tío Blas,—dijo Martín.

—Menos lobos sí, pero más trigo, porque lo menos tiene una fanega—replicó el tío Blas al ver que seguían saliendo granos...—¿Una fanega dije?... Y también fanega y media—añadió al encontrarse con cinco ó seis granos en otra bieldada.—Y ha de haber que volverlo á pasar, porque tres cuartos de trigo, al precio que trae... y con lo que subirá todavía, importan cerca de cuatro duros, y cuatro duros bien pagan el trabajo de limpiar la parva de nuevo... Pero, ¡sí, sí! ¡Buenos tres cuartos nos dé Dios!... Lo menos tiene media carga... ¡Vamos!... Es que esto es cosa perdida... Andará cerca de las tres fanegas...

Así iba aumentando cada vez un poco, sin dejar de tirar paja al aire, cuando acertó á coger una bieldada de donde habían apurado el rabital, que es por donde pasan los granos fallidos, y salieron como una docena... Aquello fué ya el acabóse. Ya no tuvo reparo en completar la carga.

—Lo menos una carga de trigo habéis dejado ir á la paja—dijo muy formalmente, —y no hay más remedio que volverlo á limpiar: no puede quedar así... Con que,

agarrarse á los bieldos, y manos á la obra, que aunque viene la noche, hay buena luna.

Criados y obreros le obedecieron á regañadientes, y se pusieron á limpiar en la paja limpia.

Al principio guardaban silencio; pero cuando se les fué pasando el mal humor y fueron á la vez adquiriendo certeza de lo enorme del chasco que se iba á llevar el tío Blas, puesto que no aparecía el trigo por ninguna parte, comenzaron á descolgarse con bromas.

—Me parece, tío Blas—decía un obrero, —que la carga va á ser un poco escasa.

—Siempre se quedará en fanega,—añadió otro...

—¿Fanega dices?—replicaba el de más allá.—¡Emina que fuera!... ¡Si no se tropieza un grano!

—El grano siempre se va escurriendo hacia el suelo—decía ya un si es ó no es acobardado el tío Blas, como quien ve las orejas del lobo. Pero no queriendo dar todavía su brazo á torcer, añadía:—Ya parecerá el grano, ya parecerá...

Duró la limpia hasta cerca de la media noche; y ¿sabes lo que salió después de tan larga faena?—me decía el amigo que me contaba el caso.—Pues entre granos mer-mados y granos de niebla y granos de ne-guilla... celemín y medio...

—¿Y qué dijo el tío Blas, el de la carga?...

—La *carga* fué la que le dieron á él entre todos con burlas y cuchufletas, pues cada uno le decía la suya.

No pudiendo sufrir más, se marchó aburrido, se metió en la cama, y de la corajina tuvo un ataque á la cabeza.

No creas que fué cosa de poco, que hubo que ponerle sanguijuelas, y estuvo si se va si se viene...

Afortunadamente, se curó del ataque, y aunque de su fatuidad no se curó del todo, por aquello de que «genio y figura...», sí se reformó algo, y fué desde entonces más razonable y menos presumido.

CALENTURA PALÚDICA

—No os burléis nunca jamás de ningún *físico*—decía el Parletán de Poblón á unos mozos que se reían del albéitar porque había asobinado una vaca descordada y lo había hecho con tal habilidad que después de la operación cojeaba más que antes;—no os burléis nunca de ningún físico, porque los físicos siempre tienen que saber más que nosotros, porque lo han estudiao, y los que lo estudian son los que lo saben.

Me ha pasado á mí sobre eso una cosa que... nunca se la he contado á nadie; pero veréis...

¿Os acordáis de aquel cirujano que tuvimos, algo cegaratoso, que se llamaba don Polonio Moral, y nosotros le llamábamos *Morral*, porque decíamos que no sabía una palabra?... Pues con aquél me pasó á mí un caso que no se me olvida...

La primera vez que yo aliqué á la mi Robustiana, me acuerdo como si fuera aho-

ra, la dí de firme... Veréis cómo fué. No hacía más que dos meses que nos habíamos casado... Un domingo después de comer me llamaron á la casa de Concejo á echar la robla del toro, que le habían vendido, y á la verdad, como el vino era bueno, de La Moraleja, bebí algo mucho.

Cuando volví á casa me dijo la mujer:

—Vamos al rosario, que ya tocaron la última.

—Bueno, mujer: vamos,—la dije.

Pero ya en el portal para salir, noté que se había puesto un pañuelo pajizo de altiver, que no me gustaba á mí que se le pusiera, porque tenía otro igual la hija mayor del tío Circunloquios, á la que pretendí yo antes que á ella y me dió calabazas... Y es claro, viendo á mi mujer con aquel pañuelo, se me representaba la otra, que era mucho mejor parecida, y luego, al ver á la mía la cara, se me figuraba que veía al demonio, Dios nos libre...

—¿Por qué llevas ese pañuelo?—la dije al vérselo asomar por debajo de la mantilla.

—¿Por qué no le he de llevar?—me respondió.

—Porque no quiero yo que le lleves.

—¿Pues me dá á mí la gana de llevarle!

—Pues que te dé la de quitártelo ahora mismo.

—¡Sí; porque á tí se te antoje!

—Y nada más que porque á mí se me antoja, te le quitas.

—¡Que no quiero, ea!

—Mira, Robustiana, no me *inrites*, que te voy á santiguar, como hay viñas.

—¿Tú? ¡Quiá!... ¡El tío santiguaban!...

Ella que es terca, y yo que tengo malas moscas... se me alborotó la sangre, cogí un mango de un bieldo, que fué lo primero que encontré, y ¡zas! ¡zas! empecé á darla palos con él, ciego de ira, sin mirar dónde daba y sin parar hasta que se me cansó el brazo.

La rompí la cabeza por dos partes, pues aunque ella la escondía lo posible, todavía la alcanzaron dos palos buenos; y al llevarse la mano allá y advertir que sangraba, comenzó á dar gritos, llamándome bribón y tuno y diciendo que la había matado.

—Mira, no grites, que te esgaña—la dije echándola una mano al pescuezo;—al cabo... preso por mil, preso por mil y quinientas... Con que tengamos paz, lávate esas heridas con vino y romero, y como si no hubiera pasado nada...

—Sí, ahora, después de hacer el daño... —dijo ya un poco más tranquila y como tratando de volverse á buenas.

—Después de hacer el daño—la dije,—hay que tratar de remediarle, y no de ha-

cer encima otro mayor, como sería el de que lo entendiera la justicia.

Me obedeció: se lavó las heridas con vino y la cara con agua, haciendo desaparecer la sangre, y todo quedó así por el momento.

Al oscurecer dijo que se la partía la cabeza de dolor, que no se podía tener en pie, y se metió en la cama.

A otro día tenía un calenturón como un toro. La miré las espaldas, porque decía que se la figuraba que tenía allí lumbre; y lo que tenía eran unos renegrales que daban miedo.

—Llama al señor cirujano—me dijo,— porque yo me ahogo.

—No: no le podemos llamar, porque ve los golpes, da parte al juzgado y nos pierde...

—Los golpes... si no me los hubieras dado era mejor.

—Tú tuviste la culpa... Y de todos modos, ya eso no tiene remedio; con que ten paciencia... y no me enfades, no sea que te dé otro tanto...

—Pues llama al cirujano, que no le enseñaré las heridas ni le diré nada... Pero á ver si me da alguna cosa para cortar esta calentura...

Llamé al cirujano, vino y se acercó á la cama diciendo:

—¿Qué es eso, Robustiana; qué tienes?

—Señor, que me duele mucho la cabeza y siento un calor que me abraso.

—¿A ver una mano, á ver?

Y se puso á tomarla el pulso.

Excusado es decir que no sabía nada de lo ocurrido, porque no se lo habíamos dicho á nadie. Las heridas tampoco las pudo ver, porque estábamos casi á oscuras, pues no tenía yo abierto más que el cuarterón de la ventana... y además ella tenía la cabeza arrebujada en un pañuelo...

Pues á pesar de que no había visto nada ni sabía nada de los palos, ¿queréis creer que se los conoció en el pulso?...

No hubo más. En cuanto se le tomó un poco, volvió hacia mí la cara y me dijo con una sonrisilla que me dejó helado:

—Es una calentura palúdica.

Figuraos cómo me quedaría yo... comprendí que era en vano tratar de ocultarle la cosa, y me eché á la pía diciéndole:

—¡Don Polonio, por Dios! No me pierda usted... Sí, es verdad: la dí unos palos... Ya veo que usted lo ha conocido... De un acaloramiento nadie está libre... No dé usted parte á la justicia, que yo corresponderé con usted...

Se quedó pensativo, hizo algunos escrúpulos, pidió mil reales por callar, le dije que tanto no podía yo reunir, bajó á quinientos,

y al cabo, el hombre no fué muy tirano... Dale de aquí, dale de allí, nos ajustamos en siete duros, que le pagué á toca teja... y muy contento.

Con que... ¡para que veáis lo que es el haberlo estudiao!... Un hombre como aquél, que parecía tonto, no más coger el pulso conoció que la calentura de mi mujer era palúdica...

¡Claro! ¡y tan palúdica!...

¡Menudos palos había llevado!...

¡VUELVE POR OTRA!

Entraba el mes de Julio y volvían de la siega los guañines, después de haber tumbado ya toda la hierba de las sierras de Segovia y de las llanuras de Campos.

Por lo regular, antes de meterse otra vez en Asturias, pues eran asturianos, solían segar dos ó tres semanas en los últimos pueblos de la montaña de León, donde la siega viene tardía, y así daban tiempo á que llegara el día de Santiago para reunirse en la romería de Valdeacebos, achisparse, armar la danza prima y armar camorra los de un concejo contra los de otro, gritando aquellos ¡Viva Piloña!, éstos ¡Viva Parres!, y concluyendo la función á palos.

Después, si no los metían en la cárcel, al día siguiente pasaban el Puerto.

Pero algunos años, cuando los jornales en tierras de Segovia y de Valladolid habían sido altos y traían la bolsa bien repleta, de Sahagún para arriba, ó cuando me-

y al cabo, el hombre no fué muy tirano... Dale de aquí, dale de allí, nos ajustamos en siete duros, que le pagué á toca teja... y muy contento.

Con que... ¡para que veáis lo que es el haberlo estudiao!... Un hombre como aquél, que parecía tonto, no más coger el pulso conoció que la calentura de mi mujer era palúdica...

¡Claro! ¡y tan palúdica!...

¡Menudos palos había llevado!...

¡VUELVE POR OTRA!

Entraba el mes de Julio y volvían de la siega los guañines, después de haber tumbado ya toda la hierba de las sierras de Segovia y de las llanuras de Campos.

Por lo regular, antes de meterse otra vez en Asturias, pues eran asturianos, solían segar dos ó tres semanas en los últimos pueblos de la montaña de León, donde la siega viene tardía, y así daban tiempo á que llegara el día de Santiago para reunirse en la romería de Valdeacebos, achisparse, armar la danza prima y armar camorra los de un concejo contra los de otro, gritando aquellos ¡Viva Piloña!, éstos ¡Viva Parres!, y concluyendo la función á palos.

Después, si no los metían en la cárcel, al día siguiente pasaban el Puerto.

Pero algunos años, cuando los jornales en tierras de Segovia y de Valladolid habían sido altos y traían la bolsa bien repleta, de Sahagún para arriba, ó cuando me-

nos en pasando de Almansa, ya no querían segar ni caro ni barato: cerraban la guadaña, es decir, la desarmaban, colocando la hoja á lo largo del asta; y echándosela al hombro izquierdo, después de colgar de la manija el zurrón, soliviándole algo con un palo terciado sobre el derecho para repartir el peso entre ambos, emprendían la marcha en dirección á Asturias, sin detenerse más que á refrendar el pasaporte en las principales tabernas del camino.

Aquel año era así: bueno para los segadores, malo para los que tenían hierba que segar. Los jornales habían estado por las nubes, y los guañines, que habían ganado lo que habían querido, volvían hacia su tierra locos de contentos, cantando y relinchando; todos, por supuesto, con las guadañas cerradas.

Esto solo era ya señal bastante cierta de que no querían trabajar más; pero á pesar de eso, algunos propietarios, obligados de la necesidad, pues se les estaba pasmando la hierba en los prados, salían á preguntarles por un ver, y porque, lo que ellos decían, en preguntar nada se pierde.

—¿Quieren segar?

Regularmente contestaban á la pregunta con un relinchido:—Hiii-ju-ju-ju,—y seguían andando.

Si en la cuadrilla iba alguno un poco

más formal que los otros, contestaba secamente:

—Ñon segamos, ñon.

—Les pagaré buen jornal,—reponía el labrador que había hecho la pregunta.

—Mas que nus dea la herba pa nusotros, ñon cortamos ya pelu en Castilla.

Detrás venía otra tanda de ellos; se les hacía la misma pregunta de si querían segar, y contestaba uno con esta insolencia:

—¡Arrancalu con los dientes, hom!... Hiii-ju-ju-ju...

Nada: no había manera de entenderse con ellos.

Una de aquellas cuadrillas, después de haber estado comiendo y bebiendo, sobre todo bebiendo, en la taberna de Villahermosa, volvió á ponerse en marcha; y aun cuando desde allí no era costumbre parar hasta la venta de los Ciegos, que está á tres leguas, se paró en el mesón de Resaco, que está á mitad de camino, porque á casi todos los compañeros se les iba secando ya la boca.

Si en Villahermosa tenía Juanón un vino tinto de Peleagonzalo que ardía, en Resaco tenía la tía Lina un vino blanco de Rueda que quitaba el juicio... Lo cierto es que á los guañines, que ya de atrás no traían mucho, les quitó efectivamente el poco que

les quedaba, y empezando á disputar sobre quién era mejor segador y de más aguante: que «yo siempre segué más que tú,» que «un cuernu pa tí,» etc., etc., se enredaron á palos con tal furia, que todos eran á dar sin saber dónde daban.

Alborotóse la barriada y aun el lugar entero: á las voces de ¡que se matan! ¡que se matan! acudió la gente, y cuando se logró restablecer la paz, se vió que todos, poco ó mucho, estaban grinados; pero particularmente había uno descalabrado por dos partes, que daba sangre como un chivo.

—Este mozo se está desangrando y se muere,—dijo la tía Lina, entrando asustada en el mesón por unos trapos para encañarle.

Los demás trataron de poner pies en polvorosa, excepto uno viejuco que, aunque no estaba apenas herido, no se podía levantar de borracho.

Mas no lograron huir, porque el alcalde pedáneo, por lo que pudiera resultar, los detuvo á todos, haciendo para ello á dos mozos algo cazadores que tenían escopeta, funcionar como fuerza pública mientras llegaban los civiles de Cenagal, á quienes avisaba al mismo tiempo que daba parte al juzgado de primera instancia.

Llevaron á los detenidos, entre el alcalde y los improvisados guardias, á encerrar-

los en la casa de Concejo, que en la temporada de invierno hacía de escuela, teniendo también que hacer de cárcel en ocasiones; y mientras tanto la mesonera cocía vino con romero y aceite, y chapeaba con ello las heridas del descalabrado.

Los rapaces, que habían acudido todos á enterarse del suceso, rodeaban unos al herido y otros al viejo borrachina, que, azorrido y sin mover brazo ni pierna, permanecía tendido boca arriba entre unos maderos en el antojano de la casa.

—¡Tía Lina!—dijo uno de los chicos á la mesonera.—Aquí hay un tiñ muerto.

Entonces el asturiano abrió un poco los ojos, como queriendo darse cuenta de lo que ocurría, y sin actividad apenas para volverlos á cerrar, se quedó así con ellos entreabiertos.

Y otro rapaz algo mayor dijo, rectificando al que había hablado antes:

—Diga que no, tía Lina, que muerto no está; pero sí debe de estar muy malo, porque ya vuelve los ojos...

—¡Muy malu, sí, muy malu!—murmuró el guaín compasivamente.—¡Probes criatures!... Nunca mejor me ví que agora... Bien sabi Dios que ñon quisiera más que estar lo mesmu siete días de cada semana...

Llegó el cirujano á reconocer y curar al herido cuando ya había tenido tiempo de

sobra de haberse muerto sin los cuidados y las medicinas de la mesonera, y llegaron también los civiles para hacerse cargo de los presos y conducirlos á Cenagal, donde el juzgado empezó luego á instruir la causa.

Era á la sazón el hombre de Cenagal don Isidro, sin el cual puede decirse que no se movía una hoja... ni de papel ni de las demás; pues sobre ser escribano en todos los sentidos que entonces tenía la palabra, es decir, notario, como ahora se dice, y al mismo tiempo actuario ó escribano de actuaciones, era también secretario del Ayuntamiento con facultad de ejercer de alcalde y de corporación en pleno... y no sé si era alguna otra cosa todavía.

Como escribano de actuaciones dicho se está que era el que hacía y deshacía en el juzgado; porque muchas veces no había juez y desempeñaba legalmente sus funciones el alcalde constitucional, que solía ser un pobre labrador cualquiera, y cuando había juez solía ser un recién venido que no estaba enterado de nada.

No era don Isidro mala persona, pues tenía sentimientos de rectitud é instintos de justicia.

El decía, y acaso lo creía de buena fe, que era liberal; pero en realidad no tenía nada

de eso, ni sabía lo que era ser liberal: lo que era él, un hombre de bien en toda regla...

A pesar de eso, en el pueblo y en el contorno tenía mala fama y casi nadie le podía ver, porque decían que se había ido enriqueciendo, y que era muy amigo de mandar, etc., etc.; pero hay que advertir que entonces la gente no estaba acostumbrada á las tiranías y á los cacicatos de ahora, y se quejaba de vicio.

Aparte de que para ser aborrecido universalmente, le bastaba con ser escribano.

Había entonces en el país mucha prevención contra el oficio y contra todos los que le ejercían, á los que vulgarmente llamaban *gatos*, para dar á entender que tenían las uñas largas ó que se las dejaban crecer en demasía, y corrían entre el pueblo multitud de cuentos, chascarrillos y coplas en que se trataba de gatos á los escribanos, pudiendo servir de muestra este cantar popularísimo:

Un escribano y un gato
se cayeron en un pozo:
como los dos eran gatos,
se arruñaban uno á otro.

No le gustaba cosa á don Isidro que le tuvieran por gato, y menos que se lo dijeran á él mismo á entender con indirectas, como le había sucedido ya algunas veces...

Porque, eso sí, él era muy amigo de poner motes á los demás, y se las echaba de burlón y de gracioso; y, como suelen decir, al buey peleador nunca le faltan cornadas.

Había precisamente en Resaco un herrero llamado Felipe, hermano de aquél otro de Vegamián que ustedes conocieron en las primeras hojas de este libro, el cual Felipe ó Felipón, lo mismo que su hermano Lorenzín, era conocido por el sobrenombre de el *Gato*. Aunque nadie se lo solía llamar á la cara, como no fuera alguna de esas personas que hay desvergonzadas que se atreven á todo.

Un día que Felipe el herrero había tenido que ir á Cenagal á no sé qué urgencia, encontró en la calle al escribano don Isidro, que con socarrona amabilidad le dijo:

—Adiós, Gato.

A lo que le contestó Felipón echándose mano á la gorra con mucha cortesía:

—Adiós, *compañero*.

El escribano, que no esperaba esta salida de Felipe, quedó por el momento algo desconcertado. Pero luego se repuso, y creyendo poner al herrero en un aprieto, le llamó diciéndole:

—Oye, Felipe... Pero, hombre... ¿de qué somos tú y yo compañeros?

—Señor, de milicia—le contestó el he-

rrero en el acto.—¿No somos los dos de la misma compañía de nacionales?...

Efectivamente, el escribano era el jefe de la milicia nacional del partido, en la que el herrero tenía su fusil correspondiente.

La ocurrencia fué muy celebrada y muy reída á costa del orgullo de don Isidro, que, como se ve, había llevado en la refriega la peor parte.

Y allá tenía la espina.

El día de la trifulca de los guañines, medio Resaco había sido citado á declarar en la causa.

Y entre tantos testigos no podía faltar el herrero, que, por tener la fragua junto á los mesones, podía dar razón de todo.

Al día siguiente bajó á Cenagal con los demás, y estando en conversación á la puerta del juzgado esperando á que los llamaran á dar la declaración, hubo uno que le dijo:

—¿A que no vuelves hoy á llamar gato á don Isidro como aquel día que se lo llamaste ahí en medio de la calle?

—¡Psche!... Tó está en que se presente ocasión—contestó Felipe... —O en que á él le dé la gana de llamármelo á mí.

—No: aunque te lo llamara... hoy no se lo llamabas tú á él...

—Eso lo veríamos... ¿Quieres apostar

una azumbre de vino á que como se meta conmigo no se va sin ella?...

—Apostada.

—Bueno: pues vamos á beberla por de pronto, y luego el que la pierda que la pague...

Y en efecto bebieron la apuesta.

Cuando le tocó el turno y fué llamado por el alguacil, entró Felipe en la sala de audiencia con la gorra en la mano, y se quedó de pie ante el estrado en actitud modesta y respetuosa.

—Hoy me las va á pagar este tuno— pensó el escribano,—porque lo que es aquí no se atreve él á volverme una mala contestación ni á decirme una palabra más alta que otra.

Como conocía perfectamente al testigo, sin necesidad de preguntarle nada extendió su filiación de memoria, y cuando la acabó se puso á leérsela:

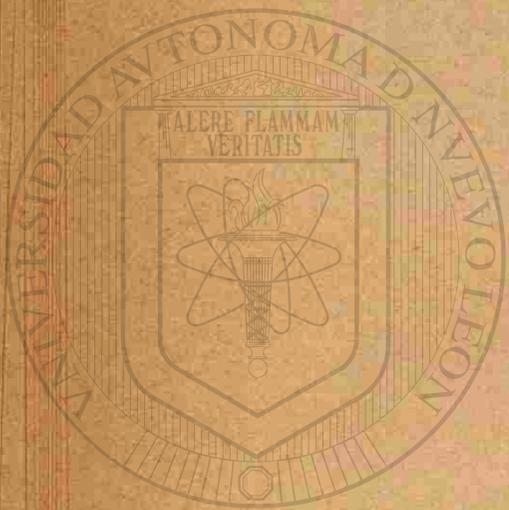
«Acto continuo ante el mismo señor juez y ante mí el infrascrito escribano, compareció el testigo Felipe García, alias el *Gato*...»

Y suspendiendo aquí la lectura, levantó la cabeza, miró al herrero con cierta altanería provocativa, y con burla mal disimulada le dijo:

—Pero, hombre... ¿Por qué os llaman á vosotros gatos?... A tu hermano Fabián el

que está en Reyero, el Gato grande; á tí, Felipe el Gato; á tu hermano Lorencín el de Vegamián, el Gato chico... y á tu padre también creo que le llamaban el Gato... ¿Por qué os llaman gatos?...

—Yo casi no lo sé, señor don Isidro—le contestó Felipe con voz humilde y con los ojos fijos en la gorra que tenía cogida con las dos manos como un doctrino;—á punto fijo no lo sé...: le oí decir á mi padre que porque descendíamos de un escribano...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

LA TRETA DE MARTINÓN

Parecía tonto, y no era esto lo más malo, sino que además de parecerlo...

Bueno, pues, á pesar de ser tonto, ya verán ustedes cómo se metió en casa...

No en la suya, porque no la tenía, y aun cuando la hubiera tenido, tampoco hubiera hecho en ello grande habilidad, porque á eso casi todos los tontos aciertan; sino en la del vecino...

En la del vecino más rico del pueblo, casándose con su hija.

Y cuenta que Martinón, además de ser tonto y pobre, como queda dicho, era feo como un condenado.

Había tenido las viruelas, de rapaz, y le habían dejado una cara que parecía una piedra toba. Tenía, á mayor abundamiento, los ojos encarnizados y llorosos á consecuencia también de la maligna enfermedad; en fin, que, de la cara, daba asco verle.

Y de lo demás... tampoco era buen mo-

zo: era altón y derechón como un chopo podado, pero desgarbadón y sin gracia ninguna.

—Y ¿con todo eso?...—dirán ustedes.

—Sí: con todo eso se atrevió Martinón á poner sus turbios y enlagunados ojos en la muchacha mejor acomodada del lugar, que era Vicenta, la hija del tío Fanfarrín, así llamado de mal nombre, porque era pequeño y siempre estaba inventariando lo que tenía y ponderando lo bien que iban á quedar sus hijos el día que él faltara, pues como no eran más que uno y una, no tenían más que «hacer así»; al decir lo cual juntaba el tío Fanfarrín los dos puños cerrados y los separaba inmediatamente de arriba retorciendo las muñecas hacia afuera como en ademán de partir un bollo en dos cachos.

La gente de Secadal, que era donde sucedían estas cosas, cuando se enteró de los intentos y de las pretensiones de Martinón, se hacía cruces.

—¿Pero no es bien atrevido?—decía una moza á otra una noche volviendo del rosario.

—¡Ya, ya!—la contestaba su compañera.—Tendría gracia que después de tanto presumir Vicenta se casara con uno que no tiene más que el día y la noche.

—¡Sí, que le va á querer!... ¡De aquí á poco!...

—Pues él allá anda.

—Pues el andar tiene por de más, y lo que ande pierde—dijo aproximándose las un mozo que venía detrás oyéndolas la conversación;—porque lo que la sobran á Vicenta son pretendientes, y no se hizo la miel para la boca del asno.

—Eso digo yo—añadió la primera de las mozas;—y, vamos, yo no sé... pero harto será que consiga nada más que dar que reír á la gente.

—Dios vos libre de que ella se encapiruche—dijo otro mozo acercándose al grupo también,—porque las mujeres, si las da por hacer disparates, los hacen morrudos.

—¡Quiá! no lo creáis—dijo la moza primera.—¿De qué se había de enamorar ella, ni por qué se había de encapiruchar?... ¡Si además de ser pobre es más feo que Picio!

—Cuán más, que ¡bonito es el tío Fanfarrín para consentir á su hija tales capiruchos!—añadió el primero de los mozos.—¡Con que creo que ha dicho que no se la lleva ninguno que no la iguale en hijuela!...

—Y luego que con el orgullo que tiene Vicenta, ¿se había de ir á casar con un criado de servicio?...

Porque debo advertir á ustedes que Martinón estaba de criado en el mesón llamado

de la Hoz, situado á unos quinientos pasos del lugar, en el camino por donde pasaba la arriería, que era entonces muy numerosa.

Con lo cual ya no hay que decir que el mesón aquél era de mucho movimiento y, naturalmente, de mucho trabajo, de modo que á Martín no le holgaba la madera.

Pero para eso ganaba dos onzas de soldada, que no se ganan así como quiera ni las ganan todos.

Ni tan poco las había ganado él hasta aquellos años últimos, pues al principio había entrado ganando poco más que la comida; luego había llegado á ganar una onza, y después había ido subiendo hasta dos cabales.

Porque, eso sí, los amos, el tío Santiago y la tía Petra, no dejaban de estar contentos con él, pues aunque tenía poca inteligencia, para el trabajo era como un oso: aguantaba mucho á hacer las cosas y no se rendía nunca.

Y si le mandaban por vino á Campos y le entregaban el dinero necesario para cargar, siempre les daba buena cuenta.

De modo que los mesoneros le estimaban y le consideraban como si fuera de la familia.

Pero de esto á que le quisiera la otra...

Lo primero que se le ocurrió á Martínón

para acometer su difícil empresa de conquistar la plaza de yerno del tío Fanfarrín, fué hacerse amigo de su hijo Felipe, el hermano de Vicenta.

Regularmente habría oído aquel cantar que dice:

A un hermano que tienes
Le quiero tanto,
Porque por la peana
Se adora al santo...

y se le apropiaba tratando de ponerle por obra.

Si disputaba Felipe, ó simplemente sostenía una opinión conversando con otros mozos, siempre salía Martín dándole la razón y apoyándole.

Si jugaban á los bolos, ó á la brisca, ó á otro juego cualquiera, siempre quería ir con él de compañero.

Y es claro, Felipe, que era un pobre muchacho sin malicia, no supo resistir á las continuadas demostraciones de adhesión, y le fué cogiendo cariño...

Un día Martínón se presentó á la mesonera con una cara muy compungida y la dijo:

—Tía Petra, quería pedirla á usted un favor...

—Tú dirás—le contestó ella,—y si se puede, se te hace.

—Es que, mire usted, es un favor muy grande, y no sé si usted me le podrá hacer sin contar con el tío Santiago.

—Bueno, hombre: dí lo que quieres, y se cuenta con él si es preciso.

—No; eso no quisiera...

—Vaya, pues dí: ¿qué es?

—Mire usted... Yo creo que usted tendrá confianza en mí, porque en materia de intereses...

—Sí, hombre; ya ves que siempre la hemos tenido. ¿No has ido muchas veces á tierra de Toro por carros de vino y se te han dado dos mil, dos mil quinientos y hasta tres mil reales, sin más seguridad que tu palabra?... ¿Qué es lo que quieres?

—Si casi no me atrevo á decirlo; porque...

—¿Acabarás de parir hoy, ó mañana?... ¿Qué es ello?

—Si me pudiera usted prestar ocho ó diez mil reales...

—¡Jesús!... ¡Ave María Purísima! ¿Para qué los quieres?—prorrumpió asustada de la cantidad la mesonera.—¿Has dado algún mal paso?... ¿Te han cogido en algún renuncio? ¿Qué azaridad has hecho, enemigo?... ¡Y yo que te tenía por hombre de bien!...

—Y lo soy, tía Petra...

—¡Calla, déjame en paz, pecao!... ¿Cómo

lo has de ser?... ¿Cómo habías de necesitar tú todo ese dinero, no siendo para componer alguna calaverada, para tapar algún delito... alguna cosa muy gorda?... ¡Diez mil reales!... ¡Ave María tres veces!...

Al ver el giro que la mesonera daba al asunto y las sospechas que la asaltaban, se resolvió á ser algo más explícito, diciéndola:

—No se asuste usted, señora ama, que no he hecho nada malo... Quería ese dinero para dárselo á guardar por unos días á Felipe el del tío Fanfarrín como que era mío... Ya ve usted que allí seguro estaba y...

—No digo que no lo estaría; pero ¿tú le quieres engañar, ó para qué es eso? ¿Con qué fin quieres tú que él crea que tienes tanto dinero?...

—Se lo diré á usted todo, tía Petra... Yo me quería casar con su hermana...

—Ya lo había oído yo; pero... muy alto picas.

—De bajar siempre hay tiempo...

—Eso sí, es verdad.

—Pues verá usted: yo creo que ella sí me querría; pero su padre no está de parte de casarla con un pobre, y si llega á persuadirse de que yo tengo mis ahorrillos...

—Bien los podías tener si no fueras tan gastadorón y tan amigo de andar majo.

—¡Por Dios, tía Petra! Usted me salva,

usted me hace hombre si me da ese dinero... Y si puede ser, sin que lo sepa el tío Santiago, no sea que se le escape decírselo al tío Fanfarrín, porque son algo amigos...

La mesonera se dejó ablandar por los ruegos de Martín, y aunque repugnándola el engaño, le dió diez mil reales en oro, con los cuales se fué él en seguida á casa del tío Fanfarrín, llamó aparte á Felipe y le dijo:

—Mira, chacho, hazme el favor de guardarme ese poco de dinero, porque tengo que ir por vino con el carro; y otras veces lo llevo en el cinto; pero voy expuesto á que me lo quiten en alguna posada ó en algún despoblado, y más seguro está aquí en tu casa.

—Bueno—le dijo Felipe.—¿Cuánto es?

—Diez mil reales me parece que son—le contestó Martín:—treinta onzas y cinco ochentinas...

Felipe, que no tenía bolsillo aparte ni costumbre de guardar dinero en tal cantidad, se lo dió á guardar á su padre refiriéndole el caso.

Desde entonces el tío Fanfarrín comenzó á poner buena cara á Martín y á recomendarle á su hija como un buen partido.

Ella no le podía ver ni pintado; pero su padre tomó la cosa con tanto calor, y tanto

y tanto machacó sobre ella, que no tuvo la infeliz más remedio que resignarse al cabo y á la postre.

—¿Sabes tú lo que son diez mil reales?...

—la decía.—¿Sabes tú lo que es un hombre con diez mil reales?...

—No lo sé—decía ella:—lo que sé es que Martín es un hombre muy tonto y... muy feo...

—Eso son monadas. ¿Qué más da que sea feo que sea guapo?... Tiene diez mil reales...

—Y todos se ríen de él...

—¡Ah! tontina. Él sí que se reirá de todos el día de mañana... Tiene diez mil reales... Tenéis diez mil reales, además de lo que yo te dé á tí... Con diez mil reales ponéis ahí en la casa nueva un comercio surtido de todo, y en poco tiempo os hacéis los amos de todo el dinero del lugar y de la comarca, quedándoos además el tu caudal entero, y ahí lo tenéis para los hijos... ¿Qué dices?

—Que más quiero no ser tan rica y casarme con un mozo que me guste.

—¿Qué sabes tú ahora lo que quieres, trasta?... Tú harás lo que yo te mande, que eso debes hacer, porque las muchachas estáis cieguinas y no conocéis las cosas... Además, que si no me obedecieras... y yo te desheredara, vamos, que te quitara

todo lo que cabe en ley, mejorando á Felipe, ¿qué sería de tí, criatura?...

En fin, que por tales razones y ante semejantes amenazas la pobre Vicenta obedeció á su padre como una cordera, y Martínón se salió con la suya.

Y decía para sí el día de la boda, después de misa:

— ¡Ahora que digan que soy tonto!

El tío Fanfarrín se llevó chasco; pero tomó el partido de callar por lo pronto, para que no se dijera que le habían engañado como á un chino.

Mas ¡ay! no fué lo más malo el chasco del tío Fanfarrín, que bien le merecía por codicioso, sino el disturbio y la verdadera catástrofe que la estratagema de Martínón produjo en la familia de los mesoneros, sus protectores.

Porque dió la desdichada casualidad de que al tío Santiago le volviera en aquellos días el alcalde del pueblo tres onzas que le había pedido adelantadas para pagar la contribución municipal, y al ir á ponerlas con lo otro, le pareció que había mermado, contó, y echó de menos los diez mil reales.

Y como sabía que su mujer, aun cuando conocía el guchipero donde se guardaban los ahorros, jamás cogía nada de allí, pues una peseta que necesitara para un pañuelo

se la pedía á él, no le ocurrió sospechar en ella ni preguntarla.

En quien sospechó desde luego fué en un hijo que tenía estudiando en el Seminario, y que había estado poco antes en casa á pasar unas vacaciones.

— ¿Quién había de ser más que él?— pensaba el mesonero:— no ha podido ser otro.

Y con esta idea, sin decir nada á su mujer, porque estaba seguro de que nada sabía y no quería darla una pesadumbre, á la mañana siguiente aparejó un machejo terciado, montó en él y marchó á la ciudad diciendo que iba á hacer unas compras.

Se fué derecho á la posada del estudiante, subió, se encerró con él en una habitación, y con malos modos le pidió cuenta de los diez mil reales que le faltaban.

El hijo le contestó que nada sabía; el padre no le creyó, é insistió en que le declarara para qué le había cogido el dinero; el hijo siguió negando incomodado, y el padre apremiándole furioso y diciéndole improperios; y no contento con maltratarle de palabra, llegó al extremo de ponerle las manos.

Volvió á su casa muy malhumorado y nervioso, tanto, que habiéndolo notado su mujer, le preguntó qué tenía ó qué contra-tiempo le había sucedido en el viaje.

Obligado por estas preguntas, la declaró el robo que había descubierto; y entonces ella le contó minuciosamente la historia, añadiendo que el dinero ya estaba en su sitio, pues aquel mismo día se lo había vuelto Martín.

El mesonero volvió inmediatamente á la ciudad á dar á su hijo explicaciones de la equivocación y pedirle que le perdonara; pero el hijo estaba muy herido... No ya los malos tratamientos, sino la desconfianza y el mal juicio que de él había hecho su padre le habían llegado tan al alma, que no fué posible hacerle deponer su enojo.

Había resuelto en su interior expatriarse, y á los pocos días se marchó á América.

Con lo cual su madre no volvió á tener día bueno: dió en adolecer, adolecer, hasta que murió hipocondriaca.

Bien pagó la infeliz su necia cooperación al engaño del criado.

Este, en cambio, se ha enriquecido, y vive muy á gusto sin haber pagado nada hasta ahora...

Ya lo pagará, que no es Dios viejo.

ROSENDA Y RUDESINDA

I

Siempre estaba triste la hija de Colás el rico nuevo.

No había para ella día, ni hora, ni momento agradable.

Aun cuando alguna vez llegara á olvidarse algo de sus penas y la sonriese un poco la felicidad, no podía entregarse á ella por completo ni abandonar del todo su aire de víctima, porque la había dicho otra cursi en el colegio del Sagrado Corazón, que era de buen tono estar siempre algo triste.

Verdad es que, aparte de esta causa, muy poderosa en ella, dado su perpetuo afán de parecer elegante, no la faltaban motivos de tristeza.

De modo que, entre uno y otro, la pobre criatura se ponía insufrible.

Y no la entristecía tanto el no ser hermosa, que no lo era si se ha de decir la

Obligado por estas preguntas, la declaró el robo que había descubierto; y entonces ella le contó minuciosamente la historia, añadiendo que el dinero ya estaba en su sitio, pues aquel mismo día se lo había vuelto Martín.

El mesonero volvió inmediatamente á la ciudad á dar á su hijo explicaciones de la equivocación y pedirle que le perdonara; pero el hijo estaba muy herido... No ya los malos tratamientos, sino la desconfianza y el mal juicio que de él había hecho su padre le habían llegado tan al alma, que no fué posible hacerle deponer su enojo.

Había resuelto en su interior expatriarse, y á los pocos días se marchó á América.

Con lo cual su madre no volvió á tener día bueno: dió en adolecer, adolecer, hasta que murió hipocondriaca.

Bien pagó la infeliz su necia cooperación al engaño del criado.

Este, en cambio, se ha enriquecido, y vive muy á gusto sin haber pagado nada hasta ahora...

Ya lo pagará, que no es Dios viejo.

ROSENDA Y RUDESINDA

I

Siempre estaba triste la hija de Colás el rico nuevo.

No había para ella día, ni hora, ni momento agradable.

Aun cuando alguna vez llegara á olvidarse algo de sus penas y la sonriese un poco la felicidad, no podía entregarse á ella por completo ni abandonar del todo su aire de víctima, porque la había dicho otra cursi en el colegio del Sagrado Corazón, que era de buen tono estar siempre algo triste.

Verdad es que, aparte de esta causa, muy poderosa en ella, dado su perpetuo afán de parecer elegante, no la faltaban motivos de tristeza.

De modo que, entre uno y otro, la pobre criatura se ponía insufrible.

Y no la entristecía tanto el no ser hermosa, que no lo era si se ha de decir la

verdad, como el que su familia no fuera noble y distinguida.

¡Ay! ¡Qué familia la suya!...

Su madre, sin ir más lejos, era una tarasca... Su padre tenía todo el aspecto de un cavador, que era lo que hasta poco antes había sido... Y la niña se quejaba amargamente de esta desgracia lanzando suspiros lastimeros á cada instante.

—¡Dios mío!—decía una noche delante de su armario de luna.—¿Por qué ha de ser mi madre tan pandorga siendo yo tan delicada y tan fina?

Y la reflexión llegó á apenarla tanto, que se la saltaron las lágrimas.

—¿Por qué lloras, hija de mi vida?—la decía su madre, que la sorprendió limpiándose los ojos.—¿Qué te aflige?... ¡Pues si tenemos tanto dinero, hija mía!... ¡Si puedes tener todos los vestidos que quieras y todas las joyas que se te antojen!... ¿Qué te falta?... ¿No eres feliz?...

—No, mamá; no soy feliz—contestaba ella con voz doliente.—No soy feliz, y tú tienes la culpa de que no lo sea.

—¿Yo, hija de mi alma?... Pues si no pienso en otra cosa más que en complacerte y en contentarte.

—Sí; pero eres muy ordinaria, y me haces sufrir mucho con eso. ¿Te acuerdas del verano pasado cuando fuimos á aquella rome-

ría con don Angel Caballero?... Ya ves, como conoce y trata á toda la buena sociedad, yo me esmeraba en hacerle creer que nosotros también éramos gente distinguida, y me desmayé y todo, porque en el colegio la oí á Ifigenia que las señoritas debían desmayarse alguna vez para parecer finas y delicadas... Pero luego tú, cuando comimos en aquellos prados que estaban algo en cuesta, te echaste á rodar y diste tres vueltas ó cuatro... ¿Qué diría?...

—Pues perdóname, hija, que no lo volveré á hacer.

—Y además, eres tan habladora y tan poco mirada para hablar, que á lo mejor podrá enterarse cualquiera de que primero estuvisteis en situación humilde y baja. El otro día, cuando fuimos á visitar á la señora del gobernador, ya ves, allí, que habías de haber estado muy reservada para que creyese que éramos más que ella, en seguida empezaste á decir:—«Cuando estábamos nosotros en la mina *Eufrosia*...»—«No, mamá—dije yo saliendo en seguida á cortarte:—si la mina donde estaba papá de ingeniero jefe se llamaba *Adela*, como la abuelita... tú te confundes... *Eufrosia* te ha quedado de que se llamaba así la mujer del capataz... ¿no te acuerdas?»—«No, hija mía—insististe sin darte por entendida:—que la mujer del otro capataz se llamaba

Rosenda, como tú.»—«Esa era la del de la otra mina, de la *Consuelito*, de que también era ingeniero papá»,—tuve yo que decir á toda prisa, dándote un codazo al mismo tiempo para que lo acabaras de entender; porque si te dejo, en un instante hubieras enterado á la gobernadora de que habíamos vivido en una mina donde estaba de capataz mi padre. Y eso que bien claro lo diste ya á entender con aquello que dijiste de «la mujer del otro capataz»; como quien dice: el otro, porque el uno era mi marido.

—Yo no reparé, hija mía.

—Es claro, nunca reparas... Y luego también la dijiste que la mujer del otro capataz se llamaba Rosenda, como yo, para que creyera que había sido mi madrina... Y bastante malo es que lo fuera, cuanto más el que tú lo andes publicando...

—Deja, hija mía—dijo muy compungida la mamá,—que yo tendré cuidado en adelante.

—No, no le tendrás—la replicó la hija,—ya sé yo que no le tendrás, porque parece que á tí y á papá no os da más por esas cosas, ni os importa que yo sufra...

—Pero, hija, ¿cómo dices eso, cuando sabes que te queremos tanto, que tenemos los ojos puestos en tí y que no pensamos más que en que estés contenta?

—Sí, me querréis, no digo que no; pero como si no me quisiérais, porque no me comprendéis, no podéis comprenderme... No tenéis bastante inteligencia, y además estáis muy mal educados... La madre Beaumont es la que me ha comprendido á mí... Por eso decía á todos que yo tenía muchísimo talento...

II

Pero lo que la entristecía más de todo á aquella pobre cursi, era su nombre.

Se llamaba Rosenda, nombre que por lo basto y vulgar consideraba ella como una verdadera desgracia.

Y lo mismo su madre, que no se consolaba nunca del descuido de haberla dejado bautizar con él, ni perdonaba medio para ver de cambiársele por otro más fino.

—¡Pobre hija de mi alma!—decía la mamá en momentos de expansión á un joven idiota y pretendiente.—No es feliz ni lo puede ser esta hija de mi corazón... A pesar de ser tan hermosa, porque ya ve usted que... no es porque lo diga yo que soy su madre, pero es muy guapa... Y además muy rica... Como que tiene su padre para ella tres millones de reales... Pues con todo eso no es feliz, por haberla puesto ese

nombre tan ordinario. ¡Mire usted que á una criatura preciosa como mi hija irla á poner Rosenda!... Yo, como estaba tan mala, porque era la primera vez que daba á luz, no pude cuidar de que la pusieran un nombre más apropiado á su clase; y como la madrina, que era la señora de un compañero de mi esposo, de otro ingeniero, se llamaba también Rosenda, fué y la puso ese nombre, que hubiera sido bueno para una criada, pero no para mi hija.

Esta explicación que daba Matea, la mujer de Colás, no era verdad más que hasta cierto punto. La madrina había sido efectivamente quien había hecho poner su nombre á la hija de Colás; pero no era ingeniera, sino capataza; porque el compañero de Colás por aquel entonces era otro capataz, como él, de los trabajos de una mina.

Tampoco era verdad que el mal estado de salud de Matea la hubiera impedido enterarse del nombre que iban á poner á su hija, sino que aún no se la habían despertado las aficiones ridículas de grandeza que se la despertaron después, y la parecían buenos todos los nombres.

—He oído yo que el señor Obispo, cuando confirma, puede cambiar el nombre á las personas,—indicó tímidamente el joven incauto.

—¡Ay, Santiaguito! Ha oído usted muy bien—le contestó la señora de Colás con voz dolorida;—pero ni eso nos vale, porque tenemos la desgracia de que Rosenda ya está confirmada... ¿Sabe usted? Las familias de la buena sociedad acostumbramos á llevar á confirmar los niños muy pronto, en seguida de bautizarlos, ó antes... Así mi hija fué confirmada de muy pequeña, y dicen que ya no se puede volver á confirmar, porque ese Sacramento imprime carácter; cosa que yo casi no puedo creer, porque mi esposo también está confirmado, y, la verdad, no tiene carácter ninguno: tan pronto dice una cosa como otra... Pero el caso es que no se puede repetir la confirmación, y la desgracia de mi hija no tiene remedio.

—Acaso acudiendo al Papa...—volvió á insinuar el joven insustancial y fino.

—También hemos pensado ya en eso—le replicó Matea,—y ya mi esposo ha preguntado en una Agencia de *creces*, á ver si es posible conseguirlo, y han quedado en darle la razón. Y crea usted que como se pueda alcanzar, aunque nos cueste un ojo de la cara, no lo dejamos... Porque esa criatura no vive de pena, y á cualquier precio quisiéramos sacarla de la tristeza y la melancolía en que se consume... Ya ve usted: sus hermanas pequeñas, todas tienen nombres

bonitos, porque ya he podido yo cuidar de eso. Elisa, Raquel, Transfiguración, Enriqueta... Pero ella, la pobre...

III

Un año por la primavera se la antojó á Rosendita venir á la corte, porque una compañera de colegio la había dicho que ese era un requisito imprescindible para figurar entre la gente elegante, y su padre no tuvo más remedio que darla gusto.

Escribió á un amigo encargándole que les buscara habitación en un hotel bueno, y el amigo se la buscó en el hotel donde vivía otro amigo suyo que era diputado, Luis Lara, con el cual había almorzado y comido allí varias veces, pareciéndole la mesa y todo lo demás muy aceptable.

Llegaron: don Sebastián, que así se llamaba el amigo á quien habían encargado buscarles alojamiento, les llevó al hotel, les presentó á Lara para que tuvieran desde luego con quién hablar en la mesa, y les dejó, á su parecer, bien instalados.

Pero la melancólica Rosenda comenzó á encontrarlo todo defectuoso y pobre y desproporcionado á su condición y á su altura.

Cuando concluyeron de almorzar, Luis Lara, que es por quien yo he sabido los

principales detalles de esta historia, salió con ellos del comedor y les acompañó hasta el cuarto. Le hicieron pasar, y aprovechando el padre la ocasión de dejar á su hija acompañada, se fué á la calle á hacer unas compras.

—¡Ay, don Luis!—decía ella unos momentos después á Lara, con un tono sentimental y cursi que había sido de moda allá hacia el año de 1837,—vamos á tener que mudarnos de hotel... Lo siento por usted, ya que hemos tenido el gusto de conocerle y es usted tan simpático...

—Muchas gracias.

—Pero nosotros no podemos estar aquí.

—¿Por qué?—la preguntó Lara.

—¡Ay!... Porque ¿no ve usted que es todo tan viejo? (Estupefacción de Luisito.) La alfombra de la escalera está tan pisada...

—Naturalmente, como que para eso la pondrían... Y luego, ya ve usted, estamos en Abril, la habrán puesto en Noviembre, ha hecho servicio todo el invierno, y como sube y baja tanta gente... La quitarán ya de un día á otro y pondrán una esterilla de verano; de manera que si no es más que por la alfombra, creo que no deben ustedes marcharse.

—¡Ay!... Pero, mire usted, por pocos días que esté puesta esa alfombra tan vieja... como nosotros tenemos que recibir

tantas visitas... Vendrá la marquesa... regularmente...

—¿Qué marquesa?—estuvo para preguntarla Luis; pero se contuvo y se limitó á decirle sonriendo:—Crea usted que aquí vienen todos los días marqueses y duques; y aun algunos viven en el hotel, sin que la alfombra les parezca tan mala.

—¡Ay!... Pero crea usted que cada uno á lo que se acostumbra, y nosotros no estamos acostumbrados á ver cosas tan deslucidas...

A lo cual ya Lara no se tomó el trabajo de replicar, porque creyó completamente inútil andar en más contestaciones con una criatura que le parecía tonta del todo.

El caso fué que aquella misma tarde, al oscurecer, dejando feo al pobre don Sebastián, que les había tomado la habitación, se trasladaban el padre y la hija del hotel X al hotel Z, cuya alfombra la pareció á ella mucho más nueva, porque la vió á la luz artificial, y allí quedaron esperando la visita de la marquesa... que no era marquesa, sino amiga de un marqués tronado, que se preparaba para dar y que al cabo dió al padre un sablazo tremendo.

Unos días después, aburrida la pobre muchacha en el hotel Z, porque era muy oscuro... y porque además llegó á saber de cierto que en el hotel X, donde habían es-

tado antes, vivía un duque que era senador, y un conde que era diputado, y otras muchas personas distinguidas, quiso volverse al hotel X sin reparar en lo pisada que estaba la alfombra, y envió á su padre á preparar el traslado.

Pero el dueño del hotel X no quiso recibirlos, pretextando que no tenía habitaciones.

—Ahí tiene usted—decía luego don Sebastián comentando con Luis el intento de vuelta frustrado por la negativa del fondista,—ahí tiene usted una pobre muchacha que es víctima de su mala educación y de su riqueza...

—Y de su tontería—añadió Lara.

IV

Al verano siguiente se fueron Colás y su familia á veranear á Escobales, un pueblo de la Montaña.

La primera visita que recibieron apenas acababan de llegar, fué la del veterinario Juanillo, que era á la vez secretario del Ayuntamiento y sacristán de la parroquia.

Este Juanillo había ido á la ciudad á estudiar para cura; pero á lo mejor se enamoriscó de la criada de la patrona y ahorcó los libros.

Los de Teología, se entiende; pues, por

lo demás, como no le pareciera bien después de haber pisado aceras volver de nuevo á estripar terrones, al dejar la carrera eclesiástica quiso hacer otra aunque fuera corta y humilde, y como hubiera allí Escuela de Veterinaria, se matriculó en ella para salir á «médico de los burros».

Fuése luego á ejercer su profesión á Escobales, y como no le daba mucho que hacer, ni aun extendiéndola á veces á los bípedos, porque unos y otros solían gozar de buena salud, aceptó la plaza de sacristán, aprovechando así sus conocimientos en la gramática latina.

Y por aprovechar también la parda, en la cual tampoco era lego del todo, obtuvo y desempeñó á la vez la secretaría del Ayuntamiento.

La mujer de Colás, la buena de Matea, se lamentó en seguida delante de Juanillo, como se lamentaba delante de todos, de lo desgraciada que era su hija por la feura de su nombre.

—¡Es un dolor!—le decía.—Esta pobre criatura con tan buenas condiciones para lucir y brillar en el mundo, se ve privada de todo brillo y de todo lucimiento por llevar un nombre tan ignominioso: se llama Rosenda... ¡Pásmese usted!... ¡Rosenda una criatura así!... La pusimos á educarse en el Sagrado Corazón, lo cual nos costó un di-

neral, con el fin de que adquiriera buenas relaciones, porque allí se educan todas las hijas de los condes y de los marqueses; pero no pudo intimar con ninguna... Claro, ya ve usted, ¿qué muchacha distinguida iba á hacer amistad con otra que se llamaba Rosenda?... Ellas que tenían todas unos nombres tan bonitos. Amparo, Luisa, Mercedes, Matilde... pero sobre todos, el nombre que más envidiaba yo era el de una hija de la condesa del Enredo, que se llamaba Rudesinda... ¡Qué nombre tan fino y tan elegante para una señorita sentimental como mi hija!

—¡Ah! ¿Rudesinda la gusta á usted?—la preguntó Juanillo con extrañeza.

—Muchísimo, y á mi hija también; es su sueño dorado.

—Pues Rudesinda se llama su hija.

—¿Qué me dice usted, don Juan?... ¡Sí! ¡Ay, Dios!... ¡No fuera malo!...

—Malo ó bueno, es como usted lo oye. Si su hija se llama Rosenda, se llama Rudesinda también, porque Rudesinda y Rosenda todo es uno: Rudesinda en latín, Rosenda en castellano.

—¿Pero lo dice usted de veras, don Juan?

—De veras, doña Matea, de veras... No lo dude usted... ¿Tiene usted Año Cristiano?

—Aquí no señor; pero creo que le ten-

drá el señor cura, y mandaré á pedirsele.

—Mande usted por el tomo de Marzo...

Trajeron el libro, le abrió Juanillo por las primeras hojas, y dijo á doña Matea:

—Mire usted: 1.º de Marzo, San Rosendo, obispo.

—Justo; en ese día es ese santo antipático, y él me perdone, cuyo nombre tanto me está haciendo padecer...

—Bueno; mire usted aquí: «La misa es de San Rosendo»...; y vea usted aquí más adelante en la oración... *beati Rudesindi confessoris tui*... ¿Está usted convencida?

—¡Ay! Dios le bendiga á usted, don Juan. No sabe usted cuánto se lo agradezco... ¡Qué alegrón voy á dar á mi hija!

Se fué Juanillo y vino la romántica niña con su habitual tristeza.

—Ven acá, hija mía—la dijo su madre entusiasmada;—déjame que te coma á besos, y alégrate, porque ya no te llamas Rosenda.

—¿Pues como me llamo, mamá?

—Rudesinda, hija mía, Rudesinda, lo mismo que la hija de la condesa del Enredo.

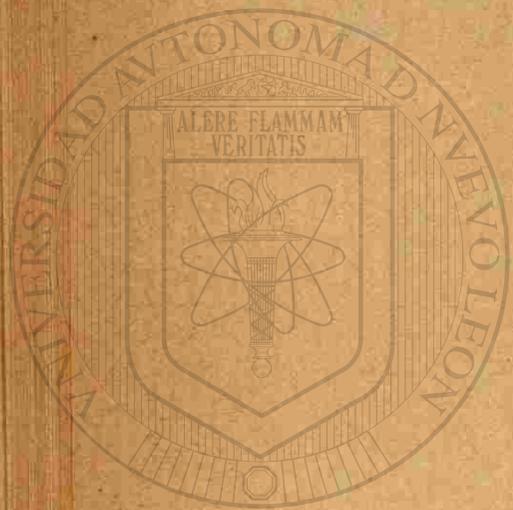
—¿Y quién me ha cambiado el nombre, mamá? ¿El Sumo Pontífice?...

—No, hija mía: el veterinario.

—Pero ¿tendrá facultades para eso?

—Sí, hija mía; porque como es también sacristán y sabe latín, ha descubierto que Rosenda y Rudesinda es todo uno.

—¿De veras, mamá?... ¡Dios mío, y lo que yo he sufrido envidiando este nombre!...



EL NUEVO SISTEMA

Se había enterado el gobernador civil de que en la mayor parte de los pueblos de la provincia no habían hecho caso de su reciente disposición enderezada á implantar el nuevo sistema métrico.

Y como aquélla era precisamente la única medida salvadora que se le había ocurrido para sacar á la provincia del estado angustioso en que se encontraba por lo crecido de los impuestos y lo mediano de las cosechas, le sabía mal que no obtuviera el debido cumplimiento.

Dando vueltas á la idea de que no debía sufrir tal desaire, determinó publicar en el *Boletín* otra circular mucho más dura exigiendo á los alcaldes á rajatabla ó bajo su más estrecha responsabilidad el cumplimiento exacto de la primera. Y para facilitarles dicho cumplimiento, hizo imprimir á continuación unas tablas de correspondencia entre las pesas y medidas del nuevo sistema y las del antiguo.

Cuando llegó aquel *Boletín* á Estercolera y se enteró de la circular el secretario del Ayuntamiento, que era el que los solía abrir, se fué á dar la noticia al alcalde, su próximo pariente Cristobalón, más conocido por el *Marón grande*, alcalde y cacique todo en una pieza, y además arrendatario de los consumos.

Se hallaba éste aquella tarde, como de costumbre, jugando á la brisca en la taberna de Rumiago con el Sapín y el Dómine y el dueño de la casa, y por cierto que les había estado diciendo:

—En Estercolera y sus contornos, ya lo sabéis, hum, no se hace más voluntad que la mía... Y yo soy el que corto el bacalao en esta tierra, hum, y yo soy el que corto el bacalao (tenía mucha maña de repetir las cosas), y cuando *me se* antoja ser alcalde como ahora, soy alcalde, y cuando *me se* antoja ser juez municipal, soy juez municipal; y que sea una cosa, que sea otra, los consumos no me los quita nadie; y desde el juzgado de esta villa hasta el Tribunal Supremo, pasando por la *Audencia* del perro chico y por la otra, no se hace en *cusión* de justicia, tocante á este país, más que lo que yo quiero...

—¡Y que es la verdad! —dijo Rumiago con acento pasiego y humilde.

—¡Claro que es la verdad, hum!... Y si

no, ¿qué le sucedió al Rizoso?... ¿No vos acordáis, hum?... Que apeló de una sentencia mía diciendo que era injusta... Y lo era; pero que se hubiera humillao á mí, hum, y yo le hubiera dao la razón á él y no al Canijo, que no la tenía. Pues fué y apeló, y ¿qué consiguió, hum?... Quedarse sin el derecho que le pertenecía y tener que pagar un dineral de costas...

—Y le estuvo bien hecho—dijo el Dómine.—Pa que aprenda...

—Pues al respetive, en lo gubernativo, idem de lienzo, hum... No se hace más que lo que á mí me sale de los calzones. Yo y el diputao lo arreglamos todo... y si un poco me apuráis, el diputao tiene que hacer siempre lo que yo le mande; porque él tiene el *alta*, es verdad, pero es porque yo se la he dao, y yo tengo la *entipatia* del país, que vale más que el *alta* y que todo...

—Oye, chacho—le dijo en esto su hermana Nemesia, entrando de la calle:—está allá en casa el Raposo de Valgrande, que quiere estar contigo.

—Pues que se aguarde,—la dijo su hermano.

Era la recién llegada una vieja incipiente, incasable ya, de muy mal humor y muy aceda de carácter, pues se la había avinagrado la soltería, fea y repugnante hasta lo inverosímil, con unas barbillas blancas al-

rededor de la boca y un pelujo entrecano por toda la faz sobre una piel muy arrugada y de un color aceitunil que daba miedo... Se la estaba viendo salir por la chimenea montada en la escoba para ir al aquelarre á Zugarramurdi...

—Ya me ha dicho á mí á lo que viene—dijo luego á su hermano,—á decirte que el tío Justo le va á demandar por haberle robao una gallina...

—Como si no le demandara, hum, como si no le demandara; porque el Raposo es de los nuestros y puede robar todas las gallinas que quiera—dijo el cacique...—Además, que pa eso es *Raposo*, hum...

(La gracia fué muy celebrada.)

—Pero es que dice que hay dos testigos que se la vieron coger,—añadió Nemesia.

—Como si no le hubieran visto, hum, como si no le hubieran visto... Otros muchos habrá que no le vieran... Y si no, aquí está el señor juez municipal que lo diga. ¿Verdad, Sapín, que tú te encargas de sacarle libre?...

—Según y conforme—contestó el aludido;—porque tan claro puede estar el hecho, que no haya más remedio que...

—Aunque esté más claro que el agua, hum, aunque esté más claro que el agua—dijo Cristobalón:—ya se sabe cómo se hacen esas cosas... Se les pregunta á los que

no lo han visto, y se hace constar que no vieron nada; y en cambio, á los que lo han visto no se les pregunta, y si lo dicen sin preguntárselo, no se escribe.

—Eso no se puede hacer,—dijo el Sapín.

—¿Pos luego, hum?... ¿Por qué no se ha de poder hacer, hum?—dijo el *Marón grande*.—¿No lo hemos hecho así más veces?...

—Lo habrás hecho tú; pero los demás... —dijo el Sapín tratando de darse un poco de tono—cada uno tiene su *conciencia*...

—Y no me hagas reir, Sapín, y no me hagas reir—dijo el alcalde echando una mirada burlona sobre el juez municipal del bienio.—¡Mira tú que tendría que ver que ahora te las quisieras echar de *escupulo*!... ¿Pues con qué has hecho tú la casa nueva, hum?... y ¿cómo hemos hecho tú y yo lo que tenemos, hum?... ¿No te acuerdas de cuando nos quedamos con el ganado del difunto mayoral por una miseria, hum?... Yo me quedé con la mayor parte, es verdad; pero tú, que eras el juez y no podías quedarte con nada ni aun por medio de tercera persona, ¿no te hiciste entonces por once duros con un caballo que valía ciento como un *rial*, y que es el único decente que has montao en tu vida?... ¿No te acuerdas cómo hicimos aquello, hum?... Pues se había anunciao pa aquel día la subasta y había acudido la gente, y

á los que querían entrar les decía el *aguacil* que *toavía* no era hora, y luego, cuando les abrió la puerta y empezaron á entrar oyeron decir al escribano: *que haga buen provecho*, y se les dijo que habían llegao tarde porque ya todo se había rematado en mi persona...

—Tenemos que hablar, tú,—le interrumpió en esto el secretario, que acababa de presentarse en la cocina.

—Pues te *asperas* un poco, hum, te *asperas* un poco—le contestó,—que bien ves lo que estamos *hiciendo*... Y *aspérate* á jugar tu también, *Musa, musce*—dijo á su compañero de brisca,—que hay que atender á todo...

Se acabó aquel juego, y entonces dijo el alcalde al secretario:

—Bueno: ¿qué hay, hum... qué hay?...

—Que ha llegado un Boletín que viene grave.

—¿Por qué, hum?

—Porque dice el gobernador que ha sabido que no se cumplen sus órdenes de plantear en seguida el nuevo sistema métrico decimal y desterrar completamente las antiguas pesas y medidas, que son una vergüenza para un pueblo culto, y manda que se cumpla todo á rajatabla...

—Como si no lo mandara, hum, como si

no lo mandara—dijo el alcalde.—¡Bastante *me se importa* á mí el gobernador, hum!...

—Es que ha venido también carta del diputado pidiendo que se le atienda al gobernador en lo posible...

—Eso ya es harina de otro costal, hum... De ahí me vuelvo... Si el diputao lo pide con buenos modos... entonces hay que hacerlo en *siguida*... Pero ¿cómo vamos á poner el sistema nuevo si no le sabemos, hum... ni tenemos las medidas, ni las pesas, ni nada?...

—Trae aquí el Boletín unas tablas de correspondencias de unas pesas y medidas con otras...

—¿Y quién las entiende, hum?

—Cualquiera, porque es muy fácil. En la primera columna están, por ejemplo, los kilogramos, 1, 2, 3, y así... y en la otra, la equivalencia en libras... Mira, aquí: kilogramos 1... equivale á... libras 2, onzas 3... Y en estas otras tablas están los metros, y los litros.

—Pues entonces, mira, hum... vas y pones ahora mesmo un bando diciendo que desde pasao mañana, que es día de mercao, todo bicho viviente pida y despache todas las cosas por el nuevo sistema, bajo la multa de veinte *riales* por la primera vez, y á los *rencidentes* ocho días de arresto... mayor ú menor, como sea... Y pasao ma-

ñana... el *aguacil* y tú y yo, y el síndico y el *tiniente*, á vigilar los establecimientos y los puestos de venta cada uno con sus tablas... ¿Hay más boletines?

—Hay éste y el del juez municipal y el del sargento... pero se pueden sacar copias de las tablas...

—Pues no hay más que hablar, hum... no hay más que hablar... Y ahora á nuestro cuento... ¿doy yo ú quién?...

El secretario redactó el bando según las instrucciones recibidas y le fijó en la esquina de la iglesia y en la de la cárcel.

Llegó el día del mercado y se repartieron las *autoridades* por los comercios y puestos de venta, según el programa.

El alcalde escogió para su vigilancia personal la carnicería del Sapín, que era taberna al mismo tiempo, de modo que podía echar un trinquis de cuando en cuando.

La primera que acudió allí á comprar fué la criada del escribano, el cual no era del gremio.

Su ama la había dicho:

—Traes dos libras de carne...

—Es que dicen que ya no se puede comprar por libras—había contestado la muchacha,—y estará allí alguno de justicia, y creo que hay multa no pidiendo las cosas por el nuevo sistema...

—Entonces pides un kilogramo... ¡Ah! y de paso que vienes, entras por el comercio nuevo y traes una vara de cinta para rebitear los escarpines de este niño.

—Tampoco creo que dejan pedir por varas.

—Pues pides un metro... Ya sabes: si está allí el alguacil ó alguno, pides en vez de las dos libras un kilogramo, y en vez de una vara un metro... No se te olvide... un kilogramo y un metro.

—No se me olvida, no: un kilogramo y un metro, un kilogramo... y...

La pobre muchacha fué por la calle repitiendo sin cesar: «un kilogramo»... «un metro»... «un kilogramo»... «un metro»... «un kilogramo»... Y efectivamente, no se la olvidaron las palabras; pero cuando llegó á la carnicería ya no se acordaba para lo que era cada una...

—Deme usted... carne,—dijo poniendo una peseta sobre la mesa.

—¿Cuánta carne quieres?—la dijo el matarife.

—Dos libras.

—¡*Cudiao* con las libras, hum!—la dijo el alcalde;—y *cudiao* con las libras, que pagas la multa... Se pide por el nuevo sistema.

—Pues deme usted... un metro...

—Eso ya es otra cosa, hum, eso ya es

otra cosa—la dijo el alcalde,—así ya se entiende la gente... Dala un metro de carne, hum,—añadió dirigiéndose al carnicero.

El carnicero se quedó parado mirando para el alcalde. El alcalde echó mano á las tablas, buscó la columna de los metros y leyó:

—«Un metro... equivale á... pies tres, pulgadas siete»... Ya lo ves, hum.

—¿Y cómo doy yo tres pies de carne?—le dijo el juez y matazán todo en una pieza.

—¡Y qué borrico eres, Sapín—le dijo el alcalde,—y qué borrico eres!... ¿No sabes más, hum, no sabes más?... ¿De qué es la carne, hum?

—De oveja... Vamos, de carnero se dice; pero quiere decirse que, como ser, es de oveja.

—¿Y no tendría la oveja patas, hum?... ¿y las patas no serán pies, hum?... Pues las das tres patas, que es lo que la corresponde... ¿No lo ves bien claro, hum?

—¿Y las pulgadas?...

—Por las pulgadas la das un desperdicio cualquiera, hum...

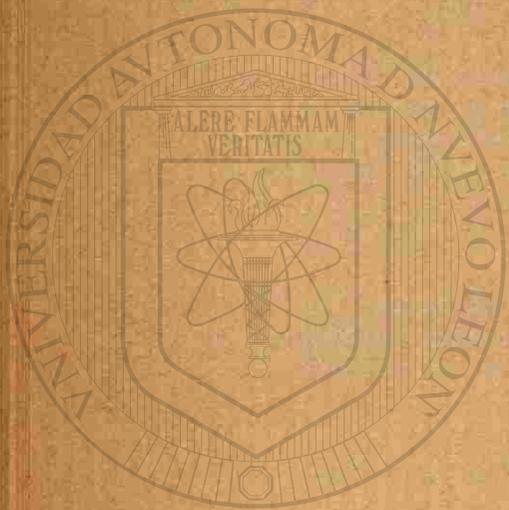
El carnicero, convencido, metió la mano en la cesta de los menudos, y sacando tres patas de oveja negra, se las entregó á la

compradora, con más un pellizco de sebo en rama.

—Pero ¿cómo llevo yo esto?—decía la afligida muchacha...—¡Si á mí me mandaron llevar dos libras de carne y eso he pagado!...

—No mientes las libras, hum—la dijo el alcalde,—y no mientes las libras si no quieres que te ponga á la sombra... Aquí se marcha con la ley, hum, siempre con la ley; y la ley te da eso, y no te da más, hum, y no te da más.

Y la pobre chica no tuvo más remedio que irse para casa, llevando en lugar de dos libras de carne, tres patas de oveja.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE B

EL GAMONAL

Mucho antes del amanecer, y e so que á principios de Julio amanece pronto, comenzó á sentirse ruido desusado: abrir y cerrar de puertas, pasos de gente por las calles, conversaciones breves á media voz... ¿Qué sucedía?

Que daban los gamones, cotos hasta aquel día bajo la multa de dos pesetas á cada persona que fuese á ellos, á más de quitarla los que hubiera arrancado.

Hay sitios cercanos al pueblo, como la Cuesta, los Hoyos de la Jana y Vallesón, donde los gamones no se cotan, y de donde, en cuanto empiezan á apuntar, empiezan los rapaces á traer fardeladas para ir manteniendo los gochos, que no digamos que engordan mucho con ellos, pero se ponen tezosos y lucidos para la venta, si llega el caso.

Mas en el Valle, los gamones están cotos siempre, hasta que acaban de crecer y se sazonan, que suele ser alrededor de San

Pedro, y entonces se dan ó se descotan en dos días distintos. El primer día, solamente los destinados al verrón, ó marrano semental, cuyo dueño, así como tiene la pejuguera de cuidarle y sostenerle en utilidad y provecho de sus convecinos, sin poder venderle ni caparle durante el año, tiene también el privilegio y la ventaja de que se le reserve intacto para él solo el mejor gamonal y más descansado: la Majada-Vieja.

El segundo día se dan ya los gamones para todos, con entera libertad de ir cada uno donde más le agrade.

Este era el día de referencia, y así se explica el ruido que desde muy temprano comenzaba á sentirse en la villa, ordinariamente tranquila y sosegada; ruido que luego se fué convirtiendo en verdadero alboroto.

Si habían de coger el día por la punta y aprovechar bien la mañana, que es cuando se trabaja mejor, empezando á arrancar gamones en cuanto se viera, no tenían los gamoneros que amanecer dentro de poblado. Por eso madrugaban tanto y corrían y voceaban llamándose unos á otros.

—¡Tía Mari-Manuela!—gritaba una voz femenil muy delgada llamando á la ventana de una cocina donde había luz.—¿Se levantó ya Juan?

—No, hija, no: todavía está durmiendo,

—la contestaba desde dentro la interrogada.

—Claro—replicaba la de fuera:—tardío anocheedor, mal madrugador. Andaba por la calle á la media noche cantando la ronda, y ahora... velahí...

—Le voy á llamar ahora mismo... ¿quieres entrar?

—No señora, no; dígale que se levante á prisa, que marchamos... que vamos á los Abellanes.

—¡Tía Luisa!—voceaba otra muchacha golpeando á una puerta con un canto,—¿marchó ya la su gente?

—Sí, mujer... ¡cuánto hace!—la respondían de dentro.

—¿A dónde iban?

—A Valmañida... y ya estarán cerca de allá.

—¡Vaya! ¡bien madrugaron!

—Casi no dormieron.

—¡Pepe!—llamaba un mozo á otro con voz atronadora.

—¡Qué quieres!...

—¿Tienes un cordel que no te haga falta?

—No tengo más que el de tornar los novillos: entra en el corral y quítale del arado, que allí está arregucido á la esteva.

—Pues espérame.

—No, que ya van los otros andando... ¡Correl!...

Pocos momentos después iban ya todos los gamoneros al valle arriba con grande algazara, mientras que la población había vuelto á quedar en silencio profundo.

De cada casa iba una cuadrilla de seis ó siete rozadores, en su mayoría rapaces y rapazas y mozas, y con cada cuadrilla iba un mozo de *bajador*: todos de la familia, si los había, y si no jornaleros, que, naturalmente, habían de ser de los pueblos de redor, porque dentro de la villa era inútil buscarlos, pues el que más y el que menos tenía que rozar para su casa.

Lo más que se podía conseguir entre vecinos, era algún cambio, á saber: que de una casa en la que había dos ó tres mozos, dieran uno para bajador á otra familia donde no hubiera más que mujeres, dándoles una de éstas en cambio para rozadora.

Iban éstas todas muy majas, como si fueran á una romería. Y realmente poco menos viene á ser el gamonal, pues de mediodía en adelante, apenas se hace otra cosa más que bailar y divertirse. Únicamente por la mañana es cuando se rozan gamones con garbo.

El labor en sí, no es difícil ni trabajoso; pero si se quiere aguantar á rozar, hay que menearse bien y doblar mucho el espinazo, casi tanto como para ser cortesano ó para segar á hoz, que son dos oficios de

los peores que puede haber en el mundo.

Y como á la tarde se ha de ver el trabajo y la habilidad de cada cuadrilla en la cama de gamones que ha rozado, ninguna de aquéllas quiere quedarse atrás ni por bajo de otra: todas quieren sobresalir, y así es que andan con mucho afán á ver quién más aguanta.

Consiste la operación en echar la mano derecha á un pie de gamones, tirar de él y arrancarle, haciendo lo mismo con otro y otro hasta llenar la mano; cuando ya no se pueden abarcar más, se pone la manada debajo del brazo izquierdo; y á hacer otra en seguida, para ponerla igualmente bajo el sobaco y continuar la tarea. Cuando se llega á reunir un buen sobacado, se posa en el suelo en una vereda ú otro sitio visible, para que el bajador le encuentre fácilmente, y á juntar otro...

El bajador, armado de un cordel de cáñamo ó de lino, va luego recogiendo los sobacados y los va poniendo en rima contrapeados, es decir, las raíces de unos con las cimas de otros, hasta juntar una buena carga; formada ésta, la ata fuertemente con el cordel, y sentándose en el suelo la agarra, se levanta como puede, la baja á cuestas á la *cama*, que se hará en una campera en la falda del monte, y vuelve á subir por otra.

En la campera se tienden luego los gamones á secar al sol, y á los pocos días se vuelve por ellos con el carro y se llevan á recoger en la tenada ó en el desván para gastarlos en el invierno; pues cocidos y espolvoreados con un poco de harina, son un gran alimento, no sólo para los de la vista baja, sino para toda clase de ganado.

Al bañar por entero el sol de la mañana las frondosas laderas del valle, el gamonal ofrece á la lejanía un aspecto fantástico. Acá y allá se ven, á través del ramaje, los gamones recién arrancados, cuyas raíces blanquean como la nieve, contrastando con lo verde del fondo... Se ven los bajadores que en mangas de camisa descienden por los trecheros y vuelven á subir y cruzan de un lado á otro y aparecen y desaparecen entre la maleza reuniendo los sobacados y haciendo las cargas... Se ven las rozadoras que, habiéndose quitado las galas para no deslustrarlas con el rocío ni hacerlas jirones entre las escobas, quedándose con los zagalejos encarnados, al moverse acompasadamente y erguirse y agacharse sobre el pastazo asoleado y amarillento de las escampadas del monte, parecen amapolas medidas por el aura en el trigo maduro. Y luego, con la alegría que por todas partes derrama la luz del sol, que en aquellas horas

tempranas todavía no sofoca ni quema, la gente se desentumece y se entusiasma, los rapaces se vocean de un cerro á otro, las mozas rompen á cantar alguna tonada nueva, recién traída de otro país, y los mozos sueltan tras de cada cantar un relinchido atronador, que repercute en todos los ámbitos del monte, llenándolos de regocijo y de vida.

Mientras tanto, de la poca gente que en el pueblo quedaba, salía también con dirección al gamonal una persona de cada casa, á pie ó á caballo, á llevar el almuerzo á los gamoneros.

Entre las plazas montadas iba Antonino reblagado en un burro negro con unas alforjas muy grandes y muy repletas, pues llevaba, además del almuerzo, la comida de mediodía y la merienda.

Por cierto que al verle ir muy tieso en el burro no faltó quien dijera por lo bajo:

—No sé si tú volverás así tan derecho á la tarde. Milagro será que dejes de mangarla...

Porque es de advertir que Antonino tenía fama de ser aficionado al morapio, y fama no injusta ni mal adquirida... Como que solía coger cada turca que temblaba el misterio.

Un rato después salía su amigo Evencio

montado en una yegua, y como ésta andaba mucho más que el pollinejo de Antonino, le alcanzó pronto y fueron los dos en conversación, cortando un vestido al alcalde porque había tardado en dar los gamones.

—Caloroso va á estar hoy el día—dijo Evencio,—según está el cielo despejado, que no se ve ni una nube como una cardada de lana... Te aseguro que nos va á calentar el sol de lo bien.

—No digas que nos va á calentar—le contestó el otro;—dí que nos va á abrasar vivos... Con lo adelantada que está la estación... porque hay que tener en cuenta que es mucho más tarde que otros años.

—Sí: algo más tarde es, y pocas veces creo que se habrá visto dar los gamones el 9 de Julio.

—No se ha visto nunca, hombre, nunca. Ha sido una animalada del alcalde el no darlos primero, porque están ya pasmados del sol y se van á hacer polvo.

—Pues buena lástima ha sido dejarlos perderse... este año que dicen que había muchos.

—Muchísimos: uno es decirlo y otro es verlo... Así están de buenos también los prados y las tierras; porque, ya se sabe: año de gamones, año de montones... Pero ese bruto de ese alcalde, que merecía más palos que el burro de un arriero...

—Mejor los merecía quien le nombró, porque, como dice el antiguo refrán, «asno sea quien asno batea», y quien pone hombres así en esos cargos es quien debía pagar por ellos, por ser quien tiene más culpa.

—Culpa tendrá quien le puso; pero más tiene él de las barbaridades que hace, porque nadie le manda hacerlas, y créete que le estaba tan bien una tollina como á un santo una vela... Y no será tarde cuando acaso...

—¡Quita, hombre! Eso sí que sería errar el golpe, y, por dar en el asno, dar en la albarda... ¿Qué culpa tiene el pobre Fernandón de no tener entendimiento?...

—Anda que, aunque es tonto, bien sabe á su casa. ¿Por qué te parece que ha tardado tanto en dar los gamones? Pues porque le tocaba la vecera de los corderos y después la de los jatos; y como no podía menos de echar con ellas un par de rapaces, tenía dos rozadores menos... Por eso esperó él á que las veceras pasaran de su casa á las de los vecinos...

—Yo creía que aguardaba á que acabaran de venir los carros de Campos.

—¡Quiá! no lo creas: eso ¿qué le importaba á él? Además, que ya hace cuatro ó cinco días que llegaron los últimos... Hombre, y á propósito... ¿qué tal vino habrán traído?

—Bueno, muy rico, de la Moraleja... Lo probé anteanoche en casa del Cojo.

—Ahí tienes el vecino más afortunado, y el único, puede decirse, á quien tengo envidia en el pueblo.

—Pues ¿por qué, hombre? No será porque es cojo...

—No, porque es tabernero... ¿Te parece poca fortuna eso de poder beber vino cuando quiere?

—Lo mismo podemos beberlo tú y yo y cualquiera...

—Te equivocas...

—Teniendo cuartos...

—¡Ahora dijiste! Pero como no los solemos tener, á lo menos yo, por mí, casi nunca los tengo, no lo puedo beber; y él, aunque no los tenga, tiene el vino á mano.

—Pero si lo bebe en lugar de venderlo, luego acaba... y más ahora según está de caro. Para traer hoy una carral de vino se necesita un montón de dinero, mientras que un real para un cuartillo á nadie le falta.

—No estoy conforme... á mí me falta muchas veces... Y desengáñate, que así como respecto del pan se dijo: «año malo, panadera en todo cabo», porque es difícil que por muy escaso que ande el pan llegue á faltar para la que lo amasa, así en esto, para poder beber vino con frecuencia, esté caro ó barato, no hay como tener cerca la espita.

—Pues yo creo que si fuera tabernero no bebería vino, porque, con estarlo oliendo continuamente, se me quitaría la gana... y algunos taberneros dicen que llegan á aborrecerlo.

—No sería el hijo de mi madre... Digo, me parece que muy malo había de andar cuando yo aborreciera el vino.

En estas pláticas, llegaron los dos amigos á donde tenían que separarse, porque Antonino tenía que entrar para el Bijueco, valle afluente del principal, y la gente de su compañero estaba en Valmañida, otro afluente más lejano.

Llegó Antonino al sitio destinado por antigua costumbre para tender los gamones, que era donde se reunía la gente para almorzar, y como era el último que llegaba y sólo esperaban por él, pues ya estaban allí los almuerzos de todas las demás cuadrillas, comenzaron á sofocarle y á bromear con él, y cada uno le decía la suya.

—¡Qué manera de madrugar!...

—Estarías esperando á que acabara de amanecer...

—Ya creíamos que la cocinera se había caído en la lumbre...

—O que el propio expostulario se había caído en el río...

—O que había ido por vino y había que-

brado el jarro, como le decíamos cuando era rapaz...

Antonino
Fué por vino,
Quebró el jarro
Por (1) camino...
¡Pobre jarro!
¡Pobre vino!
¡Pobre culo
de Antonino!

—No ha habido nada de eso—replicaba Antonino mientras se apeaba muy despacio, pues era de lo más cachazudo, é iba sacando poco á poco las provisiones de las alforjas;—no ha habido nada de eso que decís, sino que me junté con Evencio y vinimos los dos en conversación sin apurar á las caballerías.

—¡Ya se conoce!—le replicaban, mientras seguía él sacando cosas de las alforjas, sin trazas de acabar en un rato.

Porque llevaba prevención, no sólo para almorzar, sino también para la comida de mediodía y para la merienda; y luego, como estaba en el mismo valle la cuadrilla del tío Pequeño, con cuya hija trataba de casarse su hijo Luciano, la madre de éste había echado la casa por la ventana queriendo lucirse.

Reunida la gente, se formó un gran co-

(1) Contracción de *Por el*.

tro en la campera y comenzó el almuerzo con las sopas de ajo, que iban en anchos barreños de asa. Desocupados éstos, corrió todo alrededor una corpulenta cestella de blancas mimbres llena del dorado vino de La Seca, y luego aparecieron los frisuelos, «especie de fruta de sartén», que dice la Academia, fiel á su costumbre de dejar las cosas sin definir, sólo interrumpida alguna vez que las define al revés del todo. El frisuelo, comida clásica del gamonal, viene á ser, siguiendo el académico estilo, una especie de tortilla sin huevos, cosa que pasa por imposible de hacer, pero que se hace, supliendo aquéllos con harina y agua. Es decir, que después de tener los torreznos fritos en la sartén como para hacer tortilla, en vez de echar encima huevos batidos, se echa un bate de agua y harina, igual que el de hacer buñuelos, se fríe otro poco, se da vuelta como la tortilla, se fríe por el otro lado, y resulta riquísimo.

Una verdadera montaña de frisuelos se había formado en medio del corro sobre un blanco mantel casero, donde se habían ido desocupando los de todas las cuadrillas del valle; pero á la media hora ya la montaña había casi desaparecido.

Verdad es que también había dado ya dos ó tres corridas la cestella del vino blanco, siempre en movimiento hasta desocu-

parse, y había sido sustituida primero por un boto de regulares dimensiones, que también se puso pez con pez, y luego por una panzuda barrila de Guardo... Porque, eso sí, los frisuelos son muy sabrosos, pero empapizan y hay que remojarlos á menudo.

Y es verdad asimismo que, sobre lo comederero del manjar y lo frecuente de las aperitivas y tónicas succiones, ayudaba también á comer con gana el buen humor que reinaba y aun gobernaba en la compañía, sostenido y avivado incesantemente con chistes, gracias, cuentos, chascarrillos, recuerdos de sucesos graciosos alusivos á la función ó acaecidos en otra semejante, y con bromas, hazañas y diabluras como la de empujarle un poco la barrila al que estaba bebiendo para hacerle añusgarse y derramar el vino por la pechuga.

Formaba parte del corro un mozo forastero que tenía los pantalones rotos por una rodillera, y conforme estaba sentado de media cancheta enseñando la carne, fué Jacintona, cogió un frisuelo redondo del tamaño del agujero, y se lo plantó en la rodilla diciéndole:

—¡Toma, chacho! Si allá en tu pueblo no había remiendos, ahí tienes uno bien majo.

El pobre mozo se puso encarnado á lo

primero; pero acabó por reirse como todos de la ocurrencia de Jacinta.

Se habló luego de que en Valpobre, donde por no cogerse lino apenas, no tenían alforjas blancas de hilo para llevar comidas al campo, llevaban los frisuelos al gamonal en fardelas de lana jirga...

—¡Cuántos pelos comerán!—dijo uno.

—¡Hombre! Muchísimos—le contestó Pepa la Masera;—pero ellos allá los pasan tan ricamente... Yo una vez que estuve allí á gamones, dí en quitar pelos, quitar pelos... y junté lana casi para unas medias...

Una carcajada general acogió la relación de Pepa.

—¡Qué exagerada eres!—la dijo el primero que acabó de reir...

—Lo mismo que os lo digo—añadió Pepa muy formal,—y así se lo dije también al ama para quien arrancaba.

—Anda, come, moza—me decía ella;—que no haces más que escoger, escoger, y no comes... No tengas miedo, no, que no te esgañas...

—Deje, deje—la contesté,—que no pierdo el tiempo... Antes voy á sacar dos jornales: uno, el que usted me dé en dinero, y otro en lana; que ya tengo aquí una rocada buena...

—¡Arbolaria! ¿A que no se lo dijiste?

—¡Vaya si se lo dije!... Preguntádselo

á Petra la del tío Juanón, que estaba allí conmigo...

Después de los frisuelos, la leche como postre. Un gran ballico de leche recién ordeñada que se consumió la mitad migado en los barreños de las sopas después de enjuagados en el reguero, y la otra mitad bebido por una mortera de madera que iba dando vuelta al corro y se iba rellenando conforme se vaciaba.

Suscitóse luego la cuestión de si tras de la leche se podía ó no se podía volver á beber vino; y aunque las mujeres votaron todas por la negativa, prevaleció el dictamen de los mozos, que la resolvieron afirmativamente, fundándose en un refrán que sabían ellos y que decía: «Después de la leche... eche».

Echaron, efectivamente, otro trago en consonancia con el refrán, y... cada pájaro á su espiga; es decir, que todos, cada cual por su lado, volvieron á engaramar por el monte para continuar la tarea.

Hasta Antonino se metió por entre las primeras hayas diciendo que también él iba á tratar de rozar algún gamón donde no estuviera muy pindio, porque ya no se encontraba suelto y ágil como en otro tiempo para andar por las cuestas... Pero lo que hizo fué volverse pronto á la que-rencia de las provisiones, donde el primer

bajador que vino á posar una carga le sorprendió haciendo fiestas á una barrila.

A eso de las diez, los bajadores, aguardando unos por otros, se reunieron junto al ható para echar un trinquis; pero los rozadores no suspendieron su labor ni bajaron del monte hasta la hora de la comida, y el que tuvo sed la apagó por allá en la primera fuente que encontró al paso.

Cuando fué mediodía bien corrido, uno de los conocedores de la hora dió la voz de ¡á comer!, y todo el mundo fué bajando del monte, tornando á formarse el corro en la campera como por la mañana.

La comida fué aún más animada y más divertida que el almuerzo. Quiénes se tiraban á las fiambres que habían venido por la mañana, y embaulaban tajadas de chorizo y de jamón que era un gusto: quiénes preferían el clásico puchero que acababa de llegar vaporeando, y que allí en el monte sabía á gloria; pero todos humedecían los bocados con el chispeante líquido encerrado en la cestella ó en el boto, que andaban en rueda sin parar más de lo rigurosamente preciso, y todos contribuían á alegrar con bromas el corro.

Acabada la comida, empezó á sonar alegre y bulliciosa la pandereta, que no se habían olvidado de incluir entre los utensilios de la jornada, y se armó el baile.

Huelga decir que las muchachas, al bajar á comer, antes de salir de entre el arbolado y presentarse en la campera, se habían ya puesto otra vez las sayas de india y los pañuelos de color de rosa, no sin haberse antes lavado la cara y atusado los rizos en alguna fuente, que pródiga y amable las había hecho el doble oficio de gofaina y de espejo. Así es que todas se presentaban en el baile como de día de fiesta.

Tampoco de la animación y alegría del baile hay que hablar, mereciendo solamente especial mención la frecuencia con que Luciano, el hijo de Antonino, y Cesárea la hija del tío Pequeño, bailaban juntos.

Hacía tiempo que se decía si eran ó no eran novios, si le habían ó no le habían visto á él una noche, engaramado en una escalera de mano, hablando con ella por la ventana; y unos lo creían y otros no; pero aquel día los rumores se confirmaron, y se hizo general la creencia.

—Eso va viento en popa, Antonino—le decía al padre del mozo su convecino Patastuestas, que estaba como él chupando la pipa y mirando el baile.

—Yo no lo sé, hombre: allá ellos... pero sí parece que se tienen una miaja de ley, —contestaba Antonino con satisfacción mal disimulada.

Porque el tío Pequeño tenía un caudalico regular, y como no tenía más que aquella hija, era generalmente considerada como una buena conveniencia; de modo que si Luciano lograba casarse con ella, hacía una gran boda.

Y se hubiera casado, pues aquel día se formalizaron ya mucho las relaciones, á no ser por un suceso que vino á romperlas...

Por la tarde, después de merendar, se puso la gente en movimiento para emprender la marcha hacia el poblado.

Los mozos y las mozas daban prisa por llegar pronto al baile general que se hacía en las eras, cerca de la entrada, al cual concurrían todas las cuadrillas de gamoneros que habían estado apartadas durante el día en distintos valles.

Antonino, que estaba ya bastante *cargado*, andaba perezoso para arrancar del campamento, con la disculpa de querer acomodar bien los chismes en las alforjas; pero en realidad porque quería quedarse solo para escurrir un boto que tenía vino todavía.

—Vamos, Antonino; vamos, Antonino, —le decían todos al marchar.

—Allá voy... allá voy—contestaba él: —allá voy ahora mismo...

Pero se iba quedando, y les iba dejando marchar, hasta que efectivamente se quedó

solo y pudo hacer la suya, con lo cual se acabó de poner peripitusco.

Trató, al fin, de montar en el burro, y no podía. Le arrimó á un ribon, se subió á la parte de arriba, y desde allí, donde estaba ya casi más alto que el jumento, se tiró á montar con tal impetu, que le sobró fuerza y dió la vuelta para el otro lado, cayendo en la campera varas á varas.

Se encontró á gusto, no hizo por levantarse, y quedóse dormido como un tronco...

Los demás gamoneros, en tanto, llegaron á las eras, bailaron en el baile grande las mozas y los mozos hasta que se cansaron, y por fin se fueron á sus casas.

Pero Antonino no aportó por la suya.

La familia á lo primero no se alarmó, figurándose que habría venido del Valle con algún vecino y habría entrado en su casa á refrendar, según costumbre.

Pero luego, cuando pasó la noche y llegó la mañana sin que el hombre hubiera acudido, empezaron la mujer y los hijos á inquietarse y á bullir tratando de averiguar su paradero...

¿Qué le había pasado?

El sereno de la noche le fué refrescando y espantando algo la cogorza, y el frío del amanecer, penetrándole hasta los huesos, le hizo despertar, diciendo tan campante:

—¡Calla! Me he dormido un poco, y ya

casi es de noche... está oscureciendo... Voy allá... Voy allá...

Y aunque bien azorrado todavía y andándosele el mundo al redor, pudo al cabo montar en el burro, que cerca de él pacía tranquilamente, y echó al camino abajo.

Al salir del Bijueco al valle principal el burro, que sabía perfectamente el camino, quiso volver sobre la derecha y seguir el que conducía á la villa. Pero Antonino, que estaba completamente desorientado, creyó que aquello era marchar al revés, y le dió al jumento un palo en la cabeza hacia el arranque de la oreja de aquel lado, diciéndole:

—Torna, burro... ¿dónde quieres ir?...

El burro insistió varias veces en querer volver á la derecha para ir al valle abajo; pero como el dueño insistió en pegarle en la oreja de aquel lado para que volviera hacia el otro, al quinto ó sexto palo el animal se dejó convencer y echó á andar en dirección opuesta á la de su casa, haciéndose sin duda estas reflexiones:

—¡Bueno! Se conoce que mi amo no quiere ir para casa... Tendrá que hacer en otra parte... Apuradamente, á mí nada me importa...

Y siguió andando.

Antonino, mientras tanto, reflexionaba de este otro modo:

—¡Qué silencio!... Todo el mundo ha marchado ya... Y el caso es que no se oye tampoco el ruido del baile allá hacia las eras... Puede ser que este año no hayan hecho baile... Como ese alcalde es tan bruto...

Aquí daba una cabezada y se quedaba medio dormido, meditando en lo bruto que era el alcalde.

Después de andar otro rato, decía:

—Lo raro es que parece que no acaba de oscurecer... está lo mismo que cuando salí del monte... y casi, casi, parece como que se ha puesto un poco más claro... Sí, sí... indudablemente se va poniendo más claro que antes... ¡Qué cosa más rara!... Como no sea que esté amaneciendo... Pero, no... no puede ser. ¿Dónde había yo de haber pasado la noche?...

Aquí otra cabezada y otro sueñecico, bamboleándose sobre el jumento.

Cuando ya había amanecido del todo y rayaba el sol en los altos, Antonino se encontró á la entrada de un pueblo...

—¡Calla! ¿Cuándo he pasado yo el puente?... —se dijo.—No he dado cuenta... Pero sí, ya estoy en el pueblo, no hay duda... Aquí están las casas...

Y empezó á fregarse los ojos porque no distinguía la suya...

Andaban por allí unos rapaces enredan-

do, y se le ocurrió llamar á uno diciéndole:

—¡Chico!... Ven acá... haz el favor de enseñarme á mi casa... que parece que no veo bien...

Y seguía fregándose los ojos con el revés de la mano.

El rapaz, al ver á un hombre forastero que preguntaba por su casa, se echó á reír y se volvió hacia los otros, diciendo:

—¡Chachos! ¡Este tío que anda preguntando por su casa, y no es de acá!...

Acudieron los otros rapaces, se arremolinaron á él chanceándose maliciosamente al conocer que estaba chispo; y al oír los aspavientos que hacían, fué acudiendo luego mucha más gente á ver el milagro, ó lo que resultara.

Uno de los que salieron al oír la algazara fué el tabernero, que, conociendo á Antonino, se acercó á saludarle.

—¡Hola, ciudadano! ¿Cómo por aquí?—le dijo el tabernero.

—Pues verás, hombre... verás... —le respondió Antonino, perezosamente al ir dándose cuenta de que no estaba en su pueblo, sino en Aldeaoscura.—Verás lo que me trae á visitaros... Que hemos estado de recolección de gamones, y vine á traer el almuerzo á la gente montado en el burro... y el animal... se me extravió de modo que

no he podido encontrarle... Y vine á ver si acaso le habíais visto por acá...

—¡Ah! ¿pero ese en que vienes montado no es el tuyo?... — le replicó el tabernero.

—¡Ah! ¿pero vengo montado... pero vengo montado en un burro?... ¡Calla! es verdad... Pues entonces... no se me ha extraviado... es que lo soñé, se conoce...

—Sí, eso sería,—le dijo el tabernero haciendo esfuerzos por no reírse.

—Eso fué, sí... y entonces me voy para esa... si acierto.

—¿Quieres echar un vaso?...

—Sí, hombre... siempre... ¿Cuándo Sevilla no quiso trago, qué diga, trigo?...

—Bueno, pues ven; que falta no me parece que traes, pero también dicen que un clavo saca otro clavo, y acaso echando un sorbo te despejes...

—Tenlo por seguro... En cuanto beba otro trago me quedo como un reló... Lo sé por experiencia.

Después de descansar un rato y refrendar el pasaporte en la taberna de Aldeaoscura, volvió á montar en el burro, ayudado por el tabernero, que salió del lugar á ponerle en camino y le dijo al despedirse:

—Tú deja al burro, que el burro te llevará á casa.

Porque ya veía el tabernero que lo que es él no estaba para conocer el camino.

Hacia casa iba, en efecto, Antonino conducido fielmente por el burro, cuando, á la mitad del Valle, se encontró con su hijo que le andaba buscando.

—¿Qué le sucedió á usted?—le preguntó el mozo.

—Nada, hombre, nada de malo,—contestó él.

—¿Pero cómo no acudió anoche?—insistió el hijo.

—Si te he de decir la verdad—le contestó,—casi no lo sé... Primero creo que me dormí... Después, el burro se empeñó en que habíamos de ir á Aldeaoscura, yo en que no, y se salió él con la suya... Después creí yo que se me había perdido el burro... Después el burro... no se me había perdido... y luego... el demónico que lo entienda...

—¡Y yo buscándole á usted toda la mañana!—añadió con profunda tristeza el muchacho.

—Pues... ahí verás... lo que son las cosas... y lo bruto que es el alcalde...

Cerca de mediodía entraban en Villanoble Antonino y Luciano, el padre montado en el burro, y el hijo de paje, bajo las miradas burlonas de la gente.

La familia trató luego de explicar bue-

namente el suceso, despojándole de toda malicia y debilidad, con la relación de que el presunto extraviado no había venido para casa desde el gamonal porque se había acordado que tenía que hacer un negocio en Aldeaoscura, y había querido ir desde allí, aprovechando la ventaja de encontrarse ya á medio camino. Pero de nada sirvió esta explicación, porque desde luego no la creyó nadie, y porque además, al día siguiente, por personas venidas de Aldeaoscura, se supo la historia con pelos y señales, quedando perfectamente aclarado que todo ello había sido efecto de una descomunal borrachera... Con lo que el pobre Antonino fué por mucho tiempo blanco de las burlas del vecindario.

Y no fueron estas burlas lo peor ni lo más triste, sino que Cesárea, la hija del tío Pequeño, que el día del gamonal precisamente había dado el sí á Luciano, autorizándole para que la pidiera á sus padres, le dijo al día siguiente que noes.

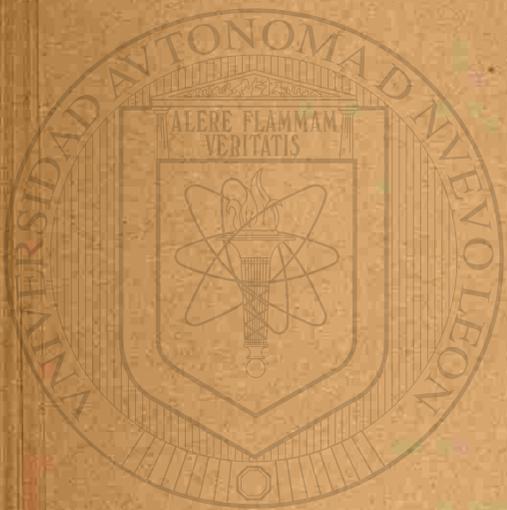
Insistió el muchacho, pero fué inútil; como lo fué también el que la madre de la novia intercediera por él, diciendo á su hija:

—Mujer, el mozo no parece malo, y de las cosas de su padre no tiene culpa... Ya, si es que le diste palabra...

—¡Ay! No señora, no—la respondía la

muchacha: — no quiero yo que mañana el padre de mi marido sea la irrisión de la gente... Cuan más, que puede ser que el hijo salga todavía otro tal y tan bueno, porque siempre diz que se suelen parecer los cascós á la olla.

Y no hubo quien la sacara de su negativa.



EL BURRO ENCANTADO

Al arroyo de Valdetiego, en el camino de Villanoble á Estercolera, llegaba Victorino, cuando sintió patuquear tras de sí, volvió la cabeza y se encontró con su vecino y especial amigo Bonifacio, más conocido por *Narices*, á causa de la frecuencia con que repetía esta interjección huyendo de otras más usuales y menos inocentes, el cual iba montado en un burrín espeluciado y tan pequeño que casi le dejaba posar los pies en el suelo.

—¡Hombre!... ¿A dónde caminas de parte de tarde?—dijo Victorino al que llegaba.

—Allá voy á la *ciudad*,—le contestó su amigo, pronunciando la última palabra con marcada ironía.

—¡Valiente ciudad de M...orcilla!—replicó el primero.

—¡Ya, ya, narices!... ¿Y tú vas allá también?

—También voy á ese pueblo indecente y

*

sucio que... ¡cuándo será el día que entre el río por él á ver si le lava!...

—Pues yo voy á moler esta fanega de pan; porque acá este narices de este molino de los Caniajos, siempre está descompuerto... como ellos... Cuando salí de entre las casas, ví uno que venía delante, y dije: «¡narices! aquél parece Victorino»... y apreté el paso hasta alcanzarte...

—¡Amigo! como vienes en patas ajenas...

—¡Sí, narices!... ¡Si vieras qué á gusto vengo!...

—¿Y dónde te has hecho con ese buche?... ¿Dónde tienes la *Linda*?...

—¿La *Linda*? Déjame en paz, narices, que no me quisiera acordar... Me la pidió la moscancia de mi primo Fidel para ir á Santa Catalina, porque se la figuraba, narices, que si no iba ella en una yegua bien alta no había nada que ver en la feria...

—Hombre, naturalmente: las mozas ¿á qué están más que á darse á ver y á lucirse?... Dicen que el que no anda no tropieza, y más fácil es que tropiece tu sobrina, vamos, que alguno se fije en ella yendo en una buena caballería, que si fuera á pie zaparrastreado.

—¡Igual, narices!... Si ella fuera algo más estojosa... Pero así... gran cabalgadura, y luego nada... lo que dijo el otro...

«Para tres maravedís de pelo, siete varas de cordón»... La dije que no la podía dar la yegua porque tenía que ir á moler; pero me dijo que para ir á moler, ella me dejaría recadado un burro, y me recadó éste que... mira cómo voy, con los pies arrastrando como quien dice... Y no será malo si no se estrulla á lo mejor con el pan y conmigo en algún charco.

—Pero ¿de quién es, que no le conozco yo por de acá?

—De un narices de un quinquillero y gobernador de platos, que posa en su casa, narices... Y tú ¿qué viaje llevas?...

—Uno que estaba bien excusado... Allá voy á cobrar un poco de lana de aquellos que la mujer le vendió, ya el otro sábado, al escribiente de Medio-Minuto para un colchón...

—¡Narices! ¿Y vendisteis la lana?... Pues hicisteis mal, narices.

—¿Por qué, hombre?

—Porque ahora anda al desbarate, y tiene que valer cerca del doble. ¿No sabes el refrán, narices? «Año seco tras el mojado, guarda la lana y vende el hilado»...

—Pero como no había hilado que vender y hacía falta el dinero, por esta vez no había más remedio que desentenderse del refrán y vender la lana... Y el caso es que quedaron en mandar el importe al día si-

guiente, han pasado cerca de dos semanas, y ¿tú lo has visto?... pues yo tampoco... Porque estos cagatintas, mucho presumir, y si viene á mano no se acuerdan de pagar lo que deben...

—¿Y vas en cuenta de volver pronto?... Porque si no te entretienes demasiado, podemos volver juntos.

—Quien se entretendrá serás tú, que tienes que moler; yo luego despacho... Con el dinero ó sin él, vuelvo en seguida.

—Pues yo tampoco pienso detenerme mucho.

—Según esté el molino.

—Que esté como esté, narices; por muy ocupado que esté, á mí no me detienen... ¡Tendría gracia, narices, que me hicieran á mí esperar! Si es necesario, sacan de la tramoya el pan que tenga para echar lo mío...

—¡Tan amigo eres del molinero, eh!

—Del molinero y del amo, narices... ¿Pues tú no sabes la intimidad que ha habido entre *D. Grabiél* y mi persona?... Es verdad que tú eres mucho más joven y no te puedes acordar de aquellos tiempos. Pero allá cuando él era *Gravelón*...

—Eso también lo es ahora, y más bruto que entonces, regularmente; porque en ese yo creo que la bruteza va como la edad: siempre en aumento...

—Pues sí, narices: ¡si vieras qué buenas las hemos corrido juntos en nuestra mocedad! Y luego cuando pretendía acá á doña Inés, á los pocos años de haberse quedado viuda, que estaba tan guapa, yo le acompañaba y era su confidente y su paño de lágrimas, como quien dice, y le protegía en todo.

—Pero dicen que le dió unas calabazas muy gordas...

—Sí, es verdad; y no podía menos de sucederle eso, porque, como dice el refrán: «no se hizo la miel para la boca del asno»; pero quiere decirse, que de todos modos yo le serví á finas veras, hice por él todo lo que pude, y él bien lo sabe... De manera que, mira tú... ¡Para que á mí me hagan esperar en el molino!... A más de que también es amigo el molinero: siempre que vengo á moler me convida, y si quisiera quedarme esta noche á cenar, tampoco me había de faltar buena cena, porque no es tacaño.

—Irás teniendo ya el riñón cubierto, ¿eh?

—Yo lo creo, narices; ¡tal oficio tiene él!... Porque hay que desengañarse que, á buen año y malo, molinero ú hortelano, pues como sin pan no se puede pasar, el molino nunca está ocioso y siempre está cayendo la renta...

—Sí: más seguro es eso que ser labra-

dor, que se cansa uno de trabajar, y á lo mejor tarda en llover, ó llueve demasiado, y trabajo perdido...

—Ya se ve que sí, narices; y si no aquí tienes esta tierra mía (señalando á una de la orilla del camino), que no ha hecho papel de nacer, y no tiene más que cuatro cañinas.

—Bueno: esa también hay que mirar que estaba muy mal arada y no podía nacer muy fuerte.

—¡Qué mal arada ni qué narices!... Más produce el año que el campo bien labrado, dice el refrán; y créete que si hubiera llovido á tiempo, mal arada y todo, estaría pomposa como esa tuya, que está igual que en los mejores años.

—Es que esa, además de estar bien arada y bien abonada, la sembré muy pronto.

—No me aparto de que sea eso... Ahí tienes una cosa que casi siempre piñta bien... Porque también hay otro refrán que dice: «poda tardío, siembra temprano; si un año yerras, acertarás cuatro»... Y de otro modo: «siembra temprana, maron seruendo, para perderse un año se ganan ciento»...

Quando fueron llegando los dos amigos cerca de la entrada del pueblo, donde se te-

nían que separar, trataron de ponerse de acuerdo para la vuelta.

—Yo—dijo Victorino—ya sabes que no me detengo allá nada. En cuanto me paguen... Y si no me pagan, lo mismo: la ida por la vuelta. De modo que entraré por el molino á buscarte, y si es que tan pronto te han de moler el pan, te espero y vamos juntos.

—Pues yo—dijo Narices,—mientras me lo muelen tengo que ir á casa del Chivo á darle razón de un pellejo de garduña y otro de lóndrigo; pero tampoco me detendré gran cosa; de manera que cuando tú vengas ya estaré otra vez en el molino, y si no estoy, me esperas, que estaré llegando.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

Dicho lo cual, Bonifacio se apartó hacia la izquierda, cogiendo una calleja llena de agua que por entre unas sebes iba á dar al molino, y su compañero siguió en derechura á la calle principal del pueblo.

En cuanto dejó Narices el pan en el molino, encargando al molinero que se lo echara y se lo moliera en un Jesús, volvió á montar en el burrín para no mojarse, pues las calles de Estercolera están siempre llenas de lodo, y se fué á casa del Chivo, que era una taberna, á dar la razón que decía.

Llegó á la puerta, llamó, le respondieron que «adelante», y entró en la cocina, donde un alguacil, el juez y un procurador estaban merendando un guisadillo de carne con pimientos.

El alguacil, que era amigo suyo y tenía con los otros dos comensales bastante confianza, le brindó á participar de la merienda, diciéndole:

—Mira, llegas á tiempo: toma aquí una tajadilla con nosotros.

—Muchas gracias; que haga buen provecho,—le contestó Narices.

—Anda, que por eso no dejaré de haceros buen provecho,—le replicó el otro.

—No, no: gracias; no hay falta por ahora.

—Vamos, no te hagas de rogar, puñe-fla... ¿O lo haces porque cuando caiga la ocasión hagamos los demás otro tanto?

—No, eso no, narices...

Y vencido por la insistencia del alguacil, que también sus compañeros apoyaban, y especialmente por aquella última consideración, porque no se creyera que huía de estar á la recíproca, cogió un tenedorcillo de hierro que le alargaban, y metió mano al guiso.

—Siéntate—le dijeron:—¿ó es que quieres crecer todavía?

—No estoy cansado,—contestó.

—Vamos, siéntate aquí; no seas bobo—insistió el alguacil haciéndole sitio en el escaño que los tres ocupaban,—que, buen año ó mal año, cuatro caben en un escaño.

Y aceptando Narices la proposición, se sentó á gusto, comió hasta que se desocupó la tartera, bebió hasta que se vació la jarra, y de compañero con el juez, contra el procurador y el alguacil, jugó á la brisca hasta que fué de noche, sin acordarse de que había dejado el pan en el molino.

Rato hacía que su amigo Victorino le esperaba en él, parleteando con el molinero, cuando, en una pausa de la conversación, le dijo éste:

—Mucho tarda en venir tu compañero: puede que le hayan convidado á merendar.

—¡Ah! Pues entonces, Dios sabe cuándo le veremos el pelo—dijo Victorino;—porque ese hace lo que el cuervo del diluvio: como encuentre carne, no se acuerda de volver al arca.

Rióse el molinero, á quien hizo gracia la comparación, y mientras tanto se le ocurrió á Victorino una idea diabólica que comunicó á su interlocutor inmediatamente.

—¿Vamos á darle un susto cuando venga?—le dijo.

—¿Un susto?... ¿Cómo?—dijo el molinero.

—Verás... El ya no puede tardar mucho, porque donde quiera que esté, bien verá que es de noche... Pues vamos á esperarle en esa calleja de entre las cerraduras; nos ponemos uno á cada lado, detrás de las sebes, atravesamos un cordel... ó un palanco... ¿tienes por ahí algún varal?...

—Sí; aquí hay uno bien largo, mira...

—Ese es bueno...

—Y ahí en la portalada hay otro lo mismo.

—Bien: pues cogemos tú uno y yo otro, nos ponemos uno á cada lado como te digo, cruzamos los varaes en el medio de la calleja, y cuando llegue montado en el burro no puede pasar y le tenemos un buen rato detenido en medio del charco... Verás qué escena...

—Nos va á ver—objetó el molinero,—ó va á ver los varaes.

—¡Qué nos ha de ver—replicó Victorino,—según está de oscura la noche!... Y luego él, que no ve tres sobre un asno... Anda, vamos á prisa...

Se dejó convencer el molinero, y se ejecutó el plan de Victorino tal como le propuso.

A poco de estar los dos con sus varaes trancando el pasadizo, hablándose en voz baja de un lado á otro y encargándose mu-

tuamente silencio y formalidad para no reirse, sintieron pisadas menudas como de caballería menor, y luego el castañoleo especial que se usa para arrear el ganado, y que se produce pegando la lengua al paladar y despegándola con fuerza, clac, clac, clac, seguido de estas palabras:

—¡Arre, burro!

—Ya está ahí,—se dijeron.

—¡Silencio!...

—¡Chist!...

Entró Narices por la encharcada calleja encogiendo un poco las piernas para no mojárselas y arreando su burro, que, naturalmente, al llegar á la improvisada portillera se quedó parado.

—¡Arre, burro!—dijo Narices dándole una varada en las ancas.

Nada: el burro quieto.

—¡Arre, burro, narices! ¡arre, burro!—dijo dándole otras tres varadas seguidas.

Ni por esas: el animal no se movía.

—¡Arre, burro!... Pero ¿qué narices tiene este animal?... ¡Arre, burro!...

Y palo va y palo viene, y madreñazos... que no solían dar en la barriga del burro, porque como él tenía las piernas largas, cruzaban por bajo y daban las madreñas una contra otra con gran estrépito... Y el burro como si tal cosa.

—¡Arre, burro!... ¿Dónde está la mi ye-

güica querida, narices?... ¡Arre, burro!... ¡Mal haya sea un presidio, narices!... ¿Por qué daría yo la mi yegüica?... ¡Arre, burro!

Y una lluvia de palos en las ancas y en las orejas y en todas partes, y un estruendo de madreñazos acompañaban al patético discurso; pero el pollino sin moverse.

Cuando más, al sentirse muy hostigado á golpes, hacía un conato de arremetida; pero tocaba con el pecho el obstáculo, é instantáneamente volvía á pararse.

—¡Arre, burro!—seguía diciendo Narices.—¡Dios mío! ¿Pero qué tiene este burro?... ¡Ave María Purísima! Esto es el pecao... ¡Arre, burro! Este burro está encantao, narices... ¿Quién me querrá á mí mal, Dios mío?... ¡Virgen Santísima!... Esto es el enemigo: mal año para él... ¡Arre, burro!... Nada: ni pa atrás ni pa adelante... ¡Jesús, María y José! Aquí anda el diablo, Dios nos libre...

Viéndose ya muy apurado, se decidió á llamar á su compañero de viaje y al molinero, suponiendo que estarían en el molino, desde donde le podían oír bien, porque estaba cerca.

—¡Victorinooo!... ¡Pascuaaal!... ¡Arre, burro!... ¡Pascuaaal!... ¡Victorinooo!... ¿Dónde estarán aquellos cascachiflas?... ¡Arre, burro!... ¡Nada, narices: parece que

le han clavado aquí! ¡Dios mío!... ¡Esto no puede menos que sea cosa del demonio!... ¡Ave María Purísima!... ¡Jesús, María y José!... ¡San Antonio bendito!... ¡Arre, burro!... Nada... A ver si puedo siquiera volver para atrás... porque ¿cómo me apeo aquí en el agua?... ¡Torna, burro!...

Y al pegarle un palo muy fuerte á un lado de la cabeza para hacerle dar vuelta, quiso el burro revolverse de pronto, se le enredaron los corvijones y se cayó de medio atrás, quedando el jinete de pies en mitad de la laguna con el agua hasta las rodillas.

Entonces Victorino y el molinero retiraron poco á poco sus varaes y se marcharon callandicamente al molino.

El pobre Narices, como ya se había mojado las piernas y no tenía en este particular nada que perder, bandeó el charco de un lado á otro, convenciéndose de que no había obstáculo alguno, y confirmándose con esto en la idea del encantamiento, de la intervención de algún agente diabólico, cuando no del mismo diablo en persona.

Con el burro de cabestro se dirigió al molino, donde encontró á su acompañante y al molinero sentados tranquilamente al amor de la lumbre y haciéndose los adormitados.

—¿Cómo has tardado tanto, morral?—le dijo Victorino esperezándose.

—¡Cómo has tardado tanto! (remedándole)... Mejor era que hubiérais salido cuando os llamaba, narices. ¿No me oíais llamar?...

—No... ¿pero has llamado?...

—¡Ya, ya, narices!... Bien dormidos estábais...

—Pero ¿por qué no viniste primero?

—Porque estaban allí merendando el alguacil Tartaja, el procurador Redruñas y el señor juez, y me hicieron tomar un bocado con ellos, y después...

—¡Chico!... ¡chico!... ¡y merendaste con el juez! ¡Y te llamé morral!... Perdona usía... —le dijo Victorino quitándose el sombrero y haciendo ademán de arrodillarse. —Déjame que te haga la reverencia...

—Déjate de mojigangas, narices... ¡Bueno estoy yo para tener gana de fiestas!...

—Pues ¿qué te ha pasado?... Parece que estás descolorido...

—¡Mira qué milagro, narices!... ¡Ya, ya! ¡no ha estado mal!...

Y mientras se secaba á la lumbre los chapines y las medias, les contó muy asustado lo que le había sucedido en la calleja con el burro.

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
Un poco de prólogo.....	5
El fenómeno.....	21
Lo hizo de gracia.....	31
La ley perruna.....	51
El espíritu del imán.....	59
¡Un buen hayucol.....	75
Demasiado pronto.....	85
El milagro al revés.....	99
Historia de una rodaja de salchichón (contada por ella).....	111
Reflexiones.....	127
¿Quién paga?.....	135
La cobranza (segunda parte).....	151
Una definición.....	161
El reconocimiento.....	169
Asperges.....	179
Los maimones.....	187
El criado mayor.....	199

—¡Cómo has tardado tanto! (remedándole)... Mejor era que hubiérais salido cuando os llamaba, narices. ¿No me oíais llamar?...

—No... ¿pero has llamado?...

—¡Ya, ya, narices!... Bien dormidos estábais...

—Pero ¿por qué no viniste primero?

—Porque estaban allí merendando el alguacil Tartaja, el procurador Redruñas y el señor juez, y me hicieron tomar un bocado con ellos, y después...

—¡Chico!... ¡chico!... ¡y merendaste con el juez! ¡Y te llamé morral!... Perdóneme usía... —le dijo Victorino quitándose el sombrero y haciendo ademán de arrodillarse. —Déjame que te haga la reverencia...

—Déjate de mojigangas, narices... ¡Bueno estoy yo para tener gana de fiestas!...

—Pues ¿qué te ha pasado?... Parece que estás descolorido...

—¡Mira qué milagro, narices!... ¡Ya, ya! ¡no ha estado mal!...

Y mientras se secaba á la lumbre los chapines y las medias, les contó muy asustado lo que le había sucedido en la calleja con el burro.

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
Un poco de prólogo.....	5
El fenómeno.....	21
Lo hizo de gracia.....	31
La ley perruna.....	51
El espíritu del imán.....	59
¡Un buen hayucol.....	75
Demasiado pronto.....	85
El milagro al revés.....	99
Historia de una rodaja de salchichón (contada por ella).....	111
Reflexiones.....	127
¿Quién paga?.....	135
La cobranza (segunda parte).....	151
Una definición.....	161
El reconocimiento.....	169
Asperges.....	179
Los maimones.....	187
El criado mayor.....	199

	<u>Páginas.</u>
Calentura palúdica.....	207
¡Vuelve por otra!.....	213
La treta de Martínón.....	225
Rosenda y Rudesinda.....	237
El nuevo sistema.....	253
El gamonal.....	265
El burro encantado.....	293

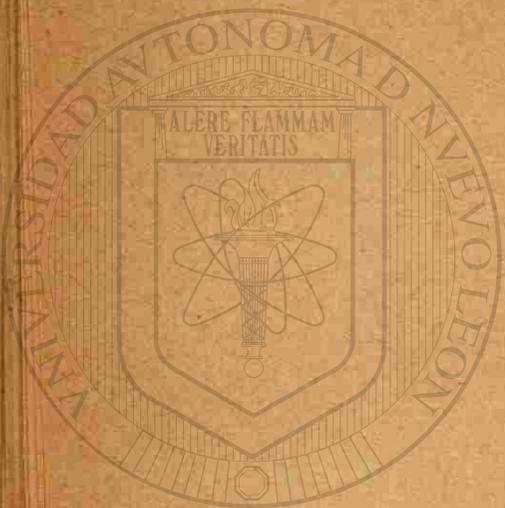
PROTESTA

Si apareciese en este libro alguna cosa contra la fe católica ó las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Se acabó de imprimir este libro
en Madrid, en casa de
la Viuda é hijos de
M. Tello, el 12 de
Noviembre de
1901.*

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



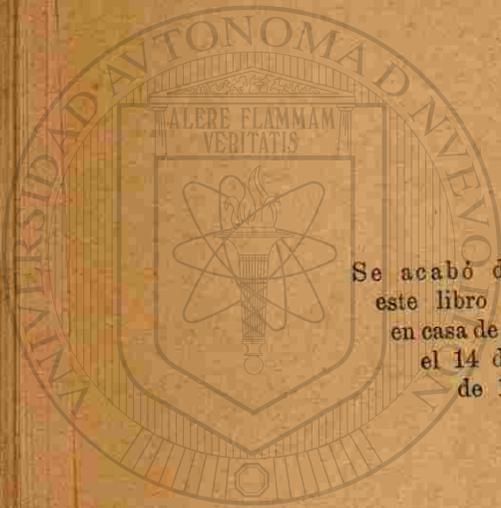
PROTESTA

Si alguna cosa apareciera en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Se acabó de imprimir
este libro en Madrid
en casa de J. Cruzado
el 14 de Mayo
de 1892.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA ESPAÑA EDITORIAL, Oficinas, Mendizábal, 34.
MADRID.

OBRAS DE D. ANTONIO DE VALBUENA.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

	Ptas.	Cts.
RIPIOS ARISTOCRÁTICOS. (Quinta edición), un tomo en 8.º	3	»
RIPIOS ACADÉMICOS. (Segunda edición), un tomo en 8.º	3	»
RIPIOS VULGARES. (Segunda edición), un tomo en 8.º	3	»
CAPULLOS DE NOVELA. Un tomo en 8.º	3	»
LIBRO DE ERRATAS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA. (Artículos firmados con el seudónimo de Miguel de Escalada.) (Tercera edición), tres tomos en 8.º	9	»
AGRIDULCES (POLÍTICOS Y LITERARIOS). Un tomo en 8.º	3	»
HISTORIA DEL CORAZÓN, idilio. (Segunda edición).	»	50
PEDRO BLOT. (Versión de Paul Feval.) (Segunda edición), un tomo en 8.º	2	»

(Los pedidos á la ESPAÑA EDITORIAL, Mendizábal, 34).

EN PRENSA.

RIPIOS ULTRAMARINOS.
AGUA TURBIA. Novela.

EN PREPARACIÓN.

LOS CAZADORES DE DOTES. Novela.
RATONCITO NOSEMÁS. Novela.
EL BEATO JUAN DE PRADO.

